

ENCUADERNACIÓN  
CÁNDIDO VALENTÍN  
Augustas, 25  
VALLADOLID

BIBLIOTECA POPULAR

Estante. . . . . 15

Tabla . . . . . 8

Número. . . . . 2922



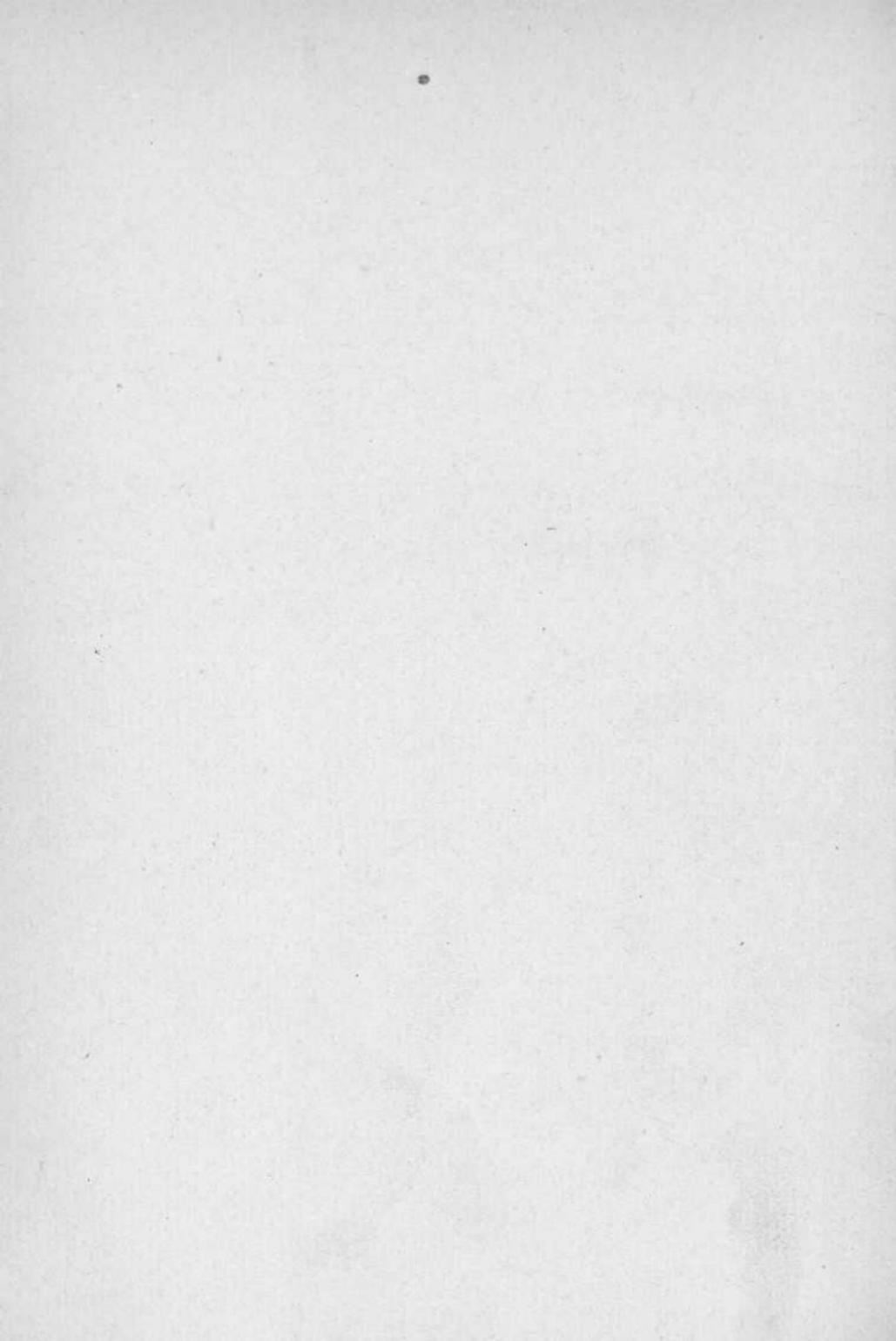








# LECTURAS ESCOLARES



R. 80855

# LECTURAS ESCOLARES

ORDENADAS POR

NARCISO ALONSO CORTÉS



VALLADOLID

IMPRENTA DEL COLEGIO SANTIAGO

1924



# LECTURAS ESCOLARES

## I.—SIGLOS XII AL XV

### DEL CANTAR DE «MIO CID»

(ANÓNIMO)

Salien de Valençia aguijan a espolón.  
Tantos caballos en diestro, gruesos e corredores,  
mio Çid se los gañara, que non ge los dieran en don.  
Hyas va pora las vistas que con el rey paró.  
De un día es llegado antes el rey don Alfons.  
Quando vieron que vinie el buen Campeador,  
reçibir lo salen con fan grand onor.  
Don lo ovo á ojo el que en buen ora naçió,  
a todos los sos estar los mandó,  
si non a estos cavalleros que querie de coraçón.  
Con unos quinze a tierras firió,  
comme la comida el que en buen ora naçió;  
los inojos e las manos en tierra los fincó,  
las yerbas del campo a dientes las tomó,  
llorando de los ojos, tanto avié el gozo mayor;  
assí sabe dar omildança a Alfons so señor.  
De aquesta guisa a los *pies* le cayó;  
tan grand pesar ovo el rey don Alfons:  
«Levantados en pie, ya Çid Campeador,  
»besad las manos, ca los *pies* no;  
»si esto non feches, non avredes mi amor».  
Hinojos fitos sedie el Campeador:  
«¡Merçed vos pido a vos, mio natural señor,  
»assí estando, dédesme vuestra amor,  
»que lo oyan *todos* quantos aquí son».  
Dixo el rey: «esto feré d'alma e de coraçón;  
»aquí vos perdono e dovos mi amor,  
»ên todo mio reyno parte desde oy».  
Fabló mio Çid e dixo *esta razón*:  
«merced; yo lo reçibo, Alfons mio señor;  
»gradéscolo a Dios del cielo e después a vos,  
»e a estas mesnadas que están a derredor».  
Hinojos fitos las manos le besó,  
Levós en pie e en la bócal saludó.

Todos los demás      desto avien sabor;  
 pesó a Álvar Díaz      e a Garci Ordoñez.  
 Fabló mio Çid      e dixo esta razón:  
 «Esto grandesco      al *padre* Criador,  
 »quando he la graçia      de Alfons mio señor;  
 »valer me a Dios      de día e de noch.  
 »Fossedes mio huesped,      si vos ploguiesse, señor».  
 Dixo el rey:      «non es aguisado oy:  
 »vos agora llegastes,      e nos viniemos anoch;  
 »mio huesped seredes,      Çid Campeador,  
 »e cras feremos      lo que ploguiere a vos».  
 Besó la mano      mio Çid, lo otorgó.  
 Essora se le omillan      iffantes de Carrión:  
 «Omillámosnos, Çid,      en buena nasquiestes vos!  
 »En quanto podemos      andamos en vuestro pro».  
 Repuso mio Çid:      «assí lo mande el Criador!»  
 Mio Çid Roy Díaz,      que en hora buena naçió,  
 en aquel día      del rey so huesped fo;  
 non se puede fartar dél,      tántol querie de coraçón;  
 cantándol sedie la barba,      que tan afnal creció.  
 Maravillanse de mio Çid      quantos que y son.  
 Es día es passado      e entrada es la noch.  
 Otro día mañana,      claro salie el sol,  
 el Campeador      a los sos lo mando  
 que adobassen cozina      pora quantos que i son;  
 de tal guisa los paga      mio Çid el Campeador,  
 todos eran alegres      e acuerdan en una razón:  
 passado avie tres años      no comieran mejor.  
 Al otro día mañana,      assí commo salió el sol,  
 el obispo don Jerome      la missa cantó.  
 Al salir de la missa      todos juntados son;  
 non lo tardó el rey,      la razón conpeçó:  
 «Oidme, las escuelas,      cuemdes e ifañones!  
 »cometer quiero un ruego      a mio Çid el Campeador;  
 »assí lo mande Cristus      que sea a so pro.  
 »Vuestras fixas vos pido,      don Elvira e doña Sol,  
 »que las dedes por mugieres,      a ifantes de Carrión.  
 »Semejam el casamiento      ondrado e con grant pro,  
 »ellos vos las piden      e mándovoslo yo.  
 »Della e della parte,      quantos que aquí son,  
 »los mios e los vuestros      que sean rogadores;  
 »dándoslas, mio Çid,      si vos vala el Criador!»  
 —«Non abría fixas de casar»,      respuso el Campeador,  
 »ca non han grant hedad      e de días pequeñas son.  
 »De grandes nuevas son      ifantes de Carrión,  
 »perteneçen pora mis fixas      e aun pora mejores.  
 »Hyo las engendré amas      e criásteslas vos,  
 »entre yo y ellas      en vuestra merçed somos nos;  
 »afellas en vuestra mano      don Elvira e doña Sol,

»dadlas a qui quisiéredes vos, ca yo pagado so».  
 —«Graçias», dixo el rey, «a vos e a tod esta cort».  
 Luego se levantaron iffantes de Carrión,  
 ban besar las manos al que en ora buena naçió;  
 camearon las espadas ante el rey don Alfons.  
 Fabló rey don Alfons commo tan buen señor:  
 «Graçias, Çid, commo tan bueno, e primero al Criador,  
 »quem dades vuestras fijas pora ifantes de Carrión.  
 »Daquí las prendo por mis manos don Elvira e doña Sol,  
 »e dólas por veladas a ifantes de Carrión.  
 »Yo las caso a vuestras fijas con vuestro amor,  
 »al Criador plega que ayades ende sabor.  
 »Afellos en vuestras manos ifantes de Carrión,  
 »ellos vayan convusco, ca d'aquén me torno yo.  
 »Trezientos marcos de plata en ayuda les do yo,  
 »que metan en sus bodas o do quisiéredes vos;  
 »pues fueren en vuestro poder en Valençia la mayor,  
 »los yernos e las fijas todos vuestros fijos son:  
 »lo que vos ploguiere, dellos fet, Campeador».  
 Mio Çid gelos reçibe, las manos le besó:  
 «Mucho vos lo gradesco, commo a rey e a señor!  
 »Vos casades mis fijas, ca non gelas do yo».

---

## AUTO DE LOS REYES MAGOS

(ANÓNIMO)

[ESCENA I]

[*Caspar, solo*]

Díos criador, qual marauila  
 no se qual es achesta strela!  
 Agora primas la e ueida,  
 poco tímpo a que es nacida.  
 Nacido es el Criador  
 que es de la gentes senior?  
 Non es uerdad non se que digo,  
 todo esto non uale uno figo;  
 otra noche me lo catare,  
 si es uertad, bine lo sabre. [*pausa*]  
 Bine es uertad lo que io digo?  
 en todo, en todo lo prohio.  
 Non pudet seer otra sennal?  
 Achesto es i non es al;  
 nacido es Díos, por uer, de fembra  
 in achest mes de december.

Ala ire o que fuere, aoralo e.  
por D'íos de todos lo ferne.

[*Baltasar, solo*]

Esta strela *non* se dond uinet,  
quin la trae o quin la tine.  
Porque es achesta *señal*?  
en mos dias on ui atal.  
Ciertas nacido es en *tirra*  
aquel *qui* en pace i en guera  
senior a a seer da *oriente*  
de todos hata in *occidente*,  
Por tres noches me lo uere  
i mas de uero lo sabre. [*pausa*]  
En todo, en todo es nacido?  
*non* se si algo e ueido.  
ire, lo aorare,  
i pregare i rogare.

[*Melchior, solo*]

Ual, Criador, atal facinda  
fu *nunquas* alguandre falada  
o en escriptura trubada?  
Tal strela *non* es in celo,  
desto so io bono strelero;  
bine lo ueo sin escarño  
que uno *omne* es nacido de carne,  
que es senior de todo el mundo,  
así cumo el cilo es *redondo*;  
de todas gentes senior sera  
i todo seño iugara.  
Es? *non* es?  
cudo que uerdad es.  
Ueer lo e otra uegada,  
si es uertad o si es nada. [*pausa*]  
Nacido es el Criador  
de todas las gentes maior;  
bine lo [u]eo que es uerdad,  
ire ala, par caridad.

[ESCENA II]

[*Caspar á Baltasar*]

D'íos uos salue, senior; sodes uos strelero?  
dezidme la uertad, de uos sabelo quiro  
[Vedes tal marauila?]  
[nacida] es una strela.

[*Baltasar*]

Nacido es el Criador,  
que de las *gentes* es senior.  
Ire, lo aorare.

[*Caspar*]

lo otrosi rogar lo e.

[*Melchior á los otros dos*]

Seniores, a qual *tirra*, o que[redes] andar?  
queredes ir *commigo* al Criador rogar?  
Auedes lo ueido? io lo uo [aor]ar.

[*Caspar*]

Nos imos otrosi, sil podremos falar.  
Andemos tras el *strela*, ueremos el lugar.

[*Melchior*]

Cumo podremos prouar si es homne mortal  
o si es rey de terra o si celestial?

[*Baltasar*]

Queredes bine saber cumo lo sabremos?  
oro, mira i acenso a el ofrecremos:  
si fure rei de *terra*, el oro quera;  
si fure *omne* mortal, la mira tomara;  
si rei celestial, estos dos dexara,  
tomara el *encenso* quel *pertenecera*.

[*Caspar y Melchior*]

Andemos i asi lo fagamos.

[ESCENA III]

[*Caspar y los otros dos Reyes, á Herodes*]

Salue te el Criador, *Dios* te curie de mal,  
un poco te dizeremos, *non* te queremos al,  
*Dios* te de *longa* uita i te curie de mal;  
imos in romeria aquel rei adorar  
que es nacido in *tirra*, nol podemos fallar.

[*Herodes*]

Que decides, o ides? a quin ides buscar?  
de qual *terra* uenides, o queredes andar?  
Decid me nuestros nombres, no m' los querades celar.

[Caspar]

A mi dizen Caspar,  
est otro Melchior, ad achest Baltasar.  
Rei, un rei es nacido que es senior de *tirra*,  
que mandera el seclo en grant pace sines gera.

[Herodes]

Es asi por uertad?

[Caspar]

Si, rei, por caridad.

[Herodes]

I cumo lo sabedes?  
ia prouado lo auedes?

[Caspar]

Rei, uertad te dizremos,  
que prouado lo auemos.

[Melchior]

Esto es grand ma[ra]uila.  
un strela es nacida.

[Baltasar]

Sennal face que es nacido  
i in carne humana uenido.

[Herodes]

Quanto i a que la uistes  
i que la percibistis?

[Caspar]

Tredze dias a,  
i mais *non* auera,  
que la auemos ueida  
i bine percebida.

[Herodes]

Pus andad i buscad,  
i a el adorad,  
i por aqui tornad.  
lo ala ire,  
i adoralo e.

## [ESCENA IV]

[Herodes, solo]

¿Quin uio numquas tal mal,  
 Sobre rei otro tal!  
 Aun *non* so io morto,  
 ni so la terra pusto!  
 rei otro sobre mi?  
 numquas atal *non* uil!  
 El siglo ua a caga,  
 ia *non* se que me faga;  
 por uertad no lo creo  
 ata que io lo ueo.  
 Uenga mio maiordo[*ma*]  
 qui mios aueres toma. [*Sale el mayordomo*]  
 Idme por mios abades,  
 I por mis podestades,  
 i por mios scriuanos,  
 i por meos gramatgos,  
 i por mios streleros,  
 i por mios retoricos;  
 dezir m' an la uertad, si iace *in* escripto,  
 o si lo saben ellos, o si lo *an* sabido.

## [ESCENA V]

[*Salen los Sabios de la Corte*]

Rei, qque te plaze? he nos uenidos.

[Herodes]

I fraedes uostros escriptos?

[Los Sabios]

Rei, si traemos,  
 los meiores que nos auemos.

[Herodes]

Pus catad,  
 dezid me la uertad,  
 si es aquel *omne* nacido  
 que esto tres rees m' han dicho.  
 Di, rabi, la uertad, si tu lo as sabido.

[El Rabi]

Po[r] ueras uo lo digo  
 que no lo [*fallo*] escripto.

[*Otro Rabi al primero*]

Hamihala, como eres enartado!  
 por que eres rabi clamado?  
 Non *entendes* las profecias,  
 las que nos dixo Ieremias,  
 Par mi lei, nos somos erados!  
 por que *non* somos acordados?  
 por que *non* dezimos uertad?

[*Rabi Primero*]

lo *non* la se, par caridad.

[*Rabi Segundo*]

Por que no la auemos usada,  
 ni en nostras uocas es falada.

## GONZALO DE BERCEO (S. XIII) DE LOS «MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA»

Era un omne pobre que vivie de razones,  
 Non avie otras rendas nin otras furciones,  
 Fuera quanto lavrava, esto poccas sazones,  
 Tenie en su alzado bien poccas pepiones.

Por ganar la Gloriosa que él mucho amava,  
 Partielo con los pobres todo quanto ganava,  
 En esto contendia e en esto punnava,  
 Por aver la su gracia su mengua olvidava.

Quando ovo est pobre dest mundo a passar  
 La Madre gloriosa vinolo conbidar,  
 Fabloli mui sabroso, querielo falagar,  
 Udieron la palavra todos los del logar:

«Tu mucho cobdiciest la nuestra conpannia,  
 Sopist pora ganarla bien buena maestria,  
 Ca parties tus almosnas, dizies Ave Maria:  
 Porque lo fazies todo yo bien lo entendia.

Sepas que es tu cosa toda bien acabada,  
 Esta es en que somos la cabera iornada,  
 El ite missa est conta que es cantada,  
 Venida es la hora de prender la soldada.

lo so aqui venida por levarte conmigo  
 Al regno de mi Fijo que es bien tu amigo,  
 Do se ceban los angeles del buen candial frigo;  
 A las sanctas virtutes plazerlis a contigo.»

Quando ovo la Gloriosa el sermon acabado,  
Desamparó la alma al cuerpo venturado,  
Prisieron la de angeles un convento onrrado,  
Levaronla al cielo, Dios sea end laudado.

Los omnes que avien la voz ante oida,  
Tan aina vidieron la promessa complida;  
A la Madre gloriosa que es tan comedida,  
Todos li rendien gracias, quisque de su partida.

Qui tal cosa udiesses, serie mal venturado,  
Si de Sancta Maria non fuesse muy pagado:  
Si más no la onrrase serie desmesurado:  
Qui de ella se parte, es muy mal engannado.

Aun más adelante queremos aguijar,  
Tal rason como esta non es de destaiar,  
Ca estos son los arbores do debemos folgar,  
En cuya sombra suelen las aves organar.

## DON JUAN MANUEL (1282-13...)

### DEL «LIBRO DE PATRONIO»

#### EXEMPLO X

#### De lo que contescio a un omne que por pobreza et mengua de otra vlanda comía atramuzes

Otro dia fablava el conde Lucanor con Patronio [su consejero], en esta manara: «Patronio, bien conosco a Dios que me ha fecho muchas mercedes, mas quel' yo podria servir, et en todas las otras cosas entiendo que esta la mi fazienda asaz con bien et con onrra; pero algunas vegadas me contescio de estar tan afincado de pobreza que me parece que que[r]ia tanto la muerte commo la vida. Et rruegovos que algun conorte me dedes para esto».

«Sennor conde Lucanor», dixo Patronio, «para que vos conortedes, quando tal cosa vos acaesciere, seria muy bien que sopiesedes lo que acaescio a dos omnes que fueron muy rricos».

E el conde le rrogo quel' dixiese commo fuera aquello.

«Sennor conde Lucanor», dixo Patronio, «de estos dos omnes el uno dellos llego a tand grand pobreza quel' non finco en el mundo cosa que pudiese comer. Et desque fizo mucho por buscar alguna cosa que comiese, non pude aver cosa del mundo sinon una escudiella de atramizes. Et acordandose de [quando] rrico solia ser e que agora con fambre era et con mengua avia de comer los atramizes que son tan amargos et de tan mal sabor, començo de llorar muy fieramente, pero con la grant fambre començo de comer de los atramizes et en comiendolos estava llorando et echava las cortezas de los atramizes en pos

[de] si. Et el estando en este pesar et en esta coyta sintio que estava otro omne en pos del et volvió la cabeza et vio un omne cabo del, que estava comiendo las cortezas de los atramizes que el echava en pos de si, et era aquel de que vos fable desuso. Et quando aquello vio el que comia las atramizes, pregunto a aquel que comia las cortezas que porque fazia aquello. Et el dixo que sopiese que fuera muy mas rrico que el et que agora avia llegado a tan grand pobreza et en 'tan grand fanbre quel' plazia mucho quando fallava aquellas cortezas que el dexava. Et quando esto vio el que comia [los] atramizes conortose, pues entendio que otro avia mas pobre que el, et que avia menos rrazon porque lo devie seer. Et con este conorte esforçose, et ayudol' Dios, et cato manera en commo saliese de aquella pobreza, et salio della et fue muy bien andante.

«Et [vos], sennor conde Lucanor, deveades saber que el mundo es tal et aun que nuestro sennor Dios lo tiene por bien que ningun omne non aya conplida mente todas las cosas. Mas pues en todo lo al vos faze Dios merced et estades con bien et con onrra, si alguna vez vos menguare[n] dineros o estudiernes en afincamiento, non desmayedes por ello et cred por cierto que otros mas onrrados et mas rricos que vos estaran afincados, que se ternian por pagados si pudiesen dar a sus gentes et les diesen aun muy menos de quanto vos les dades a las vuestras».

E al conde plogo mucho desto que Patronio [le] dixo, et conortose et ayudose el, et ayudol' Dios, et salio muy bien de aquella quexa en que estava.

Et entendiendo don Johan que este enxienplo era muy bueno, fizolo poner este libro et fizo estos viessos que dizen asi:

Por pobreza nunca desmayedes,  
Pues otros mas pobres que vos veedes.

## JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA (12...-13...)

### DEL «LIBRO DE BUEN AMOR»

defque vino el dia del plaso feñalado,  
vino don carnal *que* ante effaua ef forçado,  
de gentef muy garnidaf muy byen aconpañado:  
ferie don alexandre de tal rreal pagado.

Puso enla delanteraf muchos buenos peones,  
gallynaf e perdises, conejos e capones,  
anades e lauancos e gordof anffarrones;  
fasian fu alarde çerca de los tysones.

Eftos trayian lanças de peon delantero,  
efpetos muy conplidof de fierro e de madero;  
efcudauan fe todos conel grand tajadero;  
en la buena yantar eftos venian *primer*o.

Enpos los escudados estan los ballesteros,  
las anffares, çeqinas, costados de carneros,  
piernas de puerco fresco, los jamones enteros;  
luego en pos de aqueftos estan los caualleros.

Las pueftas de la vaca, lechones E cabritos  
ally andan faltando e dando grandef gritos;  
luego los escuderos, muchos quefuelos friscos  
que dan delas espuelas a los vinos byen tyntof.

Traya buena mestrada Rica de Infançones:  
muchos buenos fayfanes, los locanos paufones;  
venian muy bien garnidos enfiestos los pendones,  
trayan armas estrañas e fuertes garniçiones,

Eran muy bien labradas, tenpladas e byen fynas,  
oblas de puro cobre trayan por capellynas,  
por adaragas calderas, fartenes e cosinas:  
Real de tan grand preçio non tenian las fardinas.

vinieron muchos gamos e el fuerte jaualy:  
«Señor,»—dis,—“non me escufedes de aquefta lyd ami,  
«que ya muchas vegadas lydie con don aly,  
«vfado fo de lyd, fyenpre por ende valy».—

Non avia acabado desir byen fu verbo,  
ahe vos ado viene muy lygero el çyruo;  
«omillo me»,—dis,—«señor, yo el fu leal fyeruo,  
«por te faser seruicio ¿non fuy por ende fyeruo?»—

Vino prefta e lygera al alarde la lyebre:  
«Señor,»—«dis,—“alla dueña yo le metre la fiebre,  
«dalle he la farna e diuiefos que de lydiar nol miembre;  
«mas querria mi pelleja quando alguno quiebre.»—

Vino el cabron montes con corços e torcasas,  
desiendo fus bramuras e muchas amenasas:  
«Señor,»—dis,—«ala duena, fy con migo la enlasas  
«non te podra enpeçer con todas fus espinaças».—

Vino fu paso apaso el buey viejo lydero:  
«Señor,»—dis,—“aherren me echa oy el llugero,  
«non fo para afrae en carrera nin ero,  
«mas faho te feruicio con la carne e cuero».—

Eftaua don toçino con mucha otra çeqina,  
çidierbedas e lomof, fynchida la cosina,  
todof aperçebidos para la lyd malyna;  
la dueña fue maestra, non vino tan ayna.

Como es don carnal muy grand enperador,  
E tiene por todo el mundo poder como señoer,  
aves E animalias por el fu grand amor  
vinieron muy omildef, pero con grand temor.

.....  
vigilia era de pascua, abril çerca pasado,  
el fol era falido por el mundo Rayado,  
fue por toda la tierra grand Roydo fonado  
de dos enperadores que al mundo han llegado,

Eftos dos emperadores amor E carnal eran,  
 arrefçebir lof falen *quantos quelos eferan*,  
 laf avef e los arboref noble tienpo averan,  
 lof *que* amor atyenden fobre todos fe efmeran.  
 adon carnal rrefçiben todos los carniçeros  
 E todos los rrabys *con* todos fus aperos,  
 ael falen triperas taniendo fus panderos,  
 de muchos *que* corren monte llenos van los oteros.

El paffor lo atyende fuera de la carrera  
 taniendo su çapoña E los albogues *efpera*,  
 fu moço el caramillo fecho de caña vera,  
 taniendo el Rabadan la çitola trotera.

Por el puerto afoma vna feña bermeja;  
 en meio vna figura, cordero me femeja;  
 vienen derredor della, balando, mucha oveja,  
 carneros E cabritos *con* fu chica pelleja.

.....  
 Dia era muy ffanto de la pascua mayor,  
 el fol era falydo muy claro E de noble color;  
 los omes e las aves e toda noble flor  
 todos van rrefçebir cantando al amor,

Rrefçiben lo las aves, gayos e Ruy señores,  
 calandrias. papagayos mayores e menores,  
 dan cantos plasenteros e dulçes ffabores,  
 maf alegria fassen los *que* fon mas mejores.

rresçiben lo los arbores con rramos E *con* flores  
 de diueffas maneras, de diueffas collores,  
 rrefçiben lo omes E dueñas con amores,  
*con* muchos Inffrumentos falen los atanbores.

Ally fale gritando la guitara morifca,  
 delas boses aguda e de los puntos arifca,  
 el corpudo laud *que* tyene punto a la trisca,  
 la guitarra latyna con efos fe aprifca.

El rabbe *gritador*, conla fu alta nota,  
 cabel El orabyn taniendo la fu rrota,  
 el falterio con ellos maf alto *quela* mota,  
 la vyuela de pendola *con* aqueffos y ffota.

### Ensiemplo de la rrapofa E del cueruo

La marfufa vn dia con la fanbre andaua,  
 vido al cueruo negro en vn arbol do eftaua,  
 grand pedaço de *quefo* enl pico leuaua,  
 ella con fu lijonga *tan bien* lo faludaua:

«O cueruo tan apueffo, del cifneeref pariente,  
 enblancura en do no fermofo rrelusiente,  
 maf *que* todas las aves cantaf muy dulçemente,  
 fy vn cantar dixieres, dire yo por el veynte.

mejor *que* la calandria nin el papa gayo,

mejor gritaf *que* tordo, nin Ruy Señor, nin gayo,  
fi agora cantaffes, todo el pefar *que* trayo  
me firaries en punto maf *que* otro enfayo.»—

bien se coydo el cueruo *que* conel gorgear.  
prasia a todo el mundo maf *que* con otro cantar,  
creye *quela* fu lengua e el fu mucho gradnar  
alegraua las gentef maf *que* otro jugar.

Començo acantar, la fu vos aerçer  
el *quefo* de la boca ouosele acaer;  
la gulhara en punto felo fue acomer;  
el cueruo connel dapño ouo de entristeçer.

falfa onrra E vana gloria y el Rifete falfo  
dan peffar e triftesa e dapno fyn *trafpaso*;  
muchos cuydan *que guarda* el viñadero e el pafó,  
e ef la magadaña *que* efa en el cada halfo.

Non ef cofa Segura creer dulce lyjonja,  
de *aqueste* dulce Suele venir amarga lonja,  
pecar en tal manera non conviene amonja,  
rreligiofa non cafta ef perdida toronja.

---

## RABÍ DON SEM TOB (13...-14...)

### DE LOS «PROVERBIOS MORALES»

Non hay tan buen thesoro  
Commo el bien faser  
Nin tan precioso oro,  
Nin tan dulce plaser,

Commo el que tomará  
Aquel que lo fisiere:  
En vida le honrará  
Y después que muriere.

El bien fecho non theme  
Que le furten ladrones,  
Nin que fuego lo queme  
Nin otras ocasiones.

Nin há para guardarlo  
Rincones menester,

Nin en arca cerrarlo,  
Nin so llave meter.

Queda la buena fama  
Quando fueren gastados  
Los algos, y la cama,  
Y los pannos precitados.

Por él será honrrado  
El linage que queda,  
Quando fuere acabado  
El que lo suyo hereda.

Jamás el su buen nombre  
Non se olvidará,  
Que lengua de todo hombre  
Siempre lo nombrará.

---

**PERO LÓPEZ DE AYALA (1332-1407)**  
**DE LA «CRÓNICA DE D. PEDRO I»**

**AÑO ONCENO, CAP. V**

**Cómo el Rey fizo matar a Pero Alvarez de Osorio,  
 e a hijos de Ferrand Sánchez de Valladolid, e prendió al Arcediano  
 Don Diego Arias Maldonado.**

Después que el Rey estovo algunos días en León e vió que non quería venir a él Don Pero Núñez de Guzmán, que estaba en el su castillo de Aviados, partió de León para Valladolid, por quanto sopo como el Conde Don Enrique e los que con él venían eran ya entrados en Castilla, e mataron los Judíos de Nájara e de otros logares. E yendo el Rey para Valladolid partió de Medina de Rioseco, e fué a comer a un aldea que es a dos leguas de Valladolid, que dicen Villanubla: e Pero Alvarez de Osorio comía ese día con Don Diego García de Padilla, Maestre de Calatrava, en su posada, e era en quaresma. E estando comiendo llegaron y por mandado del Rey dos ballesteros de maza, al uno decían Juan Diente, e al otro Garci Díaz de Albarracín, e otro ome de la Cámara del Rey, que decían Rui González de Atienza: e a la mesa, donde estaba el dicho Pero Alvarez de Osorio comiendo, le mataron, e luego le cortaron la cabeza. E Don Diego García non sabía desto ninguna cosa, antes ovo grand miedo. Ofrosí desde que fué muerto Pero Alvarez de Osorio dió el rey el Adelantamiento de fierra de León a Suez Pérez de Quiñones, por quanto era contrario de Don Pero Núñez de Guzmán. E fizo el Rey prender ese día a dos hijos de Ferrand Sánchez de Valladolid, que vinieron allí, al uno decían Garci Ferrandez, e al otro Juan Sánchez: e luego partió el Rey dende, e fué para Valladolid: e otro día fizolos matar el Rey en Valladolid, por quanto ovo sospecha que eran en fabla con Don Pero Núñez, por unas cartas que falló que se enviaban, aunque ellos se disculpaban. E partió de Valladolid, e fué para una villa que dicen Dueñas, e allí fizo prender en llegando al Arcediano Don Diego Arias Maldonado, diciendo que rescibiera cartas del Conde Don Enrique; e fizole matar en Burgos dende a ocho días.

---

**FERNAN PEREZ DE GUZMAN (13..-14..)**  
**DE LAS «GENERACIONES Y SEMBLANZAS»**

**De Don Pero López de Ayala, notable Caballero, Chanciller mayor  
 de Castilla**

Don Pero López de Ayala, Chanciller mayor de Castilla, fué un caballero de gran linage: ca de parte de su padre venía de los de Haro, de quien los de Ayala descenden: de parte de su madre venía de Zavallos, que es un gran solar de caballeros. Algunos del linage de Ayala, dicen

que viene del infante de Aragon, a quien el Rey de Castilla dió el señorío de Ayala: é yo así lo hallé escrito por Don Fernan Perez de Ayala, padre deste Don Pero López, pero no lo leí en historias, ni he dello otra certidumbre. Fué este don Pero López de Ayala alto de cuerpo, y delgado, é de buena persona: hombre de gran discreción é autoridad, y de gran consejo así de paz como de guerra. Ovo gran lugar acerca de los Reyes en cuyo tiempo fué. Ca seyendo mozo fué bien quisto del Rey Don Pedro, é después del Rey Don Enrique el segundo: fué del su consejo muy amado dél: el Rey Don Juan y el Rey Don Enrique su hijo hicieron dél gran mención e fianza. Pasó por grandes hechos de guerra y de paz: fué preso dos veces, una en la batalla de Nájara, é otra en Aljubarrota. Fué de muy dulce condición é de buena conversación, y de gran consciencia, que temía mucho á Dios. Amó mucho las sciencias, dióse mucho á los libros é historias, tanto, que como quier que él fuese asaz caballero y de gran discreción en la práctica del mundo, pero naturalmente fué inclinado a las sciencias. E con esto gran parte del tiempo ocupaba en leer y estudiar, no en obras de derecho, sino en Filosofia é Historias. Por causa dél son conocidos algunos libros en Castilla que antes no lo eran: así como el Tito Livio, que es la más notable historia Romana: las Caídas de los Príncipes: los Morales de San Gregorio: El Isidoro de *summo bono*: el Boecio: la Historia de Troya. El ordenó la historia de Castilla desdel Rey Don Pedro hasta el Rey Don Enrique el tercero: é hizo un buen libro de caza, que él fué mucho cazador, é otro libro llamado: *Rimado del palacio*. Amó mucho mugeres, mas que á tan sabio caballero como a él se convenía. Murió en Calahorra en edad de setenta é cinco años, año de mil y quatrocientos y siete. Está sepultado en el Monesterio de Quexana, donde están los otros de su linage.

#### De Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Maestre de Santiago

Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Maestre de Santiago, fué natural de Galicia, ca en aquella provincia es el solar de su linage: é fué alto de cuerpo, grueso é bien apersonado, muy callado, de pocas palabras, pero de buen seso é buen entendimiento, e de gran regimiento y regla en su casa é hacienda, é por esto de algunos era habido por escaso é codicioso, pero aquello que él daba era en tal manera, que la forma suplía el defecto de la materia, porque era luego dado en dineros contados é muy secretamente, que son autos que honran é afeitan mucho los dones, é los hace más graciosos; ca con tales maneras, el que lo recibe no toma trabajo, y el que lo da muestra no querer vanagloria. De su esfuerzo nunca oi, salvo que en las guerras era diligente é de buena ordenanza, lo qual no podía ser sin esfuerzo, é seguía mucho por Astrólogos. Murió en edad de sesenta y cinco años.

## DE LOS «LOORES DE LOS CLAROS VARONES DE ESPAÑA»

## Del Rey don Alfonso, el que ganó a Toledo

Subcedio al rey don Fernando  
don Alfonso muy loado,  
que a Toledo conquistando  
fue della intitulado,  
e seteno fue llamado,  
los Alfonsos numerando.  
Otros le llaman, trufando,  
de la mano foradado.

Su principio fué turbado  
sin sosegar en partido;  
fue vencedor, fue vencido,  
fue preso e de allí librado:  
fue monge e seglar tornado  
a su hermano temiendo:  
fue desterrado fuyendo,  
del destierro reuocado.

Don Sancho, como a Dios plugo,  
partido de aquesta vida,  
e tornando presto a Lugo,  
la prouincia reducida  
fue en el, la qual partida  
auia sido por seis años,  
padesciendo grandes daños  
la tierra toda estruida.

Los terminos limitados  
que fasta allí non pasauan  
de Duero, tanto estauan  
los chistianos coartados,  
estrechos e arrinconados,  
este rey los alargo  
fasta Tajo e conquistó  
tierras de cinco obispados

Toledo, Anila, Segouia, Siguenza,  
Osma.

Este rey de gran valor  
leo tres vezes vencido  
en batalla, e no he leido  
mas de vna vencedor.  
Leole conquistador  
de prouincias e cibdades,  
lo qual quiero que sepades  
que es a mi gran estupor.

Por que, según me paresce,

ser yo vencido e ganar  
e fuyendo conquistar,  
esto non se compadesce;  
con lo que otro peresce  
este rey va floresciendo:  
aqueste cresce perdiendo,  
otro perdiendo descrese.

Si non fue el rey don Fernando  
que gano la Andaluzia,  
quien tanto fue conquistando  
non lo hay fasta este día.  
Su trabajo e su porfia  
fue grande, segun yo entiendo,  
en las batallas perdiendo  
e ganando todauia.

Fue rey de gran discrecion,  
esforzado e animoso,  
liberal, justo, gracioso  
e de noble condicion,  
de tanta administracion,  
de tal industria e tal arte,  
quel fue por la mayor parte  
honor de nuestra nacion.

Desde, poco mas o menos  
regio el reyno quarenta años  
aviendo terribles daños  
fechos a los agarenos,  
vsando de actos buenos  
en sus postrimeros días  
ya non de cauallerias  
nin de virtudes agenos

murio al octauo día  
del glorioso Bautista  
en la cibdad de conquista  
fue por su gran osadia,  
donde la Virgen Maria  
dio el alba pontifical,  
do es el ceptro real  
de España e la primacia.

Fue vn día doloroso  
para la su triste España,  
día de ira e de saña,  
día escuro e nebuloso;  
vn signo marauilloso

fue en Leon este dia,  
asaz propia profecia  
de acto muy luctuoso.

Delante el bendito altar  
de piedras fuertes e duras,  
non digo de las junturas,

vieron el agua manar.  
Que quiso significar  
esto sino que Castilla  
deuia con gran manzilla  
la tal perdida llorar?

Esta agua, según relata en sus istorias el arzobispo de Toledo don Rodrigo, e don Lucas, obispo de Tuy, mano delante el altar de sant Isidro de Leon e continuo su mannar por tres días, e fue puesta desta agua en redomas por testimonio.

---

## ROMANCE DEL PALMERO

(ANÓNIMO)

De Mérida sale el Palmero,—de Mérida, esa ciudad:  
los piés llevaba descalzos,—las uñas corriendo sangre.  
Una esclavina trae rota,—que no valía un real,  
y debajo traía otra,—¡bien valía una ciudad!  
que ni rey ni emperador—no alcanzaba otra tal.  
Camino lleva derecho—de Paris, esa ciudad;  
ni pregunta por meson—ni ménos por hospital:  
pregunta por los palacios—del rey Cárlos do está.  
Un portero está á la puerta,—empezóle de hablar:  
—Dijésemme tú, el portero,—el rey Cárlos ¿dónde está?—  
El portero que lo vido,—mucho maravillado se ha,  
cómo un romero tan pobre—por el rey va a preguntar.  
—Digádesmelo, señor,—de eso no tengais pesar.  
—En misa estaba, Palmero,—allá en San Juan de Letran,  
que dice misa un arzobispo,—y la oficia un cardenal.—  
El Palmero que lo oyera—¡base para Sant Juan:  
en entrando por la puerta—bien veréis lo que hará.  
Humillóse a Dios del cielo—y á Santa María su Madre,  
humillóse al arzobispo,—humillóse al cardenal  
porque decia la misa—no porque merecia mas:  
humillóse al emperador—y a su corona real,  
humillóse á los doce—que á una mesa comen pan.  
No se humilla á Oliveros,—ni ménos a don Roldan,  
porque un sobrino que tienen—en poder de moros está,  
y pudiéndolo hacer—no le van á rescatar.  
Desdeque aquesto vió Oliveros,—desdeque aquesto vió Roldan,  
sacan ambos las espadas—para el Palmero se van.  
El Palmero con su bordon—su cuerpo va á mamparar.  
Allí hablara el buen rey—bien oiréis lo que dirá:  
—Tate, tate, Oliveros,—tate, tate, don Roldan,

ó este Palmero es loco,—ó viene de sangre real.—  
 Tomárale por la mano,—y empiézale de hablar:  
 —Dígame tú, el Palmero,—no me niegues la verdad,  
 ¿en qué año y en qué mes—pasastes aguas de la mar?  
 —En el mes de mayo, señor,—yo las fuera á pasar.  
 Porque yo me estaba un día—á orillas de la mar  
 en el huerto de mi padre—por haberme de holgar:  
 captiváronme los moros,—pasáronme allende el mar,  
 á la infanta de Sansueña—me fuéron a presentar;  
 la infanta desque me vido—de mí se fué á enamorar.  
 La vida que yo tenia,—rey, quiero vos la contar.  
 En la su mesa comía,—y en su cama me iba á echar.—  
 Allí hablara el buen rey,—bien oiréis lo que dirá:  
 —Tal captividad como esa—quien quiera la tomará.  
 Dígame tú, el Palmerico,—¿sí la iria yo á ganar?  
 —No vades allá, el buen rey,—buen rey, no vades allá,  
 porque Mérida es muy fuerte,—bien se vos defenderá.  
 Trescientos castillos fiene,—que es cosa de los mirar,  
 que el menor de todos ellos—bien se os defenderá.—  
 Allí hablara Oliveros,—allí habló don Roldan:  
 —Miente, señor, el Palmero,—miente y no dice verdad  
 que en Mérida no hay cien castillos,—ni noventa á mi pensar,  
 y estos que Mérida fiene—no tiene quien los defender,  
 que ni tenían señor,—ni ménos quien los guardar.—  
 Desque aquesto oyó el Palmero—movido con gran pesar,  
 alzó su mano derecha,—dió un bofeton á Roldan.  
 Allí hablara el rey—con furia y con gran pesar:  
 —Tomalde, la mi justicia,—y llevédeslo ahorcar.—  
 Tomádolo ha la justicia—para habello de justiciar;  
 y aun allá al pié de la horca—el Palmero fuera hablar:  
 —¡Oh mal hubieses, rey Cárlos!—Dios te quiera hacer mal,  
 que en un hijo solo que tienes—tú le mandas ahorcar.—  
 Ódolo habia la reina—que se le paró á mirar:  
 —Dejédeslo, la justicia,—no le querais hacer mal,  
 que si él era mi hijo—encubrir no se podrá,  
 que un lado ha de tener—un extremado lunar.—  
 Ya le llevan á la reina,—ya se lo van a llevar:  
 desnúdanle una esclavina—que no valia un real;  
 ya le desnudaban otra—que vália una ciudad:  
 halládole han al infante,—halládole han la señal.  
 Alegrias se hicieron—no hay quien las pueda contar.

## MARQUÉS DE SANTILLANA (1398-1458)

## SONETOS

Quando yo veo la gentil criatura  
 quel çielo acorde con naturaleça,  
 formaron, loo mi buena ventura,  
 el punto e ora que tanta belleça  
 me demostraron, e su fermosura,  
 ca solo de loar es la pureça;  
 mas luego torno con equal tristura,  
 e plango, e quexome de su crueça.

Ca non fue tanta la del mar Thereo,  
 nin fizo la de Achilla e de Photino,  
 falsos ministros de ti, Tholomeo.

Asy que lloro mi serviçio indino  
 e la mi loca fiebre, pues que veo  
 e me fallo cansado e peregrino.

Lloro la hermana, maguer que enemiga,  
 al rey don Sancho, e con grand sentido  
 proçedió presto contra el mal Vellido,  
 servando en acto la fraternal liga.

Dulçe hermano! pues yo que tanto amiga  
 jamas te fuy, como podre çelar  
 de te llorar, plañir e lamentar  
 por bien quel sexo contraste e desdiga?

O real casa, tanto perseguida  
 de la mala fortuna, e molestada!  
 non pienso Juno que mas ençendida  
 fue contra Thebas, nin tanto indinada.  
 Antropos! muerte me plaze, e non vida,  
 si tal ventura ya non es cansada.

## SERRANILLAS

Desdeque nací  
 no vi tal serrana  
 como esta ma[n]ana.

Allá en la vegüela  
 a Mata 'l Espino,  
 en ese camino  
 que va a Loçoyuela,  
 de [guissa] la vy  
 que [me] fizo gana  
 la fruta tenprana.

Garnacha traía  
 de oro presada  
 con broncha dorada,  
 que bien parecía.  
 A ella volví  
 diziendo: «Loçana,  
 ¿e soys villana?»

«Sí soy, cavallero;  
 si por mí lo avedes,  
 decit ¿qué queredes?,  
 fablat verdadero».

Yo le dixে assí:  
 Juro por Santana  
 que no soys villana».

---

Moça tan fermosa  
 non ví en la frontera,  
 como una vaquera  
 de la Finojosa.

Faziendo la vía  
 del Calatraveño  
 a Santa María,  
 vencido del sueño,  
 por tierra fragosa  
 perdí la carrera,  
 do vi la vaquera  
 de la Finojosa.

En un verde prado  
 de rosas e flores,  
 guardando ganado  
 con otros pastores,  
 la vi tan graciosa,  
 que apenas creyera  
 que fuese vaquera  
 de la Finojosa.

Non creo las rosas  
 de la primavera  
 sean tan fermosas  
 nin de tal manera,  
 fablando sin glosa,  
 si antes supiera  
 de aquella vaquera  
 de la Finojosa.

Non tanto mirara  
 su mucha beldad,  
 porque me dexara  
 en mi libertad.  
 Mas dixে: «Donosa  
 (por saber quien era),  
 ¿aquella vaquera  
 de la Finojosa?...»

Bien como riendo,  
 dixে: «Bien vengades,  
 que ya bien entiendo  
 lo que demandades:  
 non es desseosa  
 de amar, nin lo espera,  
 aquessa vaquera  
 de la Finojosa.

---

## JUAN DE MENA (¿1411-1454?)

### DE «EL LABERINTO»

Non bien formadas mis boces serian,  
 quando robada sentí mi persona,  
 e llena de furia la madre Belona  
 me toma en su carro que dragos trayan;  
 e quando las alas non bien remeçian,  
 feríalos esta con duro flagelo,  
 tanto que fizo fazerles tal buelo  
 que presto me dexan adonde querian.

Assi me soltaron en medio de vn plano  
 desde ouieron dado conmigo vna buelta,  
 como a las vezes el aguila suelta  
 la presa que bien nol finche la mano;  
 yo de tal casó mirable, ynumano,

falleme espantado en vn grand desierto  
do vi multitud, non numero çierto,  
en son religioso e modo profano.

E toda la otra vezina planura  
estaua çercada de nitido muro,  
assi trasparente, clarifico, puro,  
que marmol de Paro parece en albura:  
tanto que el viso de la criatura,  
por la diafana claror de los cantos,  
pudiera traer objetos atantos  
quantos çelaua so si la clausura.

Mas ya porque en otros algunos lugares  
mi vista, bien antes que yo lo demande,  
me faze grand cuerpo de cuerpo non grande  
quando los medios son especulares,  
dixe: «Si formas tan mucho dispares  
bien non reguardo, jamas sere ledo  
si de mas çerca mirar yo non puedo  
sus grandes misterios, e muy singulares.»

Como el que tiene el espejo delante,  
maguer que se mire de drecho en drecho,  
se parte pagado, mas non satisfecho  
como si viesse su mesmo semblante,  
tal me sentía por el semejante,  
que nunca assi pude fallarme contento,  
que non deseasse mirar mas atento,  
mi vista culpando por non abastante.

Estando yo alli con aqueste deseo,  
abaxa vna nuue muy grande y escura,  
y el aire foscando con mucha presura,  
me çiega e me çíne que nada non veo;  
e ya me femia, fallandome reo,  
non me conteçiesse como a Polifemo,  
que desde çiego venido en extremo,  
ouo lugar el engaño vlixeo.

Mas como tenga miseria liçençia  
de dar mas aguda la contenplación,  
ya mas e mas en aquellos que son  
priuados de toda visiuu potençia,  
comienço ya quanto con mas eloquençia  
en esta mi cuyta de dialogar,  
al pro e a la contra, e a cada lugar  
sienpre diuina llamando clemençia.

Luego resurgen tamaños clarores  
que fieren la nuue dexandola enxuta,  
en partes pequeñas assi resoluta,  
que toda la fazen bolar en vapores,  
e resta en el medio cubierta de flores  
vna donzella tan mucho fermosa,

que ante su gesto es loco quien osa  
otras beldades loar de mayores.

.....  
Vimos Omero tener en las manos  
la dulce Yliada con el Odissia;  
el alto Vergilio vi que lo seguia  
en vno con otro monton de romanos,  
tragicos, liricos, elegianos,  
comicos, satiricos con eroystas;  
e los escritores de tantas conquistas  
quantas naçieron entre los vmanos.

O flor de saber e de caualleria,  
Cordoua madre, tu fijo perdona  
si en los cantares que agora pregonan  
non diulgare tu sabiduria:  
de sabios valientes loarte podria,  
que fueron espejo muy marauilloso;  
por ser de ti mesma, sere sospechoso,  
diran que los pinto mas bien que deuia.

Venimos al çerco de nuestros presentes  
adonde fallamos muy pocos de tales:  
oy la doctrina mayores de males  
que non de virtudes açerca las gentes;  
mas entre otros alli prefulgentes,  
vimos a vno lleno de prudencia,  
del qual preguntada la mi Prouidencia,  
respuso difando los versos siguientes:

«Aquel que tu vees estar contenplando  
el mouimiento de tantas estrellas,  
la obra, la fuerça, la orden de aquellas,  
que mide los cursos de como e de quando,  
e ouo notiçia filosofando  
del mouedor e de los comouidos,  
de lumbre e rayos, e son de tronidos,  
e supo las causas del mundo velando,

»aquel claro padre, aquel dulce fuente,  
aquel que en el castalo monte resuena,  
es don Enrique, señor de Villena,  
onrra de España e del siglo presente.»  
O ynclito sabio, auctor muy çiente,  
otra e avn otra vegada yo llo  
porque Castilla perdio tal tesoro,  
non conoçido delante la gente.

Perdio los tus libros sin ser conoçidos,  
e como en esequias te fueron ya luego  
vnos metidos al auido fuego,  
otros sin orden non bien repartidos;  
cierto en Atenas los libros fengidos  
que de Pitagoras se reprouaron,

con çerimonia mayor se quemaron  
quando al senado le fueron leydos.

Fondon destes çercos vi ser derribados,  
los que escudifiãuan las dañadas artes,  
e la su culpa vi fecha dos partes,  
de los que la muestran e de los mostrados;  
magos, sortilegos mucho dañados,  
prestigiantes vi luego siguiente,  
e los matematicos que malamente  
tientan objetos a nos deuedados.

### CANCION DE JUAN DE MENA

Oyga tu merced y crea,  
ay de quien nunca te vido,  
hombre que tu gesto vea,  
nunca puede ser perdido.

Ya la tu sola virtud,  
fermosura sin medida,  
es mi todo bien y vida,  
con esfuerço de salud:  
quien tu vista ver dessea  
fablara no enfengido;

hombre que tu gesto vea  
nunca puede ser perdido.

Pues tu vista me saluo,  
cesse tu saña tan fuerte,  
pues que, señora, de muerte  
tu figura me libro:  
bien dira qualquier que sea  
sin temor de ser vencido:  
hombre que tu gesto vea  
nunca puede ser perdido.

---

## GÓMEZ MANRIQUE

### DE «LA REPRESENTACIÓN DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR»

#### LA DENUNCIACION DEL ANGEL ALOS PASTORES

Yo vos denunçio, pastores,  
que en Bellen es oy naçido  
el señor delos señores,  
sin pecado conçevido;  
e porque non lo dudedes,  
yd al pesebre del buey,  
donde çierto fallaredes  
al prometido en la ley.

#### EL VN PASTOR

Dime tu, ermano, di,  
si oyste alguna cosa,  
o si viste lo que vi.

#### EL SEGUNDO

Vna gran boz me semeja  
de vn angel reluziente  
que sono en mi oreja.

#### EL TERCERO

Mis oydos an oydo  
en Bellen ser esta noche  
nuestro saluador naçido;  
por ende dexar deemos  
nuestros ganados e yr  
por ver si lo fallaremos.

#### LOS PASTORES VEYENDO AL GLORIOSO NIÑO

Este es el niño eçelente

que nos tiene de salvar;  
ermanos, muy omilmente  
le lleguemos adorar.

LA ADORACIÓN DEL PRIMERO

Dios te salue, glorioso  
ynfante santificado,  
por redimir enbiado  
este mundo trabajoso;  
damos te grandes loores  
por te querer demostrar  
a nos, miseros pastores.

DEL SEGUNDO

Salue te Dios, niño santo,  
enbiado por Dios padre,  
conçebido por tu madre  
con amor e con espanto:  
alabamos tu grandeza  
que enel pueblo de Israel  
escogió nuestra sinpleza.

DEL TERCERO

Dios te salue, salvador,  
onbre que ser Dios creemos;  
muchas graçias te fazemos  
por que quisiste, Señor,  
la nuestra carne vestir,  
en la qual muy cruda muerte  
as por nos de reçebir.

LOS ANGELES

Gloria al Dios soberano  
que reyna sobre los çielos,  
e paz al linaje vmano.

SAN GABRIEL

Dios te salue, gloriosa  
delos maytines estrella,  
despues de madre donzella,  
e antes que fija esposa:  
yo soy venido, señora,  
tu leal enbaxador,  
para ser tu seruidor  
en aquesta santa ora.

SAN MIGUEL

Yo Micael que vençi  
las huestes luçiferales,  
con los coros çelestiales  
que son en torno de mi,  
por mandato de Dios padre  
vengo tener compañia  
a ti, beata Maria,  
de fan santo niño madre.

SAN RAFAEL

Yo, el angel Rafael,  
capitan destas cuadrillas,  
dexando las altas sillas,  
vengo a ser tu donzel;  
e por fazerte placeres,  
pues tan bien los mereçiste,  
o Maria mater Criste,  
bendicha entre las mugeres!

LOS MARTIROS QUE PRESENTAN AL  
NIÑO.—EL CALIZ

O santo niño naçido  
para nuestra redencion!  
este caliz dolorido  
dela tu cruda pasion  
es neçesario que beua  
tu sagrada magesfad,  
por salvar la vmanidad  
que fue perdida por Eua.

EL ASTELO E LA SOGA

E sera en este astelo  
tu cuerpo glorificado,  
poderoso rey del çielo,  
con estas sogas atado.

LOS AÇOTES

Con estos açotes crudos  
romperan los tus costados  
los sayones muy sañudos  
por lauar nuestros pecados.

LA CORONA

E despues de tu persona  
ferida con deçeplinas,  
te pornan esta corona  
de dolorosas espinas.

## JORGE MANRIQUE (1440?-1479)

COPLAS QUE FIZO DON JORGE MANRRIQUE  
POR LA MUERTE DE SU PADRE

1

Recuerde el alma dormida,  
abiue seso y despierte,  
contenplando  
como se passa la vida,  
como se viene la muerte  
tan callando;  
quan presto se va el plazer,  
como después de acordado  
da dolor,  
como, a nuestro parescer,  
qualquiera tienpo passado  
fue mejor.

2

Pues si vemos lo presente  
como en vn punto se es ydo  
y acabado,  
si juzgamos sabiamente,  
daremos lo no venido  
por passado.  
No se engañe nadie, no,  
pensando que ha de durar  
lo que espera  
mas que duro lo que vio,  
pues que todo ha de passar  
por tal manera.

3

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar  
que es el morir:  
allí van los señorios  
derechos a se acabar  
y consumir;  
allí los ríos caudales,  
allí los otros, medianos  
y mas chicos,  
allegados son yguales,  
los que biuen por sus manos  
y los ricos.

4

Dexo las inuocaciones  
delos famosos poetas  
y oradores;  
no curo de sus ficciones,  
que traen yeruas secretas  
sus sabores.  
Aquel solo me encomiendo,  
aquel solo ynuoco yo  
de verdad,  
que en este mundo biuiendo,  
el mundo no conosco  
su deydad.

5

Este mundo es el camino  
para el otro, que es morada  
sin pesar;  
mas cunple tener buen fino  
para andar esta jornada  
sin errar.  
Partimos quando nascemos,  
andamos mientras biuimos  
y llegamos  
al tienpo que fenescemos;  
assí que quando morimos  
descansamos.

6

Este mundo bueno fue  
si bien vsassemos del  
como deuemos,  
porque, segun nuestra fe,  
es para ganar aquel  
que atendemos.  
Y avn aquel fijo de Dios  
para sobirnos al cielo  
descendio  
a nasser aca entre nos,  
y a biuir en este suelo  
do murio.

7

Si fuesse en nuestro poder  
 tornar la cara fermosa  
 corporal,  
 como podemos fazer  
 el anima gloriosa  
 angelical,  
 que diligencia tan biua  
 touieramos toda hora  
 y tan presta  
 en conponer la catiua,  
 dexandonos la señora  
 desconpuesta!

8

Ved de quan poco valor  
 son las cosas tras que andamos  
 y corremos,  
 que, en este mundo traydor,  
 avn primero que muramos  
 las perdemos:  
 dellas desfaze la edad,  
 dellas casos desastrados  
 que acaescen,  
 dellas, por su calidad,  
 enlos mas altos estados  
 desfallescén.

9

Dezidme, la fermosura,  
 la gentil frescura y tez  
 dela cara,  
 la color y la blancura,  
 quando viene la vejez,  
 qual se para?  
 Las mañas y ligereza  
 y la fuerça corporal  
 de jountud,  
 todo se torna graueza  
 quando llega al arraual  
 de senectud.

10

Pues la sangre delos godos,  
 y el linage, y la nobleza  
 tan crescida,  
 por quantas vias y modos  
 se sume su grand alteza  
 en esta vida!

Vnos, por poco valer,  
 por quan baxos y abatidos  
 que los tienen!  
 y otros, por no tener,  
 con ofiços no deuidos  
 se mantienen.

11

Los estados y riqueza,  
 que nos dexan a desora,  
 quien lo duda?  
 No les pidamos firmeza,  
 pues que son de vna señora  
 que se muda;  
 que bienes son de Fortuna  
 que rebuelue con su rueda  
 presurosa,  
 la qual no puede ser vna,  
 ni estar estable ni queda  
 en vna cosa.

12

Pero digo que aconpañen  
 y lleguen hasta la huessa  
 con su dueño:  
 por esso no nos engañen,  
 pues se va la vida apriessa  
 como sueño.  
 Y los deleytes de aca  
 son en que nos deleytamos,  
 temporales,  
 y los tormentos de alla,  
 que por ellos esperamos,  
 eternas.

13

Los plazer y dulçores  
 desta vida trabajada  
 que tenemos,  
 que son sino corredores,  
 y la muerte la celada  
 en que caemos?  
 No mirando nuestro daño,  
 corremos a rienda suelta  
 sin parar;  
 desde vemos el engaño  
 y queremos dar la buelta,  
 no hay lugar.

## 14

Essos reyes poderosos  
que vemos por escrituras  
ya passadas,  
con casos fristes llorosos  
fueron sus buenas venturas  
trastornadas;  
assi que no ay cosa fuerte,  
que a papas y enperadores  
y perlados  
assi los trata la Muerte  
como a los pobres pastores  
de ganados.

## 15

Dexemos a los troyanos,  
que sus males no los vimos,  
ni sus glorias;  
dexemos a los romanos,  
avnque oymos y leymos  
sus estorias;  
no curemos de saber  
lo de aquel siglo passado  
que fue dello;  
vengamos alo de ayer,  
que tan bien es oluidado  
como aquello.

## 16

Que se fizo el rey don Juan?  
los ynfantes de Aragon,  
que se fizieron?  
Que fue de tanto galan?  
que fue de tanta ynuencion  
como truxieron?  
Las justas y los torneos,  
paramentos, bordaduras,  
y cimeras,  
fueron sino deuaneos?  
que fueron sino verduras  
delas eras?

## 17

Que se fizieron las damas,  
sus tocados, sus vestidos,  
sus olores?  
Que se fizieron las llamas  
de los fuegos encendidos  
de amadores?

Que se fizo aquel trobar,  
las musicas acordadas  
que tañian?

Que se fizo aquel dançar,  
aquellas ropas chapadas  
que trayan?

## 18

Pues el otro su heredero,  
don Enrique, que poderes  
alcançaua!  
quan blando, quan falaguero  
el mundo con sus plazerres  
sele daua!  
Mas vereys quan enemigo,  
quan contrario, quan cruel  
sele mostro,  
auiendolo sido amigo,  
quan poco duro con el  
lo que le dio.

## 19

Las dadiuas desmedidas,  
los edificios reales  
llenos de oro,  
las vaxillas tan fabridas,  
los enriques y reales  
del tesoro,  
los jaezes, los cauallos  
de su gente, y atauios  
tan sobrados,  
donde yremos a buscallos?  
que fueron sino rocios  
delos prados?

## 20

Pues su hermano el ynocente,  
que en su vida successor  
se llamo,  
que corte tan excelente  
tuuo, y quanto grand señor  
le siguiuio!  
Mas como fuesse mortal,  
metiolo la Muerte luego  
en su fragua.  
O juyzio diuinal!  
quando mas ardia el fuego,  
echaste agua.

## 21

Pues aquel grand condestable,  
maestre que conoscimos  
tan priuado,  
no cunple que del se fable,  
sino solo que lo vimos  
degollado.

Sus ynfinitos tesoros,  
sus villas y sus lugares,  
su mandar,  
que le fueron sino lloros?  
fueronle sino pesares  
al dexar?

## 22

Pues los otros dos hermanos,  
maestres tan prosperados  
como reyes,  
que a los grandes y medianos  
truxieron tan sojuzgados  
a sus leyes,  
aquella prosperidad  
que tan alta fue sobida  
y ensalçada,  
que fue sino claridad  
que estando mas encendida  
fue amatada?

## 23

Tantos duques excelentes,  
tantos marqueses y condes,  
y varones  
como vimos tan potentes,  
di, Muerte, do los escondes  
y traspones?  
Y las sus claras hazañas  
que fizieron en las guerras  
y en las pazes,  
quando tu, cruda, te ensañas,  
con tu fuerça las atieras  
y desfases.

## 24

Las huestes ynnumerables,  
los pendones y estandartes  
y vanderas,  
los castillos yn punables,  
los muros y baluartes  
y barreras,

la caua honda chapada,  
o qualquier otro reparo,  
que aprouecha?  
que si tu vienes ayrada,  
todo lo passas de claro  
con tu flecha.

## 25

Aquel de buenos abrigo,  
amado por virtuoso  
dela gente,  
el maestre don Rodrigo  
Manrique, tanto famoso  
y tan valiente,  
sus grandes fechos y claros  
no cunple que los alabe,  
pues los vieron,  
ni los quiero fazer caros,  
pues el mundo todo sabe  
quales fueron.

## 26

Que amigo de sus amigos!  
que señor para criados  
y parientes!  
que enemigo de enemigos!  
que maestro de esforçados  
y valientes!  
Que seso para discretos!  
que gracia para donosos!  
que razon!  
Que benigno a los sujetos,  
y a los brauos y dañosos  
vn leon!

## 27

En ventura Octauiano,  
Julio Cesar en vencer  
y batallar,  
en la virtud Africano,  
Anibal en el saber  
y trabajar,  
en la bondad vn Trajano,  
Tito en liberalidad  
con alegria,  
en su braço Aureliano,  
Marco Atilio en la verdad  
que promefia.

28

Antonio Pio en clemencia,  
 Marco Aurelio en ygualdad  
 del senblante,  
 Adriano en eloquencia,  
 Teodosio en vnilidad  
 y buen talante.  
 Aurelio Alexandre fue,  
 en diciplina y rigor  
 dela guerra,  
 vn Constantino en la fe,  
 Camilo en el grand amor  
 de su tierra.

29

No dexo grandes tesoros,  
 ni alcanço grandes riquezas  
 ni vaxillas,  
 mas fizo guerra a los moros,  
 ganando sus fortalezas  
 y sus villas;  
 y en las lides que vençio,  
 muchos moros y cauallos  
 se perdieron,  
 y en este ofiçio gano  
 las rentas y los vassallos  
 que le dieron.

30

Pues por su onrra y estado,  
 en otros tienpos passados  
 como se huuo?  
 quedando desanparado,  
 con hermanos y criados  
 se sostuuo.  
 Despues que fechos famosos  
 fizo en esta dicha guerra  
 que fazia,  
 fizo fratos tan onrrosos.  
 que le dieron avn mas tierra  
 que tenia.

31

Estas sus viejas estorias,  
 que con su braço pinto  
 en jouentud,  
 con otras nueuas victorias  
 agora las renouo  
 en senectud.

Por su grand abilidad,  
 por meritos y anciania  
 bien gastada,  
 alcanço la dignidad  
 dela grand caualleria  
 del Espada.

32

Y sus villas y sus tierras,  
 ocupadas de tiranos  
 las fallo,  
 mas por cercos y por guerras  
 y por fuerça de sus manos  
 las cobro.  
 Pues nuestro rey natural  
 si delas obras que obro  
 fue seruido,  
 digalo el de Portugal,  
 y en Castilla quien siguio  
 su partido.

33

Despues de puesta la vida  
 tantas vezes por su ley  
 al tablero,  
 despues de tan bien seruida  
 la corona de su rey  
 verdadero,  
 despues de tanta hazaña  
 a que no puede bastar  
 cuenta çierta,  
 en la su villa de Ocaña  
 vino la Muerte a llamar  
 a su puerta,

34

diziendo: «Buen cauallero,  
 dexad el mundo engañoso  
 y su halago:  
 vuestro coraçon de azero  
 muestre su esfuerço famoso  
 en este trago;  
 y pues de vida y salud  
 fezistes tan poca cuenta  
 por la fama,  
 esfuercese la virtud  
 para sofrir esta afrenta  
 que vos llama.

35

»No se os faga tan amarga  
la batalla temerosa  
que esperays,  
pues otra vida mas larga  
de fama tan gloriosa  
aca dexays.  
Avnque esta vida de onor  
tanpoco no es etfernal  
ni verdadera,  
mas con todo es muy mejor  
que la otra tenporal  
perescедера.

36

»El biuir que es perdurable  
no se gana con estados  
mundanales,  
ni con vida deleytable,  
en que moran los pecados  
ynfernales;  
mas los buenos religiosos  
gananlo con oraciones  
y con lloros,  
los caualleros famosos  
con trabajos y aflicciones  
contra moros.

37

»Y pues vos, claro varon,  
tanta sangre derramastes  
de paganos,  
esperad el galardon  
que en este mundo ganastes  
por las manos;  
y con esta confiança,  
y con la fe tan entera  
que teneys,  
partid con buena esperança,  
que estotra vida tercera  
ganareys.»

38

—«No gastemos tienpo ya  
en esta vida mezquina  
por tal modo,  
que mi voluntad esta  
conforme con la diuina  
para todo;  
y consiento en mi morir  
con voluntad plazentera  
clara y pura,  
que querer onbre biuir  
quando Dios quiere que muera  
es locura.

39

»Tu que por nuestra maldad  
tomaste forma seruil  
y baxo nonbre.  
Tu, que a tu diuinidad  
juntaste cosa tan vil  
como el onbre,  
Tu, que tan grandes tormentos  
sofriste sin resistencia  
en tu persona,  
no por mis merescimientos,  
mas por tu sola clemencia  
me perdona.»

40

Assi con tal entender,  
todos sentidos vmanos  
conseruados,  
cercado de su muger,  
de sus hijos y hermanos  
y criados,  
dio el alma a quien gela dio,  
el qual la ponga enel cielo  
en su gloria,  
y avnque la vida murio,  
nos dexo harto consuelo  
su memoria.

## DE LAS «COPLAS DE MINGO REVULGO»

(ANÓNIMO)

I.

*Gil Arribato.*

Ah Mingo Rebulgo, Mingo,  
 Ah Mingo Rebulgo, ahao,  
 ¿Ques de tu sayo de blao?  
 ¿Non lo vistes en domingo?  
 ¿Ques de tu jubon bermejo?  
 ¿Porque traes tal sobrejejo?  
 Andas esta trasnochada  
 La cabeça desgrefiada:  
 ¿Non te llotras de buen rejo?

II.

La color tienes marrida  
 Y el corpanço rechinado:  
 Andas de valle en collado  
 Como res que anda perdida,  
 Y no miras sy te vas  
 Adelante ó cara tras  
 Çanqueando con los pies,  
 Dando francos al traues,  
 Que non sabes dó te estás.

III.

*Mingo Revulgo.*

Á la hé, Gil Arribato,  
 Sé que en fuerte ora allá echamos  
 Quando á Candaulo cobramos  
 Por pastor de nuestro hato.  
 Andase tras los zagales  
 Por estos andurriales  
 Todo el día enbeueçido,  
 Holgazando syn sentido,  
 Que non mira nuestros males.

IV.

Oja, oja los ganados  
 Y la burra con los perros,  
 Quales andan por los çerros  
 Perdidos, descarriados.  
 Po llos santos te prometo

Que este dañado baltrueto  
 (Que nol medre Dios las cejas)  
 Ha dexado las ouejas  
 Por folgar tras todo seto.

V.

Allá por esas quebradas  
 Verás balando corderos,  
 Por acá muertos carneros,  
 Ouejas abarrancadas:  
 Los panes todos comidos,  
 Y los vedados paçidos,  
 Y avn las huertas de la villa:  
 Tal estrago en Esperilla  
 Nunca vieron los nacidos.

VI.

¡O mate mala ponçoña  
 A pastor de tal manera,  
 Que tiene cuerno con miera  
 Y no les vnta la roña:  
 Vee los lobos entrar  
 Y los ganados balar,  
 E él risadas en oyllo:  
 Nin por eso el caramillo  
 Nunca cesa de tocar.

VII.

Sabes, sabes, el modorro  
 Allá dónde anda á grillos?  
 Burlanle los moçalillos  
 Que andan con él en el corro.  
 Armanle mill quadramañas:  
 Vnol saca las pestañas,  
 Otrol pela los cabellos;  
 Asy se pierde tras ellos  
 Metido por las cabañas.

VIII.

Vno le quiebra el cayado,  
 Otro le toma el çurron,  
 Otro 'l quita el çamarron,  
 Y él tras ellos desbauado;  
 Y avn el torpe majadero

Que se precia de certero,  
 Fasta aquella zagaleja  
 La de Nauluz y Teja  
 Lo ha traydo al retortero.

—

Trae un lobo carnicero  
 Por medio de las manadas:  
 Porque sigue sus pisadas  
 Dice á todos ques carnero.  
 Suélfale de la majada,  
 Desde da vna ondeada  
 En tal ora lo compieça  
 Que sy ase una cabeça  
 Dexala bien estrujada,

IX.

La soldada que le damos  
 Y avn el pan de los mastines

Cómelo con los roynes;  
 ¡Guay de nos que lo pagamos!  
 Y nol veo que ha medrado  
 De todo quanto ha lleuado  
 Otros hatos nin jubones  
 Syno vn cinto con chatones  
 De que anda rodeado.

X.

Apaçienta el holgazan  
 Las ouejas por do quieren:  
 Comen yerua conque mueren,  
 Mas cuydado no le dan.  
 Non vi tal, desde onbre so,  
 Y avn mas te digo yo  
 Que avnque tu eres envisado  
 Que no afinas el ganado  
 Cuyo es nin cuyo no.

---

## GARCI ORDOÑEZ DE MONTALVO

### DEL «AMADÍS DE GAULA»

Pues tornando á la historia, cuenta que estas nuevas bolaron muy presto á todas partes por aquellos que grandes tratos en la Gran Bretaña tenfan, de los quales todo lo más del tiempo por la mar nauegaban: assí que muy presto fué sabido en aquellas tierras donde Don Quadragante, señor de Sansueña, y Don Bruneo, Rey de Arauia, y los otros señores sus amigos estauan; los quales, considerando la gran parte que desto á Amadís focaua en reparar la pérdida del Rey ó del reyno, si en él escándalos se leuantasen, acordaron, pues ya en aquellas conquistas no hauía que hacer, y todo estaua señoreado, de se yr juntos como estauan á la ínsula Firme por se hallar con Amadís y seguir lo que él mandasse. Pues con este acuerdo, dexando Don Bruneo en su reyno á Branfil, su hermano, y Don Quadragante á Landin, su sobrino, que poco antes allí auia llegado con gente del Rey Gildadan en su señoría de Sansueña, lleuando la mas gente que pudieron, y dexando con ellos lo que necessario habia para guardar aquellas tierras, se metieron en sus fustas por la mar, y el gigante Balan con ellos, que de todos muy amado ypreciado era; y tanto anduieron, y con tan próspero viento, que á los doze días que de allí partieron llegaron al puerto de la ínsula Firme. Cuando Balan vió la gran sierpe que allí Vrganda auía dexado (como la historia os lo ha dicho), mucho fué marauillado de cosa tan estraña, y mucho mas lo fuera si no le contarán la causa della

aquellos que con él venían. Al tiempo que estos señores allí arribaron, Amadís estaua con su señora Oriana, que della no se osaua partir, que como Brandoyuas llegó de parte de la reina Brisena con la carta que ya oystes, y Oriana supo lo de su padre, fué su dolor y tristeza tan sobrada, que en muy poco estuuó de perder la vida; y como le dixerón la venida de aquella flota en que aquellos señores uenían, rogó á Grasandor que los rescibiesse y les dixesse la causa por que á ellos no podía salir. Grasandor assi lo hizo, que en su cauallo llegó al puerto, y halló que ya salían de la mar el rey de Sobradisa Don Galaor y el rey de Arauia Don Bruneo, y Don Quadragante, señor de Sansueña, y el gigante Balan, y Don Galuanes, y Angriote, y Gauarte de Val Temeroso, y Agrajes, y Palomir y otros muchos caualleros de gran prez en armas que sería enojo contarlos. Grasandor les dixo de la forma que Amadís estaua, y que se aposentasen y descansassen essa noche, y que otro día saldría para ellos á dar orden en aquel caso, que ya á ellos manifiesto sería. Todos lo tuuieron por bien que assi se hiziesse, y luego subieron al castillo y se aposentaron en sus posadas: y Agrajes y su tío Don Galuanes lleuaron consigo á Balan, por le hazer toda honra que ellos pudiesen. Passada, pues, aquella noche, auiendo oydo misa, fuéronse todos á la huerta donde Amadís estaua; y como él lo supo, dexando a su señora con mas sosiego, y á Mabilia, y á Melicia, su hermana, y á Grasinda con ellas, salió de la torre y vino para ellos.

Quando assi juntos los vió hechos reyes y grandes señores, escapados de tantas afrentas y peligros como auian pasado con tanta salud, aunque en el continente tristeza mostrasse por lo del rey Lisuarte, en su coraçon sintió tan gran alegría, y mucha mas que si para él solo todo aquello se uiera ganado, y fuélos a abraçar, y todos á él; mas al que mas amor mostró fué á Balan el gigante; que a éste abraço muchas vezes, honrándole con mucha cortesía. Pues estando assi juntos, Don Galaor, como aquel que en tanto grado la pérdida del Rey Lisuarte sintiesse, como si fuera la del Rey Perion, su padre, les dixo que sin poner dilacion de ningun tiempo se deuia tomar acuerdo de lo que hazer dezian en lo del Rey Lisuarte, porque él, si Amadís lo otorgasse, luego queria entrar en aquella demanda, sin holgar ni auer reposo dia ni noche, hasta perder la vida ó saluar la suya, si uiuo fuesse. Amadís le dixo: «Buen señor y hermano, gran sinrazon sería que aquel Rey que tan bueno fué y tan honrado y tan socorredor de los buenos, que los buenos en tan extrema necesidad no le socorriesen, dexando aparte el gran deudo que yo con él tengo, que á todos obliga á hazer lo que dezís, que por su sola virtud y gran nobleza merece ser seruido y ayudado en sus afrentas de todos aquellos en quien virtud y buen conocimiento uiesse.» Entonces mandaron venir ante ellos á Brandoyuas, por saber lo que se auia hecho en buscar al Rey, y que les dixesse con qué la Reyna sería mas seruida y contenta. El les dixo todo lo que viera, y la gran gente que luego en la hora que el Rey fué perdido salió á lo buscar, y que creyessen que si en aquella floresta y aun en todo su reyno fuera preso y en algun lugar detenido, que no era cosa que encubrirse pudiera; mas que el pensamiento de la Reyna y de todos los otros no era saluo creer que por la mar lo lleuaron y en ella la auian ahogado, que segun el

socorro fuera presto, aun para lo soterrar no tuvieran tiempo y que su parecer era, que pues todo aquel reyno auia tanto sentimiento hecho, y con tanto amor y voluntad todos al seruicio de la Reyna quedauan, no se esperando de otra ninguna parte lo contrario, que ellos en aquella gran flota que allí tenian se deurian partir en muchas partes; que segun en todas las cosas por ellos començadas siempre la fortuna les auia sido favorable, que en esta que con tanto afan y aficion se ponian no querría en otro estilo mudarse. A todos aquellos señores les pareció muy buen consejo el que Brandoyuas les daua, y en aquello determinaron que se hiziesse, y rogaron á Amadís que tomasse cuydado de les señalar la parte de la mar y de las tierras que buscassen, porque ninguna cosa quedasse de lo vno ni de lo otro, y que luego los lleuasse ante Oriana, porque en sus manos querian jurar y prometer de nunca cessar de la demanda hasta tanto que del Rey su padre nueuas de viuo ó de muerto le traxessen; que con esto pensauan de dar consuelo á su tristeza. Pues yendo todos para entrar en la torre, llegó vn hombre que les dixo: «Señores, vna dueña de la Gran Serpiente, y creese que es Vrganda, que otra no fuera poderosa de allí entrar ni salir.» Quando Amadís esto oyó dixo: «Si ella es, sea muy bien venida; que á tal sazón mas con ella que con otra ninguna persona nos deue plazer.»

## FERNANDO DE ROJAS († 1541)

### DE «LA CELESTINA»

#### Del aucto cuarto

LUCRECIA.—¿Quién es esta vieja, que viene haldeando?

CELESTINA.—Paz sea en esta casa.

LUCR.—Celestina, madre, seas bienvenida. ¿Qual Dios te traxo por estos barrios no acostumbrados?

CEL.—Hija, mi amor, desseo de todos vosotros, traerte encomiendas de Elicia é avn ver a tus señoras, vieja e moça. Que despues que me mudé al otro barrio, no han sido de mi visitadas.

LUCR.—¿A eso solo saliste de tu casa? Marauillome de ti, que no es esa tu costumbre ni sueles dar passo sin prouecho.

CEL.—¿Mas prouecho quieres, boua, que cumplir hombre sus deseos? E tambien, como á las viejas nunca nos fallecen necessidades, mayormente á mi, que tengo de mantener hijas ajenas, ando á vender vn poco de hilado.

LUCR.—¡Algo es lo que yo digo! En mi seso estoy, que nunca metes aguja sin sacar reja. Pero mi señora la vieja vrdió vna tela: tiene necesidad dello é tu de venderlo. Entra é espera aquf, que no os desauenirés.

ALISA.—¿Con quien hablas, Lucrecia?

LUCR.—Señora, con aquella vieja de la cuchillada, que solfa viuir en las tenerías, á la cuesta del río.

ALI.—Agora la conozco menos. Si tú me das a entender lo incógnito por lo menos conocido, es coger agua en cesto.

LUCR.—¡Jesú, señora! mas conocida es esta vieja que la ruda. No sé como no tienes memoria de la que empicotaron por hechizera, que vendía las moças á los abades é descasaua mill casados.

ALI.—¿Qué oficio tiene? quizá por aquí la conoceré mejor.

LUCR.—Señora, perfuma tocas, haze solimán é otros freynta officios. Conoce mucho en yeruas, cura niños é avn algunos la llaman la vieja lapidaria.

ALI.—Todo esso dicho no me la da á conocer; dime su nombre, si le sabes.

LUCR.—¿Si le sé, señora? No hay niño ni viejo en toda la cibdad, que no le sepa: ¿haufale yo de ignorar?

ALI.—¿Pues por qué no le dizes?

LUCR.—¡Hé vergüença!

ALI.—Anda, boua, dile. No me indignes con tu tardança.

LUCR.—Celestina, hablando con reuerencia, es su nombre.

ALI.—¡Hy! ¡hy! ¡hy! ¡Mala landre te mate, si de risa puedo estar, viendo el desamor que deues de tener á essa vieja, que su nombre has vergüença nombrar! Ya me voy recordando della. ¡Vna buena pieçal! No me digas mas. Algo me verná á pedir. Dí que suba.

LUCR.—Sube, íta.

CEL.—Señora buena, la gracia de Dios sea contigo e con la noble hija. Mis passiones é enfermedades han impedido mi visitar tu casa, como era razón; mas Dios conoce mis limpias entrañas, mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el querer de los coraçones. Assi que lo que mucho desseé, la necesidad me lo ha hecho complir. Con mis fortunas aduersas otras, me sobreuino mengua de dinero. No supe mejor remedio que vender vn poco de hilado, que para vnas toquillas tenfa allegado. Supe de tu criada que tenfas dello necesidad. Avnque pobre é no de la merced de Dios, veslo aquí, si dello é de mí te quieres seruir.

#### Del décimo aucto

CEL.—También me da osadía tu gran pena, como ver que con tu sospecha has ya fragado alguna parte de mi cura; pero todavia es necessario traer más clara melezina é más saludable descanso de casa de aquel cavallero Calisto.

MELIB.—Calla, por Dios, madre. No traygan de su casa cosa para mi prouecho ni le nombres aquí.

CEL.—Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto é principal. No se quiebre; si nó, todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura. E lo duro con duro se ablanda mas eficazmente. E dizen los sabios que la cura del lastimero médico dexa mayor señal é que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas vezes lo molesto sin molestia se cura. E vn clavo con otro se espele é vn dolor con otro. No concibas odio ni desamor ni

consientas a tu lengua dezir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que sí conocido fuesse...

MELIB.—¡O por Dios, que me matas! ¿E no te tengo dicho que no me alabes esse hombre ni me le nombres en bueno ni en malo?

CEL.—Señora, este es otro é segundo punto, el qual si tú con tu mal sofrimiento no consientes, poco aprouechará mi venida é, si, como prometiste, lo sufres, tú quedarás sana é sin debda é Calisto sin quexa é pagado. Primero te auisé de mi cura é desta inuisible aguja, que sin llegar á ti, sientes en solo mentarla en mi boca.

MELIB.—Tantas vezes me nombrarás esse tu cauallero, que ni mi promessa baste, ni la fe, que te dí, á sofrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le deuo yo á él? ¿Qué le soy á cargo? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Qué necessario es él aquí para el propósito de mi mal? Más agradable me sería que rasgases mis carnes é sacasses mi corazón, que no traer essas palabras aquí.

CEL.—Sin te romper las vestiduras se lançó en tu pecho el amor: no rasgare yo tus carnes para le curar.

MELIB.—¿Cómo dizes que llaman a este mi dolor, que assí se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CEL.—Amor dulce.

MELIB.—Esso me declara qué es, que en solo oyrlo me alegro.

CEL.—Es vn fuego escondido, vna agradable llaga, vn sabroso veneno, vna dulce amargura, vna delectable dolencia, vn alegre tormento, vna dulce é fiera herida, vna blanda muerte.

MELIB.—¡Ay mezquina de mí! Que si verdad es tu relación, dubdosa será mi salud. Porque, según la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al vno fuere prouechoso acarreará al otro más pasión.

CEL.—No desconffie, señora, tu noble juuentud de salud. Que, quando el alto Dios da la llaga, tras ella embía el remedio. Mayormente que sé yo al mundo nascida vna flor, que de todo esto te dé libre.

MELIB.—¿Cómo se llama?

CEL.—No te lo oso dezir.

MELIB.—Dí, no femas.

CEL.—¡Calisto! ¡O por Dios, señora Melibea! ¿qué poco esfuerço es este? ¿Qué descaescimiento? ¡O mezquina yo! ¡Alça la cabeça! ¡O malauenturada vieja! ¡En esto han de parar mis passos! Si muere, marme han; aunque biua, será sentida, que ya no podrá sofrirse de no publicar su mal é mi cura. Señora mía Melibea, ángel mío, ¿qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? Abre tus claros ojos. ¡Lucrecia! ¡Lucrecia! ¡entra presto acá!, verás amortescida a tu señora entre mis manos. Baxa presto por vn jarro de agua.

MELIB.—Passo, passo, que yo me esforçaré. No escandalizes la casa.

CEL.—¡O cuytada de mí! No te descaezcas, señora, háblame como sueles.

MELIB.—E muy mejor. Calla, no me fatigues.

CEL.—¿Pues qué me mandas que faga, perla graciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIB.—Quebróse mi honestidad, quebróse mi empacho, afloxó mi mucha vergüença, é como muy naturales, como muy domésticos, no pudieron tan liuiamente despedirse de mi cara, que no lleuassen consigo su color por algún poco de espacio, mi fuerça, mi lengua é gran parte de mi sentido. ¡O! pues ya, mi buena maestra, mi fiel secretaria, lo que tú tan abiertamente conoces, en vano trabajo por te lo encubrir. Muchos é muchos días son passados que esse noble cauallero me habló en amor. Tanto me fué entonces su habla enojosa, quanto, despues que tú me le tornaste á nombrar, alegre. Cerrado han tus puntos mi llaga, venida soy en tu querer. En mi cordón le lleuaste embuelta la posesión de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento, su pena era la mayor mía. Alabo é loo tu buen sofrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos é fieles passos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada solicitud, tu prouechosa importunidad. Mucho te deue esse señor é más yo, que jamás pudieron mis reproches aflacar tu esfuerço é perseverar, confiando en tu mucha astucia. Antes, como fiel seruidora, quando más denostada, más diligente; quando más disfauor, más esfuerço; quando peor respuesta, mejor cara; quando yo más ayrada, tú más humilde. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás a ti ni á otro pensé descubrir.



## II.—SIGLOS XVI Y XVII

GARCILASO DE LA VEGA (1503-1536)

### DE LA «ÉGLOGA PRIMERA»

El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso,  
he de contar, sus quejas imitando;  
cuyas ovejas al cantar sabroso  
estaban muy atentas, los amores,  
de pacer olvidadas, escuchando.  
Tú que ganaste obrando  
un nombre en todo el mundo,  
y un grado sin segundo,  
agora estés atento, solo y dado  
al inclito gobierno del estado  
albano; agora vuelto á la otra parte,  
resplandeciente, armado,  
representando en tierra el fiero Marte.

.....

#### SALICIO

¡Oh más dura que mármol á mis quejas  
y al encendido fuego en que me quemo  
más helada que nieve, Galatea!  
Estoy muriendo, y aun la vida temo;  
témola con razón, pues tú me dejas;  
que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.  
Vergüenza he que me vea  
ninguno en tal estado,  
de ti desamparado;  
y de mí mismo yo me corro agora.  
¿De un alma te desdeñas ser señora,  
donde siempre moraste, no pudiendo  
della salir un hora?  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
El sol tiende los rayos de su lumbre  
por montes y por valles, despertando  
las aves y animales y la gente:  
cuál por el aire claro va volando,  
cuál por el verde valle ó alta cumbre

paciendo va segura y libremente,  
 cuál con el sol presente  
 va de nuevo al oficio,  
 y al usado ejercicio  
 do su natura o menester le inclina:  
 siempre está en llanto esta ánima mesquina  
 cuando la sombra el mundo va cubriendo  
 ó la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y fú desta mi vida ya olvidada,  
 sin mostrar un pequeño sentimiento  
 de que por ti Salicio triste muera,  
 dejas llevar, desconocida, al viento  
 el amor y la fe que ser guardada  
 eternamente sólo á mi debiera?  
 ¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,  
 pues ves desde tu altura  
 esta falsa perjura  
 causar la muerte de un estrecho amigo,  
 no recibe del cielo algún castigo?  
 Si en pago del amor yo estoy muriendo,  
 ¿qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,  
 por ti la esquividad y apartamiento  
 del solitario monte me agradaba;  
 por ti la verde hierba, el fresco viento,  
 el blanco lirio y colorada rosa  
 y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto me engañaba!

¡Ay, cuán diferente era

y cuán de otra manera

lo que en tu falso pecho se escondía!

Bien claro con su voz me lo decía

la siniestra corneja, repitiendo

la desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,  
 reputándolo yo por desvarío,

vi mi mal entre sueños desdichado!

Sofía que en el tiempo del estío

llevaba, por pasar allí la siesta,

á beber en el Tajo mi ganado;

y después de llegado,

sin saber de cuál arte,

por desusada parte

y por nuevo camino el agua se iba;

ardiendo ya con la calor estiva,

el curso, enajenado, iba siguiendo

del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?

Tus claros ojos ¿á quién los volviste?

¿Por quién tan sin respeto me trocaste?

Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?

¿Cuál es el cuello que, como en cadena,

de tus hermosos brazos anudaste?

No hay corazón que baste,

aunque fuese de piedra,

viendo mi amada hiedra,

de mí arrancada, en otro muro asida,

y mi parra en otro olmo entretejida,

que no se esté con llanto deshaciendo

hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

.....

#### NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;

árboles que os estáis mirando en ellas,

verde prado de fresca sombra lleno,

aves que aquí sembráis vuestras querellas,

hiedra que por los árboles caminas,

torciendo el paso por su verde seno;

yo me vi tan ajeno

del grave mal que siento,

que de puro contento

con vuestra soledad me recreaba,

donde con dulce sueño reposaba,

ó con el pensamiento discurría

por donde no hallaba

sino memorias llenas de alegría;

y en este mismo valle, donde agora

me entristesco y me canso, en el reposo

estuve ya contento y descansado.

¡Oh bien caduco, vano y presuroso!

Acuérdome durmiendo aguf algún hora,

que despertando, á Elisa vi á mi lado.

¡Oh miserable hado!

¡Oh tela delicada.

antes de tiempo dada

á los agudos filos de la muerte!

Mas conveniente suerte

á los cansados años de mi vida,

que es más que el hierro fuerte,

pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos

que llevaban tras sí, como colgada,  
mi alma doquier que ellos se volvían?  
¿Dó esta la blanca mano delicada,  
llena de vencimientos y despojos  
que de mí mis sentidos le ofrecían?

Los cabellos que vían  
con gran desprecio el oro,  
como á menor tesoro,  
¿adónde están? ¿Adónde el blando pecho?  
¿Dó la coluna que el dorado techo  
con presunción graciosa sostenía?  
Aquesto todo agora ya se encierra,  
por desventura mía,  
en la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,  
cuando en aqueste valle al fresco viento  
andábamos cogiendo tiernas flores,  
que había de ver con largo apartamiento  
venir el triste y solitario día

que diese amargo fin a mis amores?  
El cielo en mis dolores  
cargó la mano tanto,  
que á sempiterno llanto  
y á triste soledad me ha condenado;  
y lo que siento más es verme atado  
á la pesada vida y enojosa,  
solo, desamparado,  
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa,

Después que nos dejaste, nunca paxe  
en hartura el ganado ya, ni acude  
el campo al labrador con mano llena.  
No hay bien que en mal no se convierta y mude:  
la mala hierba al trigo ahoga, y nace  
en lugar suyo la infelice avena;  
la tierra, que de buena  
gana nos producía  
flores con que solía  
quitar en sólo vellas mil enojos,  
produce agora en cambio estos abrojos,  
ya de rigor de espinas intratable;  
yo hago con mis ojos  
crecer, lloviendo, el fruto miserable.

.....  
Nunca pusieran fin al triste lloro  
los pastores, ni fueran acabadas  
las canciones que sólo el monte oía,  
si mirando las nubes coloradas,  
al tramontar del sol bordadas de oro,  
no vieran que era ya pasado el día.

La sombra se veía  
 venir corriendo aprisa,  
 ya por la falda espesa  
 del altísimo monte, y recordando  
 ambos como de sueño, y acabando  
 el fugitivo sol, de luz escaso,  
 su ganado llevando,  
 se fueron recogiendo paso a paso.

### SONETO

¡Oh dulces prendas, por mí mal halladas,  
 dulces y alegres cuando Dios quería!  
 Juntas estáis en la memoria mía,  
 y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas  
 horas en tanto bien por vos me vía,  
 que me habiades de ser en algún día  
 con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes  
 todo el bien que por términos me distes,  
 llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes  
 en tantos bienes, porque deseastes  
 verme morir entre memorias tristes.

---

## CRISTOBAL DE CASTILLEJO (1490?-1550)

### CONTRA LOS QUE DEJAN LOS METROS CASTELLANOS Y SIGUEN LOS ITALIANOS

Pues la Santa Inquisición  
 Suele ser tan diligente  
 En castigar con razón  
 Cualquier secta y opinión  
 Levantada nuevamente,  
 Resucitese Lucero  
 A corregir en España  
 Una muy nueva y extraña  
 Como aquella de Lutero  
 En las partes de Alemania.

Bien se pueden castigar  
 A cuenta de anabaptistas,  
 Pues por ley particular

Se tornan á bautizar  
 Y se llaman petrarquistas,  
 Han renegado la fe  
 De las trovas castellanias,  
 Y tras las italianas  
 Se pierden, diciendo que  
 Son más ricas y galanas.  
 El juicio de lo cual  
 Yo lo deixo á quien más sabe,  
 Pero juzgar nadie mal  
 De su patria natural  
 En gentileza no cabe;  
 Y aquella cristiana musa  
 Del famoso Juan de Mena,  
 Sintiendo desto gran pena,  
 Por infieles los acusa  
 Y de alevos los condena.

.....

Dios dé su gloria a Boscán  
 Y a Garcilaso, poeta,  
 Que con no pequeño afán  
 Y con estilo galán  
 Sostuvieron esta seta,  
 Y la dejaron acá  
 Ya sembrada entre la gente;  
 Por lo cual debidamente  
 Les vino lo que dirá  
 Este soneto siguiente:

Garcilaso y Boscán, siendo llegados  
 Al lugar donde están los trovadores  
 Que en esta nuestra lengua y sus primores  
 Fueron en este siglo señalados,

Los unos a los otros alterados  
 Se miran, demudadas las colores,  
 Temiéndose que fuesen corredores  
 O espías ó enemigos desmandados;

Y juzgado primero por el traje,  
 Pareciéronles ser, como debía,  
 gentiles españoles caballeros;

Y oyéndoles hablar nuevo lenguaje,  
 Mezclado de extranjera poesía,  
 Con ojos los miraban de extranjeros.

Mas ellos, caso que estaban  
 Sin favor y tan á solas,  
 Contra todos se mostraban,  
 Y claramente burlaban  
 De las coplas españolas,

.....

Viéndoles que presumían  
 Tanto de la nueva ciencia,  
 Dijéronles que querían  
 De aquello que referían  
 Ver algo por experiencia;  
 Para prueba de lo cual,  
 Por muestra de novel uso,  
 Cada cual de ellos compuso  
 Una rima en especial  
 Cual se escribe aquí de yuso.

### SONETO DE BOSCÁN

Si las penas que dais son verdaderas,  
 Como muy bien lo sabe el alma mía,  
 ¿Por qué ya no me acaban y sería  
 Sin ellas mi morir muy más de veras?  
 Mas si por dicha son tan lisonjeras,  
 Que quieren retozar con mi alegría,  
 Decid, ¿por qué me matan cada día  
 Con muerte de dolor de mil maneras?  
 Mostradme este secreto ya, señora,  
 Y sepa yo de vos, pues por vos muero,  
 Si aquesto que padezco es muerte o vida:  
 Porque, siéndome vos la matadora,  
 Mayor gloria de pena ya no quiero  
 Que poder yo tener tal homicida.

### OCTAVA RIMA DE GARCILASO

Y ya que mis tormentos son forzados,  
 Aunque vienen sin fuerza consentidos,  
 Pues ¿qué mayor alivio á mis cuidados  
 Que ser por vuestra causa padecidos?  
 Si, como son por vos bien empleados,  
 De vos fuesen, señora, conocidos,  
 La más crecida angustia de mi pena  
 Sería de descanso y gloria llena.

Juan de Mena, como oyó  
 La nueva trova pulida,  
 Contentamiento mostró,  
 Caso que se sonrió  
 Como de cosa sabida,  
 Y dijo: «Según la prueba.  
 Once sílabas por pie  
 No hallo causa por qué  
 Se tenga por cosa nueva,  
 Pues yo mismo las usé».

Don Jorge dijo: «No veo  
Necesidad ni razón  
De vestir nuestro deseo  
De coplas que por rodeo  
Van diciendo su intención.  
Nuestra lengua es muy devota  
De la clara brevedad,  
Y esta trova, a la verdad,  
Por el contrario, denota  
Oscura prolijidad...».

Garci-Sánchez se mostró  
Estar con alguna saña,  
Y dijo: «No cumple, no,  
Al que en España nació  
Valerse de tierra extraña;  
Porque en solas mis *lecciones*  
Miradas bien sus estancias,  
Veréis tales consonancias,  
Que Petrarca y sus canciones  
Queda atrás en elegancias.

Cartagena dijo luego,  
Como práctico en amores:  
«Con la fuerza de este fuego  
No nos ganarán el juego  
Estos nuevos trovadores:  
Muy mal entonadas son  
Estas trovas, á mi ver,  
Enfadadas de leer  
Y tardas de relación,  
Y enemigas de placer».

Torres dijo: «Si yo viera  
Que la lengua castellana  
Sonetos de mí sufriera,  
Fácilmente los hiciera,  
Pues los hice en la romana;  
Pero ningún sabor tomo  
En coplas tan altaneras,  
Escritas siempre de veras,  
Que corren con pies de plomo,  
Muy pesadas de caderas».

Al cabo la conclusión  
Fué que por buena crianza  
Y por honrar la nación  
De parte de la invención  
Sean dignas de alabanza.  
Y para que á todos fuese  
Manifiesto este favor,  
Se dió cargo á un trovador  
Que aquí debajo escribiese  
Un soneto en su loor.

## SONETO

Musas italianas y latinas,  
Gentes en estas partes tan extraña,  
¿Cómo habéis venido á nuestra España,  
Tan nuevas y hermosas clavellinas?

O ¿quién os ha traído a ser vecinas  
Del Tajo y de sus montes y campaña?  
O ¿quién es el que os guía o acompaña  
De tierras tan ajenas peregrinas?—

Don Diego de Mendoza y Garcilaso  
Nos trujeron, y Boscán y Luis de Haro  
Por orden y favor del Dios Apolo:

Los dos llevó la muerte paso á paso,  
El otro Solimán; y por amparo  
Sólo queda Don Diego, y basta solo.

## LOPE DE RUEDA (15...-1565?)

## PASO DE «LAS ACEITUNAS»

TORUVIO.—¡Válame Dios y qué tempestad ha hecho desde el requerajo del monte acá, que no parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora: ¿que os terná aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabía la mate!—¿Oíslo? ¡Mochacha Mencigüela! Si todos duermen en Zamora.—¡Agueda de Toruégano! ¿Oíslo?

MENCIGÜELA.—¡Jesús, padre! ¿Y habéisnos de quebrar las puertas?

TOR.—¡Mirá que pico, mirá que pico! ¿Y adónde está vuestra madre, señora?

MENC.—Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á coser una madejillas.

TOR.—¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! Andad y llamalda.

AGUEDA.—Ya, ya, el de los misterios, ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TOR.—Sí; ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla y no podíamos.

AG.—Ya, noramaza sea, marido, ¡y qué mojado que venís!

TOR.—Vengo hecho una sopa dagua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo que cenar.

AG.—¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENC.—¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TOR.—Sí, después dirá tu madre que es el alba.

AG.—Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. Yos aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

TOR.—¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me ro-gastes?

AG.—Callad, marido; ¿y adónde lo plantastes?

TOR.—Allí junto á la higuera breval, adonde, si se os acuerda, os dí un beso.

MENC.—Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está adrezado todo.

AG.—Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plan-tas acullá, de aquí á veinte y cinco ó treinta años, ternéis un olivar hecho y drecho.

TOR.—Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

AG.—Mirá, marido: ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogere la acei-tuna, y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, mochacha, que te mando que no me des menos el celemín de á dos reales castellanos.

TOR.—¿Cómo á dos reales castellanos? ¿No veis ques cargo de consciencia y nos llevará el amotazén cadaldía la pena? Que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemín.

AG.—Callad, marido, ques el veduño de la casta de los de Córdoba.

TOR.—Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AG.—Ora no me quebréis la cabeza. Mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de á dos reales castellanos.

TOR.—¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha: ¿á cómo has de pedir?

MENC.—A como quisiéredes, padre.

TOR.—A catorce ó quince dineros.

MENC.—Así lo haré, padre.

AG.—¿Cómo «así lo haré, padre?» Ven acá, mochacha: ¿á como has de pedir?

MENC.—A como mandárades, madre.

AG.—A dos reales castellanos.

TOR.—¿Cómo á dos reales castellanos? Yos prometo que si no hacéis lo que yo os mando, que os tengo de dar más de docientos correonazos. ¿Á cómo has de pedir?

MENC.—A como decís vos, padre.

TOR.—A catorce ó quince dineros.

MENC.—Así lo haré, padre.

AG.—¿Cómo «así lo haré, padre?» Tomá, tomá, hacé lo que vos mando.

TOR.—Dejad la mochacha.

MENC.—¡Ay, madre; ay, padre, que me mata!

ALOXÁ.—¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis ansí la mo-chacha?

AG.—¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas á

menos precio y quiere echar á perder mi casa: ¡unas aceitunas que son como nueces!

TOR.—Yo juro á los huesos de mi linaje que no son ni aun como piñones.

AG.—Sí son.

TOR.—No son.

AL.—Ora, señora vecina, haceme tamaño placer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AG.—Averigüe ó póngase todo del quebranto.

AL.—Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TOR.—Que no, señor; que no es desa manera que vuesa merced se piensa; que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

AL.—Pues traeldas aquí, que yos las compraré todas al precio que justo fuere.

MENC.—A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemn.

AL.—Cara cosa es ésa.

TOR.—¿No le parece á vuesa merced?

MENC.—Y mi padre á quince dineros.

AL.—Tenga yo una muestra dellas.

TOR.—¡Válame Dios, señor! Vuesa merced no quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y queila la cogería, y que yo la acarrease y la mochacha la vendiese, y que á fuerza de drecho había de pedir á dos reales por cada celemn; yo que no y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

AL.—¡Oh, qué graciosa quistión; nunca tal se ha visto! Las aceitunas no están plantadas y ¿ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

MENC.—¿Qué le parece, señor?

TOR.—No llores, rapaza. La mochacha, señor, es como un oro. Ora andad, hija, y ponedme la mesa, que yos prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

AL.—Ahora, andad, vecino, entráos allá adentro, y tened paz en vuestra mujer.

TOR.—Adios, señor.

AL.—Ora por cierto, ¡qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las aceitunas no están plantadas, ya las hemos visto reñidas. Razón será que dé fin á mi embajada.



## FRAY LUIS DE LEÓN (1528-1591)

## VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo ha habido!

Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,  
ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera;  
no cura si encarama  
la lengua lisonjera  
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento  
si soy del vano dedo señalado,  
si en busca deste viento  
ando desalentado  
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh montel, ¡oh fueritel, ¡oh río!  
¡oh secreto seguro y deleitoso!  
roto casi el navío  
a vuestro almo reposo  
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,  
un día puro, alegre, libre, quiero;  
no quiero ver el ceño  
vanamente severo  
de quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértlenme las aves  
con su cantar sabroso no aprendido;  
no los cuidados graves  
de que anda combatido  
el que al ajeno arbitrio está atendido.



Vivir quiero conmigo,  
 gozar quiero del bien que debo al cielo,  
 a solas, sin testigo,  
 libre de amor, de celo,  
 de odio, de esperanza y de recelo.

Del monte en la ladera  
 por mi mano plantado tengo un huerto,  
 que con la primavera  
 de bella flor cubierto  
 ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa  
 por ver acrecentar su hermosura,  
 desde la cumbre airosa  
 una fontana pura  
 hasta llegar corriendo se apresura:

y luego sosegada  
 el paso entre los árboles torciendo,  
 el suelo de pasada  
 de verdura vistiendo  
 y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea  
 y ofrece mil olores al sentido;  
 los árboles menea  
 con un manso ruido  
 que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro  
 los que de un falso leño se confían;  
 no es mío ver el lloro  
 de los que desconfían  
 cuando el cierzo y el ábrego porffan.

La combatida antena  
 cruje, y en ciega noche el claro día  
 se torna; al cielo suena  
 confusa vocería  
 y la mar enriquecen a porffa.

A mí una pobrecilla  
 mesa de amable paz bien abastada  
 me basta, y la vajilla  
 de fino oro labrada  
 sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable  
mente se están los otros abrasando  
con sed insaciable  
del peligroso mando,  
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,  
de yedra y lauro eterno coronado,  
puesto el atento oído  
al son dulce, acordado,  
del plectro sabiamente meneado.

### DE «LOS NOMBRES DE CRISTO»

Y a lo otro, Juliano, que propusistes, que siendo Dios un abismo de ser y de perfección infinita, y habiendo de ser el nombre imagen de lo que nombra, cómo se podía entender que una palabra limitada alcanzase a ser imagen de lo que no tiene limitación; algunos dicen que este nombre, como nombre que se le puso Dios a sí mismo, declara todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y verbo divino, que dentro de sí engendra entendiéndose; y que esta palabra que nos dijo y que suena en nuestros oídos es señal que nos explica aquella palabra eterna e incomprehensible que nasce y vive en su seno: así como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazón. Pero como quiera que aquesto sea, cuando decimos que Dios tiene nombres propios o que aquéste es nombre propio de Dios, no queremos decir que es cabal nombre o nombre que abraza y que nos declara todo aquello que hay en él. Por que uno es el ser propio, y otro es el ser igual ó cabal. Para que sea propio basta que declare, de las cosas que son propias a aquella de quien se dice, alguna dellas; mas si no las declara todas entera y cabalmente, no será igual. Y así a Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un nombre entero y que le iguale, como tampoco le podemos entender como quien él es entera y perfectamente, porque lo que dice la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y así, no es posible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega.

Y para que ya nos vamos acercando a lo propio de nuestro propósito y a lo que Sabino leyó del papel, esta es la causa por que a Cristo Nuestro Señor se le dan muchos nombres; conviene a saber, su mucha grandeza y los tesoros de sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus oficios y de los demás bienes que nascen dél y se derraman sobre nosotros; los cuales, así como no pueden ser abrazados con una vista del alma, así mucho menos pueden ser nombrados con una palabra sola. Y como el que infunde agua en algún vaso de cuello largo y estrecho, la envía poco a poco y no toda de golpe, así el Espíritu Sancto, que conoce la estrechez y angostura de nuestro entendimiento, no nos representa así toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la ofrece, diciéndonos unas veces algo della debajo de un nombre, y debajo de otro nombre otra cosa otras veces. Y así vienen á ser casi

innumerables los nombres que la Escritura divina da a Cristo, porque le llama León y Cordero y Puerta y Camino y Pastor y Sacerdote y Sacrificio y Esposo y Vid y Pimpollo y Rey de Dios y Cara suya y Piedra y Lucero y Oriente y Padre y Príncipe de paz y Salud y Vida y Verdad; y así otros nombres sin cuento. Pero de aquestos muchos escogió solos diez el papel, como más sustanciales; porque, como en él se dice, los demás todos se reducen o pueden reducir a estos en cierta manera.

Mas conviene, antes que pasemos delante, que advirtamos primero que, así como Cristo es Dios, así también tiene nombres que por su divinidad le convienen, unos propios de su persona y otros comunes a toda la Trinidad; pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros agora tocaremos en ellos, porque aquellos propriamente pertenecen a los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que decimos agora son aquellos solos que convienen a Cristo en cuanto hombre, conforme a los ricos tesoros de bien que encierran en sí su naturaleza humana, y conforme a las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os ofrece otra cosa, proseguid adelante.

---

## FRANCISCO DE LA TORRE

### LA CIERVA

Doliente cierva, que el herido lado  
de ponzoñosa y cruda yerba lleno,  
buscas la agua de la fuente pura,  
con el cansado aliento y con el seno  
bello, de la corriente sangre hinchado,  
débil y descaída tu hermosura:  
¡ay! que la mano dura  
que tu nevado pecho  
ha puesto en tal estrecho,  
gozosa va con tu desdicha, cuando  
cierva mortal, viviendo estás penando,  
tu desagrado y dulce compañero,  
el regalado y blando  
pecho pasado del veloz montero.

Vuelve, cuitada, vuelve al valle, donde  
queda muerto tu amor, en vano dando  
términos desdichados a tu suerte.  
Morirás en su seno, reclinando  
le beldad, que la cruda mano esconde  
delante de la nube de la muerte.  
Que el paso duro y fuerte,

ya forzoso y terrible,  
no puede ser posible  
que le excusen los cielos, permitiendo  
crudos astros, que mueras padeciendo  
las azechanzas de un montero crudo  
que te vino siguiendo  
por los desiertos deste campo mudo.

Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente  
muerte, que en tu sangriento pecho llevas,  
del crudo amor vencido y maltratado;  
tú con el fatigado aliento pruebas  
a rendir el espíritu doliente  
en la corriente deste valle amado.  
Que el ciervo desangrado,  
que contigo la vida  
tuvo por bien perdida,  
no fué tan poco de tu amor querido,  
que habiendo tan cruelmente padecido,  
quieras vivir sin él, cuando pudieras  
librar el pecho herido  
de crúdas llagas y memorias fieras.

Cuando por la espesura deste prado  
como tórtolas solas y queridas,  
solos y acompañados anduvistes;  
cuando de verde mirto y de floridas  
violetas, tierno acanto y lauro amado  
vuestras frentes bellísimas ceñistes:  
cuando las horas tristes,  
que ausentes y queridos,  
con mil mustios bramidos  
ensordecistes la ribera umbrosa  
del claro Tajo, rica y venturosa  
con vuestro bien, con vuestro mal sentida;  
cuya muerte penosa  
no deja rastro de contenta vida.

Agora el uno, cuerpo muerto lleno  
de desdén y de espanto, quien solía  
ser ornamento de la selva umbrosa:  
tú, quebrantada y mustia, al agonía  
de la muerte rendida, el bello seno  
agonizando, el alma congojosa;  
cuya muerte gloriosa,  
en los ojos de aquellos  
cuyos despojos bellos  
son vitorias del crudo amor furioso,  
martirio fué de amor, triunfo glorioso

con que corona y premia dos amantes  
que del siempre rabioso  
trance mortal salieron muy triunfantes.

Canción, fábula un tiempo, y caso agora  
de una cierva doliente, que la dura  
flecha del cazador dejó sin vida,  
errad por la espesura  
del monte, que de gloria tan perdida  
no hay sino lamentar su desventura.

---

## FERNANDO DE HERRERA (1534-1597)

### POR LA VICTORIA DE LEPANTO

Cantemos al Señor, que en la llanura  
Venció del ancho mar al Trance fiero;  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
Salud y gloria nuestra.  
Tú rompiste las fuerzas y la dura  
Frente de Faraon, feroz guerrero;  
Sus escogidos príncipes cubrieron  
Los abismos del mar, y descendieron,  
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego  
Los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado  
En el grande aparato de sus naves,  
Que de los nuestros la cerviz cautiva  
Y las manos aviva  
Al ministerio injusto de su estado,  
Derribó con los brazos suyos graves  
Los cedros más excelsos de la cima  
Y el árbol que más yerto se sublima,  
Bebiendo ajenas aguas y atrevido  
Pisando el bando nuestro y defendido.  
Temblaron los pequeños, confundidos  
Del impio furor suyo; alzó la frente  
Contra tí, Señor Dios, y con semblante  
Y con pecho arrogante,  
Y los armados brazos extendidos,  
Movió el airado cuello aquel potente;  
Cercó su corazón de ardiente saña  
Contra las dos Hesperias, que el mar baña,  
Porque en tí confiadas le resisten  
Y de armas de tu fé y amor se visten.

Dixo aquel insolente y desdenioso:  
«No conocen mis iras estas tierras,  
Y de mis padres los ilustres hechos,

O valieron sus pechos  
 Contra ellos con el húngaro medroso,  
 Y de Dalmacia y Ródas en las guerras?  
 ¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos  
 Pudo salvar los de Austria y los germanos?  
 ¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
 Guardarlos de mi diestra vencedora?

»Su Roma, temerosa y humillada,  
 Los cánticos en lágrimas convierte;  
 Ella y sus hijos tristes mi ira esperan  
 Cuando vencidos mueran;  
 Francia está con discordia quebrantada,  
 Y en España amenaza horrible muerte  
 Quien honra de la luna las banderas;  
 Y aquellas en la guerra gentes fieras  
 Ocupadas están en su defensa,  
 Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

»Los poderosos pueblos me obedecen,  
 Y el cuello con su daño al yugo inclinan,  
 Y me dan por salvarse ya la mano.  
 Y su valor es vano;  
 Que sus luces cayendo se oscurecen,  
 Sus fuertes á la muerte ya caminan,  
 Sus vírgenes están en cautiverio,  
 Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.  
 Del Nilo á Eufrátes fértil y Istro frío,  
 Cuanto el sol alto mira todo es mío.»

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria  
 Usurpe quien su fuerza osado estima,  
 Prevalenciendo en vanidad y en ira,  
 Este soberbio mira,  
 Que tus aras afea en su vitoria.  
 No dexes que los tuyos así oprima,  
 Y en su cuerpo, cruel, las fieras cebe,  
 Y en su esparcida sangre el odio pruebe;  
 Que hecho ya su oprobio, dice: «¿Dónde  
 El Dios de estos está? ¿De quien se asconde?»

Por la debida gloria de tu nombre,  
 Por la justa venganza de tu gente,  
 Por aquel de los míseros gemido,  
 Vuelve el brazo tendido  
 Contra este, que aborrece ya ser hombre;  
 Y las honras que celas tú consiente;  
 Y tres y cuatro veces el castigo  
 Esfuerza con rigor a tu enemigo,  
 Y la injuria a tu nombre cometida  
 Sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso  
 Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago

Juntó el consejo, y contra nos pensaron  
Los que en él se hallaron.

«Venid, dixeron, y en el mar ondoso  
Hagamos de su sangre un grande lago;  
Deshagamos á estos de la gente,  
Y el nombre de su Cristo juntamente,  
Y dividiendo de ellos los despojos,  
Hártese en muerte suya nuestros ojos.»

Vinieron de Asia y portentoso Egitto  
Los árabes y leves africanos,  
Y los que Grecia junta mal con ellos,  
Con los erguidos cuellos,  
Con gran poder y número infinito;  
Y prometer osaron con sus manos  
Encender nuestros fines y dar muerte  
A nuestra juventud con hierro fuerte,  
Nuestros niños prender y las doncellas,  
Y la gloria manchar y la luz dellas.

Ocuparon del piélagos los senos,  
Puesta en silencio y en temor la tierra,  
Y cesaron los nuestros valerosos,  
Y callaron dudosos,

Hasta que al fiero ardor de sarracenos  
El Señor eligiendo nueva guerra,  
Se opuso el jóven de Austria generoso  
Con el claro español y belicoso;  
Que Dios no sufre ya en Babel cantiva  
Que su Sion querida siempre viva.

Cual león a la presa apercebido,  
Sin recelo los impíos esperaban  
A los que tú, Señor, eras escudo;  
Que el corazón desnudo  
De pavor, y de amor y fé vestido,  
Con celestial aliento confiaban.  
Sus manos a la guerra compusiste,  
Y sus brazos fortísimos pusiste  
Como el arco acerado, y con la espada  
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos  
Rindiéronse temblando y desmayaron;  
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,  
Como la arista queda

Al ímpetu del viento, á estos injustos,  
Que mil huyendo de uno se pasmaron.  
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama  
En las espesas cumbres se derrama,  
Tal en tu ira y tempestad seguiste  
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando

Las alas de su cuerpo temerosas  
 Y sus brazos terribles no vencidos;  
 Que con hondos gemidos  
 Se retira a su cueva, do silbando  
 Tiembla con sus culebras venenosas,  
 Lleno de miedo torpe sus entrañas,  
 De tu leon temiendo las hazañas;  
 Que, saliendo de Espana, dió un rugido  
 Que lo dexó asombrado y aturrido.

Hoy se vieron los ojos humillados  
 Del sublime varon y su grandeza,  
 Y tú sólo, Señor, fuiste exaltado;  
 Que tu día es llegado,  
 Señor de los ejércitos armados,  
 Sobre la alta cerviz y su dureza,  
 Sobre derechos cedros y extendidos,  
 Sobre empinados montes y crecidos,  
 Sobre torres y muros, y las naves  
 De Tiro, que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada  
 Temerá el fuego y la asta violenta,  
 Y el humo subirá á la luz del cielo,  
 Y faltos de consuelo,  
 Con rostro oscuro y soledad turbada  
 Tus enemigos llorarán su afrenta.  
 Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza  
 Egicia y gloria de su confianza,  
 Triste que á ella pareces, no temiendo  
 A Dios y á tu remedio no atendiendo.

¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste  
 En adulterio infame á una impia gente,  
 Que deseaba profanar tus frutos,  
 Y con ojos enjutos  
 Sus odiosos pasos imitaste,  
 Su aborrecida vida y mal presente?  
 Dios vengará sus iras en tu muerte;  
 Que llega a tu cerviz con diestra fuerte  
 La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,  
 Reprimirá su mano desafada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,  
 Que en tus naves estabas gloriosa,  
 Y el término espantabas de la tierra,  
 Y si hacías guerra,  
 De temor la cubrías con suspiro  
 ¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?  
 ¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?  
 Dios, para convertir tu gloria en llanto  
 Y derribar tus ínclitos y fuertes  
 Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar; que es destruida  
 Vuestra vana soberbia y pensamiento.  
 ¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,  
 Tu, que sigues la luna,  
 Asia adúltera, en vicios sumergida?  
 ¿Quién mostrará un liviano sentimiento?  
 ¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende  
 Tu ira y la arrogancia que te ofende,  
 Y tus viejos delitos y mudanza  
 Han vuelto contra tí a pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados  
 Y de tus pinos ir el mar desnudo,  
 Que sus ondas turbaron y llanura,  
 Viendo tu muerte oscura,  
 Dirán, de tus estragos espantados:  
 ¿Quién contra la espantosa tanto pudo?  
 El Señor, que mostró su fuerte mano  
 Por la fé de su príncipe cristiano  
 Y por el nombre santo de su gloria,  
 A su España concede esta vitoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza;  
 Que despues de los daños padecidos,  
 Despues de nuestras culpas y castigo,  
 Rompiste al enemigo  
 De la antigua soberbia la dureza.  
 Adórente, Señor, tus escogidos,  
 Confiese cuanto cerca el ancho cielo  
 Tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!  
 Y la cerviz rebelde, condenada,  
 Perezca en bravas llamas abrasada.

---

## GUTIERRE DE CETINA († 1557)

### MADRIGAL

Ojos claros, serenos,  
 Si de un dulce mirar sois alabados,  
 ¿Por qué si me miráis, miráis airados?  
 Si cuando más piadosos  
 Más bellos parecéis a quien os mira,  
 No me miréis con ira,  
 Porque no parezcáis menos hermosos.  
 ¡Ay, tormentos rabiosos!  
 Ojos claros, serenos,  
 Ya que así me miráis, miradme al menos.

---

## BALTASAR DEL ALCÁZAR (1530-1606)

## EPIGRAMAS

Amor es una finaja...  
 Diréisme que desvarío  
 Y que es error este mfo  
 De un hablador de ventaja.  
 ¡Pues yo sé bien si es error!  
 Mas no nos oigan por eso;  
 Yo me retracto, y confieso  
 Que finaja no es amor.

De la boca de Inés puedo  
 Como testigo afirmar,  
 Que le falta por llegar  
 A las orejas un dedo.  
 Y si a reir la provoca  
 Quien le contare consejas,  
 Quedan atrás las orejas,  
 Y sube arriba la boca.

Iba en una procesión  
 Un donoso loco un día,  
 Y un galán, que atrás venía,  
 Le sacudió un pescozón.  
 El loco, la mano alzando,  
 Dió otro tal al delantero,  
 Diciéndole: «compañero,  
 Dad, ¿no veis que vienen dando?»

Donde el sacro Betis baña  
 Con manso curso la tierra  
 Que entre sus muros encierra  
 Toda la gloria de España,  
 Reside Inés, la graciosa,  
 La del dorado cabello,  
 Pero a mí, ¿qué me va en ello?  
 Maldita de Dios la cosa.

Cierto jurista abogado  
 Juraba por su provecho,  
 Que había todo el Derecho  
 En una noche pasado.  
 Creyóselo el litigante,  
 Sin ver que si lo pasó,  
 Fué porque el libro mudó  
 Para limpiar el estante.

No es delito contra el Papa  
 Réiros, señor Centeno;  
 Pero no tengo por bueno  
 Que se ría vuestra capa.  
 Y si ropero que os ffe  
 Otra capa no tenéis,  
 Mejor será que lloréis  
 Cuando la capa se rfe.

## CENA JOCOSA

En Jaén, donde resido,  
 Vive don Lope de Sosa,  
 Y diréte, Inés, la cosa  
 Más brava dél que has oído.  
 Tenía este caballero  
 Un criado portugués...  
 Pero cenemos, Inés,  
 Si te parece, primero.  
 La mesa tenemos puesta;  
 Lo que se ha de cenar, junto;  
 Las tazas y el vino, a punto:  
 Falta comenzar la fiesta.

Rebana pan. Bueno está,  
 La ensaladilla es del cielo;  
 Y el salpicón, con su ajuelo,  
 ¿No miras qué tufo da?  
 Comienza el vinillo nuevo  
 Y échale la bendición;  
 Yo tengo por devoción  
 De santiguar lo que bebo.  
 Franco fué, Inés, ese toque;  
 Pero arrójame la bota;  
 Vale un florín cada gota  
 Deste vinillo haloque.

¿De qué taberna se trajo?  
Mas ya: de la del cantillo,  
Diez y seis vale el cuartillo;  
No tiene vino más bajo.

Por Nuestro Señor, que es mina  
La taberna de Alcocer;  
Grande consuelo es tener  
La taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,  
Vive Dios, que no lo sé,  
Pero delicada fué  
La invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,  
Pido vino de lo nuevo,  
Mídenlo, dánmelo, bebo,  
Págolo y voime contento.

Esto, Inés, ello se alaba,  
No es menester alaballo:  
Sólo una falta le hallo:  
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón  
Hize fin; ¿qué viene ahora?  
La morcilla. ¡Oh, gran señora,  
Digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!  
¡Qué través y enjundias tiene!  
Páreceme, Inés, que viene  
Para que demos en ella.

Pues ¡sus!, encójase y entre,  
Que es algo estrecho el camino.  
No echas agua, Inés, al vino,  
No se escandalice el vientre.

Echa de lo trasaniejo,  
Porque con más gusto comas:  
Dios te salve, que así tomas,  
Como sabia, mi consejo.

Mas dí: ¿no adoras y precias  
La morcilla ilustre y rica?  
¡Cómo la traidora pica!  
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!  
Morcilla de cortesanos,  
Y asada por esas manos,  
Hechas a cebar lechones.

¡Vive Dios, que se podía  
Poner al lado del Rey!  
Puerco, Inés, a toda ley,  
Que hinche tripa vacía.

El corazón me revienta  
De placer. No sé de ti  
Cómo te va. Yo, por mí  
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios.  
Mas oye un punto sutil:  
¿No pusiste allí un candil?  
¿Cómo remanecen dos?

Pero son preguntas viles;  
Ya sé lo que puede ser:  
Con este negro beber  
Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,  
¡Alto licor celestial!  
No es el haloquillo tal  
Ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar! ¡Qué color,  
Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza,  
La moradilla va entrando,  
Y ambos vienen preguntando  
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo:  
El de Pinto no le iguala.  
Pues la aceituna no es mala:  
Bien puede bogar su remo.

Pues haz, Inés, lo que sueles:  
Daca de la bota llena  
Seis tragos. Hecha es la cena:  
Levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado  
Tan bien y con tanto gusto,  
Parece que será justo  
Volver al cuento pasado.

Pues, sabrás, Inés, hermana,  
Que el portugués cayó enfermo...  
Las once dan; yo me duermo;  
Quédese para mañana.

## DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA (1533-1594)

## LA ARAUCANA

## De la segunda parte, canto VII

El gallardo Lincoya, que arrogante  
 El primero escuadrón iba guiando,  
 Con muestra airada y con feroz semblante  
 El firme y largo paso apresurando,  
 Cala la gruesa pica en un instante,  
 Y el cuento entre la tierra y pie afirmando,  
 Recibe en el igual hierro fornido  
 El cuerpo de Hernán Pérez atrevido.

Por el lado derecho encaminado  
 Hizo el agudo hierro gran herida,  
 Pasando el escaupil doble, estofado,  
 Y una cota de malla muy tejida;  
 El ancho y duro hierro ensangrentado  
 Abrió por las espaldas la salida,  
 Quedando el cuerpo ya descolorido  
 Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino  
 Salió al valiente Osorio, que corriendo  
 Venía con mayor ánimo que fino  
 Los herrados talones sacudiendo,  
 Mostrando el cuerpo al tiempo que convino,  
 Le dió lado, y la maza revolviendo,  
 Con tanta fuerza le cargó la mano,  
 Que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venía,  
 De otro golpe también le puso en tierra,  
 El cual con gran esfuerzo y valentía  
 La adarga embraza y de la espada afierra,  
 Y contra la enemiga compañía  
 Se puso él solo á mantener la guerra,  
 Haciendo rostro y pie con tal denuedo  
 Que algunos muy osados puso miedo.

Aunque con gran esfuerzo se sustenta,  
 La fuerza contra tantos no bastaba,  
 Que ya la espesa turba alharaquenta  
 En confuso montón le rodeaba;  
 Pero en esta sazón más de cincuenta

Caballos que Reinoso gobernaba,  
Que de refresco á tiempo habian llegado  
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron  
De gruesas astas un tejido muro,  
El cerrado escuadrón apostillaron  
Probando más de diez el suelo duro;  
Ya el esforzado Cázares cobraron,  
Que cercado de gente mal seguro  
Con ánimo feroz se sustentaba,  
Y matando, la muerte di'ataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,  
Escobar, Juan Jufré, Cortés y Aranda,  
Sin mirar al peligro y riesgo extraño,  
Sustentan todo el peso á aquella banda:  
También hacen efecto y mucho daño  
Losada, Peña, Córdoba y Miranda,  
Bernal, Lasarte, Ca[sta]ñeda, Lilloa,  
Martín Ruiz y Juan López de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,  
En la española sangre ya cebada,  
Los hizo revolver forzosamente,  
Y seguir la carrera comenzada;  
Tras estos otra escuadra de repente  
En ellos se estrelló desatinada;  
Mas sin ganar un paso de camino  
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa  
Juan Remón y los otros revolvían,  
Luego con nueva pérdida y más priesa,  
La primera derrota proseguían;  
Y en una polvorosa nube espesa  
Envueltos unos y otros ya venían,  
Cuando fué nuestro campo descubierto  
En orden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados  
Que por las picas nuestras se metieron;  
Pero vueltos en sí más reportados,  
El ímpetu y la furia detuvieron;  
Y corregidos luego y ordenados,  
La campaña al través se retrujeron  
Al pie de un cerro á la derecha mano  
Cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerno arremetimos  
 Un gran tropel á pie de gente armada,  
 Que con presteza al arribar les dimos  
 Espesa carga y súbita rociada;  
 Y al cieno retirados nos metimos  
 Tras ellos por venir espada á espada,  
 Probando allí las fuerzas y el desnudo  
 Con rostro firme y ánimo a pie quedo.

Jamás los alemanes combatieron  
 Así de firme á firme, frente á frente,  
 Ni mano á mano dando recibieron  
 Golpes sin descansar á manteniendo,  
 Como el un bando y otro que vinieron  
 A estar así en el cieno estrechamente,  
 Que echar atrás un paso no podían;  
 Y dando aprisa, aprisa recibían.

Quién el húmedo cieno á la cintura  
 Con dos y tres á veces peleaba;  
 Quién por mostrar mayor desenvoltura  
 Queriéndose mover, más atascaba;  
 Quién probando las fuerzas y ventura  
 Al vecino enemigo se aferraba,  
 Mordiéndole y cegándole con lodo,  
 Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse  
 Andaba igual, y en duda la fortuna,  
 Sin muestra ni señal de declararse  
 Mínima de ventaja en parte alguna:  
 Ya parecían aquellos mejorarse,  
 Ya ganaban aquestos la laguna;  
 Y la sangre de todos derramada  
 Tornaba el agua turbia colorada.

---

## PABLO DE CÉSPEDES (1538-1608)

### POEMA DE LA PINTURA

#### Del libro primero

Será entre todos el pincel primero  
 En su cañón atado y recogido,  
 Del blanco pelo del silvestre vero  
 (El bégido es mejor y en más tenido);  
 Sedas el jabalí cerdoso y fiero

Parejas ha de dar el más crecido;  
Será grande o mayor, según que fuere  
Formado á la ocasión que se ofreciere.

Un junco que tendrá ligero y firme  
Entre los dedos la siniestra mano,  
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,  
Y el teñido pincel vacile en vano;  
De aquellas que cargó de tierra firme  
Entre oro y perlas navegante ufano,  
De ébano ó de marfil, asta que se entre  
Por el cañón y con el pelo encuentre.

Demás un tabloncillo relumbrante  
Del árbol bello de la tierna pera,  
O de aquel otro que del triste amante  
Imitare el color en su madera,  
Abierto por la parte de delante,  
Do salga el grueso dedo por defuera,  
En él asentarás por sus tenores  
La variedad y mezcla de colores.

Un pórfido cuadrado, llano y liso,  
Tal que en su tez te mires limpia y clara,  
Donde podrás con no pequeño aviso  
Trillarlos con sutil mixtura y rara;  
De tres piernas la máquina de aliso,  
De una a otra poco más que vara,  
Las clavijas pondrás en sus encajes  
Donde a tu mano el cuadro alces o bajas.

De macizo nogal y sazonado  
Derecha regla, que el perfil recuadra,  
Tendrás también, de acero bien labrado,  
No faltará ocasión, la justa escuadra:  
El compás del redondo fiel trabado  
A quien el propio nombre al justo cuadra,  
Que, abriéndose ó cerrando, no se sienta  
El salto donde el pase más se aumenta.

Demás de esto un cuchillo acomodado  
De sus perdidos filos ya desnudo,  
Que incorpore el color, y otro delgado  
Que corte sin sentir fino y agudo;  
Los despojos del pájaro sagrado,  
Cuya voz oportuna tanto pudo  
De la Tarpea roca en la defensa,  
Cuando tenerla el fiero galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro  
Creció del mar en el extremo seno,  
La que guarde el carmín y guarde el oro,  
El verde, el blanco y el azul sereno;  
Un ancho vaso de metal sonoro,  
De frescas ondas transparentes lleno,

Do molidos á olio en blando frío,  
 Del calor los defienda y del estío.  
 Una ampolla de vidrio cristalina,  
 Que el perfecto barniz guarde, distinta  
 De otra do se conserva y do se afina  
 Olio con que más cómodo se pinta;  
 Con éstas otra que a la par destina  
 A la letra, y dibujo obscura finta,  
 De caparrosa hecha, agalla y goma,  
 Con el licor que da la fértil Soma.

## FRAY LUIS DE GRANADA (1504-1589)

### GUÍA DE PECADORES

#### Del capítulo III

¿Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo que crió este Señor para tu servicio? Todo cuanto hay debajo del cielo, o es para el hombre, o para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómo el pájaro de que él se mantiene; y si él no pascé la yerba del campo, páscela el ganado de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuán anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuán rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandece en el cielo, tuyo es. Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira cuántos predicadores te envía Dios para que le conozcas. Todas cuantas cosas hay (dice Sant Agustín) en el cielo y en la tierra me dicen, Señor, que te ame, y no cesan de decirlo a todos, porque nadie se pueda excusar.

¡Oh, si fudieses oídos para entender las voces de las criaturas, sin dubda verías cómo todas ellas a una te dicen que ames a Dios! Porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por tí y por ellas al común Señor. El cielo dice: yo te alumbro de día y de noche con mis estrellas, porque no andes a oscuras, y te envío diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: yo te doy aliento de vida, y te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma, y tengo en mí muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oídos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías a sus tiempos, y con los ríos y fuentes, para que te refresquen, y te crió infinitas diferencias de peces para que comas; riego tus sembrados y arboledas con que te sus-

tentes, y doite camino breve y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas ajenas con las tuyas. Pues la tierra, ¿qué dirá, que es la común madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales? Esa, pues, también con mucha razón dirá: yo como madre te traigo a cuestras; yo te crío los mantenimientos, y te sustento con los frutos de mis entrañas; yo tengo tratos y comunicación con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio; yo, finalmente, como buena madre, ni en vida, ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo a cuestras y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente, todo el mundo a muy grandes voces te está diciendo: mira cuánto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por ti crió a mí, y por Él quiere que sirva a tí, porque tú sirvas y ames a aquél que crió a mí por tí, y a tí por sí.

## DEL «SERMÓN EN LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS»

Una de las cosas que más suele mover los hombres al trabajo es la esperanza del premio: tanto más, cuanto lo esperan mayor. Porque como sea tan grande la fuerza del propio amor, todas las veces que se le pone delante algún bien, da de espuelas al corazón para que se ponga al trabajo para alcanzarlo. Por donde parece que una de las cosas que es más parte para inclinar nuestro corazón al amor de la virtud, es la grandeza del galardón della. Con éste convida hoy en el Evangelio el Salvador a sus discípulos, poniendo a cada virtud su propio premio; y al fin de todas estas virtudes (a que llama bienaventuranzas) pone por remate el Evangelio estas palabras: *Gozaos, y alegraos, porque vuestro galardón es grande en el reino de los cielos*. Por lo cual no será fuera de proposito tratar hoy desta materia; así por esta razón, como también por la fiesta que hoy celebra la sancta Madre Iglesia, de Todos los Sanctos, de cuya bienaventuranza conviene hoy tratar.

Cuán grande sea el premio y gloria de los sanctos, ni la humana elocuencia ni la angélica lo podrán explicar. Porque (como dice el Apóstol) ni el ojo lo vió, ni la oreja oyó, ni subió al corazón humano la grandeza del premio que Dios tiene guardado para los que le temen. Porque (como dice Sant Gregorio) ¿qué lengua podrá explicar, o qué entendimiento comprender cuáles sean los gozos de aquella ciudad soberana? ¿Qué cosa sea ver a los hombres entre los ángeles, ver la cara de Dios, gozar de aquella luz infinita, y vivir en perpetuo contento sin recelo de la muerte?

Mas dado el caso que ninguna destas cosas se pueda explicar como ella es, todavía por algunas conjeturas podemos rastrear algo de lo que allí hay. La primera sea la consideración de la excelencia del artífice desta obra. La segunda el tiempo en que ella gastó. La tercera el fin para que la aparejó. La cuarta la generosidad de ánimo deste Señor. La quinta el aprecio que nos pide por ella. Digamos, pues, algo, haciendo discursos por estas conjeturas.

Cuanto al artífice desta obra, es el mismo Dios, cuyo saber, poder, bondad es sin número, en todo infinito; cuya obra es todo lo criado, visible e invisible. Si los oficiales de la obra que procuramos entender son estos tres, poder infinito, saber infinito y bondad infinita, ¿cuál será la obra que saldrá desta oficina, tomada muy de propósito; donde el Espíritu Sancto con su bondad infinita quiere dar a los hombres todo género de descanso, gozo y gloria, y el Hijo con su infinita sabiduría sabe ordenar en qué y cómo; y el padre con su infinito poder puede dar el cumplimiento de la obra, según que la quiere el Espíritu Sancto por su bondad y la dispone el Hijo por su saber? ¿Qué obra saldrá de artífice de infinito poder, saber y bondad? ¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, Jacob; y tus tiendas, Israel (dice el Profeta); como los valles con arte plantados de frescas arboledas, como los reales jardines junto a los ríos, y como los cedros plantados junto a las corrientes de las aguas, como los edificios fundados por mano de Dios, y no de los hombres! Concluye desta manera el Profeta, dando a entender que lo que va de Dios a los hombres, va de obras de Dios a obras de hombres.

## SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

### POESÍAS

*Vivo sin vivir en mí,  
Y de tal manera espero,  
Que muero porque no muero.*

Vivo ya fuera de mí  
Después que muero de amor;  
Porque vivo en el Señor  
Que me quiso para sí:  
Cuando el corazón le dí  
Puse en él este letrero,  
*Que muero porque no muero.*

Esta divina prisión  
Del amor en que yo vivo,  
Ha hecho a Dios mi cautivo,  
Y libre mi corazón;  
Y causa en mí tal pasión  
Ver a Dios mi prisionero,  
*Que muero porque no muero.*

¡Ay, qué larga es esta vida!  
¡Qué duros estos destierros!  
¡Esta cárcel, estos hierros  
En que el alma está metida!

Sólo esperar la salida  
Me causa dolor tan fiero,  
*Que muero porque no muero.*

¡Ay, qué vida tan amarga  
Do no se goza el Señor!  
Porque si es dulce el amor,  
No lo es la esperanza larga:  
Quíteme Dios esta carga,  
Más pesada que el acero,  
*Que muero porque no muero.*

Sólo con la confianza  
Vivo de que he de morir,  
Porque muriendo el vivir  
Me asegura mi esperanza;  
Muerte do el vivir no alcanza,  
No te tardes, que te espero,  
*Que muero porque no muero.*

Mira que el amor es fuerte;  
Vida, no me seas molesta,  
Mira que sólo te resta,  
Para ganarte, perderte;

Venga ya la dulce muerte,  
El morir venga ligero,  
*Que muero porque no muero.*

Aquella vida de arriba,  
Que es la vida verdadera,  
Hasta que esta vida muera  
No se goza estando viva:  
Muerte, no seas esquiva;  
Viva muriendo primero,  
*Que muero porque no muero,*

Vida, ¿qué puedo yo darte  
A mi Dios, que vive en mí,  
Si no es el perderte a ti,  
Para merecer ganarte?  
Quiero muriendo alcanzarte,  
Pues tanto a mi amado quiero,  
*Que muero porque no muero.*

—  
*Yo toda me entregué y di,  
Y de tal suerte he trocado,  
Que mi Amado para mí  
Y yo soy para mi Amado.*

Quando el dulce Cazador  
Me tiró y dejó rendida,  
En los brazos del amor  
Mi alma quedó caída,  
Y cobrando nueva vida

De tal manera he trocado,  
*Que mi Amado para mí  
Y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha,  
Enerbolada de amor,  
Y mi alma quedó hecha  
Una con su Criador;  
Ya yo no quiero otro amor,  
Pues a mi Dios me he entregado,  
*Y mi Amado para mí  
Y yo soy para mi Amado.*

—  
Si el amor que me tenéis,  
Dios mío, es como el que os tengo,  
Decidme, ¿en qué me detengo?  
O Vos, ¿en qué os detenéis?  
—Alma ¿qué quieres de mí?  
—Dios mío, no más que verte.  
—Y ¿qué temes más de ti?  
—Lo que más temo es perderte,  
Un alma en Dios escondida  
¿Qué tiene que desear  
Sino amar y más amar  
Y en amor toda encendida  
Tornarte de nuevo a amar?  
Un amor que ocupe os pido,  
Dios mío, mi alma os tenga,  
Para hacer un dulce nido  
Adonde más la convenga.

## CASTILLO INTERIOR

### De las Terceras moradas, capítulo primero

A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates y con la perseverancia entrado á las terceras Moradas, ¿qué les diremos, sino: *bienaventurado el varón que teme al Señor!* No ha sido poco hacer su Majestad que entienda yo ahora, qué quiere decir el romance de este verso á este tiempo, según soy torpe en este caso. Por cierto con razón le llamaremos bienaventurado, pues si no torna atrás, á lo que podemos entender, lleva camino seguro de su salvación. Aquí veréis, hermanas, lo que importa vencer las batallas pasadas; porque tengo por cierto, que nunca deja el Señor de ponerle en siguridad de conciencia, que no es poco bien. Digo en siguridad, y dije mal, que no la hay en esta vida; y por eso siempre entendí que digo: si no torna á dejar el camino comenzado. Harto gran miseria es vivir en vida que

siempre hemos de andar como los que tienen los enemigos á la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobresalto, si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza. ¡Oh Señor mío, y bien mío! ¡Cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con esperanza de perderla por Vos, ú gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo, entender que es vuestra voluntad! si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo santo Tomás, que no es otra cosa, sino morir muchas veces, vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre. Por eso digo, hijas, que la bienaventuranza que hemos de pedir, es estar ya en seguridad con los bienaventurados; que con estos temores, ¿qué contento puede tener quien todo su contento es contentar á Dios? Y considera que éste, y muy mayor, tenían algunos santos que cayeron en graves pecados; y no tenemos seguro que nos dará Dios la mano para salir de ellos, y hacer la penitencia que ellos, (entiéndese del ausilio particular). Por cierto, hijas mías, que estoy con tanto temor escribiendo esto, que no sé cómo lo escribo ni cómo vivo, cuando se me acuerda, que es muy muchas veces. Pedidle, hijas mías, que viva su Majestad en mí siempre, porque si no es ansí, ¿qué seguridad puede tener una vida tan mal gastada como la mía? Y no os pese de entender que esto es ansí como algunas veces lo he visto en vosotras, cuando os lo digo, y procede de que quisierades que hubiera sido muy santa, y tenéis razón: también lo quisiera yo; ¡mas qué tengo de hacer si lo perdí por sola mi culpa! que no me quejaré de Dios, que dejó de darme bastantes ayudas para que se cumplieran vuestros deseos: que no puedo decir esto sin lágrimas y gran confusión de ver que escriba yo cosa para las que me pueden enseñar á mí. ¡Recia obediencia ha sido!

---

## JUAN DE MAL-LARA (1527-1571)

### FILOSOFÍA VULGAR

*La viuda rica, con el uno ojo llora, con el otro repica.*

Las riquezas hacen consolar a personas que si no las hubiera en ellas, llorarán de veras. Y esto hace muchas veces consolarse las viudas, porque quedaron ricas y se pueden casar como, y cuando y con quien quisieren. Así dice que llora con el un ojo, para cumplir con el marido difunto. Y repica, quiere decir, mira a todas partes con el otro, para ver lo que le contenta, porque en su mano está escoger a quien más le agrade.

*Al hijo del herrero, de balde le machan el hierro.*

Quiere decir que cuando es una cosa casera, y que el mismo de casa demanda que se haga algo, no se le pide precio por ello, y no hay mucho trabajo en hacerlo; pero a los extraños, por buen dinero. Aplícase a todos los que teniendo en su casa buenos instrumentos para lo que hacen, fácilmente lo acaban.

*Madrastra, madre áspera, ni de cera ni de pasta.*

Esto se dijo de un caso, que fué de la que hizo la imagen de la madrastra de cera o de pasta de azúcar, que la descalabró. Siendo como habemos dicho tan cruel la madrastra con el antenado, viene él a declarar qué quiere decir madrastra, y dice que es madre áspera. Y que siendo tal, como hemos dicho, ni es buena de cera, ni de pasta, que es la masa de que hacen los mazapanes y otras cosas dulces: que es de latín: *Mater austera*, que es recia.

*Al hombre desnudo, más vale dos camiones que no uno.*

Cierto está que si uno viene a tanta pobreza que se halla desnudo, y le dan a escoger dos camisas, o una, que no porque se usa traer sola una camisa tomará una sola, sino para cubrir su desnudez tome las dos, y ponerse hía una sobre otra, que más abrigarán. Aplícase a que el hombre en la necesidad mire más lo que ha menester que lo que se usa.

---

P. JUAN DE MARIANA (1535-1624)

HISTORIA DE ESPAÑA

Del libro séptimo, capítulo primero

*Cómo el infante don Pelayo se levantó contra los moros.*

No pasaron dos años enteros despues que el furor africano hizo a España aquella guerra cruel y desgraciada, cuando un gran campo de moros pasó las cumbres de los Pirineos por donde parten término España y Francia, y por fuerza de armas rompió por aquella provincia con intento de rendir con las armas vencedoras aquella parte de Francia que solia ser de los godos. Además que se les presentaba buena ocasión, conforme al deseo que llevaban, de acometer y apoderarse de toda aquella provincia por estar alterada con discordias civiles y muy cerca de caer por el suelo á causa de la ociosidad y descuido muy grande de aquellos reyes, con que las fuerzas se enflaquecian y marchitaban, no de otra guisa que poco antes aconteciera en España. Pipino, el más Viejo, y Carlos, su hijo, bien que habido fuera de matrimonio, por su valor y esfuerzo en las armas llamado por sobrenombre Martello, señores de lo que entonces Austrasia y al presente se dice Lorena, eran mayordomos de la casa real de Francia, y como tales gobernaban en paz y en guerra la república á su voluntad; camino que claramente se

hacían, y escalón para apoderarse del reino y de la corona, cuyo nombre quedaba solamente a los que eran verdaderos reyes y naturales por ser del linaje y alcuñía de Faramundo, primero rey de los francos. Grande era el odio que resultaba y el desgusto que por esta causa muchos recibían; llevaban mal que una casa en Francia y un linaje estuviese tan apoderado de todo, que pudiese más que las leyes y que los reyes y toda la demás nobleza. Eudón, duque de Aquitania, hoy Guiena, era el principal que hacia rostro y contrastaba a los intentos de los austrasianos. Cada parte tenía sus valedores y allegados, con que toda aquella nación y provincia estaba dividida en parcialidades y bandos. Lo que hace á nuestro propósito es que con la ocasión de estar los bárbaros ocupados en la guerra de Francia las reliquias de los godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España, y reducidos á las Asturias, Galicia y Vizcaya, tenían más confianza en la aspereza de aquellas fraguras de montes que en las fuerzas, tuvieron lugar para tratar entre sí cómo podrían recobrar su antigua libertad. Quejábanse en secreto que sus hijos y mujeres, hechos esclavos, servían a la deshonestidad de sus señores. Que ellos mismos, llegados á lo último de la desventura, no solo padecían el público vasallaje, sino cada cual una miserable servidumbre. Todos los santuarios de España profanados, los templos de los santos, unos con el furor de la guerra quemados y abatidos, otros después de la victoria servían a la torpeza de la superstición mahometana, saqueados los ornamentos y preseas de las iglesias; rastros de quiera de una bárbara crueldad y fiereza. En Munuza, que era gobernador de Gijón, aunque puesto por los moros, de profesión cristiano, en quien fuera justo hallar algun reparo, no se vía cosa de hombre fuera de la figura y apariencia, ni de cristiano mas del nombre y hábito exterior; que les sería mejor partido morir de una vez que sufrir cosas tan indignas y vida tan desgraciada. Ya no trataban de recobrar la antigua gloria en punto escurecida, ni el imperio de su gente, que por permission de Dios era acabado; sólo deseaban alguna manera de servidumbre tolerable y de vida no tan amarga como era la que padecían. Los que desto trataban tenían mas falta de caudillo que de fuerzas, el cual con el riesgo de su vida y con su ejemplo despertase á los demás cristianos de España y los animase para acometer cosa tan grande; porque, como suele el pueblo, todos blasonaban y hablaban atrevidamente, pero todos también rehusaban entrar en el peligro y en la liza; el vigor y valor de los ánimos caído, la nobleza de los godos con las guerras por la mayor parte acabada. Solo el infante don Pelayo, como el que venía de la alcuñía y sangre real de los godos, sin embargo de los trabajos que había padecido, resplandecía y se señalaba en valor y grandeza de ánimo, cosa que sabían muy bien los naturales; y aun los mismos que no le conocían, por la fama de sus proezas y de su esfuerzo, como suele acontecer, le imaginaban hombre de grande cuerpo y gentil presencia. Sucedió muy á propósito que desde Vizcaya, do estaba recogido después del desastre de España, viniese á las Asturias, no se sabe si llamado, si de su voluntad, por no faltar á la ocasión, si alguna se presentase, de ayudar á la patria común.

---

## JORGE DE MONTEMAYOR (15...-1561?)

## LA DIANA

## Del libro segundo

Después que Sireno puso fin á su canto, vido cómo venía hacia él la hermosa Selvagia y el pastor Silvano, de que no recibió pequeño contentamiento: y después de haberse recibido, determinaron irse á la fuente de los alisos, donde el día antes habían estado; y primero que allá llegasen dijo Silvano: Escucha, Selvagia, ¿no oyes cantar? Sí oigo, dijo Selvagia, y aun parece más de una voz. ¿A dónde será? dijo Sireno. Paréceme, respondió Selvagia, que es en el prado de los laureles, por donde pasa el arroyo que corre desta clara fuente. Bien será que nos lleguemos allá, y de manera que no nos sientan los que cantan, porque no interrumpamos la música. Vamos, dijo Selvagia, y así su paso a paso se fueron hacia aquella parte donde las voces se oían, y escondiéndose entre unos árboles que estaban junto al arroyo, vieron sobre las doradas flores asentadas tres ninfas tan hermosas, que parecía haber en ellas dado la naturaleza clara muestra de lo que puede. Venfan vestidas de unas ropas blancas, labradas por encima de follajes de oro: sus cabellos, que los rayos del sol oscurescían, revueltos á la cabeza, y tomados con sendos hilos de orientales perlas, con que encima de la cristalina frente se hacía una lazada: y en medio della estaba una águila de oro, que entre las uñas tenía un hermoso diamante. Todas tres de concierto tañían sus instrumentos tan suavemente, que junto con las divinas voces no parecía sino música celestial. Y la primera cosa que cantaron fué este villancico:

Contentamientos de amor  
que tan cansados llegáis,  
si venis, ¿para qué os vais?

Aún no acabáis de venir  
después de muy deseados,  
cuando estáis determinados  
de madrugar, y partir:  
si tan presto os habéis de ir,  
y tan triste me dejáis,  
de placeres, no me veáis.

Los contentos huyo dellos,  
pues no me vienen á ver,  
más que por darme á entender  
lo que se pierde en perdellos;  
y pues ya no quiero vellos,  
descontentos, no os partáis,  
pues volvéis después que os váis.

Después que hubieron cantado, dijo la una, que Dorida se llamaba: Cintia, ¿es esta la ribera adonde un pastor llamado Sireno, anduvo perdido por la hermosa pastora Diana? La otra le respondió: Esta sin duda debe ser; porque junto á una fuente que está cerca de este prado, me dicen que fué la despedida de los dos, digna de ser para siempre celebrada, según las amorosas razones que entre ellos pasaron. Cuando Sireno oyó esto quedó fuera sí en ver que las tres niñas tuviesen noticia de sus desventuras. Y prosiguiendo Cintia, dijo: Y en esta misma ribera hay otras muy hermosas pastoras y otros pastores enamorados, á donde el amor ha mostrado grandísimos efectos, y algunos muy al contrario de lo que se esperaba. La tercera, que Polidora se llamaba, le respondió: Cosa es esa de que yo no me espantaría, porque no hay suceso en amor, por avieso que sea, que ponga espanto á los que por estas cosas han pasado. Mas dime, Dorida, ¿cómo sabes tú de esa despedida? Sélo, dijo Dorida, porque al tiempo que se despidieron junto a la fuente que digo, lo oyó Celio, que desde encima de un roble les estaba acechando, y la puso toda al pie de la letra en verso, de la misma manera que ella pasó. Por eso, si me escucháis, al son de mi instrumento pienso cantalla.

## ¿DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA?

### LAZARILLO DE TORMES

#### Del tractado primero

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios que no saldría peor que mi padre, y que le rogaba me tractase bien, y mirase por mí, pues era huérfano. El respondió que así lo haría, y que me recibía no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y ambos llorando, me dió su bendición y dijo: «Hijo, ya sé que no te veré más; procura de ser bueno, y Dios te guíe; criado te he y con buen amo te he puesto, válete por ti.» Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca y llegando a la puente, está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto me dijo: «Lázaro, llega al oído a este toro, y oírás gran ruido dentro dél.» Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recié la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome: «Necio,

aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo», y rió mucho la burla. Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba. Dije entre mí: «Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer.»

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos. Yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar; mas turóme poco, que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió; y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. «No diréis, tío, que os lo bebo yo, decía, pues no le quitáis de la mano». Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido. Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licuor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose (como digo) con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima. Fué tal el golpecillo que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.

## MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1547-1616)

### SONETO

#### A la muerte de la Reina doña Isabel de Valois

Aquí el valor de la española tierra,  
 Aquí la flor de la francesa gente,  
 Aquí quien concordó lo diferente,  
 De oliva coronando aquella guerra;  
 Aquí en pequeño espacio veis se encierra  
 Nuestro claro lucero de occidente;  
 Aquí yace enterrada la excelente  
 Causa que nuestro bien todo destierra.  
 Mirad quién es el mundo y su pujanza,  
 Y cómo de la más alegre vida  
 La muerte siempre lleva la vitoria.  
 También mirad la bienaventuranza  
 Que goza nuestra reina esclarecida  
 En el eterno reino de la gloria.

#### Al túmulo de Felipe II en Sevilla

Voto a Dios que me espanta esta grandeza  
 Y que diera un doblón por describilla;  
 Porque ¿a quién no suspende y maravilla  
 Esta máquina insigne, esta riqueza?  
 Por Jesucristo vivo, cada pieza  
 Vale más de un millón, y que es mancilla  
 Que esto no dure un siglo ¡oh gran Sevilla,  
 Roma triunfante en ánimo y nobleza!  
 Apostaré que el ánima del muerto  
 Por gozar este sitio hoy ha dejado  
 La gloria donde vive eternamente—.  
 Esto oyó un valentón, y dijo: Es cierto  
 Cuanto dice voacé, señor soldado,  
 Y el que dijere lo contrario, miente—.  
 Y luego, incontinente,  
 Caló el chapeo, requirió la espada,  
 Miró al solayo, fuése, y no hubo nada.

#### DEL «VIAJE DEL PARNASO»

Suele la indignación componer versos;  
 Pero si el indignado es algún fonto,  
 Ellos tendrán su todo de perversos.  
 De mí yo no sé más, sino que pronto  
 Me hallé para decir en tercia rima  
 Lo que no dijo el desterrado a Ponto.

Y así le dije a Delio:—No me estima,  
Señor, del vulgo vano el que te sigue  
Y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia le persigue,  
Y así envidiado siempre y perseguido,  
El bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido,  
Con que al mundo la hermosa *Galatea*  
Salió para librarse del olvido.

Soy por quien *la Confusa* nada fea  
Pareció en los teatros admirable,  
(Si esto a su fama es justo se le crea).

Yo con estilo en parte razonable  
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo  
Tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo  
Al pecho melancólico y mohino  
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino  
Por do la lengua castellana puede  
Mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede  
A muchos, y al que falta en esta parte,  
Es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte  
Dulce de la agradable poesía,  
Y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la pluma humilde mía  
Por la región satírica bajeza  
Que a infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza,  
Por honra principal de mis escritos:  
*Voto a Dios, que me espanta esta grandeza.*

Yo he compuesto *Romances* infinitos,  
Y el de los *Celos* es aquel que estimo,  
Entre otros que los tengo por malditos.

Por esto me congojo y me lastimo  
De verme solo en pie, sin que se aplique  
Árbol que me conceda algún arrimo.

Yo estoy (cual decir suelen) puesto a pique  
Para dar a la estampa al gran *Pirsiles*,  
Con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y sotiles,  
(Dispuestos en sonetos de a docena),  
He honrado tres sujetos fregoniles.

También al par de *Filís* mi *Filena*  
Resonó por las selvas, que escucharon  
Más de una y otra alegre cantilena.

Y en dulces varias rimas se llevaron

Mis esperanzas los ligeros vientos,  
 Que en ellos y en la arena se sembraron.  
 Tuve, tengo y tendré los pensamientos  
 (Merced al cielo que a tal bien me inclina)  
 De toda adulación libres y exentos.

Nunca pongo los pies por do camina  
 La mentira, la fraude y el engaño,  
 De la santa virtud total ruina.

.....

Por la falda del monte gateaba  
 Una tropa poética, aspirando  
 A la cumbre que bien guardada estaba.

Hacían hincapié de cuando en cuando,  
 Y con hondas de estallo y con ballestas  
 Iban libros enteros disparando.

No del plomo encendido las funestas  
 Balas pudieran ser dañosas tanto,  
 Ni al disparar pudieran ser más prestas.

Un libro mucho más duro que un canto  
 A JUSEPE DE VARGAS dió en las sienes  
 Causándole terror, grima y espanto.

Gritó y dijo a un soneto:—Tú, que vienes  
 De satírica pluma disparado,

¿Por qué el infame curso no detienes?

Y cual perro con piedras irritado,  
 Que deja al que las tira, y va tras ellas  
 (Cual si fueran la causa del pecado).

Entre los dedos de sus manos bellas  
 Hizo pedazos al soneto altivo,  
 Que amenazaba al sol y a las estrellas.

Y díjole Cilenio:—Oh rayo vivo  
 Donde la justa indignación se muestra  
 En un grado y valor superlativo.

La espada toma en la temida diestra  
 Y arrójate valiente y temerario  
 Por esta parte, que el peligro adiestra.

En esto del tamaño de un breviarío  
 Volando un libro por el aire vino,  
 De prosa y verso que arrojó el contrario.

De verso y prosa el puro desatino  
 Nos dió a entender que de ARBOLANCHES eran  
 Las Avidas pesadas de confino.

## DE «EL JUEZ DE LOS DIVORCIOS»

*Sale el Juez, y otros dos con él, que son el Escribano y Procurador, y siéntase en una silla; salen el Vejete y Mariana, su mujer.*

MARIANA.—Aun bien que está ya el señor Juez de los divorcios sentado en la silla de su audiencia. Desta vez tengo de quedar dentro o fuera: desta vegada tengo de quedar libro de pedido y alcabala, como el gavilán.

VEJETE.—Por amor de Dios, Mariana, que no almodonees tanto tu negocio; habla paso, por la pasión que Dios pasó; mira que tienes atronada a toda la vecindad con tus gritos; y pues tienes delante al señor Juez, con menos voces le puedes informar de tu justicia.

JUEZ.—¿Qué pendencia traéis, buena gente?

MARIANA.—Señor, divorcio, divorcio, y más divorcio, y otras mil veces divorcio.

JUEZ.—¿De quién o por qué, señora?

MARIANA.—¿De quién? Deste viejo que está presente.

JUEZ.—¿Por qué?

MARIANA.—Porque no puedo sufrir sus impertinencias, ni estar continuo afenta a curar todas sus enfermedades, que son sin número; y no me criaron a mí mis padres para ser hospitalera ni enfermera. Muy buen dote llevé al poder desta espuerta de huesos, que me tiene consumidos los días de la vida: cuando entré en su poder me relumbraba la cara como un espejo, y agora la tengo con una vara de frisa encima. V. m., señor Juez, me descase, si no quiere que me ahorque; mire los surcos que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada día por verme casada con esta anatomía.

JUEZ.—No lloréis, señora; bajad la voz y enjugad las lágrimas, que yo os haré justicia.

MARIANA.—Déjeme V. m. llorar; que con esto descanso. En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer, o confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento, y no que hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de entrambas partes.

JUEZ.—Si ese arbitrio se pudiera o debiera poner en práctica, y por dineros, ya se hubiera hecho; pero especificad más, señora, las ocasiones que os mueven a pedir divorcio.

MARIANA.—El invierno de mi marido, y la primavera de mi edad; el quitarme el sueño, por levantarme a media noche a calentar paños y saquillos de salvado para ponerle en la ijada; el ponerle ora aquesto, ora aquella ligadura, que ligado le vea yo a un palo por justicia; el cuidado que tengo de ponerle de noche alta [la] cabecera de la cama, jara-bes lenitivos, porque no se ahogue del pecho; y el estar obligada a sufrirle el mal olor de la boca, que le güele mal a tres tiros de arcabuz.

ESCRIBANO.—Debe de ser de alguna muela podrida.

VEJETE.—No puede ser, porque lleve el diablo la muela ni diente que tengo en toda ella.

.....

*Entra uno vestido a lo médico, y es cirujano; y Aldonza de Minjaca, su mujer.*

CIRUJANO.—Por cuatro causas bien bastantes vengo a pedir a V. m., señor Juez, haga divorcio entre mí y la señora doña Aldonza de Minjaca, mi mujer, que está presente.

JUEZ.—Resoluto venís; decid las cuatro cosas.

CIRUJANO.—La primera, porque no la puedo ver más que a todos los diablos; la segunda, por lo que ella se sabe; la tercera, por lo que yo me callo; la cuarta, porque no me lleven los demonios, cuando desta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.

PROCURADOR.—Bastantísimamente ha probado su intención.

MINJACA.—Señor Juez, V. m. me oiga, y advierta que si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo le pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fui engañada cuando con él me casé, porque él dijo que era médico de pulso, y remaneció cirujano, y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va a decir desto a médico la mitad del justo precio; la tercera, porque tiene celos del sol que me toca; la cuarta, que como no le puedo ver, querría estar apartada dél dos millones de leguas.

ESCRIBANO.—¿Quién diablos acertará a concertar estos relojes, estando las ruedas tan desconcertadas?

MINJACA.—La quinta...

JUEZ.—Señora, señora, si pensáis decir aquí todas las cuatrocientas causas, yo no estoy para escuchallas, ni hay lugar para ello; vuestro negocio se recibe a prueba, y andad con Dios; que hay otros negocios que despachar.

CIRUJANO.—¿Qué más pruebas, sino que yo no quiero morir con ella, ni ella gusta de vivir conmigo?

JUEZ.—Si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio,

## DE «LA GITANILLA»

Sucedió, pues, que la mañana de un día que volvían a Madrid a coger la garrama con las demás gitanillas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos antes que se llegue a la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino. La espada y daga que traía eran, como decirse suele, un ascua de oro; sombrero con rico cintillo y con plumas de diversas colores adornado. Repararon las gitanas en viéndole, y pusiéronse a mirar muy despacio, admiradas de que a tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar, a pie y solo. El se llegó a ellas, y hablando con la gitana mayor, le dijo:

—Por vida vuestra, amiga, que me hagáis placer que vos y Preciosa me oyáis aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho.

—Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buen hora—respondió la vieja.



Y llamando a Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pie, como estaban, el mancebo les dijo:

—Yo vengo de manera rendido a la discreción y belleza de Preciosa, que después de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar a este punto, al cabo he quedado más rendido y más imposibilitado de excusallo. Yo, señoras mías (que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretensión favorece), soy caballero, como lo puede mostrar este hábito—y apartando el herreruelo, descubrió en el pecho uno de los más calificados que hay en España—; soy hijo de Fulano—que por buenos respetos aquí no se declara su nombre—; estoy debajo de su tutela y amparo; soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo. Mi padre está aquí en la Corte pretendiendo un cargo y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él. Y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso, quisiera ser un gran señor para levantar a mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola mi igual y mi señora. Yo no la pretendo para burlalla, ni en las veras del amor que la tengo puede haber género de burla alguna; sólo quiero servirla del modo que ella más gustare: su voluntad es la mía. Para con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere; y para conservarlo y guardarlo no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone a la duración de los tiempos. Si creéis esta verdad, no admitirá ningún desmayo mi esperanza; pero si no me creéis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda. Mi nombre es éste—y díjose—; el de mi padre ya os lo he dicho; la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas; vecinos tiene de quien podréis informaros, y aun de los que no son vecinos también; que no es tan oscura la calidad y el nombre de mi padre y el mío, que no le sepan en los patios de palacio, y aun en toda la Corte. Cien escudos traigo aquí en oro para daros en arra y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.

En tanto que el caballero esto decía, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su falle; y volviéndose a la vieja, le dijo:

—Perdóneme, abuela, de que me tomo licencia para responder a este tan enamorado señor.

—Responde lo que quisieres, nieta—respondió la vieja—; que yo sé que tienes discreción para todo.

## DE «EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA»

### Parte segunda, capítulo XV

*Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los espejos y su escudero.*

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal

vencido caballero volviese, so pena de no serlo, a darle razón de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba don Quijote y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia que cuando el bachiller Sansón Carrasco aconsejó a don Quijote que volviese a proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir a don Quijote a que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió, por voto común de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir a don Quijote, pues el detenerle parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase a merced del vencedor; y así vencido don Quijote, le había de mandar el Bachiller caballero se volviese a su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, o hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa; lo cual era claro que don Quijote vencido cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar a las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades, o se diese lugar de buscar a su locura algún conveniente remedio.

Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sansón como queda referido y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así, siguieron el mismo viaje que llevaba don Quijote, y llegaron casi a hallarse en la aventura del carro de la Muerte, y, finalmente, dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se dió a entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor Bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal había logrado sus deseos y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al Bachiller:

—Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido; con facilidad se piensa y se acomete una empresa; pero con dificultad las más veces se sale de ella. Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo; vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora: ¿cuál es más loco: el que lo es por no poder menos, o el que lo es por su voluntad?

A lo que respondió Sansón:

—La diferencia que hay entre esos dos locos es que el que lo es por fuerza lo será siempre; y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

—Pues así es—dijo Tomé Cecial—, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme a mi casa.

—Eso os cumple—respondió Sansón—; porque pensar que yo he de

volver a la mfa hasta haber molido a palos a don Quijote es pensar en lo excusado; y no me llevará ahora a buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.

En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron a un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista, con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza, y la historia vuelve a hablar dél a su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote.

## LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA (1559-1613)

### SONETOS

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,  
Y con las grandes lluvias insolente,  
No sufre Ibero márgenes ni puente,  
Mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre  
Coronada de nieve la alta frente;  
Y el sol apenas vemos en oriente,  
Cuando la dura tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña  
Del aquilón, y encierra su bramido  
Gente en el puerto y gente en la cabaña,  
Y Fabio, en el umbral de Tays tendido,  
Con vergonzosas lágrimas lo baña.  
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

Tras importunas lluvias amanece,  
Coronando los montes el sol claro;  
Alegre salta el labrador avaro,  
Que las horas ociosas aborrece;

La torva frente al duro yugo ofrece  
Del animal que a Europa fué tan caro;  
Sale, de su familia fuerte amparo,  
Y los surcos solícito enriquece;

Vuelve de noche a su mujer honesta,  
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,  
Y el enjambre de hijos le rodea;

Fáciles cosas cena con gran fiesta;  
El sueño sin envidia le recibe.  
¡Oh corte, oh confusión ¿quién te desea?

Dentro quiero vivir de mi fortuna  
Y huir los grandes nombres que derrama

Con estatuas y títulos la fama  
 Por el cóncavo cerco de la luna,  
 Si con ellos no tengo cosa alguna  
 Común de las que el vulgo sirve y ama,  
 Bástame por común la postrer cama,  
 Del modo que lo fué la primer cuna.  
 Y entre estos dos umbrales de la vida,  
 Distantes un espacio tan estrecho  
 Que en la entrada comience la salida,  
 ¿Qué más aplauso quiero y más provecho  
 Que de Filis mi fe ser admitida  
 Y estar yo de la suya satisfecho?

Imagen espantosa de la muerte,  
 sueño cruel, no turbes más mi pecho,  
 mostrándome cortado el nudo estrecho,  
 consuelo solo de mi adversa suerte.  
 Busca de algún tirano el muro fuerte,  
 de jaspe las paredes, de oro el techo,  
 o el rico avaro en el angosto lecho  
 haz que temblando con sudor despierte.  
 El uno vea el popular tumulto  
 romper con furia las herradas puertas  
 o al sobornado siervo el hierro oculto;  
 El otro, sus riquezas descubiertas  
 con llave falsa o violento insulto:  
 y déjale al amor sus glorias ciertas.

---

## BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

(1562-1631)

### SÁTIRA

Dícesme, Niño, que en la corte quieres  
 introducir tus hijos, persuadido  
 a que así te lo manda el ser quien eres;  
 que ya la obligación con que han nacido  
 concede a su primera edad licencia  
 para que intenten a volar del nido;  
 que en los umbrales de la adolescencia,  
 poniendo acíbar junto de la leche,  
 o el pedagogo evitas, o su ciencia:  
 no porque como inútil se deseche,  
 sino porque les des la que él no alcanza  
 que al trato humano más les aproveche.

Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,  
 ¿a dónde ocurrirán como a la corte,  
 única perfección de su crianza?  
 Si estás resuelto de seguir su norte  
 precediendo consulta, no me atrevo  
 a estorbarlo por mucho que te importe;  
 mas si en virtud de otro consejo nuevo  
 quisieres ver que el tuyo es peligroso,  
 mira cuán sin difugios te lo pruebo.  
 Bien que, si huyendo el paternal reposo,  
 al espanto te expones o a la ira,  
 por algún caso, o grave, o afrentoso;  
 si tus amadas prendas (a quien mira  
 como a su luz tu patria) ver deseas  
 despojos de la pública mentira;  
 y si cebarse en las mohatras feas  
 (habiendo el patrimonio trastornado)  
 te persuade alguno que los veas;  
 si ciegos al honor, y del cuidado  
 del gobierno político incapaces,  
 y de las calidades de su estado;  
 si viciosos, al fin, y contumaces  
 en lujuria y en gula, vengan presto:  
 tráelos a la Corte, muy bien haces.

.....  
 Si tú pudieses ver, como el Menipo  
 de Luciano, en los aires sostenido,  
 cuando hierve esta Corte de Filipo,  
 de su desorden, tráfago y ruido,  
 sin otros argumentos importantes,  
 quedarías asaz persuadido,  
 Como aquí de provincias tan distantes  
 concurren, o por gracia o por justicia,  
 diversas lenguas, trajes y semblantes,  
 necesidad, favor, celo, codicia  
 forman tumulto, confusión y priesa  
 tal, que dirás que el orbe se desquicia.  
 Tropel de litigantes atraviesa  
 con varias quejas, varios ademanes,  
 sus causas publicando en voz expresa.  
 Entre mil estropeados capitanes  
 que ruegan y amenazan, todo junto,  
 cuando nos encarecen sus afanes,  
 los vivanderos gritan, y en un punto,  
 cruzan entre los coches los entierros  
 sin que a dolor ni horror mueva el difunto.  
 Las voces, los ladridos de los perros  
 cuando acosan la fiera aquí resuenan,  
 y aquí forjan los cíclopes sus hierros.

Todos esperan y discordes penan  
 según la disonancia de los fines  
 y prosiguen lo mismo que condenan.  
 Mas dirás que no todos son ruines,  
 que entre los vicios las virtudes nacen  
 como, entre yedras, rosas y jazmines,  
 ¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen  
 sordas, tal vez avivan las acciones  
 y a su nobleza misma satisfacen.  
 Mas básteme mostrar las ocasiones  
 y peligros que vencen las más veces  
 y el grande riesgo a que tus hijos pones.  
 Y digo al fin que si los aborreces  
 y no admitiendo el parecer segundo  
 constante en el primero permaneces;  
 que si en tu casa hay pozo bien profundo  
 o alta ventana allá los precipita,  
 que en los castigos no desplace al mundo  
 quien por clemencia el más horrendo evita.

### SONETO

«Dime, Padre común, pues eres justo,  
 ¿por qué ha de permitir tu providencia  
 que arrastrando prisiones la inocencia  
 suba la fraude a tribunal augusto?  
 ¿Quién da fuerzas al brazo que robusto  
 hace a tus leyes firme resistencia,  
 y que el celo que más la reverencia  
 gima a los pies del vencedor injusto?  
 Vemos que vibran victoriosas palmas  
 manos inicuas, la virtud gimiendo  
 del triunfo en el injusto regocijo».  
 Esto decía yo, cuando riendo  
 celestial ninfa apareció y me dijo:  
 «¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?»

---

## ALONSO DE LEDESMA (1552-1623)

## A LA MUERTE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Cristo (soberano Codro)  
para morir se disfrazó  
con las ropas que tomó  
de naturaleza humana.

Es guerra campal la vida  
y por sus peligros pasa,  
sin que le respete brazo  
ni le reconozca bala.

Con más de cinco mil golpes  
pasó las huestes contrarias,  
y al expirar sobre un monte  
dijo al campo estas palabras:

«Muriendo por la fe ganaréis fama.  
Al arma, al arma, cierra, cierra;  
y en muriendo Jesús en esta guerra  
escurecióse el sol, tembló la tierra».

No desmayes, campo mío,  
si vieres rotas mis armas,  
desangrado todo el cuerpo  
y atravesada una lanza.

No por verme baldonar  
de la enemiga canalla,  
te cuentes por afrontado  
viendo que a tu rey agravian.

Que en mi escarnio está tu gloria,  
en mi dolor tu esperanza,  
en mi sangre tu remedio,  
y en mi muerte vida larga.

Disfracéme por morir,  
que la muerte fiera y brava  
no se atreviera, á no verme  
en esta figura baja.

Aunque en parte me conoce  
al morir, pues no me falta  
corona, aunque fué de espinas,  
y cetro, aunque fué de caña.

Y pues las muertes de reyes  
un cometa las señala,  
cielos, mostrad sentimiento,  
pues muere vuestro Monarca:

«Con esto ganaréis eterna fama.  
Al arma, al arma, cierra, cierra:  
y en muriendo Jesús en esta guerra  
escurecióse el sol, tembló la tierra».

Al cielo parto triunfante,  
 pero, puesto que me parta,  
 aquí quedo con vosotros  
 haciéndoos cuerpo de guardia.  
 Nadie se me dé por hambre,  
 cuando cerquen sus murallas,  
 pues tiene de provisión  
 pan que á los ángeles harta.  
 Los despojos que gané  
 os dejo con mano franca,  
 que no quiero desta guerra  
 mayor premio que el ganarla.  
 «Al arma, al arma, cierra, cierra:  
 y en muriendo Jesús en esta guerra  
 escurecióse el sol, tembló la tierra».

---

## DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE (1561-1627)

### ROMANCES

Amarrado al duro banco  
 de una galera turquesca,  
 ambas manos en el remo  
 y ambos ojos en la tierra,  
 un forzado de Dragut  
 en la playa de Marbella,  
 se quejaba al ronco son  
 del remo y de la cadena:

«¡Oh sagrado mar de España,  
 famosa playa serena,  
 teatro donde se han hecho  
 cien mil navales tragedias!

Pues eres tú el mismo mar  
 que con tus crecientes besas  
 las murallas de mi patria,  
 coronadas y soberbias.

tráeme nuevas de mi esposa  
 y dime si han visto ciertas  
 las lágrimas y suspiros  
 que me dice por sus letras;

porque si es verdad que llora  
 mi cautiverio en tu arena,  
 bien puedes el mar del Sur  
 vencer en lucientes perlas.

Dame ya, sagrado mar,  
 a mi demanda respuesta,  
 que bien puedes, si es verdad  
 que los aguas tienen lenguas.

Pero, pues no me responde,  
 sin duda alguna que es muerta,  
 aunque no lo debe ser,  
 pues que yo vivo en su ausencia.

Pues he vivido diez años  
 sin libertad y sin ella,  
 siempre al remo condenado,  
 a nadie matarán penas».

En esto se descubrieron  
 de la religión seis velas,  
 y el cómitre mandó usar  
 al forzado de su fuerza.

---

Entre los sueltos caballos,  
 de los vencidos zenetes,  
 que por el campo buscaban  
 entre la sangre lo verde,

aquel español de Orán  
 un suelto caballo prende,  
 por sus relinchos lozano,  
 y por sus cernejas fuerte,

para que lo lleve a él,  
y a un moro cautivo lleve,  
que es uno que ha cautivado,  
capitán de cien zenetes.

En el ligero caballo  
suben ambos, y él parece  
de cuatro espuelas herido,  
que cuatro vientos le mueven.

Triste camina el Alarbe,  
y lo más bajo que puede,  
ardientes suspiros lanza,  
y amargas lágrimas vierte.

Admirado el español  
de ver cada vez que vuelve,  
que tan tiernamente llora  
quien tan duramente hiere,  
con razones le pregunta  
comedidas y corteses  
de sus suspiros la causa,  
si la causa lo consiente.

El cautivo, como tal,  
sin excusarlo, obedece,  
y a su piadosa demanda  
satisface desta suerte:

—Valiente eres, capitán,  
y cortés como valiente;  
por tu espada y por tu trato  
me has cautivado dos veces.

Preguntado me has la causa  
de mis suspiros ardientes,  
y débote la respuesta  
por quien soy y por quien eres.

Yo nací en Gelves el año  
que os perdisteis en los Gelves,  
de una berberisca noble  
y de un turco matasiete.

En Tremecén me crié  
con mi madre y mis parientes,  
después que murió mi padre,  
cosario de tres bajeies.

Junto a mi casa vivía,  
porque más cerca muriese,  
una dama de linaje  
de los nobles Melioneses;

extremo de las hermosas,  
cuando no de las crueles,  
hija al fin destas arenas  
engendradoras de sierpes.

Era tal su hermosura,

que se hallaran claveles  
más ciertos en sus dos labios  
que en los dos floridos meses.

Cada vez que la miraba  
salsa el sol por su frente,  
de tantos rayos vestido  
cuantos cabellos contiene.

Mas ya la razón sujeta  
con palabras me requiere,  
que su crueldad le perdona  
y de su beldad me acuerde.

Juntos así nos criamos,  
y amor en nuestras niñeces  
hirió nuestros corazones  
con arpones diferentes.

Labró el oro en mis entrañas  
dulces lazos, tiernas redes,  
mientras el plomo en las tuyas  
libertades y desdenes.

Esta, español, es la causa  
que a llanto pudo moverme;  
mira si es razón que llora  
tantos males juntamente.—

Conmovido el Capitán  
de las lágrimas que vierte,  
parando el veloz caballo,  
que paren sus males quiere.

—Gallardo moro, le dice,  
si adoras como refieres,  
y si como dices amas,  
dichosamente padeces.

¡Quién pudiera imaginar,  
viendo tus golpes crueles,  
que cupiera alma tan tierna  
en pecho tan duro y fuerte!

Si eres del amor cautivo,  
desde aquí puedes volverte,  
que me pedirán por voto  
lo que entendí que era suerte:

y no quiero por rescate  
que tu dama me presente  
ni las alfombras más finas,  
ni las granas más alegres.

Anda con Dios, sufre y ama  
y vivirás, si lo hicieres,  
con tal que cuando la veas  
pido que de mí te acuerdes.—

Apeóse del caballo,  
y el moro tras él desciende,

y por el suelo postrado  
la boca a sus pies ofrece.  
—Vivas mil años, le dice,  
noble capitán valiente,  
que ganas más con librarne  
que ganaste con prenderme.  
Alá se quede contigo

y te dé vitoria siempre,  
para que extiendas tu fama  
con hechos tan excelentes.  
Apenas vide trocada  
la dureza desta sierpe  
cuando tú me cautivaste:  
mira si es bien que lamente.

### SONETOS

Ilustre y hermosísima María,  
mientras se dejan ver, a cualquier hora,  
en tus mejillas la rosada aurora,  
Febo en tus ojos y en tu frente el día;  
y mientras con gentil descortesía  
mueve el viento la hebra voladora  
que la Arabia en sus venas atesora  
y el rico Tajo en sus arenas cría;  
antes que de la edad Febo eclipsado,  
y el claro día vuelva en noche oscura,  
huya la aurora del mortal nublado;  
antes que lo que hoy es rubio tesoro  
venza a la blanca nieve su blancura,  
goza, goza el color, la luz, el oro.

Raya. dorado sol, orna y colora  
del alto monte la lozana cumbre;  
sigue con agradable mansedumbre  
el rojo paso de la blanca aurora.  
Suelta las riendas a Favonio y Flora,  
y usando, al esparcir tu nueva lumbre,  
tu generoso oficio y real costumbre,  
el mar argenta y las campañas dora;  
para que desta vega el campo raso  
borde, saliendo Flérida, de flores...  
Mas si no hubiese de salir acaso,  
ni el monte rayes, ornes ni colores,  
ni sigas de la Aurora el rojo paso,  
ni el mar argentes, ni los campos dores.

### LETRILLAS

*Ande yo caliente,  
y ríase la gente.*

Traten otros del gobierno,  
del mundo y sus monarquías,  
mientras gobiernan mis días  
mantequillas y pan tierno,

y las mañanas de invierno  
naranjada y aguardiente,  
*y ríase la gente.*

Coma en dorada vajilla  
el príncipe mil cuidados  
como píldoras dorados,  
que yo en mi pobre mesilla

quiero más una morcilla  
que en el asador reviente,  
*y ríase la gente.*

Cuando cubra las montañas  
de plata y nieve el Enero,  
tenga yo lleno el brasero  
de bellotas y castañas,  
y quien las dulces patrañas  
del rey que rabió me cuente,  
*y ríase la gente.*

Busque muy enhorabuena  
el mercader nuevos soles;  
yo conchas y caracoles  
entre la menuda arena,  
escuchando a Filomena  
sobre el chopo de la fuente,  
*y ríase la gente.*

Pase a media noche el mar  
y arda en amorosa llama  
Leandro por ver su dama,  
que yo más quiero pasar  
de Yepes a Madrigal  
la regalada corriente,  
*y ríase la gente.*

Pues amor es tan cruel  
que de Píramo y su amada  
hace tálamo una espada  
do se junten ella y él,  
sea mi Tisbe un pastel  
y la espada sea mi diente;  
*y ríase la gente.*

La más bella niña  
de nuestro lugar,  
hoy viuda y sola  
y ayer por casar,  
viendo que sus ojos  
a la guerra van,  
a su madre dice  
que escucha su mal:  
*dejadme llorar  
orillas del mar.*

Pues me distes, madre,  
en tan tierna edad  
tan corto el placer,  
tan largo el pesar,  
y me cautivastes  
de quien hoy se va  
y lleva las llaves  
de mi libertad,  
*dejadme llorar, etc.*

En llorar conviertan  
mis ojos de hoy más  
el sabroso oficio  
del dulce mirar,  
pues que no se pueden  
mejor ocupar,  
yéndose a la guerra  
quien era mi paz,  
*dejadme llorar, etc.*

No me pongáis freno  
ni queráis culpar;  
que lo uno es justo,  
lo otro por demás.

Si me queréis bien,  
no me hagáis mal,  
harto peor fué  
morir y callar.

*dejadme llorar, etc.*

Dulce madre mía,  
¿quién no llorará  
aunque tenga el pecho  
como un pedernal,  
y no dará voces  
viendo marchitar  
los más verdes años  
de mi mocedad?

*dejadme llorar, etc.*

Váyanse las noches,  
pues ido se han  
los ojos que hacían  
los míos velar;  
váyanse, y no vean  
fanta soledad  
después que en mi lecho  
sobra la mitad.

*dejadme llorar  
orillas del mar.*

## DE LAS «SOLEDADES»

No es sordo el mar (la erudición engaña),  
Bien que tal vez sañudo  
No oiga á piloto, ó le responda fiero;  
Serenó disimula más orejas  
Que sembró dulces quejas  
Canoro labrador, el forastero  
En su undosa campaña.  
Espungioso pues se bebió y mudo  
El lagrimoso reconocimiento,  
De cuyos dulces números no poca  
Concentuosa suma  
En los dos giros de invisible pluma  
Que fingen sus dos alas, hurtó el viento;  
Eco vestida, una cavada roca  
Solicitó curiosa, y guardó avara  
La más dulce, si no la menos clara  
Sílabas, siendo en tanto  
La vista de las chozas fin del canto.  
Yace en el mar, si no continuada  
Isla, mal de la tierra dividida,  
Cuya forma tortuga es perezosa;  
Díganlo cuantos siglos há que nada  
Sin besar de la playa espaciosa  
La arena de las ondas repetida.  
A pesar, pues, del agua que la oculta,  
Concha, si mucha no, capaz ostenta  
De albergues, donde la humildad contenta  
Mora y Pomona se venera culta.  
Dos son las chozas, pobre su artificio,  
Mas, aunque caduca su materia,  
De los mancebos dos la mayor cuna;  
De las redes la otra y su ejercicio  
Competente oficina,  
Lo que agradable más se determina.  
Del breve islofe ocupa su fortuna;  
Los extremos de fausto y de miseria  
Moderando, en la plancha los recibe  
El padre de los dos, émulo caro  
Del sagrado Nereo, no ya tanto  
Porque á la par de los escollos vive,  
Porque en el mar preside comarcano  
Al ejercicio piscatorio, cuanto  
Por seis hijas, por seis deidades bellas,  
Del cielo espumas y del mar estrellas.

---

## FRAY DIEGO DE HOJEDA (1570?-1615)

## LA CRISTIADA

## Del libro VIII

Llegan, pues, los verdugos cohechados,  
 Y comienzan con ímpetu furioso  
 A desnudar los miembros delicados  
 Del Señor de señores poderoso:  
 Con modo vil y agravios nunca usados  
 El vestido le quitan religioso  
 Y hecho por las manos virginales  
 de la Reina de reyes inmortales.

Allí le dan crueles empellones  
 Y le dicen palabras desmedidas;  
 Oféndenle con duros bofetones  
 Y desprecios y burlas atrevidas:  
 Afrentas buscan, buscan invenciones  
 Nunca pensadas ni jamás oídas,  
 Con que dalle dolor, causalle pena,  
 Y el infierno las halla y las ordena.

Todo lo sufre con amor suave,  
 Y callado, el mansísimo Cordero  
 Que del supremo bien tiene la llave  
 Y es de Dios puro el resplandor sincero;  
 Y con sereno rostro y pecho grave  
 Del mismo ser archivo verdadero,  
 Obedeciendo á la canalla cruda  
 Que desnudar le manda, se desnuda.

Descubre aquellos brazos admirables  
 Que de los orbes ciñen la gran rueda,  
 Y los divinos hombros incansables  
 Adonde está como en su centro queda;  
 Y aquellos pechos á la esposa amables,  
 Do mora la beldad graciosa y leda,  
 Y las columnas sobre basas de oro,  
 Fábrica celestial, sumo tesoro.

Bien así cual doncella generosa  
 Que al limpio estanque da su carne pura,  
 En el agua se mira vergonzosa  
 Cuando retrata en ella su figura;  
 Y si tropa de gente maliciosa

La vido y codició su hermosura,  
Torna con la vergüenza que la mueve,  
En grana carmesí la blanca nieve;

Así Cristo, mirándose desnudo  
A los ojos de aquella infame gente,  
De la vergüenza el sentimiento agudo  
No reprimió, y brotó sensiblemente:  
Habló con lengua roja el licor mudo  
Que comenzó a teñir su blanca frente  
Y cuerpo bello de marfilpreciado,  
Ya con ardiente púrpura ilustrado.

Los ángeles, que á Dios desnudo vieron,  
En la tierra temblando se postraron,  
Humildes gracias por su amor le dieron  
Y dignas alabanzas le cantaron:  
A aquella santa desnudez sirvieron,  
Y los divinos miembros adoraron  
Con aquestas dulcísimas razones,  
Nacidas de admirados corazones:

«Salve tú, que de luz hermosa el cielo  
Y de arboles vistes la mañana,  
De flores varias el pintado suelo  
Y de ilustre candor la nieve cana;  
Salve, desnudo y general consuelo  
Del alma pobre y con su Dios ufana,  
Que por vestir al hombre despojado  
Desnudas hoy tu cuerpo venerado.»

«Los pájaros te den sacros loores,  
De ricas plumas viéndose vestidos;  
Y los montes con bellos resplandores,  
Mirándose en el alba esclarecidos;  
Y los campos de finos mil colores,  
Cual de ropas de fiestas revestidos;  
Y el mundo que adornaste de tus bienes,  
Pues tu cuerpo desnudo al aire tienes.»

Tal los prudentes ángeles decían;  
Y mucho más suspensos contemplaban  
Cuando á Cristo los pérfidos asían  
Y á la columna en peso le llevaban;  
En el rostro y el cuerpo le herfan,  
Y con nuevas injurias le afrentaban:  
¡Oh Dios! ¡cuánto padeces por el hombre,  
Que altivo huella tu bendito nombre!

Es cierta fama y tradición constante  
 Que era el mármol tan grueso y poderoso,  
 Que él solo, como entero y firme Atlante,  
 Después un templo sustentó espacioso:  
 Aquí la turba fiera y arrogante  
 Llevó al humilde celestial Esposo,  
 Y le ligó con ásperos cordeles;  
 Mas ¡oh! ¡Tened, tened, brazos crueles!

No reventéis la sangre más ilustre  
 Que ennoblecíó jamás hidalgas manos;  
 Que no son dignos de tan claro lustre  
 Esos cordeles que apretáis, profanos:  
 Bastará que la cruz al fin se ilustre  
 Con sus rojos esmaltes soberanos,  
 Y resplandezca así; mas ¡ay! feroces,  
 Que no aguardáis razón ni escucháis voces.

Llegan á la columna el cuerpo santo,  
 Y átanle con rigor los brazos nobles,  
 Y los estiran y adelgazan tanto,  
 Que a fuerza tal rompieran secos robles:  
 El humor de las venas sacrosanto  
 Revienta, y tiñe los cordeles dobles,  
 Y las manos se hinchan abrasadas,  
 Y gimen las muñecas apretadas.

---

## RODRIGO CARO (1573 - 1647)

### CANCIÓN

#### A las ruinas de Itálica

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
 Campos de soledad, mustio collado,  
 Fueron un tiempo Itálica famosa.  
 Aquí de Cipión la vencedora  
 Colonia fué; por tierra derribado  
 Yace el temido honor de la espantosa  
 Muralla, y lastimosa  
 Reliquia es solamente.  
 De su invencible gente  
 Sólo quedan memorias funerales  
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:  
 Este llano fué plaza, allí fué templo;  
 De todo apenas quedan las señales.

Del gimnasio y las termas regaladas  
 Leves vuelan cenizas desdichadas;  
 Las torres que desprecio al aire fueron  
 A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,  
 Impio honor de los dioses, cuya afrenta  
 Publica el amarillo jaramago,  
 Ya reducido a trágico teatro,  
 ¡Oh fábula del tiempo! representa  
 Cuánta fué su grandeza y es su estrago.  
 ¿Cómo en el cerco vago  
 De su desierta arena  
 El gran pueblo no suena?  
 ¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo  
 Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?  
 Todo desapareció; cambió la suerte  
 Voces alegres en silencio mudo;  
 Mas aun el tiempo da en estos despojos  
 Espectáculos fieros a los ojos,  
 Y miran tan confusos lo presente,  
 Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
 Gran padre de la Patria, honor de España,  
 Pío, felice, triunfador Trajano,  
 Ante quien muda se postró la tierra  
 Que ve del sol la cuna y la que baña  
 El mar, también vencido, gaditano.  
 Aquí de Elio Adriano,  
 De Teodosio divino,  
 De Silio Peregrino,  
 Rodaron de marfil y oro las cunas;  
 Aquí, ya de laurel, ya de jazmines,  
 Coronados los vieron los jardines,  
 Que ahora son zarzales y lagunas.  
 La casa para el César fabricada  
 ¡Ay! yace de lagartos vil morada;  
 Casas, jardines, césares murieron,  
 Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta  
 La vista en luengas calles destruídas;  
 Mira mármoles y arcos destrozados,  
 Mira estatuas soberbias, que violenta  
 Némesis derribó, yacer tendidas,  
 Y ya en alto silencio sepultados  
 Sus dueños celebrados.  
 Así a Troya figuro,

Así a su antiguo muro,  
 Y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas.  
 ¡Oh patria de los dioses y los reyes!  
 Y a ti, a quien no valieron justas leyes,  
 Fábrica de Minerva, sabia Atenas,  
 Emulación ayer de las edades,  
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades,  
 Que no os respetó el hado, no la muerte.  
 ¡Ay! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama  
 En buscar al dolor nuevo argumento?  
 Basta ejemplo menor, basta el presente,  
 Que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,  
 Aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;  
 Tal genio o religión fuerza la mente  
 De la vecina gente,  
 Que refiere admirada  
 Que en la noche callada  
 Una voz triste se oye, que llorando,  
*Cayó Itálica* dice: y lastimosa,  
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa  
 Selva que se le opone, resonando  
*Itálica*; y el claro nombre oído  
 De *Itálica*, renuevan el gemido  
 Mil sombras nobles en su gran ruína;  
 ¡Tanto aún la plebe a sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido  
 Huésped, a tus sagrados manes debo,  
 Les dó y consagró, *Itálica* famosa.  
 Tú (si lloroso don han admitido  
 Las ingratas cenizas, de que llevo  
 Dulce noticia asaz, si lastimosa).  
 Permíteme, piadosa  
 Usura a tanto llanto,  
 Que vea el cuerpo santo  
 De Geroncio, tu mártir y prelado:  
 Muestra de su sepulcuro algunas señas,  
 Y cavaré con lágrimas las peñas  
 Que ocultan su sarcófago sagrado;  
 Pero mal pido el único consuelo  
 De todo el bien que airado quitó el cielo.  
 Goza en las tuyas sus reliquias bellas  
 Para invidia del mundo y las estrellas.

---

## ANÓNIMO SEVILLANO

(Probablemente Andrés Fernández de Andrada)

## EPÍSTOLA MORAL

Fabio, las esperanzas cortesanas  
prisiones son do el ambicioso muere  
y donde al más activo nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,  
ni el nombre de varón ha merecido,  
ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido  
procura, en sus intentos temeroso  
antes estar suspenso que que caído:

que el corazón entero y generoso  
al caso adverso inclinará la frente  
antes que la rodilla al poderoso.

Más coronas, más triunfos dió al prudente  
que supo retirarse, la Fortuna,  
que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna  
de contrarios sucesos, nos espera  
desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como a la fiera  
corriente del gran Betis, cuando airado  
dilata hasta los montes la ribera.

Aquél entre los héroes es contado  
que el premio mereció, no quien le alcanza  
por vanas consecuencias del Estado.

Peculio es proprio ya de la privanza  
cuanto de Astrea fué, cuanto regía  
con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía,  
del inicuo procede y pasa al bueno;  
¿qué espera la virtud o que confía?

Vente y reposa en el materno seno  
de la antigua Romúlea, cuyo clima  
te será más humano y más sereno;

adonde por lo menos, cuando oprima  
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:

«¡blanda le sea!» al derramarla encima;  
donde no dejarás la mesa ayuno,  
cuando en ella te falte el pece raro  
o cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,  
como en la oscura noche del Egeo

busca el piloto el eminente faro;  
 que si acortas y ciñes tu deseo,  
 dirás: «Lo que desprecio he conseguido»,  
 que la opinión vulgar es devaneo.

Más quiere el ruiñeñor su pobre nido  
 de pluma y leves pajas, más sus quejas  
 en el bosque repuesto y escondido,

que agradar lisonjero las orejas  
 de algún príncipe insigne, aprisionado  
 en el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquél que vive destinado  
 á esa antigua colonia de los vicios,  
 augur de los semblantes del privado!

Cese el ansia y la sed de los oficios,  
 que acepta el don y burla del intento  
 el ídolo a quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento  
 y no le pasarás de hoy a mañana,  
 ni aun quizás de un momento a otro momento.

Apenas tienes ni una sombra vana  
 de nuestra antigua Itálica, y esperas:  
 ¡oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas  
 del Senado y romana monarquía  
 murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día  
 do apenas sale el sol, cuando se pierde  
 en las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, a la mañana verde,  
 seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!  
 ¿será que deste sueño se recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío  
 de la vida viviendo, y que está unida  
 la cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos, que en veloz corrida  
 se llevan a la mar, tal soy llevado  
 al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?  
 ¿O qué tengo yo a dicha en la que espero,  
 sino alguna noticia de mi hado?

¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,  
 de aprender a morir, antes que llegue  
 aquel forzoso término postrero;

antes que aquesta mies inútil siegue  
 de la severa muerte dura mano,  
 y a la común materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,  
 el otoño pasó con sus racimos,  
 pasó el invierno con sus nieves cano;

las hojas que en las altas selvas vimos  
cayeron, y nosotros, a porffa,  
en nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al señor que nos envía  
las espigas del año y la hartura,  
y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura  
a las aguas del cielo y al arado,  
ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fué criado  
el varón para el rayo de la guerra,  
para sulcar el piélago salado,  
para medir el orbe de la tierra  
y el cerco por do el sol siempre camina?  
¡Oh, quien así lo piensa, cuánto yerra!

Esta nuestra porción alta y divina,  
a mayores acciones es llamada  
y en más nobles objetos se termina.

Así aquella que al hombre sólo es dada  
sacra razón y pura, me despierta,  
de esplendor y de rayos coronada;  
y en la fría región dura y desierta  
de aqueste pecho, enciende nueva llama,  
y la luz vuelve a arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,  
y callado pasar entre la gente,  
que no afecto los nombres y a la fama.

El soberbio tirano del Oriente,  
que maciza las torres de cien codos  
de cándido metal, puro y luciente,  
apenas puede ya comprar los modos  
del pecar; la virtud es más barata,  
ella consigo misma ruega a todos.

¡Mísero aquel que corre y se dilata  
por cuantos son los climas y los mares,  
perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo, un sueño breve,  
que no perturben deudas ni pesares:

esto tan solamente es cuanto debe  
naturaleza al parco y al discreto,  
y algún manjar común, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto  
que pongo la virtud en ejercicio,  
que aún esto fué difícil a Epiteto;

basta al que empieza aborrescer el vicio  
y el ánimo enseñar a ser modesto:  
después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto

de sólida virtud; que aun el vicioso  
 en sí propio le nota de molesto;  
 mas no podrás negarme cuán forzoso  
 este camino sea al alto asiento,  
 morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento  
 aquella inteligencia que mensura  
 la duración de todo a su talento;

flor la vimos ayer, hermosa y pura,  
 luego materia acerba y desabrida,  
 y sabrosa después, dulce y madura.

Tal la humana natura es bien que mida  
 y compase y dispense las acciones  
 que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que siga los varones  
 que moran nuestras plazas, macilentos,  
 de la virtud infames histriones:

estos inmundos trágicos, atentos  
 al aplauso común, cuyas entrañas  
 son oscuros e infaustos monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas  
 el aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonora por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡qué redundante y llena de ruido  
 por el vano ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
 en las costumbres sólo a los mejores,  
 sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y las colores  
 en nuestro traje, ni tampoco sea  
 igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,  
 un estilo común y moderado,  
 que no le note nadie que le vea.

En el plebeyo barro mal tostado  
 hubo ya quien bebió, tan ambicioso  
 como en el vaso múrino preciado;

y alguno tan ilustre y generoso,  
 que usó, como si fuese vil gaveta,  
 del cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfeta  
 alguna cosa? ¡Oh muerte! Ven callada,  
 como sueles venir en la saeta,

no en la tonante máquina, preñada  
 de fuego y de rumor; que no es mi puerta  
 de doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me enseña descubierta  
 su esencia la verdad, y mi albedrío

con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío,  
ni al arte de decir vana y pomposa  
el ardor atribuyas deste brío.

¿Es por ventura menos poderosa  
que el vicio la virtud, o menos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia, en las manos de la suerte,  
se arroja al mar, la ira a las espadas,  
y la ambición se ríe de la muerte:

¿y no serán siquiera tan osadas  
las opuestas acciones, si las miro  
de más nobles objetos ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
de cuanto simple amé; rompí los lazos.

Ven y sabrás al alto fin que aspiro,  
antes que el tiempo muera en nuestros brazos,

---

## DON FRANCISCO DE BORJA, PRÍNCIPE DE ESQUILACHE (1581-1658)

De las playas, madre,  
donde rompe el mar,  
parten las galeras;  
con mi bien se van.

Cuanto más las llamo,  
ellas huyen más.

Si las lleva el viento.  
¿quién las defenderá?

El de mis suspiros  
hácelas volar,  
cuando más pretendo  
que vuelvan atrás.

Si forzados quedan,  
forzados irán,  
unos a partirse  
y otros a quedar:

«Llamo con suspiros  
»el bien que pierdo,  
»y las galerillas  
»baten los remos.»

De casas que huyen  
¿quién podrá fiar  
un amor de asiento  
que tan firme está?

Si ligeras vuelan  
¿dónde pararán?  
que quien tanto corre  
suele tropezar.

Los azules campos  
vuelven de cristal:  
todo cuanto focan  
mudándose va.

No está el mar seguro  
ni el viento jamás;  
mil suspiros solos  
en un ser están;

«Llamo con suspiros  
»el bien que pierdo  
»y las galerillas  
»baten los remos.»

---

## DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS (1596-1669)

### CANTINELAS

Yo vi sobre un tomillo  
 quejarse un pajarillo,  
 viendo su nido amado,  
 de quien era caudillo,  
 de un labrador robado.  
 Vile tan congojado  
 por tal atrevimiento  
 dar mil quejas al viento  
 para que al cielo santo  
 lleve su tierno llanto,  
 lleve su triste acento.  
 Ya con triste armonía,  
 esforzando el intento,  
 mil quejas repetía;  
 ya cansado callaba,  
 y al nuevo sentimiento  
 ya sonoro volvía;  
 ya circular volaba,  
 ya rastrero corría;  
 ya, pues, de rama en rama  
 al rústico seguía;  
 y saltando en la grama,

parece que decía:  
 «Dame, rústico fiero,  
 mi dulce compañía»;  
 y á mi que respondía  
 el rústico: «No quiero».

—  
 Aquellos dos verdugos  
 de las flores y pechos,  
 el Amor y la Abeja,  
 á un rosal concurrieron.  
 Lleva armado el muchacho  
 de saetas el cuello,  
 y la bestia su pico  
 de agujones de hierro.  
 Ella va susurrando,  
 caracoles haciendo,  
 y él criando mil risas  
 y cantando mil versos.  
 Pero dieron venganza  
 luego á flores y pechos,  
 ella muerta quedando  
 y él herido volviendo.

### SÁFICOS

Dulce vecino de la verde selva,  
 huésped eterno del abril florido,  
 vital aliento de la madre Venus,  
 céfiro blando.

Si de mis ansias el amor supiste,  
 fú, que las quejas de mi voz llevaste,  
 oye, no temas, y á mi ninfa dile,  
 dile que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabía,  
 Filis un tiempo mi dolor lloraba;  
 quísome un tiempo, mas agora temo,  
 temo sus iras.

Así los dioses, con amor paterno,  
 así los cielos, con amor benigno,  
 nieguen al tiempo que feliz volares,  
 nieve á la tierra.

Jamás el peso de la nube parda,  
 cuando amanece la elevada cumbre,  
 toque tus hombros, ni su mal granizo  
 hiera tus alas.

## DON GABRIEL DE CORRAL (1588-1658)

## EPIGRAMAS

A Leriano, un letrado  
nuevo, Tauro examinaba,  
que como testigo estaba  
en un pleito presentado.

Respondió muy satisfecho:  
«No sé nada», y Tauro al punto  
le replicó: «No os pregunto  
cosa que toque al Derecho.»

Hazaña de hado inclemente  
fué quitarle su marido  
a Elisa, a quien, como Dido,  
lloró afortoladamente.

Mas, aunque el dolor fué tanto,  
ya se entretiene y pasea.  
Ninguna cosa se orea  
más fácilmente que el llanto.

Félix, de tanto oropel  
de escritores sin provecho  
me fastidio, que sospecho  
que encarecen el papel.

Precipítanse a pie quedo  
estos Ícaros, y en suma,  
de la tierra con la pluma  
no se levantan un dedo.

Renombre más generoso  
da la pluma sobre acero,  
que si no escribiera Homero  
no fuera Ulises famoso.

Menos el valor presume  
si a eternidades anhela,  
porque, si la fama vuela,  
¿quién la alcanzará sin pluma?

## LOPE FELIX DE VEGA CARPIO (1562-1635)

## CANCIÓN

La verde primavera  
Do mis floridos años  
Pasé cautivo amor, en tus prisiones,  
Y en la cadena fiera  
Cantando mis engaños,  
Lloré con mi razón tus sinrazones:  
Amargas confusiones  
Del tiempo que ha tenido  
Ciega mi alma y loco mi sentido.

Mas ya que el fiero yugo  
Que la cerviz domaba  
Desafa el desengaño con su afrenta,  
Y al mismo sol enjugo,  
Que un tiempo me abrasaba,  
La ropa que saqué de la tormenta,  
Con voz libre y exenta  
Al desengaño santo  
Consagra altares y alabanzas canto.

Cuanto contento encierra  
 Contar su herida el sano,  
 Y en la patria su cárcel al cautivo,  
 Entre la paz la guerra,  
 Y el libre del tirano,  
 Tanto en cantar mi libertad recibo.  
 ¡Oh mar, oh fuego vivo  
 Que fuiste el alma mía,  
 Herida, cárcel, guerra, tiranía!  
 Quédate, falso amigo,  
 Para engañar aquellos  
 Que siempre están contentos y quejosos;  
 Que desde aquí maldigo  
 Los mismos ojos bellos,  
 Y aquellos lazos dulces y amorosos,  
 Que un tiempo tan hermosos  
 Tuvieron aunque injusto,  
 Asida el alma y engañado el gusto.

### ROMANCE

De pechos sobre una torre,  
 Que la mar combate y cerca,  
 Mirando las fuertes naves  
 Que se van a Inglaterra,  
 Las aguas crece Belisa,  
 Llorando lágrimas tiernas,  
 Diciendo con voces tristes  
 Al que se aparta y la deja:  
*«Vete, cruel; que bien me queda  
 En quien vengarme de tu agravio pueda.»*

No quedo con solo el yerro  
 De tu espada y de mi afrenta,  
 Que me queda en las entrañas  
 Retrato del mismo Eneas;  
 Y aunque inocente, culpado,  
 Si los pecados se heredan,  
 Mataréme por matarle,  
 Y moriré porque muera.  
*Vete, cruel; que bien me queda  
 En quien vengarme de tu agravio pueda.*

Mas quiero mudar de intento,  
 Y aguardar que salga fuera,  
 Por si en algo te parece  
 Matar a quien te parezca.  
 Mas no le quiero aguardar,  
 Que será víbora fiera,

Que rompiendo mis entrañas,  
Saldrá, dejándome muerta.  
*Vete, cruel; que bien me queda*  
*En quien vengarme de tu agravio pueda.*

Así se queja Belisa  
Cuando la prisa se llega;  
Hacen señal a las naves,  
Y todas alzan las velas.  
«Aguarda, aguarda le dice,  
Fugitivo esposo, espera;  
Mas ¡ay! que en balde te llamo;  
Plega a Dios que nunca vuelvas.  
*Vete, cruel; que bien me queda*  
*En quien vengarme de tu agravio pueda.»*

### SONETOS

Desmayarse, atreverse, estar furioso,  
Aspero, tierno, liberal, esquivo,  
Alentado, mortal, difunto, vivo,  
Leal, traidor, cobarde y animoso;  
No hallar fuera del bien centro y reposo,  
Mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,  
Enojado, valiente, fugitivo,  
Satisfecho, ofendido, receloso;  
Huir el rostro al claro desengaño,  
Beber veneno por licor suave,  
Olvidar el provecho, amar el daño,  
Creer que un cielo en un infierno cabe,  
Dar la vida y el alma a un desengaño:  
Esto es amor; quien lo probó, lo sabe.

Cual engañado niño que, contento,  
Pintado pajarillo tiene atado,  
Y le deja en la cuerda confiado  
Tender las alas por el manso viento;  
Y cuando más en esta gloria atento,  
Quebrándose el cordel, quedó burlado,  
Siguiéndole, en sus lágrimas bañado,  
Con los ojos y el triste pensamiento,  
Contigo he sido, Amor; que mi memoria  
Dejó llevar de pensamientos vanos,  
Colgados de la fuerza de un cabello;  
Llevóse el viento el pájaro y mi gloria,  
Y dejóme el cordel entre las manos,  
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

—Cediendo a mi descrédito anhelante,  
La mesticia que tengo me defrauda,  
Y aunque el favor lacónico me aplauda,  
Preces indico al celestial turbante;

Obstento al móvil un mentido Atlante,  
Hurtóme al Lethe en la corriente rauda,  
Y al candor de mi sol, eclipse encauda,  
Ajando voy mi vida naufragante.

Afecto aplausos de mi intonso agravio  
En mi valor brillante, aunque tremendo,  
Libando intercalar gémino labio.

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?  
—¡Y cómo si lo entiendo!—Mientes, Fabio,  
Que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

## EL MEJOR ALCALDE, EL REY

### De la Jornada tercera

#### ESCENA XIV

ELVIRA, *huyendo de DON TELLO*; FELICIANA,  
*deteniéndole.*

- ELVIRA. ¡Favor cielo soberano!,  
Pues en la tierra no espero  
Remedio. (*Vase.*)
- DON TELLO. Matarla quiero,
- FELICIANA. Detén la furiosa mano.
- DON TELLO. Mira que te he de perder  
El respeto, Feliciana.
- FELICIANA. Merezca, por ser tu hermana,  
Lo que no por ser mujer.
- DON TELLO. ¡Pese á la loca villana!  
¿Que por un villano amor  
No respete á su señor,  
De puro soberbia y vana?  
Pues no se canse en pensar  
Que se podrá resistir:  
Que la tengo de rendir  
Ó la tengo de matar. (*Vase.*)

#### ESCENA XV

CELIO.—FELICIANA

- CELIO. No sé si es vano temor,  
Señora, el que me ha engañado,  
A Nuño he visto en cuidado  
De huéspedes de valor.  
Sancho ha venido á la villa,

- Todos andan con recato;  
 Con algún fingido trato  
 Le han despachado en Castilla,  
 No los he visto jamás  
 Andar con tanto secreto.
- FELICIANA. No fuiste, Celio, discreto,  
 Si en esa sospecha estás;  
 Que ocasión no te faltara  
 Para entrar y ver lo que es.
- CELIO. Temí que Nuño después  
 De verme entrar se enojara;  
 Que á todos nos quiere mal.
- FELICIANA. Quiero avisar á mi hermano.  
 Porque tiene este villano  
 Bravo ingenio y natural.  
 Tú, Celio, quédate aquí  
 Para ver si alguno viene. (*Vase.*)
- CELIO. Siempre la conciencia tiene  
 Este temor contra sí,  
 Demás que tanta crueldad  
 Al cielo pide castigo.

## ESCENA XVI

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE Y SANCHO, *que  
 aparecen al otro lado de la verja.*—CELIO.

- REY. Entrad y haced lo que digo.  
 CELIO. ¿Qué gente es esta?  
 REY. Llamad.  
 (*Llaman; abre un criado, y pasan al patio el Rey, el  
 Conde, don Enrique y Sancho.*)
- SANCHO. Este, Señor, es criado  
 De don Tello.
- REY. ¡Ah hidalgo! oid.  
 CELIO. ¿Qué me queréis?  
 REY. Advertid  
 A don Tello que he llegado  
 De Castilla, y quiero hablalle.  
 Y ¿quién diré que sois?
- CELIO. Yo.  
 REY. ¿No tenéis más nombre?  
 CELIO. No.  
 REY. ¡Yo no más, y con buen talle!  
 Puesto me habéis en cuidado.  
 Yo voy á decir que Yo  
 Está á la puerta. (*Vase.*)
- ENRIQUE. Ya entró.  
 CONDE. Temo que responda airado,  
 Y era mejor declararte.

- REY. No era, porque su miedo  
Le dirá que solo puedo  
Llamarme *Yo* en esta parte.  
(*Vuelve Celio.*)
- CELIO. A don Tello, mi señor,  
Dije como *Yo* os llamáis,  
Y me dice que os volváis,  
Que él sólo es *Yo* por rigor;  
Que quien dijo *Yo* por ley  
Justa del cielo y del suelo,  
Es sólo Dios en el cielo;  
Y en el suelo sólo el Rey.
- REY. Pues un alcalde decid  
De su casa y corte.
- CELIO. (*Túrbase.*) Iré,  
Y ese nombre le diré.
- REY. En lo que os digo advertid.  
(*Vase Celio.*)
- CONDE. Parece que el escudero  
Se ha turbado.
- ENRIQUE. El nombre ha sido  
la causa.
- SANCHO. Nuño ha venido;  
Licencia, Señor, espero  
Para que llegue, si es gusto  
Vuestro.
- REY. Llegue, porque sea  
En todo lo que desea  
Parte, de lo que es tan justo,  
Como del pesar lo ha sido.

## ESCENA XVII

NUÑO, PELAYO, JUANA y VILLANOS, *fuera de la verja.*—

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, SANCHO

- SANCHO. Llegad, Nuño, y desde afuera  
Mirad.
- NUÑO. Solo ver me altera  
La casa deste atrevido.  
Estad todos con silencio.
- JUANA. Hable Pelayo, que es loco.
- PELAYO. Vosotros veréis cuán poco  
De un mármol me diferencio.
- NUÑO. ¡Que con dos hombres no mas  
Viniese! ¡Extraño valor!

## ESCENA XVIII

DON TELLO, FELICIANA, CRIADOS.—DICHOS

- FELICIANA. Mira lo que haces, Señor...  
Tente, hermano: ¿dónde vas?
- DON TELLO. *(Al Rey.)* ¿Sois por dicha, hidalgo, vos  
El alcalde de Castilla  
Que me busca?
- REY. ¿Es maravilla?
- DON TELLO. Y no pequeña, por Dios,  
Si sabéis quién soy aquí.
- REY. Pues, ¿qué diferencia tiene,  
Del Rey quien en nombre viene  
Suyo?
- DON TELLO. Mucha contra mí.  
Y vos, ¿adónde traéis  
La vara?
- REY. En la vaina está,  
De donde presto saldrá,  
Y lo que pasa veréis.
- DON TELLO. ¿Vara en la vaina? ¡Oh qué bien!  
No debéis de conocerme.  
Si el Rey no viene á prenderme,  
No hay en todo el mundo quién.
- REY. Pues yo soy el Rey, villano.
- PELAYO. ¡Santo Domingo de Silos!
- DON TELLO. Pues, Señor, ¡tales estilos  
Tiene el poder castellano!  
¡Vos mismo! ¡Vos en persona!  
Que me perdonéis os ruego.
- REY. Quitadle las armas luego.—*(Desarman á  
don Tello; pasan la verja Nuño y los  
villanos.)*  
Villano, por mi corona,  
Que os he de hacer respetar  
Las cartas del Rey.
- FELICIANA Señor,  
Que cese tanto rigor  
Os ruego.
- REY. No hay que rogar.  
Venga luego la mujer  
De este pobre labrador. *(Vase un criado.)*
- DON TELLO. No fué su mujer, Señor.
- REY. Basta que lo quiso ser.  
Y ¿no está su padre aquí  
Que ante mí se ha querellado?
- DON TELLO. *(Ap.)* Mi justa muerte ha llegado.  
A Dios y al Rey ofendí.

## TIRSO DE MOLINA (1583-1648)

## EL BURLADOR DE SEVILLA

## Jornada tercera.—Escena XI

Claustro o nave de una iglesia de Sevilla, y en una capilla el sepulcro del Comendador con la estatua del difunto.

*Don Juan, Catalinón.*

- CATALINÓN. Todo en mal e[s]tado está.  
 DON JUAN. ¿Cómo?  
 CATALINÓN. Que Octavio ha sabido la traición de Italia ya, y el de la Mota ofendido de ti justas quejas da, y dice que [fué] el recaudo que de su prima le diste fingido y disimulado, y con su capa emprendiste la traición que le ha infamado. Dice[n] que viene Isabela a que seas su marido y dicen...
- DON JUAN. ¡Calla!  
 CATALINÓN. Una muela en la boca me has rompido.
- DON JUAN. Hablador ¿quién te revela tanto disparate junto?
- CATALINÓN. [¡Disparate, disparate!] Verdades son.
- DON JUAN. No pregunto si lo son. Cuando me mate Otavio, ¿estoy yo difunto? ¿No tengo manos también?— ¿Dónde me tienes posada? En la calle oculta.
- CATALINÓN. Bien.
- DON JUAN. Bien.  
 CATALINÓN. La iglesia es tierra sagrada.  
 DON JUAN. Di que de día me den en ella la muerte. ¿Viste al novio de Dos-Hermanas? También le vi, ansiado y triste.
- CATALINÓN. Aminta, estas dos semanas no ha de caer en el chiste.  
 DON JUAN. Tan bien engañada está, que se llama doña Aminta.

- DON JUAN. ¡Graciosa burla será!  
 CATALINÓN. Graciosa burla y sucinta,  
 mas siempre la llorará.  
*Descúbrese un sepulcro de don Gonzalo de Ulloa.*  
 ¿Qué sepulcro es éste?
- DON JUAN. Aquí  
 CATALINÓN. don Gonzalo está enterrado.
- DON JUAN. Este es [a quien] muerte di.  
 ¡Gran sepulcro le han labrado!
- CATALINÓN. Ordenólo el Rey ansí.  
 ¿Cómo dice ese letrado?
- DON JUAN. «Aquí aguarda del Señor  
 el más leal caballero  
 la venganza de un traidor.»  
 Del mote reirme quiero.  
 ¿Y habéisos vos de vengar,  
 buen viejo, barbas de piedra?
- CATALINÓN. No se las podrás pelar,  
 que en barbas muy fuertes medra.
- DON JUAN. Aquesta noche a cenar  
 os aguardo en mi posada.  
 Allí el desafío haremos,  
 si la venganza os agrada;  
 aunque mal reñir podremos  
 si es de piedra vuestra espada.
- CATALINÓN. Ya, señor, ha anochecido;  
 vámones a recoger.
- DON JUAN. Larga esta venganza ha sido.  
 Si es que vos la habéis de hacer,  
 importa no estar dormido;  
 que si a la muerte aguardáis  
 la venganza, la esperanza  
 agora es bien que perdáis,  
 pues vuestro enojo y venganza  
 tan largo me lo fiáis.

---

 DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA (1607-1648)

## DEL REY ABAJO NINGUNO

## De la jornada tercera

- CONDE. ¿Sabe quién soy?  
 DON GARCÍA. Sois Toledo,  
 Y sois Illán por linaje.
- CONDE. ¿Débeme respeto?  
 DON GARCÍA. Sí,  
 que os he tenido por padre.

- CONDE. ¿Soy su amigo?  
 DON GARCÍA. Claro está.  
 CONDE. ¿Qué me debe?  
 DON GARCÍA. Cosas grandes.  
 CONDE. ¿Sabe mi verdad?  
 DON GARCÍA. Es mucha,  
 CONDE. ¿Y mi valor?  
 DON GARCÍA. Es notable.  
 CONDE. ¿Sabe que presido á un reino?  
 DON GARCÍA. Con aprobación bastante.  
 CONDE. Pues confiese lo que siente,  
 Y puede de mí fiarse  
 El valor de un caballero  
 Tan afligido y tan grave.  
 Dígame vueseñoría,  
 Hijo, amigo, como padre,  
 Como amigo sus enojos,  
 Cuénteme todos sus males;  
 Refiérame sus desdichas:  
 ¿Teme que Blanca le agravie?  
 Que es, aunque, noble mujer.  
 DON GARCÍA. Vive Dios, Conde, que os mate  
 Si pensáis que el sol, ni el oro  
 En sus últimos quilates,  
 Para exagerar su honor  
 Es comparación bastante.  
 CONDE. Aunque habla como debe,  
 Mi duda no satisface  
 Por su dolor regulada;  
 Solos estamos, acabe;  
 Por la cruz de aquesta espada  
 He de acudirle, amparalle,  
 Si fuera Blanca, mi hija.  
 Que en materia semejante  
 Por su honra depondré  
 El amor y las piedades:  
 Dígame si tiene celos.  
 DON GARCÍA. No tengo celos de nadie.  
 CONDE. ¿Pues qué tiene?  
 DON GARCÍA. Tanto mal,  
 Que no podéis remedialle.  
 CONDE. ¿Pues qué hemos de hacer los dos  
 En tan apretado lance?  
 DON GARCÍA. ¿No manda el Rey que a Toledo  
 Me llevéis, Conde? Llevadme.  
 Mas decid, ¿sabe quién soy  
 Su majestad?  
 CONDE. No lo sabe.  
 DON GARCÍA. Pues vamos, Conde, á Toledo.

- CONDE. Vamos, García.  
 DON GARCÍA. Id delante.  
 CONDE. (*Aparte.*) Tu honor y vida amenaza,  
 Blanca, silencio tan grande;  
 Que es peligroso accidente  
 Mal que á los labios no sale.
- DON GARCÍA. (*Aparte.*) ¿No estás en Palacio, Blanca?  
 ¿No te fuiste y me dejaste?  
 Pues venganza será ahora  
 Lo que fué prevención antes.

## DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA (1600-1681)

## LA VIDA ES SUEÑO

## De la Jornada segunda

- BASILIO. Clotaldo.  
 CLOTALDO. ¡Señor! ¿así  
 viene vuestra majestad?
- BASILIO. La necia curiosidad  
 de ver lo que pasa aquí  
 á Segismundo (¡ay de mí!),  
 de este modo me ha traído.
- CLOTALDO. Mirale allí reducido  
 á su miserable estado.
- BASILIO. ¡Ay, príncipe desdichado  
 y en triste punto nacido!  
 Llega á despertar ya,  
 que fuerza y vigor perdió  
 con el opio que bebió.
- CLOTALDO. Inquieto, señor, está,  
 y hablando.
- BASILIO. ¿Qué soñará  
 agora? Escuchemos, pues.  
 (*Dice entre sueños Segismundo*)
- SEGISMUNDO. Piadoso príncipe es  
 el que castiga tiranos:  
 Clotaldo muera a mis manos.  
 Mi padre bese mis pies.  
 Con la muerte me amenaza.
- CLOTALDO. A mí con rigor y afrenta.
- CLOTALDO. Quitarme la vida intenta.
- BASILIO. Rendirme a sus plantas traza.
- SEGISMUNDO. (*Vuelve á hablar entre sueños*)  
 Salga a la anchurosa plaza

- del gran teatro del mundo  
este valor sin segundo;  
porque mi venganza cuadre  
vean triunfar de su padre  
al príncipe Segismundo. (*Despierta*)  
Mas ¡ay de mí! ¿dónde estoy?
- BASILIO. Pues á mí no me ha de ver:  
ya sabes lo que has de hacer.  
Desde allí á escucharle voy. (*Retírase el Rey*)
- SEGISMUNDO. ¿Soy yo por ventura? ¿soy  
el que preso y aherrojado  
llego a verme en tal estado?  
¿No sois mi sepulcro vos,  
torre? Sí. ¡Válgame Dios,  
qué de cosas he soñado!
- CLOTALDO. A mí me toca llegar  
á hacer la desecha agora.—  
Es ya de despertar hora.
- SEGISMUNDO. Sí, hora es ya de despertar.
- CLOTALDO. ¿Todo el día te has de estar  
durmiendo? Desde que yo  
al águila que voló  
con tardo vuelo seguí,  
y te quedaste tú aquí,  
nunca has despertado?
- SEGISMUNDO. No;  
ni aun agora he despertado:  
que según, Clotaldo, entiendo,  
todavía estoy durmiendo;  
y no estoy muy engañado,  
porque si ha sido soñado  
lo que vi palpable y cierto,  
lo que veo será incierto;  
y no es mucho que rendido,  
pues veo estando dormido,  
que sueñe estando despierto.
- CLOTALDO. Lo que soñaste me dí.
- SEGISMUNDO. Supuesto que sueño fué,  
no diré lo que soñé,  
lo que vi, Clotaldo, sí.  
Yo desperté, yo me vi  
(¡qué crueldad tan lisonjera!)  
en un lecho, que pudiera  
con matices y colores,  
ser el catre de las flores  
que tejió la primavera.  
Aquí mil nobles rendidos  
á mis pies nombre me dieron  
de su príncipe, y sirvieron

- galas, joyas y vestidos.  
 La calma de mis sentidos  
 tú trocaste en alegría,  
 diciendo la dicha mía,  
 que, aunque estoy desta manera,  
 príncipe en Polonia era.
- CLOTALDO. Buenas albricias tendría.  
 SEGISMUNDO. No muy buenas: por traidor,  
 con pecho atrevido y fuerte  
 dos veces te daba muerte.
- CLOTALDO. ¿Para mí tanto rigor?  
 SEGISMUNDO. De todos era señor,  
 y de todos me vengaba;  
 sólo a una mujer amaba...  
 Que fué verdad, creo yo,  
 en que todo se acabó,  
 y esto solo no se acaba. (*Vase el Rey*)
- CLOTALDO. (*Ap.*) Enternecido se ha ido  
 el Rey de haberle escuchado.)  
 Como habíamos hablado  
 de aquella águila, dormido,  
 tu sueño imperios han sido;  
 mas en sueños fuera bien  
 honrar entonces a quien  
 te crió en tantos empeños,  
 Segismundo, que aun en sueños  
 no se pierde el hacer bien. (*Vase.*)

## ESCENA XIX

*Segismundo*

Es verdad; pues reprimamos  
 esta fiera condición,  
 esta furia, esta ambición,  
 por si alguna vez soñamos:  
 y sí haremos, pues estamos  
 en mundo tan singular,  
 que el vivir sólo es soñar;  
 y la experiencia me enseña  
 que el hombre que vive, sueña  
 lo que es hasta despertar.  
 Sueña el rey que es rey, y vive  
 con este engaño mandando,  
 disponiendo y gobernando;  
 y este aplauso, que recibe  
 prestado, en el viento escribe,  
 y en cenizas le convierte  
 la muerte (¡desdicha fuerte!):  
 ¿que hay quien intente reinar

viendo que ha de despertar  
 en el sueño de la muerte?  
 Sueña el rico en su riqueza,  
 que más cuidados le ofrece:  
 sueña el pobre que padece  
 su miseria y su pobreza;  
 sueña el que á medrar empieza,  
 sueña el que afana y pretende,  
 sueña el que agravia y ofende,  
 y en el mundo, en conclusión,  
 todos sueñan lo que son,  
 aunque ninguno lo entiende.  
 Yo sueño que estoy aquí  
 destas prisiones cargado,  
 y soñé que en otro estado  
 más lisonjero me vi.  
 ¿Qué es la vida? Un frenesí:  
 ¿qué es la vida? Una ilusión,  
 una sombra, una ficción,  
 y el mayor bien es pequeño;  
 que toda la vida es sueño,  
 y los sueños, sueños son.

## EL ALCALDE DE ZALAMEA

### De la Jornada tercera

CRESPO.

Ya que yo, como justicia,  
 me valí de su respeto  
 para obligaros á oirme,  
 la vara á esta parte dejo,  
 y como un hombre no más  
 deciros mis penas quiero. (*Arrima la vara.*)  
 Y puesto que estamos solos,  
 señor don Alvaro, hablemos  
 más claramente los dos,  
 sin que tantos sentimientos  
 como han estado cerrados  
 en las cárceles del pecho  
 acierten á quebrantar  
 las prisiones del silencio.  
 Yo soy un hombre de bien,  
 que á escoger mi nacimiento  
 no dejara (es Dios testigo)  
 un escrúpulo, un defecto  
 en mí, que suplir pudiera  
 la ambición de mi deseo.  
 Siempre acá entre mis iguales  
 me he tratado con respeto:

de mí hacen estimación  
el cabildo y el concejo.  
Tengo muy bastante hacienda,  
porque no hay, gracias al cielo,  
otro labrador más rico  
en todos aquestos pueblos  
de la comarca; mi hija  
se ha criado, á lo que pienso,  
con la mejor opinión,  
virtud y recogimiento  
del mundo: tal madre tuvo:  
téngala Dios en el cielo.  
Bien pienso que bastará,  
señor, para abono desto,  
el ser rico, y no haber quien  
me murmure; ser modesto,  
y no haber quien me baldone;  
y mayormente, viviendo  
en un lugar corto, donde  
otra falta no tenemos  
más que decir unos de otros  
las faltas y los defectos,  
y ¡pluguiera á Dios, señor,  
que se quedara en saberlos!  
Si es muy hermosa mi hija,  
dígánlo vuestros extremos...  
Aunque pudiera, al decirlo,  
con mayores sentimientos  
llorar, señor, y á esto fué  
mi desdicha.—No apuremos  
toda la ponzoña al vaso;  
quédese algo al sufrimiento.  
—No hemos de dejar, señor,  
salirse con todo al tiempo;  
algo hemos de hacer nosotros  
para encubrir sus defectos.  
Este, ya veis si es bien grande,  
pues aunque encubrirle quiero,  
no puedo; que sabe Dios  
que a poder estar secreto  
y sepultado en mí mismo,  
no viniera a lo que vengo;  
que todo esto remitiera,  
por no hablar, al sufrimiento.  
Deseando, pues, remediar  
agravio tan manifiesto,  
buscar remedio a mi afrenta,  
es venganza, no es remedio;  
y vagando. de uno en otro,

uno solamente advierto,  
 que a mí me está bien, y a vos  
 no mal; y es, que desde luego  
 os toméis toda mi hacienda,  
 sin que para mi sustento  
 ni el de mi hijo (a quien yo  
 traeré a echar a los pies vuestros)  
 reserve un maravedí,  
 sino quedarnos pidiendo  
 limosna, cuando no haya  
 otro camino, otro medio  
 con que poder sustentarnos.  
 Y si queréis desde luego  
 poner una S y un clavo  
 hoy a los dos y vendernos,  
 será aquesta cantidad  
 más del dote que os ofrezco.  
 Restaurad una opinión  
 que habéis quitado. No creo  
 que desluzcáis vuestro honor,  
 porque los merecimientos  
 que vuestros hijos, señor,  
 perdieren por ser mis nietos,  
 ganarán con más ventaja,  
 señor, por ser hijos vuestros.  
 En Castilla, el refrán dice  
 que el caballo (y es lo cierto)  
 lleva la silla.—Mirad (*De rodillas*)  
 que a vuestros pies os lo ruego  
 de rodillas, y llorando  
 sobre estas canas, que el pecho,  
 viendo nieve y agua, piensa  
 que se me están derritiendo.  
 ¿Qué os pido? Un honor os pido,  
 que me quitasteis vos mismo:  
 y con ser mío, parece,  
 según os lo estoy pidiendo  
 con humildad, que no es mío  
 lo que os pido, sino vuestro.  
 Mirad que puedo tomarle  
 por mis manos, y no quiero,  
 sino que vos me le deis.  
 Ya me falta el sufrimiento.—  
 Viejo cansado y prolijo,  
 agradeced que no os doy  
 la muerte a mis manos hoy,  
 por vos y por vuestro hijo;  
 porque quiero que debáis  
 no andar con vos más cruel,

CAPITÁN.

- a la veldad de Isabel.  
Si vengar solicitáis  
por armas vuestra opinión,  
poco fengo que temer;  
sí por justicia ha de ser,  
no tenéis jurisdicción.
- CRESPO. ¿Que, en fin, no os mueve mi llanto?  
CAPITÁN. Llanto no se ha de creer  
de viejo, niño y mujer.
- CRESPO. ¡Que no pueda dolor tanto  
mereceros un consuelo!
- CAPITÁN. ¿Qué más consuelo queréis,  
pues con la vida volvéis?
- CRESPO. Mirad que echado en el suelo,  
mi honor a voces os pido.
- CAPITÁN. ¡Qué enfado!
- CRESPO. Miray que soy  
Alcalde en Zalamea hoy.
- CAPITÁN. Sobre mí no habéis tenido  
jurisdicción: el consejo  
de guerra enviará por mí.
- CRESPO. ¿En eso os resolvéis?
- CAPITÁN. Sí,  
caduco y cansado viejo.
- CRESPO. ¿No hay remedio?
- CAPITÁN. El de callar  
es el mejor para vos.
- CRESPO. ¿No otro?
- CAPITÁN. No.
- CRESPO. Pues juro a Dios  
que me lo habéis de pagar.—  
¡Holal! (*Levántase.*)
- UN LABRADOR. (*Dentro*) ¡Señor!
- CAPITÁN. ¿Que querrán  
estos villanos hacer? (*Salen los labradores.*)
- LABRADORES. ¿Qué es lo que mandas?
- CRESPO. Prender  
mando al señor Capitán.
- CAPITÁN. ¡Buenos son vuestros extremos!  
Con un hombre como yo,  
y en servicio del Rey, no  
se puede hacer.
- CRESPO. Probaremos.  
De aquí, si no es preso o muerto,  
no saldréis.
- CAPITÁN. Yo os apercibo  
que soy un capitán vivo.
- CRESPO. ¿Soy yo acaso alcalde muerto?  
Daos al instante a prisión.

- CAPITÁN. No me puedo defender:  
fuerza es dejarme prender.  
Al Rey desta sinrazón  
me quejaré.
- CRESPO. Yo también  
desotra;—y aun bien que está  
cerca de aquí, y nos oirá  
a los dos.—Dejar es bien  
esa espada.
- CAPITÁN. No es razón  
que...
- CRESPO. ¿Cómo no, si vais preso?
- CAPITÁN. Tratad con respeto...
- CRESPO. Eso  
está muy puesto en razón.  
Con respeto le llevad  
a las casas, en efeto,  
del Concejo; y con respeto  
un par de grillos le echad  
y una cadena; y tened,  
con respeto, gran cuidado  
que no hable a ningún soldado;  
y a todos también poned  
en la carcel, que es razón,  
y aparte, porque después,  
con respeto, a todos tres  
les tomen la confesión.  
Y aquí para entre los dos,  
si hallo harto paño, en efeto,  
con muchísimo respeto  
os he ahorcar, juro a Dios.

## DE «A DIOS POR RAZÓN DE ESTADO»

(Auto sacramental.)

- ATEÍSMO. ¿Quién eres y qué me quieres  
tú, que me das tantas voces?
- INGENIO. ¿Al Ingenio no conoces?  
Bien se ve cuán bruto eres.
- ATEÍSMO. ¿Tú eres el Ingenio?
- INGENIO. Sí,  
y de ti saber quisiera...
- ATEÍSMO. Si eres el Ingenio, espera,  
¿cómo dudas? Que yo oí  
que el Ingenio respondía  
cuando se le preguntaba;  
no que el Ingenio dudaba.
- INGENIO. Esa es la excelencia mía.

ATEÍSMO.  
INGENIO.

Di cuál.

Saber preguntar,  
para saber responder.  
Pues di, ¿qué quieres saber  
de mí?

INGENIO.

Deste singular  
eclipse, que no hay persona  
a quien no haya estremecido,  
viendo al sol obscurecido  
desde la sexta a la nona,  
qué es lo que has investigado,  
porque reducir quisiera  
(y en la tuya la primera)  
las opiniones que he hallado  
para todo el orbe.

ATEÍSMO.

Pues  
si la mía he de decir,  
lo que he llegado a inferir  
de este gran delirio, es,  
que como este cuerpo humano,  
compuesto de cualidades,  
sujeto está a enfermedades,  
que le ocasiona el hermano  
temple de sus cuatro humores,  
a que responden atentos  
fodos los cuatro elementos,  
así a los hielos o ardores  
de su destemplanza, está  
el Universo sujeto,  
a cuya causa este efeto  
asombro a los otros da,  
no a mí, que su novedad  
no me asusta, al ver que es llano  
que dió, como al cuerpo humano,  
al mundo una enfermedad;  
y así, por no discurrir  
si moría o si sanaba  
de ella. mientras se pasaba  
la accesión, me eché a dormir.

INGENIO.

¿Luego tú no has discurrido  
en qué efecto ser pudiera  
de alguna causa primera?

ATEÍSMO.  
INGENIO.

¿Quién primera causa ha sido?  
Un Dios que vamos buscando  
por todo el mundo los dos.

ATEÍSMO.  
INGENIO.

¿Un Dios?

Sí.

ATEÍSMO.  
INGENIO.

¿Qué cosa es Dios?  
Eso voy investigando.

- ATEÍSMO. Nunca en eso me cansara  
yo, porque nunca creyera  
que le hallara, ni pudiera.
- INGENIO. En lo que dices repara,  
que esta opinión satisfizo  
a cuantos el mundo ven  
criado.
- ATEÍSMO. A mi no.
- INGENIO. Pues di, ¿quién  
hizo este mundo?
- ATEÍSMO. Él se hizo.
- INGENIO. ¿Quién, para nuestros provechos,  
hizo con fábrica igual  
esos orbes de cristal?
- ATEÍSMO. Ahí nos los hallamos hechos.

## DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS (1580-1645)

### RELOJ DE ARENA

¿Qué tienes que contar, reloj molesto,  
En un soplo de vida desdichada  
Que se pasa tan presto;  
En un camino que es una jornada  
Para volar desde este al otro polo,  
Siendo jornada que es un paso solo;  
En una noche que es una hora fría  
Y en un año, que pasa en sólo un día,  
Y en una edad, que pasa en sólo un año?  
¿Qué tienes que contar en tanto engaño?  
Que, si son mis trabajos y mis penas,  
No alcanzaras allá, si capaz vaso  
Fueses de las arenas  
Del ancho mar á donde tiende el paso.  
Deja que corra el tiempo sin sentillo;  
Que no quiero medillo  
Ni que me notifiques de esa suerte  
Los términos forzosos de mi muerte.  
No me hagas más guerra;  
Déjame, y de piadoso nombre cobra:  
Que harfo tiempo me sobra  
Para dormir debajo de la tierra.  
Pero si acaso por oficio tienes  
El contarme los días,

Presto descansarás: que aquel cuidado  
 Mal acondicionado  
 Que alimento lloroso  
 En abrasadas venas,  
 Menos de sangre que de fuego llenas,  
 No sólo me apresura  
 Los pasos, mas acórtame el camino,  
 Si con pie doloroso,  
 Mísero peregrino,  
 Doy cercos á la triste sepultura  
 Que en la cuna empecé á temer lloroso.  
 Ya sé que soy aliento fugitivo,  
 Y así ya temo, ya también espero  
 Que seré polvo, como tú, si muero,  
 Y que soy vidrio, como tú, si vivo.

## SONETO

Miré los muros de la patria mía,  
 Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
 De la carrera de la edad cansados,  
 Por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía  
 Los arroyos del hielo desatados,  
 Y del monte quejosos los ganados  
 Que con sombras hurtó la luz del día.

Entré en mi casa, vi que amancillada  
 De anciana habitación era despojos;  
 Mi báculo más corto y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,  
 Y no hallé cosa en que poner los ojos  
 Que no fuese recuerdo de la muerte.

## DIFICULTADES EN EL DAR

Dos dedos estoy de darte,  
 Aguedilla, el rico terno,  
 Mas no le quieren soltar  
 Aquellos mismos dos dedos.

Siempre los tres de los cinco  
 A dar se reducen presto;  
 En los dos está el busillis,  
 Engarrafados y tercios.

Dirán que es mano de Judas  
 Escariote la que tengo;  
 Yo sólo niego los cuartos,  
 Que el apodo no le niego.

En un tris estoy mil veces  
 De cumplir lo que prometo,  
 Y nunca para enviarlo

A los dos trises me llevo.  
 Yo quiero darte en el chiste,  
 Mas en las tiendas no quiero,  
 Que en el dar padezco mucho,  
 Y en el tener me entretengo.

A las hermosas les daban  
 Una higa mis abuelos,  
 Si yo te doy veinticuatro  
 No me negarán por nieto.

Yo no guardo los enojos,  
 Pero guardo los dineros:  
 Virtud es que se reparte  
 En el alma y en el cuerpo.  
 Dádivas quebrantan peñas,  
 Mas como yo no pretendo  
 Quebrantarte, las excuso  
 De lástima de tus huesos.

Holgaréme que te den  
 Joyas, y juro, y censos;  
 Y de que te den sin darte,  
 Tendré yo mi par de huelgos.  
 Primero del prometer  
 Que del pecar me arrepiento,  
 Todo loco con su tema,  
 Tú dacas y yo no tengo

## LETRILLA

*Poderoso caballero  
 es don Dinero.*

Madre, yo al oro me humillo,  
 El es mi amante y mi amado,  
 Pues de puro enamorado,  
 De continuo anda amarillo;  
 Que, pues doblón o sencillo  
 Hace todo cuanto quiero,  
 Poderoso caballero etc.

Nace en las Indias honrado  
 Donde el mundo le acompaña;  
 Viene a morir en España  
 Y es en Génova enterrado;  
 Y, pues quien le trae al lado  
 Es hermoso, aunque sea fiero,  
 Poderoso caballero etc.

Es galán, y es como un oro;  
 Tiene quebrado el color;  
 Presume de gran valor,  
 Tan cristiano como moro:  
 Pues que da y quita el decoro  
 Y quebranta cualquier fuero,  
 Poderoso caballero etc.

Son sus padres principales,  
 Es de nobles descendiente,  
 Porque en las venas de Oriente  
 Todas las sangres son reales;  
 Y pues es quien hace iguales  
 Al duque y al ganadero,  
 Poderoso caballero etc.

Mas, ¿á quién no maravilla  
 Ver en sus glorias sin fasa  
 Que es lo menos de su casa  
 Doña Blanca de Castilla?  
 Pero, pues da al bajo silla  
 Y al cobarde hace guerrero,  
 Poderoso caballero etc.

Sus escudos de armas nobles  
 Son siempre tan principales,  
 Que sin sus escudos reales  
 No hay escudos de armas dobles;  
 Y, pues á los mismos robles  
 Da codicia su minero,  
 Poderoso caballero etc.

Por importar en los trafos  
 Y dar tan buenos consejos  
 En las casas de los viejos  
 Gatos le guardan de gatos.  
 Y pues él rompe recafos  
 Y ablanda al juez más severo,  
 Poderoso caballero etc.

Y es tanta su majestad  
 (Aunque son sus duelos hartos)  
 Que con haberle hecho cuartos,  
 No pierde su autoridad,  
 Pero, pues da calidad,  
 Al noble y el pordiosero,  
 Poderoso caballero etc.

Nunca vi damas ingratas  
 A su gusto y afición;  
 Que á las caras de un doblón  
 Hacen sus caras baratas.  
 Y, pues las hace bravatas,  
 Desde una bolsa de cuero,  
 Poderoso caballero etc.

Más valen en cualquier tierra,  
 (Mirad si es harto sagaz)  
 Sus escudos en la paz  
 Que rodeles en la guerra;  
 Y, pues al pobre lo entierra,  
 Y hace propio al forastero,  
 Poderoso caballero etc.

## DE «LAS ZAHURDAS DE PLUTÓN»

Vi un mercader que poco antes había muerto. «¿Acá estáis? dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda que estar aquí?» Dijo en esto uno de los atormentadores: «Pensaron que no había más, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son, dijo, los que han ganado como buenos caballeros el infierno de sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas ¿quién duda que la oscuridad de sus tiendas les prometía estas tinieblas? Gente es ésta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas él, que todo lo ve, los trajo de estos rasos á estos nublados, que los atormenten con rayos. Y si quieres acabar de saber cómo éstos son los que sirven allá á la locura de los hombres juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un día, todos estos quedarán pobres, pues entonces se conociera que en el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado, y raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que menos vale, que es la vanidad que tenéis; y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos.» Tenía talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante, movido de admiración de unas grandes carcajadas que oí. Fuíme allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva. «¿Qué es esto» dije: cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos, con calzas atacadas: el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas; el otro traía valones y un pergamino en las manos, y á cada palabra que hablaban se hundían siete ú ocho mil diablos de risa y ellos se enojaban más. Lleguéme más cerca por oírlos, y of al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decía: «Pues si mi padre se decía tal cual, y soy nieto de Esteban tales y cuales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodrigo descendiendo de cinco catedráticos los más doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo, y no debo pagar pecho.» «Pues pagad espalda», dijo un diablo, y dióle luego cuatro palos en ellas, que le derribó de la cuesta; y luego le dijo: «Acabaos de desengañar que el que descende del Cid, de Bernardo y de Godofredo, y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal más destruye el linaje que lo hereda. Toda la sangre, hidalguillo, es colorada, párecdlo en las costumbres, y entonces creeré que descendéis del docto cuando lo fuéredes ó procuráredes serlo; y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida; que en la chancillería del infierno arrúgase el pergamino y consúmense las letras; y el que en el mundo es virtuoso, ese es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos, pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitación, se hace noble á sí y hace linaje para otros.» Refmonos acá de ver lo que ultrajáis á los villanos, moros y judíos, como si en éstos no cupieran las virtudes que vosotros despreciáis.

## DE LA «VIDA DEL BUSCÓN»

## Del libro primero, capítulo III

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un Licenciado Cabra que tenía por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo y a mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana, largo sólo en el falle; una cabeza pequeña, pelo bermejo (no hay más que decir para quien sabe el refrán que dice: ni gato ni perro de aquella color); los ojos, avicinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas búas de resfriado (que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero); las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado; el gaxnate, largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de media abajo, parecía tenedor o compás, con dos piernas largas y flacas; su andar muy espacio; si se descomponía algo, le sonaban los glésos como tablillas de san Lázaro; la habla ética; la barba grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era; unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul; llevábala sin ciñidor. No traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él; conjuraba los ratones de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas. Al fin, era archipobre y protomisera.

A poder, pues, déste vine y en su poder estuve con D. Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que, por no gastar tiempo, no duró más; díjonos lo que habíamos de hacer; estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer. Fuimos allá; comían los amos primero, y servíamos los criados; el refitorio era un aposento como un medio celestín; sentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos, y como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo:

«¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo». Yo con esto me comencé a afligir, y más me susté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como leznas, con unas caras que parecían se afeitaban con diaquilón. Sentóse el Licenciado Cabra y echó la bendición; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trujeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligrara Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güerfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo: «Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula». Acabando de decillo, echóse su escudilla a pechos, diciendo: «Todo esto es salud y otro tanto ingenio». «¡Mal ingenio te acabe!», decía yo entre mí, cuando vi un mozo medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas, y dijo el maestro: «¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale. Coman, que me huelgo de vellos comer». Repartió a cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó a las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía: «Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas». ¡Mire v. m. qué buen aliño para los que bostezan de hambre!

Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa y en el plato unos pellejos y unos güesos, y dijo el pupilero: «Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queramos todo». «¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado—decía yo—que tal amenaza has hecho a mis tripas!» Echó la bendición, y dijo: «Ea, demos lugar a los criados y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido». Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho y díjome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas, y fuése.

Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio mal parado, y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros. arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; al ruido entró Cabra diciendo: «Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay». Volvióse al sol y dejónos solos. Certifico a v. m. que vi al uno dellos, que se llamaba lurre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no le acertaba a encaminar las manos a la boca.

---

## P. BALTASAR GRACIÁN (1601-1658)

### DEL «ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA»

No engañarse en las personas, que es el peor y más fácil engaño; más vale ser engañado en el precio que en la mercadería, ni hay cosa que más necesite de mirarse por dentro; hay diferencia entre el entender las cosas y conocer las personas, y es gran filosofía alcanzar los genios y distinguir los humores de los hombres; tanto es menester tener estudiados los sujetos como los libros.

Saber usar de los amigos. Hay en esto su arte de discreción; unos son buenos para de lejos y otros para de cerca, y el que tal vez no fué bueno para la conversación, lo es para la correspondencia; purifica la distancia algunos defectos que eran intolerables a la presencia; no sólo se ha de procurar en ellos conseguir el gusto, sino la utilidad, que ha de tener las tres calidades del bien; otros dicen las del ente, uno, bueno y verdadero, porque el amigo es todas las cosas; son pocos para buenos, y el no saberlos elegir los hace menos; saberlos conservar es más que el hacerlos amigos. Búsquense tales que hayan de durar, y aunque al principio sean nuevos baste para satisfacción que podrán hacerse viejos. Absolutamente los mejores son los muy salados, aunque se gasta una hanega en la experiencia. No hay desierto como vivir sin amigos; la amistad multiplica los bienes y reparte los males, es único remedio contra la adversa fortuna y un desahogo del alma.

Saber sufrir necios. Los sabios siempre fueron mal sufridos, que quien añade ciencia, añade impaciencia; el mucho conocer es dificultoso de satisfacer. La mayor regla del vivir, según Epicteto, es el sufrir, y a esto redujo la mitad de la sabiduría; si todas las necesidades se han de tolerar, mucha paciencia será menester; a veces sufrimos más de quien más dependemos, que importa para el ejercicio del vencerse; nace del sufrimiento la inestimable paz, que es la felicidad de la tierra; y el que no se hallare con ánimo de sufrir, apele al retiro de sí mismo, si es que aun a sí mismo se ha de poder tolerar.

Hablar de afento, con los émulos por cautela, con los demás por decencia. Siempre hay tiempo para enviar la palabra, pero no para devolverla; hase de hablar como en testamento, que a menos palabras, menos pleitos; en lo que no importa se ha de ensayar uno para lo que importare; la arcanidad tiene visos de divinidad; el facil a hablar, cerca está de ser vencido y convencido.

Conocer los defectos dulces. El hombre más perfecto no se escapa de algunos, y se amanceba con ellos; haylos en el ingenio, y mayores en el mayor, o se advierten más, no porque no los conozca el mismo sujeto, sino porque los ama; dos males juntos, apasionarse, y por vicios, son lunares de la perfección, ofenden tanto a los de afuera, cuanto a los mismos les suenan bien. Aquí es el gallardo vencerse, y dar esta felicidad a los demás reales; todos topan allí, y cuando habían de celebrar lo mucho bueno que admiran, se detienen donde reparan, afeando aquello por desdoro de las demás prendas.

## DON ANTONIO DE SOLÍS (1610-1686)

### HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

#### Del libro primero, capítulo XX

El día siguiente mandó Hernán Cortés que se trajesen á su presencia los prisioneros; entre los cuales había dos ó tres capitanes. Venían temerosos, creyendo hallar en el vencedor la misma crueldad que usaban ellos con sus rendidos: pero Hernán Cortés los recibió con grande benignidad: y animándoles con el semblante y con los brazos, los puso en libertad, dándoles algunas bujerías, y diciéndoles solamente: «que él sabía vencer, y sabía perdonar.»

Pudo tanto esta piadosa demostración, que dentro de pocas horas vinieron al cuartel algunos indios cargados de maíz, gallinas y otros bastimentos, para facilitar con este regalo la paz, que venían a proponer de parte del cacique principal de Tabasco. Era gente vulgar y deslucida la que traía esta embajada; reparo que hizo Gerónimo de Aguilar, por ser estilo de aquella tierra el enviar á semejantes funciones indios principales con el mejor adorno de sus galas. Y aunque Hernán Cortés deseaba la paz, no quiso admitirla sin que viniese la proposición como debía; antes mandó que los despidiesen, y sin dejarse ver respondió al cacique por medio del intérprete: «que si deseaba su amistad, enviase personas de más razón y más decentes á solicitarla.» Siendo de opinión, que no se debía dispensar en estas esterioridades de que se compone la autoridad, ni sufrir inadvertencias en el respeto del que viene á rogar: porque en este género de negocios suele andar el modo muy cerca de la sustancia.

Enmendó el cacique su falta de reparo, enviando el día después treinta indios de mayor porte, con aquellos adornos de plumas y pendientes, á que se reducía toda su ostentación. Traían éstos su acompañamiento de indios cargados con otro regalo del mismo género, pero más abundante. Admitiólos Hernán Cortés á su presencia asistido de todos sus capitanes, afectando alguna gravedad y entereza, porque le pareció conveniente suspender en aquel acto su agrado natural. Llegaron con grandes sumisiones; y hecha la ceremonia de incensarle con unos braserillos en que se administraba el humo del anime copal y otros perfumes, obsequio de que usaban en las ocasiones de su mayor veneración, propusieron su embajada, que empezó en disculpas frívolas de la guerra pasada, y paró en pedir rendidamente la paz. Respondió Hernán Cortés ponderando su irritación, para que se hiciese más estimable lo que concedía á vista de las ofensas que olvidaba; y últimamente se asentó la paz con grande aplauso de los embajadores, que se retiraron muy contentos, y fácilmente enriquecidos con aquellas preseas baladíes de que hacían tanta estimación.

Vino después el cacique á visitar á Cortés con todo el séquito de sus capitanes y aliados, y con un presente de ropas de algodón, plumas de varios colores, y algunas piezas de oro bajo de más artificio que

valor. Manifestó luego su regalo como quien obligaba para ser admitido, y ponía la liberalidad al principio del rendimiento. Agasajóle mucho Hernán Cortés y la visita fué toda cumplimientos y seguridades de la nueva amistad, dadas y recibidas por medio del intérprete con igual correspondencia. Hacían el mismo agasajo los capitanes españoles a los indios principales del acompañamiento; y andaba entre unos y otros la paz alegrando los semblantes, y supliendo con los brazos los defectos de la lengua.

Despidióse el cacique, dejando aplazada sesión para otro día; y dió á entender su confianza y sinceridad con mandar a sus vasallos que volviesen luego a poblar el lugar de Tabasco, y llevasen consigo sus familias para que asistiesen al servicio de los españoles.

El día siguiente volvió al cuartel con el mismo acompañamiento, y con veinte indias bien adornadas á la usanza de su tierra, las cuales dijo trafa de presente a Cortés para que en el viaje cuidasen de su regalo y el de sus compañeros, por ser diestras en acomodar al apetito la variedad de sus manjares, y en hacer el pan de maíz, cuya fábrica era desde su principio ministerio de mujeres.

Molían éstas el grano entre dos piedras, al modo de las que nos dió á conocer el uso del chocolate: y hecho harina lo reducían á masa, sin necesitar de levadura, y lo tendían ó amoldaban sobre unos instrumentos como torteras de barro, de que se valían para darle en el fuego la última sazón: siendo éste el pan, de cuya abundancia proveyó Dios aquel nuevo mundo para suplir la falta del trigo, y un género de mantenimiento agradable al paladar sin ofensa del estómago. Venía con estas mujeres una india principal de buen talle y más que ordinaria hermosura, que recibió después con el bautismo el nombre de Marina, y fué tan necesaria en la conquista como veremos en su lugar.

Apartóse Hernán Cortés con el cacique y con los principales de su séquito, y les hizo un razonamiento con la voz de su intérprete, dándoles á entender: «cómo era vasallo y ministro de un poderoso monarca, y que su intento era hacerlos felices poniéndolos en la obediencia de su príncipe; reducirlos á la verdadera religión, y destruir los errores de su idolatría.» Esforzó estas dos proposiciones con su natural elocuencia y con su autoridad, de modo que los indios quedaron persuadidos, ó por lo menos inclinados a la razón. Su respuesta fué: «que tendrían á gran conveniencia suya el obedecer a un monarca, cuyo poder y grandeza se dejaba conocer en el valor de tales vasallos.» Pero en el punto de la religión anduvieron más detenidos.



### III.—SIGLOS XVIII AL XX

---

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJÓO (1676-1764)

TEATRO CRÍTICO

Del artículo "Música de los templos"

#### I

En los tiempos antiquísimos, si creemos a Plutarco, sólo se usaba la música en los templos, y después pasó a los teatros. Antes servía para decoro del culto; después se aplicó para estímulo del vicio. Antes sólo se oía la melodía en sacros himnos; después se empezó a escuchar en cantinelas profanas. Antes era la música obsequio de las deidades; después se hizo lisonja de las pasiones. Antes estaba dedicada a Apolo; después parece que partió Apolo la protección de este arte con Venus. Y como si no bastara para apear las almas ver en la comedia pintado el atractivo del deleite con los más finos colores de la retórica y con los más ajustados números de la poesía, por hacer más activo el veneno, se confeccionaron la retórica y la poesía con la música.

Esta diversidad de empleos de la música indujo también diferencia en la composición; porque, como era preciso mover distintos afectos en el teatro que en el templo, se discurrieron distintos modos de melodía, a quienes corresponden, como ecos suyos, diversos afectos en la alma. Para el templo se retuvo el modo que llamaban *dorio*, por grave, majestuoso y devoto. Para el teatro hubo diferentes modos, según eran diversas las materias. En las representaciones amorosas se usaba el modo *lidio*, que era tierno y blando; y cuando se quería avivar la moción, el *mixto-lidio*, aún más eficaz y patético que el *lidio*. En las belicosas el modo *frigio*, terrible y furioso. En las alegres y báquicas, el *eolio*, festivo y bufonesco. El modo *subfrigio* servía de calmar los violentos raptos que ocasionaba el *frigio*; y así había para otros afectos otros modos de melodía.

Si estos modos de los antiguos corresponden a los diferentes tonos de que usan los modernos, no está del todo averiguado. Algunos autores lo afirman, otros lo dudan. Yo me inclino más a que no, por la razón de que la diversidad de nuestros tonos no tiene aquel influjo para variar los afectos, que se experimentaba en la diversidad de los modos antiguos.

#### II

Así se dividió en aquellos retirados siglos la música entre el templo y el teatro, sirviendo promiscuamente a la veneración de las aras y a la corrupción de las costumbres. Pero aunque ésta fué una relajación

lamentable, no fué la mayor que padeció este arte nobilísimo; porque ésta se guardaba para nuestro tiempo. Los griegos dividieron la música, que antes, como era razón, se empleaba toda en el culto de la deidad, distribuyéndola entre las solemnidades religiosas y las representaciones escénicas; pero conservando en el templo la que era propia del templo, y dando al teatro la que era propia del teatro. Y en estos últimos tiempos ¿qué se ha hecho? No sólo se conservó en el teatro la música del teatro, más también la música propia del teatro se trasladó al templo.

Las cantadas que ahora se oyen en las iglesias son, en cuanto a la forma, las mismas que resuenan en las tablas. Todas se componen de menuetes, recitados, arietas, alegros, y a lo último se pone aquello que llaman *grave*; pero de eso muy poco, porque no fastidie. ¿Qué es esto? ¿En el templo no debiera ser toda la música *grave*? ¿No debiera ser toda la composición apropiada para infundir gravedad, devoción y modestia? Lo mismo sucede en los instrumentos. Ese aire de canarios, tan dominante en el gusto de los modernos, y extendido en tantas *gigas*, que apenas hay sonata que no tenga alguna, ¿qué hará en los ánimos sino excitar en la imaginación pastoriles tripudios? El que oye en el órgano el mismo menuet que oyó en el sarao, ¿qué ha de hacer, sino acordarse de la dama con quien danzó la noche antecedente? De esta suerte la música, que había de arrebatar el espíritu del asistente desde el templo terreno al celestial, le traslada de la iglesia al festín. Y si el que oye, o por temperamento o por hábito, está mal dispuesto, no parará ahí la imaginación.

---

## P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA (1703-1781)

### FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

#### Del libro segundo, capítulo I

1. Ya tenemos a Fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el más pintado, sin que ninguno le echase el pie adelante, ni en la puntual asistencia a los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le había pintado el lego, cuando podía hacerlas, sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los pies. No obstante, como no perdía ocasión de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santiamén se echaba a pechos un Jesús, cuando ayudaba al refitolero a componer el refectorio, llegó a sospecharse que no era tan limpio como parecía, y así el refitolero como el sacristán le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fray Gerundio asistía al refectorio o ayudaba a las misas, se acababa el vino de éstas a la mitad de la mañana, y a un volver de cabeza se hallaban vacíos uno o dos jesuses, de los que juraría a Dios y a una cruz que ya había llenado; y aunque nunca le habfan cogido con el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo, y que en Dios y en

su conciencia no podía ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas...

4. Sucedió que, mientras el bueno del maestro de novicios estaba dando esta repasata a los dos legos acusadores, el angelical Fr. Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad o por aviso que tuvo) por delante de la despensa, y viendo a la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho a la celda del maestro a darle cuenta de lo que le había pasado en la oración de aquel día. Entró como acostumbraba, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adredemente, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer, y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando a una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño; mandóse sentar junto a sí, comenzó la cuenta de oración, y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron a la cabeza, pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro, sin poderse contener, se levantó de la silla, y para alentar más y más a su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dió; porque como le apretó tanto en el Señor, se estrellaron en el pecho los huevos que el angelical mencebo traía escondidos en él, y comenzaron a chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecía haberse vaciado el perol donde se bañan los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio: «¿Pues qué es esto, hermano Fray Gerundio?» El santo mozo, que era asaz sereno y de imaginación pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse: «Padre, yo se lo diré a su reverencia. Como ha dos meses que su reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atravi a decirlo a su reverencia, porque su reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificación». Tragó el anzuelo el bonísimo varón, y pasmado de la estupenda mortificación de su novicio, volvió a darle otro abrazo, aunque menos apretado que el primero por no lastimarle en las llagas de las espaldas y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente que mejor es la obediencia que no los sacrificios, le despidió dándole orden de que se fuese a mudar otra saya y otro escapulario.

5. Con estas trazas pasó nuestro Fr. Gerundio su noviciado, y hizo su profesión *inofenso pede*, sin que le faltase voto; y como todavía duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego a estudiar las Artes a un convento de los más graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista por dos o tres años, como pasan los demás frailes en canal, que no tienen arrimo.

6. Era letor un religiosito mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprensión, de memoria feliz, estudiantón de cal y canto, furiosamente aristotélico, porque jamás había

leído otra filosofía ni podía tolerar que se hablase de ella; eterno disputador, para lo cual le ayudaba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho y una maravillosa fortaleza de pulmones; en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras, ni las sabía, para explicar las cosas más triviales. Si le preguntaban cómo lo pasaba, respondía: *Materialitèr*, bien; *formalitèr*, subdistingo: *reduplicativè ut homo*, no me duele nada; *reduplicativè ut religioso*, no deja de haber sus trabajos. En una ocasión se le quejó su madre de que en las cartas que la escribía no le hablaba palabra de su salud, y él la respondió: «Madre y señora mía, es cierto que *signatè* no decía a Vm. que estaba bueno, pero *exercitè* ya se lo decía. Ahora pongo en noticia de Vm. cómo estoy explicando a mis discípulos la *transcendencia* o la *intranscendencia del ente*; yo llevo la *analogía* y niego la *transcendencia*. A mi hermana Rosa diré Vm. que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo*, como *ut quod*, y que, en cuanto a las calcetas con que me regala, la *materia ex quà* me pareció un poco gorda, pero la *forma artificial* viene con todos sus *constitutivos*. De las cuatro libras de chocolate que Vm. me envía, diré *in re veritate* lo que me parece: las *calidades intrínsecas* son buenas, pero las *accidentales* le echaron a perder por haber estado aplicado más tiempo del conveniente a la *naturaleza ígnea, mediante la virtud combustiva*. B. L. M. de Vm. su hijo *inadaequatè et partialitèr*, y su capellán *totalitèr et adaequatè*.—Fr. Toribio, lector de artes».

## CARTA

Escrita en Villagarcía a 3 de Marzo de 1758, a su cuñado.

Amado hermano y amigo; Doy por muertas a esas dos niñas, según lo que me decís en vuestras cartas de 22 del pasado. Es preciso que en todos haga su oficio la naturaleza, y que el efecto sea mayor, cuanto aquélla sea más sensible. La mía no lo es poco: lo que amaba a las dos era mucho; pero si el dueño que nos las había prestado las pidió y se las llevó, no podemos quejarnos, aunque no sea posible dejar de sentirlo. A muerte o a vida se han ofrecido por ellas oraciones a Dios en este santo noviciado de comunidad. Cúmplase en todo su voluntad siempre justa. Nunca más que ahora temo a María Francisca, así por lo que se ha fatigado en su asistencia, como por su vivo dolor, especialmente en la falta de Antolina, siendo las dos tan verdaderamente hermanas como eran. Discurro que presto la seguirá si el Señor no la esfuerza extraordinariamente: hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo.

Cuando yo menos lo pensaba ni lo quería, y no obstante las repeticiones y apuradas prevenciones que tenía hechas para que no se publicase a *Fray Gerundio* hasta que yo avisase, le echaron a volar, sin arbitrio para otra cosa ni tiempo para prevenírmelo, porque no le dieron las instancias del ministerio más alto para que se hiciese inmediatamente. En menos de una hora de su publicación se vendieron trescientos que estaban encuadernados: los compradores se echaron como leones sobre

cincuenta ejemplares en papel, que vieron en la tienda: a las veinte y cuatro horas ya se habían despachado ochocientos; y empleados nueve libreros en trabajar día y noche, no podían dar abasto; de manera que, según me escriben, hoy no habrá ya ni un solo libro de venta, consumida toda la impresión y precisados a hacer prontamente otra para cumplir con los clamores de Madrid y con los alaridos que se esperan de fuera.

Convienen todas las cartas en que no hay memoria de libro que haya logrado ni más universal aplauso ni más atropellado despacho. La noche del martes subió Valparaíso al despacho del Rey, dejando en su cuarto al señor Comisario general de la Cruzada. A poco rato bajó orden del Rey para que se subiese a su Majestad el tomo que se había regalado al Conde, quien certificó después no tener voces para ponderar las demostraciones de gozo con que el Rey se le había hecho leer. Así me lo avisan de orden del Señor Comisario General. En suma, si es verdad lo que hasta ahora me han escrito todos, la obra logrará el alto fin que únicamente se pretendió con ella, y se disputará en las naciones si deja o no deja atrás al famoso Don Quijote. Como se consiga lo primero, lo segundo me cae muy por de fuera.

Todo esto y mucho más me escribieron para suavizarme el dolor que me causó su intempestiva publicación en la *Gaceta*, con la cual me hallé el día después que te escribí la semana pasada. Esta divulgación (aunque inculpable en mí) puede producirme algunos sinsabores domésticos, salvo que los reprima el agrado del Soberano y el increíble aplauso de la obra. Este se cree que no será inferior en los de mi paño por lo menos en este colegio, adonde enviaron media docena de ejemplares. Todos, sin exceptuar ni uno solo, están o borrachos o locos con el tal libro: de manera que en muchas noches hasta la una no se ha evacuado mi aposento con tanto detrimento de mi salud, que no se ha restablecido desde el terrible día que trajimos de Valladolid. Mañana daré orden en Madrid para que te se envíen dos libros encuadernados en pasta, uno para ti y otro para padre, y se añadirá otro en pergamino para el Padre Lobón, en nombre de su hermano, que espero no perderá su fineza. El correo pasado se me olvidó hacer esta prevención, con la confusión de cartas y de especies. Vive y manda como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*. Nicolás mfo.

---

## GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS (1744-1811)

### DEL «ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES»

Mientras honraba España con abundosas lágrimas la tierna memoria de Fernando, sorprendido por la muerte en la mitad de su carrera, venía desde Nápoles á ocupar su trono el augusto Carlos II; este monarca generoso, á quien ya daba Italia el nombre de restaurador de las artes, por haber ennoblecido con magníficas obras á Nápoles, Portici y Ca-

serta; por haber descubierto y sacado de las entrañas de la tierra dos grandes ciudades de la antigüedad, Pompeya y Herculano; por haber derramado en todo el mundo la noticia de sus bellos monumentos, y finalmente, por haber recompensado á los artistas con una generosidad digna del tiempo y del espíritu de Alejandro.

Cuánta atención le hubiesen merecido las artes después de su venida á España lo publica una multitud de grandes y bellos monumentos, erigidos en la extensión de sus dominios, donde brillan igualmente la magnificencia y el buen gusto; lo publican estas mismas paredes, augusto domicilio de la naturaleza y del arte, debido a su beneficencia; lo publican los célebres estudios de Valencia, Barcelona, Sevilla y otras ciudades, fomentados por su generosa protección, las artes fugitivas de las provincias restituidas á su seno; lo publican, en fin, las mismas artes, levantadas bajo su glorioso gobierno á un punto de prosperidad donde no pudieran llegar en las edades precedentes.

Mas ¿para qué buscamos ejemplos distantes de nosotros? Esta misma corte en que habitamos, Madrid, sacaba del abismo de la inmundicia á la luz del más brillante esplendor; renovadas sus calles, sus plazas, sus puertas y paseos; llena de suntuosos edificios, gallardas fuentes, bellas estatuas, arcos magníficos y toda especie de exquisitos adornos; Madrid, donde la arquitectura ha recobrado su antigua majestad, la escultura, su gentileza, la pintura su gracia y su decoro, el grabado y todas las artes del dibujo su gusto y elegancia, ¿no será en lo venidero el más glorioso y durable testimonio de la magnificencia de Carlos?

Pero hagamos también justicia a los instrumentos de su beneficencia, y tejiendo en el elogio de Augusto las alabanzas de Mecenas, aplaudamos el celo del sabio ministro que tenemos presente del que supo convertir una parte de la legislación hacia la gloria de las artes; del que ha dado a nuestro cuerpo la suprema magistratura del buen gusto; del que negó al gusto depravado la entrada en nuestras ciudades, en nuestros templos y edificios públicos; del que nos ha perpetuado la posesión de los monumentos; del buen tiempo, cerrando nuestros puertos á las obras de los pintores célebres, conque antes hacían un vil comercio, la ignorancia y la codicia. La posteridad, que cogerá todo el fruto de su ilustrada profección, hará algún día á su memoria un elogio más cabal que el mío, sin el riesgo de lastimar su moderación ni de ofender su modestia.

Aquí debiera yo hacer memoria de los valientes profesores que la penetración de Carlos supo escoger para el adorno de sus cortes y palacios; pero no es tiempo todavía de hablar de los que viven y aumentan con sus obras el patrimonio de su reputación; y cuando quisiera tratar de aquellos cuya fama ha fijado ya la muerte, veo la sombra de un profesor gigante, que descuella entre los demás y los ofusca: la sombra de Mengs, del hijo de Apolo y de Minerva, del pintor filósofo, del maestro, el bienhechor y el legislador de las artes.

Sí, señores; nosotros debemos á Mengs estos honrosos títulos; y cuando yo los atribuyo á su memoria, creo que mi boca es sólo un órgano destinado á hacer la expresión de nuestros comunes sentimientos. Mas no penséis que Mengs ha muerto para nuestra academia ni para

España. Su nombre vive y vivirá en la más distante posteridad. Vivirá en sus discípulos, esperanza de nuestras artes; vivirá en el célebre museo que adorna estas moradas, vivirá en sus divinas obras, vivirá en sus profundos escritos, tesoro de inestimable doctrina, que se puede llamar el catecismo del buen gusto y el código de los profesores y amantes de las artes; vivirá, finalmente, en los elogios que la amistad y la justicia dictaron a un distinguido miembro de nuestra asociación con cuya florida elocuencia no puede entrar en lid la rudeza de mis palabras.

## NICOLAS FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1737-1780)

### DE «LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUÍDAS»

Cortés, el gran Cortés... ¡Divina Clío,  
 Tu alto influjo mi espíritu levante!  
 ¿Quién jamás tuvo objeto como el mío  
 Ni tan glorioso capitán triunfante?  
 ¡Con qué aspecto real y señorío  
 Se le muestra a su ejército delante!  
 ¡Oh qué valor que ostenta y qué nobleza!  
 ¡Oh cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría,  
 Listadas de oro puro centellantes,  
 Con pernos de preciosa pedrería,  
 Hebillas y chatones de diamantes,  
 Gorjal grabado, en cuyo canto había  
 De perlas y crisólitos pinjantes,  
 Cegando como el sol, a quien parece  
 El arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada  
 Cual fúlgido cristal resplandeciente,  
 Con plumajes y airón empenachada,  
 Que el céfiro halagaba mansamente;  
 El brazal y esquinela bürilada  
 Rayos saca de luz como el oriente;  
 Música forman guarnecidas de oro  
 Templadas piezas al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola  
 Favonio airosamente, y con lazadas  
 De plata y seda atado en una sola,  
 Que vuelve las vislumbres duplicadas:  
 Roja banda afollada en la pistola  
 Con muchos rapacejos, y enredadas  
 Puntas al cinturón, y allí pendiente  
 De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,

Con labores en torno rutilante,  
 Que más reverberando que el lucero,  
 Parece de un limpiísimo diamante;  
 Esculpió en medio por blasón guerrero  
 Entre las uñas de un león rapante,  
 Un mundo encadenado, y quebrantadas  
 Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza, estriada y rebutida  
 De barras de metal lleva en la cuja,  
 Y un pendoncillo o banderilla asida,  
 Que bordó con primor sutil aguja;  
 Y al encuentro y veloz arremetida,  
 Hace corriendo que al impulso cruja,  
 Cuando con duro y resonante callo  
 Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazán tostado, corpulento,  
 De ardiente vista, y con feroz ultraje  
 Bate el suelo, mirándose opulento  
 Con tan precioso y bárbaro equipaje:  
 De ormesí recamado el paramento,  
 De seda y oro y borlas el rendaje,  
 De bronces entallados la estribera,  
 Zafiros y balajes la testera.

El soberbio animal la crin extiende,  
 Como quien sabe el dueño que pasea,  
 Con agudo relincho el aire enciende  
 E indómito y ufano se pompea:  
 En cuanto ¡oh Betis! tu raudal comprende,  
 Que con verdes olivas se hermosea,  
 Tal monstruo no abortó naturaleza,  
 Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Cortés recorre así los escuadrones  
 Con vivos ojos, plácido semblante,  
 Siendo por ademán y por acciones  
 A cosa más que humana semejante:  
 Y afable dice: ¡oh fuertes campeones!  
 ¿Cuál órgano mortal será bastante  
 A cantar tanta hazaña celebrada,  
 Que debo yo al valor de vuestra espada?

#### DE «LA DIANA»

Hubo algún tiempo en los remotos años  
 del mundo infancia, en que la dura tierra  
 no le causaba al hombre algunos daños,  
 ni con zarzas y abrojos hizo guerra;  
 y sin cultivo, pródiga y esclava,  
 los frutos de sus árboles le daba.  
 Todo era paz: aun no nacido habrían

a turbar la quietud los monstruos fieros  
de ambición y política; escondían  
los montes no labrados los aceros,  
y aquel siglo, inocente con decoro,  
(por no le conocer) se llamó de *Oro*.

Refozó con los fiernos recentales  
el lobo carnicero, y humillados  
amaban los más fieros animales  
ser con humanas palmas halagados,  
y en la ley natural que allí observaban,  
los hombres y los brutos descansaban.

Mas corrompiendo la malicia humana  
la sencillez y cándida inocencia,  
naturaleza se mostró tirana,  
que así lo quiso eterna Providencia.  
Huyeron de la mano audaz los frutos,  
bramaron rebelándose los brutos.

Y el hombre miserable, condenado  
a ganar con sudores el sustento,  
la primer vez rompió con tosco arado  
de la gran madre el rostro macilento,  
encerrando en su seno las semillas,  
que luego son garzotas amarillas.

Pero impaciente el hambre porfiada  
de la tardanza, aun antes que él arase,  
le dió principios de la caza osada,  
en que con prontitud se remediase,  
y fué la primer arte que él procura,  
antes que la robusta agricultura.

Los ramos de las selvas desgajados  
fueron primeras armas; los crecidos  
peñascos de la cumbre derribados,  
los garrotes volteando despedidos,  
peniquebraron cabras y corderos  
y alguna vez los corzos más ligeros.

Poco después las hondas baleares,  
con guijarros, que salen al chasquido,  
llevaron a los vientos y a los mares  
la muerte al pez y al pájaro del nido,  
hasta que al fin Lamech, en feliz día,  
diestro facilitó la cacería.

---

## JUAN PISÓN Y VARGAS

### DE «LA PERROMAQUIA»

Yo que nunca canté selvas ni prados  
 vestidos de arboledas y ganados;  
 ni sublimes hazañas, altos hechos  
 de fuertes corazones, nobles pechos:  
 ni las armas, ni leyes,  
 que conservan los Reinos y los Reyes:  
 yo, que unas veces triste, otras contento,  
 al son de mi instrumento,  
 en baja consonancia,  
 medía la distancia  
 que entre males y bienes  
 ostenta la fortuna en sus vaivenes:  
 yo, en fin, que con mi metro bien hallado,  
 ni envidioso vivía, ni envidiado,  
 y aunque me estimularan,  
 temiendo que las cuerdas no alcanzaran,  
 jamás subí mi lira  
 del bajo tono en que feliz respira,  
 ya mudo de intención, ya sin reparo,  
 a salir de mis dudas me preparo;  
 ya venciendo el temor que me contuvo  
 a la alta cumbre del Parnaso subo,  
 donde mi pecho, fragua  
 del humor cristalino que desagua  
 liberal Aganipe,  
 hidrópico el ingenio participe:  
 donde consiga aliento  
 mi temerario intento,  
 a cuyo fin imploro  
 las bellas Ninfas del Castalio coro.  
 Sed conmigo propicias, entre tanto,  
 que divertido canto  
 al compás de mis yerros  
 los sucesos y amores de unos perros,  
 que siguiendo la ley de su destino,  
 con paso peregrino  
 y pensamiento vano,  
 llegaron al Emporio Gaditano;  
 donde Sultana, perra prodigiosa,  
 tan joven como hermosa,  
 a pesar de sus padres ladradores  
 se mantuvo constante en sus amores.  
 ¡Oh quién tuviera, en suma,  
 del Fénix Español la tersa pluma!

---

## FÉLIX MARÍA SAMANIEGO (1745-1801)

### LA TORTUGA Y EL ÁGUILA

Una Tortuga a una Águila rogaba  
 La enseñase a volar; así la hablaba:  
 «Con sólo que me des cuatro lecciones  
 Ligerá volaré por las regiones:  
 Ya remontando el vuelo,  
 Por medio de los aires hasta el cielo,  
 Veré cercano al sol y a las estrellas  
 Y otras cien cosas bellas.  
 Ya rápida bajando,  
 De ciudad en ciudad iré pasando;  
 Y de este fácil, delicioso modo  
 Lograré en pocos días verlo todo.»  
 El Águila se rió del desatino;  
 La aconseja que siga en su destino,  
 Cazando torpemente con paciencia,  
 Pues lo dispuso así la Providencia.  
 Ella insiste en su antojo ciegamente:  
 La reina de las aves prontamente  
 La arrebatá, la lleva por las nubes,  
 «Mira, la dice, mira cómo subes»  
 Y al preguntarla, digo, ¿vas contenta?  
 Se la deja caer y se revienta.  
*Para que así escarmiente  
 Quien desprecia el consejo del prudente.*

---

## JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA (1748-1791)

### IDILO

#### EL CLAVEL

La madre universal de lo criado  
 Que con diversas y pintadas flores  
 De la alma Primavera, en mil olores  
 Adorna el verde manto, que ha bañado  
 Zéfiro en mil olores;

Ya alzando al cielo frescas azucenas  
 Nacidas al albor de la mañana,  
 Ya vistiendo a los troncos pompa ufana  
 De frescas hojas y de frutas llenas,  
 De rosicler y grana;

En un huerto produjo el más hermoso  
 Pundonor del jardín, el presumido  
 Galán de toda flor, astro florido,  
 En quien se excede el año presuntuoso,  
 El clavel encendido.

Sus edades se pasan de hora en hora;  
 Corto vivir le destinó la suerte  
 Y sólo un sol solemnizarle advierte  
 En risa el Alba, en lágrimas la Aurora,  
 Su nacimiento y muerte.

Señuelo sea de tu amante lado,  
 Oh bello airón de tu galán sombrero,  
 Por primicia del año placentero,  
 Y de un alma, que a fi te ha consagrado  
 Su afecto lisonjero.

Lógrese en tu beldad esclarecida:  
 Y pues del año fué pimpollo tierno,  
 Ni le dañe el calor, ni helado invierno,  
 Y a tu lado consiga eterna vida  
 En un Abril eterno.

## EPIGRAMAS

Un casado se acostó,  
 Y con paternal cariño  
 A su lado puso el niño,  
 Pero sucio amaneció.  
 Entonces, torciendo el gesto,  
 Miróse uno y otro lado,  
 Y exclamó, desconsolado:  
 «¡Ay amor, cómo me has puesto!»

Ayer un mendigo, viendo  
 Junto a un templo a un coronel,  
 A pedirle fué corriendo,  
 R le importunó diciendo  
 Yogaría a Dios por él.

Dióle un real que tuvo allí  
 El jefe, y le dijo así:  
 «¡Con linda flema te vienes!  
 Ten, y ruega a Dios por ti,  
 Que más necesidad tienes.»

Hablando de cierta historia  
 A un necio se preguntó:  
 «¿Te acuerdas tú?»; y respondió:  
 «Esperen que haga memoria.»  
 Mi Inés, viendo su idiotismo,  
 Dijo risueña al momento:  
 «Haz también entendimiento,  
 Que te costará lo mismo.»

## JUAN MELÉNDEZ VALDÉS (1754-1817)

## DE LA NIEVE

Dame, Dorila, el vaso,  
Lleno de dulce vino,  
Que sólo en ver la nieve  
Temblando estoy de frío.

Ella en sueltos vellones  
Por el aire tranquilo  
Desciende, y cubre el suelo  
De cándidos armifios.

¡Oh! ¡cómo el verla agrada  
De esta choza al abrigo,  
Desecha en copos leves  
Bajar con lento giro!

Los árboles del peso  
Se inclinan oprimidos,  
Y alcorza delicada  
Parecen en el brillo.

Los valles y laderas,  
De un velo cristalino  
Cubiertos, disimulan  
Su mustio desabrigo;

Mientras el arroyuelo,  
Con nuevas aguas rico,  
Saltando bullicioso  
Se burla de los grillos.

Sus surcos y trabajos  
Ve el rústico perdidos,  
Y triste no distingue  
Su campo del vecino.

Las aves enmudecen  
Medrosas en el nido,  
O buscan de los hombres  
El mal seguro asilo;

Y el tímido rebaño  
Con débiles balidos  
Demanda su sustento  
Cerrado en el aprisco.

Pero la nieve crece,  
Y en denso torbellino  
La agita con sus soplos  
El aquilón maligno.

Dejémosla que caiga,  
Dorila; y bien bebidos  
Burlemos sus rigores  
Con tiernos regocijos.

Bebamos y cantemos:  
Que ya el abril florido  
Vendrá en las blandas alas  
Del céfiro benigno.

## DE UNA ACUSACIÓN FISCAL POR ROBO SACRÍLEGO

Yo sé bien los diversos grados que admite, como todos, este delito del sacrilegio: que es otra cosa el atropellamiento deliberado del templo por ultrajar impíamente al Señor que le habita, que la acción que se comete en él con distinto propósito; otra la profanación y otra la irreverencia; otra el robo de una cosa consagrada, un vaso, un ara, un cáliz, que el de la joya o presea que no lo está; porque la consagración, o lo que es lo mismo, la adscripción y señalamiento de la cosa al altar, tiene entre los cristianos sus ceremonias y bendiciones religiosas, y es para nosotros como una adjudicación particular que hacemos al Señor del vaso que se le consagra, un dominio que le cedemos, si puedo usar de este lenguaje, y un título especial que le damos sobre él. Criminalistas sin embargo ha habido que no estimando en nada estos clarísimos pri-



cipios, inflamados de un celo poco ilustrado, obstinados sectarios de la ciega opinión, y apoyados en la ley de Partida, han querido hacer, confundiendo todo, de acciones que no lo eran, deliberados sacrilegios. Este desgraciado delincuente no quiso por cierto, lo confieso, ultrajar irreligioso el templo de la madre de Dios, sino sólo robarlo; hubiera mejor tomado las alhajas de casa de sus antiguos dueños que del lugar santo en que se hallaban; mejor de las paredes de la iglesia que de la sacra imagen, y mejor su valor que no ellas mismas. Por esto, a pesar de la ley que dejo ya citada, y venerándola cual debo, pero subiendo el pensamiento a la oscuridad del siglo en que se concibió, no clamaré yo mucho sobre su sacrilegio. Es un ladrón que roba del templo lo que no puede asaltar en otra parte; un ladrón que roba unas preseas, que acaso por tan ricas no debieron estar donde se hallaban; un ladrón, en fin, que en su odioso atentado no tuvo otro móvil que el sórdido interés ni otra idea que la de enriquecerse acaso para vicios y disipaciones. Y si opiniones o sofismas de la pasada edad, no bien meditados por los tratadistas y pragmáticos, pintaron hasta aquí más horrorosa que ella es en sí misma esta acción criminal, la ilustración presente, apoyada en las mayores luces de la moral legislativa, y la razón más ejercitada y sobre más seguros principios, deben ya, sobreponiéndose al error, colocarla en el justo lugar que le compete, sin encubrir o disculpar en nada, ni menos encarecer sin fruto su odiosa gravedad.

Mas si por este lado, y el de haber consumado su delito sin foradamiento ni violencia, ni asaltar o romper puerta o pared, a escondidas y encubiertamente, como dice la ley de Partida, tiene alguna esperanza este infeliz de salvar del suplicio su miserable vida, no la puede tener, ni hallará camino a la piedad, como autor de un robo en el seguro de la corte y de cosa de tan alto valor. Esto, bien lo sabe V. E., y yo lo pronuncio estremeciéndome, tiene irresistiblemente sobre sí la pena capital, por los célebres autos acordados 19 y 21 del título 11, libro 8.º de la Recopilación.

---

## RAMÓN DE LA CRUZ (1731-1794)

### EL MUÑUELO

#### ESCENA VI

#### ZAQUE, MUDO Y PIZPIERNO

ZAQUE Y MUDO. Sea para bien, Pizpierno.

PIZPIERNO.

¿Mudo? ¿Zaque?

Mis ilustres antiguos camaradas,  
 Dadme muchos abrazos, y decidme  
 Cómo va de salud, bolsillo y majas.  
 (Con desdén.) Yo así, así.

MUDO.

ZAQUE.

Yo tan gordo como siempre.

- PIZPIERNO. ¿Y cómo va el oficio?  
 ZAQUE. No se gana  
 Para fumar. Tú sí que vienes gileno.
- PIZPIERNO. No hay en el mundo tierra más templada  
 Que el África.
- ZAQUE. ¿Y el pan?  
 PIZPIERNO. Gileno, aunque poco,  
 Que allí está en todo su vigor la tasa.
- ZAQUE. ¿Y Roñas?  
 PIZPIERNO. Entre tanto que yo vengo  
 A darle dos abrazos a mi hermana,  
 Ha ido a ver a la suya y prevenirla  
 De que luego iré yo a congratularla  
 Y a que me congratule, mientras tanto  
 Que los trenes de boda se preparan.  
 ¡Oh golpe de fortuna!
- MUDO. Amigo Mudo,  
 PIZPIERNO. ¿Qué espamientos son esos?
- ZAQUE. Calla, calla,  
 Y no sea correo tu semblante  
 De tal noticia.
- PIZPIERNO. ¿Qué noticia?  
 ZAQUE. ¡Mala!  
 PIZPIERNO. No, no me la preguntes. Me atraganto...  
 Me da hipo de sólo imaginarla.
- PIZPIERNO. ¿Por qué tú te estremeces, y a este otro  
 El cuerpo se le encoge y se le alarga  
 Dende que aquí me vió? ¿Estoy acaso  
 Sentenciado a segundas caravanas?  
 Hablad claro.
- MUDO. ¡Ojalá!  
 ZAQUE. ¡Menos mal fuera!  
 PIZPIERNO. ¿Pero qué es ello?  
 ZAQUE. ¡Es cosa muy amarga  
 Dar un amigo a otro un trabucazo!  
 Peor es darle una purga que no alcanza  
 Para hacer el efecto que es corriente,  
 Y le corrompe a un hombre las entrañas.  
 Dilo.
- ZAQUE. Es contra tu honor.  
 PIZPIERNO. Eso es lo menos.
- ZAQUE. Que...  
 PIZPIERNO. Di.  
 ZAQUE. A tu novia encuentras azotada.  
 PIZPIERNO. ¿A la señora Pepa?  
 MUDO. A la señora  
 Pepa, tu dulce esposa idolatrada.
- PIZPIERNO. ¿Y cómo?  
 ZAQUE. Con la mano.



no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia. Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los días, y siempre gusta, y siempre lo aplauden a rabiar.

D. PEDRO.—¿Y esto se representa en una nación culta?

D. ELEUTERIO.—¡Cuenta que me ha dejado contento la expresión! ¡Disparates!

D. PEDRO.—¿Y esto se imprime para que los extranjeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO.—¡Llamar disparates a una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado que!

Pipí.—No haga usted caso.

D. ELEUTERIO.—(*Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.*) Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú, si la conclusión puede ser más natural, ni más ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo, sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

Pipí.—¡Calle! ¡Hay traidor también! ¡Cómo me gustan a mí las comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO.—Pues como digo: el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello y no hay cosa más natural.

(*Lee D. Eleuterio, lo suspende y se guarda la comedia.*)

- »Y en tanto que mis recelos...
- »Y mientras mis esperanzas...
- »Y hasta que mis...»

¡Ah, señor don Hermógenes, a qué buena ocasión llega usted!  
(*Sale D. Hermógenes por la puerta del foro.*)

## ELEGÍA A LAS MUSAS

Esta corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro  
Y máscaras alegres que algún día  
Me disteis, sacras Musas, de mis manos  
Trémulas recibid, y el canto acabe,  
Que fuera osado intento repetirle.  
He visto ya cómo la edad ligera,  
Apresurando a no volver las horas,  
Robó con ellas su vigor al numen.

Sé que negáis vuestro favor divino  
 A la cansada senectud, y en vano  
 Fuera implorarle; pero en tanto, bellas  
 Ninfas, del verde Pindo habitadoras,  
 No me neguéis que os agradezca humilde  
 Los bienes que os debí. Si pude un día,  
 No indigno sucesor de nombre ilustre,  
 Dilatarle famoso, a vos fué dado  
 Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo  
 Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
 A prestarme constancia en los afanes  
 Que turbaron mi paz, cuando insolente  
 Vano saber, enconos y venganzas,  
 Codicia y ambición, la patria mía  
 Abandonaron a civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces,  
 A dominar y perecer, tiranos:  
 Atropellarse efímeras las leyes,  
 Y llamarse virtudes los delitos.  
 Vi las fraternas armas nuestros muros  
 Bañar en sangre nuestra, combatirse,  
 Vencido y vencedor, hijos de España,  
 Y el trono desplomándose al vendido  
 Impetu popular. De las arenas  
 Que el mar sacude en la fenicia Gades,  
 A las que el Tajo lusitano envuelve  
 En oro y conchas, uno y otro imperio,  
 Iras, desorden esparciendo y luto,  
 Comunicarse el funeral estrago.  
 Así cuando en Sicilia el Etna ronco  
 Revienta incendios, su bifronte cima  
 Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,  
 Turba el Averno sus calladas ondas;  
 Y allá del Tibre en la ribera etrusca  
 Se estremece la cúpula soberbia  
 Que al Vicario de Cristo da sepulcro

¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?  
 ¿Quién dar al verso acordes armonías,  
 Oyendo resonar gritos de muerte?  
 Tronó la tempestad: bramó iracundo  
 El huracán, y arrebató a los campos  
 Sus frutos, su matiz: la rica pompa  
 Destrozó de los árboles sombríos;  
 Todas huyeron tímidas las aves  
 Del blando nido, en el espanto mudas;  
 No más trinos de amor. Así agitaron  
 Los tardos años mi existencia, y pudo

Sólo en región extraña el oprimido  
Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será; que ya la tumba aguarda  
Y sus mármoles abre a recibirme;  
Ya los voy a ocupar... Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan  
A mi patria infeliz mayor ventura,  
Dénsela presto, y mi postrer suspiro  
Será para ella... Prevenid en tanto  
Fléviles tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral, Musas celestes;  
Y donde a las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de lauros y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores mis cenizas.

## MANUEL JOSE QUINTANA (1772-1857)

### AL COMBATE DE TRAFALGAR

No da con fácil mano  
El destino a los héroes y naciones  
Gloria y poder. La triunfadora Roma,  
Aquella a cuyo imperio  
Se rindió en silenciosa servidumbre,  
Obediente y postrado un hemisferio,  
¡Cuántas veces gimió rota y vencida,  
Antes de alzarse a tan excelsa cumbre!  
Vedla ante Anibal sostenerse apenas:  
Sangre itálica inunda las arenas  
Del Tesfn, Trebia y Trasimeno ondoso;  
Y las madres romanas,  
Como infausto cometa y espantoso,  
Ven acercarse al vencedor de Canas.  
¿Quién lo arrojó de allí? ¿Quién hacia el solio  
Que Dido fundó un tiempo, sacudía  
La nube que amagaba al capitolio?  
¿Quién con funesto estrago  
En los campos de Zama el cetro rompe  
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?  
La constancia: ella sola es el escudo  
Donde el cuchillo agudo  
La adversidad embota; ella convierte  
En deleite el dolor, la ruina en gloria:  
Ella fija el dudoso torbellino

De la fortuna, y manda la victoria:  
 Para el pueblo magnánimo no hay suerte.  
 ¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre  
 Muestre en tan grave afán tu amarga pena;  
 Pero espera también, y con sublime  
 Frente, de vil abatimiento ajena.  
 La alta Gades contempla y sus murallas  
 Besadas por las olas,  
 Que asombradas aún y enrojecidas,  
 Tiéndense allí por las sonantes playas,  
 Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar  
 Que corona su indómito navío,  
 Y ufano con su gloria y poderío,  
 «Allí están, exclamó; volved los ojos,  
 Compañeros, allí; nuevos despojos  
 Ya vuestra invicta mano  
 Va a conseguir en los endeblés pinos  
 Que España apresta a su defensa en vano.  
 Libre de esclavitud no sea ninguno:  
 Hijos somos nosotros de Neptuno,  
 ¿Y ellos osan surcar el Oceano?  
 Acordaos de Abukir: sólo un momento  
 Llegar, vencer y devorarlo sea!  
 Dadme este triunfo, y de laurel ceñido  
 Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo; y tiende la vela; ellos le siguen  
 Abriendo el mar con sus nadantes proras  
 Del viento y de las ondas vencedoras;  
 Mientras que firme el español los mira,  
 Y despreciando su arrogancia fiera,  
 El noble pecho palpitando en ira,  
 Con impávida frente los espera.  
 ¡Ira justa! ¡Ardor santo! Esos crueles,  
 Bajo las alas de la paz seguros,  
 Son los que nuestra sangre derramaron  
 Por vil codicia, a la amistad perjuros;  
 Esos los que a perpetua tiranía  
 Condenaron el mar, los que hermanaron  
 Del poder la insolencia y la soberbia  
 Con la rapacidad y alevosía;  
 Esos... La noche con su negro manto  
 Envuelve el mundo; sombras espantosas,  
 En torno de los mástiles vagando,  
 Estragos, muerte anuncian, y acrecientan  
 La pavorosa expectación; el día  
 Abre el campo al furor, y horrendo Marte  
 Con clamores de guerra hinche la esfera  
 Y levanta en los aires su estandarte.

Responde a esta señal el hueco bronce,  
 Con mortal estampido el eco truena,  
 Y por el mar llevándose bramando,  
 Hasta en las costas de Africa resuena.  
 Vuelan movidas de rencor, las naves  
 Con naves a encontrar: menos violentas  
 Despide el polo austral sierras de hielo,  
 Que con su mole inmensa y resonante  
 Por las fáciles ondas se deslizan,  
 Y al audaz navegante atemorizan:  
 Ni con estruendo igual turban el cielo  
 Las negras tempestades,  
 Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,  
 A su furiosa guerra y duro encuentro  
 Hacen del orbe estremecerse el centro.  
 Tres veces fiero el insular se avanza,  
 Creyendo en su pujanza  
 Romper de nuestra escuadra el fuerte muro;  
 Tres veces rechazado  
 Por el hispano esfuerzo, ya dudosa  
 Ve la victoria que esperó seguro.  
 ¿Quién su despecho pintará y su saña  
 Cuando aquel pabellón, antes tan fiero,  
 Miró invencible al pabellón de España?  
 No hay saber, no hay valor, sólo ya fía  
 Su fortuna al poder; dobla sus naves  
 Y las redobla en desigual pelea  
 De popa a proa; en uno y otro lado  
 Cada español navío  
 De mil rayos y mil es contrastado;  
 Y él, con igual aliento  
 Que recibe la muerte, así la envía.  
 No: si cien voces yo, si lenguas ciento  
 Me diese el cielo, a numerar bastara  
 Las inclitas hazañas de aquel día:  
 El humo al sol se las robaba entonces;  
 Pero la fama las dirá en su trompa,  
 Las artes en sus mármoles y bronces.  
 Llega el momento, en fin, tiende la muerte  
 Su mano horrible y pálida, y señala  
 Víctimas grandes; el valiente Alcedo,  
 Castaños, Moyua, intrépidos perecen.  
 Vosotros dos también, honor eterno  
 De Bética y Guipúzcoa... ¡Ah si el destino  
 Supiese perdonar! ¿Cómo a aplacarle  
 La oliva no bastó que unió Minerva  
 A los lauros de Marte en vuestra frente?  
 ¿Qué a vuestra ilustre indagadora mente  
 Pudo ocultar el mundo o las estrellas?

De vuestras sabias huellas  
 Llenos están de América los mares,  
 Las Cícladas lo están; viuda la patria  
 De tantos héroes que enlutada llora,  
 Pide a su corazón lágrimas nuevas  
 Que a vuestro acerbo fin derrame ahora.  
 ¡Ah! ¡Vivierais los dos! Y en vez de llanto,  
 Del dolorido canto

Que mi fúnebre acento hoy os consagra,  
 Pudiera yo contraponer el pecho  
 Al golpe atroz y recibir la herida:  
 Diera a la patria así mi inútil vida.  
 ¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa  
 Con vuestra luz y espíritu valiente,  
 Al arduo porvenir hiciera frente,  
 De rayos coronada y victoriosa.

No, empero. sin venganza y sin estrago,  
 Generoso escuadrón, allí caíste;  
 También brotando a ríos  
 La sangre inglesa inunda sus navíos;  
 También Albión pasmada  
 Los montes de cadáveres contempla,  
 Horrendo paso a su soberbia armada;  
 También Nelson allí... Terrible sombra,  
 No esperes, no, cuando mi voz te nombra,  
 Que vil insulte a tu postrer suspiro:  
 Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.  
 ¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda  
 De las naves cautivas  
 El confuso tropel, y ya en idea  
 Goza el aplauso y los sonoros vivas  
 Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto  
 Sólo le verá entrar pálido y yerto:  
 Ejemplo grande a la arrogancia humana,  
 Digno holocausto a la aflicción hispana.  
 Así el furor de Marte  
 Impele el brazo de la parca y siega  
 Vidas sin fin. Lanzado por la rabia  
 Cunde el fuego voraz, las tablas arden,  
 Un volcán encendido  
 Es cada buque, por los aires vagos  
 Se alza y retumba el hórrido estallido,  
 Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?  
 Sí; que el cielo, ominoso a tal porfía,  
 Manda a los aquilones inclementes  
 Separar los feroces combatientes  
 Y en borrascosa noche hundir el día.  
 Lo manda; ellos crueles  
 Azotando las ondas con sus alas,

Se arrojan a los míseros bajeles.  
 Al nuevo asalto, al sin igual combate.  
 Fallece el árbol trémulo y se abate;  
 Hiéndose la armazón, el Oceano  
 Por el roto entrepuente entra bramando;  
 Y moribundo el español exclama:  
 «¡Ah! pereciese yo, pero lidiando.»  
 En tan atroz conflicto,  
 Allá en las nubes la gloriosa frente  
 Asomaban los fuertes campeones  
 Que armados del tridente y del acero  
 Al pabellón ibero  
 Hicieron humillarse las naciones.  
 Lauria y Tovar se vían,  
 Avilés y Bazán, que saludando  
 A los héroes de Hesperia que morfan,  
 «Venid entre nosotros, les decían,  
 Venid entre los bravos que imitasteis.  
 Ya el premio hermoso del valor ganasteis;  
 Ya a vuestro ejemplo de constancia armada  
 España, concitando sus guerreros,  
 Magnánima se apresta a nuevas lides.  
 Volved la vista a la ciudad de Alcides:  
 Graviná, Escaño, y Alava, y Cisneros,  
 Y otros ciento allí están, firme coluna,  
 Dulce esperanza a nuestro patrio suelo:  
 Venid, volad al cielo,  
 Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

---

## ALBERTO LISTA (1775-1848)

### LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que velando  
 La excelsa majestad en nube ardiente,  
 Fulminaste en Siná? Y el impío bando,  
 Que eleva contra ti la osada frente,  
 ¿Es el que oyó medroso  
 De tu rayo el estruendo fragoroso?  
 Mas ora abandonado  
 ¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo  
 Alzas gimiendo el rostro lastimado:  
 Cubre tus bellos ojos mortal velo,  
 Y su luz extinguida,  
 En amargo suspiro das la vida.  
 Así el amor lo ordena;

Amor, más poderoso que la muerte:  
 Por él de la maldad sufre la pena  
 El Dios de las virtudes, y el león fuerte  
 Se ofrece al golpe fiero  
 Bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,  
 Ante siglos de siglos degollada!  
 Aun no ahuyentó la noche pavorosa  
 Por vez primera el alba nacarada,  
 Y hostia del amor fiero,  
 Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte  
 Oh paz, oh gloria del culpado mundo!  
 ¿Qué pecho empedernido no se parte  
 Al golpe acerbo del dolor profundo,  
 Viendo que en la delicia  
 Del gran Jehová descarga su justicia?  
 ¿Quién abrió los raudales  
 De esas sangrientas llagas, amor mío?  
 ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales  
 De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío  
 A tu frente divina  
 Cifó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles;  
 Al santo perdonad, muera el malvado:  
 Si sois de un justo Dios ministros fieles,  
 Caiga la dura pena en el culpado:  
 Si la impiedad os guía  
 Y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo  
 La víctima de paz, que el hombre espera.  
 Si del Oriente al escondido polo  
 Un mar de sangre criminal corriera,  
 Ante Dios irritado,  
 No expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo  
 Su cólera en diluvios descendía,  
 Y a la maldad que dominaba el suelo,  
 Y a las malvadas gentes envolvía,  
 De la diestra potente  
 Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre  
 De los montes el agua vengadora:  
 El sol, amortecida la alba lumbre,  
 Que el firmamento rápido colora,  
 Por la esfera sombría  
 Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado  
 De su semblante descogió el Eterno.

Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,  
 Domador de la muerte y del averno,  
 Tu cólera infinita  
 Extinguir en su sangre solícita,  
 ¿Oyes, oyes cuál clama:  
*Padre de amor, por qué me abandonaste?*  
 Señor, extingue la funesta llama  
 Que en tu furor al mundo derramaste:  
 De la acerba venganza  
 Que sufre el Justo nazca la esperanza.  
 ¿No veis cómo se apaga  
 El rayo entre las manos del Potente?  
 Ya de la muerte la tiniebla vaga  
 Por el semblante de Jesús doliente,  
 Y su triste gemido  
 Oye el Dios de las iras complacido.  
 Ven, ángel de la muerte:  
 Esgrime, esgrime la fulmínea espada,  
 Y el último suspiro del Dios fuerte,  
 Que la humana maldad deja expiada,  
 Suba al solio sagrado,  
 Do vuelva en padre tierno al indignado.  
 Rasga tu seno, oh tierra,  
 Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo  
 Yace el Criador; mas la maldad aterra,  
 Y un grito de furor lanza el profundo.  
 Muere... Gemid, humanos:  
 Todos en él pusisteis vuestras manos.

---

## FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA (1787-1862)

### HIMNO EPITALÁMICO

Placer de los cielos, delicia del mundo,  
 ¡Oh, Numen fecundo, propicio a mi voz!  
 De tiernos amantes corona el deseo,  
 Desciende, Himeneo, descende veloz.  
 Al mar y a la tierra y al aire sereno  
 Tú colmas el seno de germen feraz;  
 Y al orbe enlazando con dulces cadenas,  
 Sus ámbitos llenas de vida y de paz.  
 Tú al nido aprisionas con grillos suaves  
 Las tímidas aves en plácida unión;  
 Y al yugo amoroso tú inclinas la frente  
 Del tigre inclemente, del fiero león.

Si gime viuda la tórtola bella,  
 Con blanda querella te pide otro amor;  
 Sin fruto dorado la palma viuda  
 Te expresa, aunque muda, su triste dolor.

Sin ti los mortales, cual fieras atroces,  
 Ni oyeran las voces de patria y hogar:  
 Sus muros te deben las altas ciudades;  
 Las mismas Deidades te deben su altar.  
 Mas ya gratas pulsán las cítaras de oro,  
 Y aclaman en coro tu gloria inmortal;  
 Ya al son armonioso las alas extiendes  
 Y en triunfo descendes al lecho nupcial.

Con falsa modestia la diosa de Delos  
 Se oculta en los cielos tras nube fugaz;  
 En tanto que Venus más plácida y bella,  
 Refleja en su estrella su cándida faz.

Sin dejo amargoso purfísima muestra  
 La copa en su diestra de dulce licor;  
 Y uniendo a sus rosas la blanca azucena,  
 Su frente serena descubre el Amor.

Mas siempre festivo tu antorcha divina,  
 Que el lecho ilumina con claro esplendor,  
 Apaga, y fingiendo temor y recelo,  
 Se esconde en el velo del sacro pudor.

Los dioses sonrñen, la esposa suspira;  
 Ternura respira su blando desdén;  
 Y al tímido esposo las Gracias y Amores  
 Con cándidas flores coronan la sien.

## EDIPO

### Del acto quinto

#### ESCENA VI

#### SUMO SACERDOTE, PUEBLO

*(Al entrar EDIPO en el palacio, se oscurece algún tanto el teatro, y se oye el estampido del trueno, que resuena luego otras dos veces, con un breve intervalo: durante este tiempo habrán acudido por todas partes las gentes del pueblo, repartiéndose confusamente por el ámbito de la plaza; después sale del templo el SUMO SACERDOTE)*

SACERDOTE. ¿No oís, mortales, no oís?... La voz de Jove  
 Retumba ya sobre el excelso Olimpo;  
 Y al eco de su ira, titubean  
 La firme tierra y el profundo Abismo.  
 ¿Quién escapar podrá de su venganza?  
 ¿Quién?... En el trono en vano guarecido,  
 Muéstrase audaz el crimen, provocando

Del Cielo la justicia y poderío:  
 El rayo vengador antes le hiere  
 En la cumbre más alta; y confundido  
 Entre escombros y míseras pavesas,  
 De escándalo y terror sirve á los siglos.  
 (*Desde adentro.*) ¡La muerte por piedad!...

EDIPO.  
 SACERDOTE.

No, parricida!

Hasta la Muerte está sorda á tus gritos;  
 Y sólo has de gemir y en noche eterna,  
 Sin mezclarte con muertos ni con vivos!  
 ¡Santos Dioses, qué horror!

PUEBLO.  
 SACERDOTE.

Sobre su frente

Su imprecación fatal ha recaído.

### ESCENA VII

SUMO SACERDOTE, PUEBLO, HYPARCO

HYPARCO.

(*Desde la puerta del palacio.*)

¡No hay uno, uno siquiera!...

SACERDOTE.

Ven, anciano;

Y á nombre de los Númenes te intimo  
 Que anuncies, para ejemplo de la tierra,  
 De la raza de Lábdaco el castigo!  
 ¿Qué voz fuera bastante á presentaros  
 Cuadro tan espantoso?... Yo le he visto  
 Con estos ojos, yo; y apenas creo  
 Lo que acabo de ver... En pos de Edipo  
 Penetré en el palacio, recelando  
 Su desastrado fin... daba rugidos  
 Como un león, y á voces demandaba  
 Por su madre y esposa... Un Dios maligno  
 Sus pasos guía á la fatal estancia;  
 La puerta halla cerrada, rompe el quicio,  
 Corre al lecho nupcial, y ve á Yocasta  
 Ahogada, dando el postrimer gemido...  
 Yo á ese tiempo llegué... vi abalanzarse  
 Al infeliz sobre el cadáver tibio,  
 Soltar el duro lazo, y de su madre  
 Besar con ansia el rostro ennegrecido...  
 Mas álzase de pronto, y con la vista  
 Sus armas busca en el usado sitio;  
 No las encuentra, brama, y sin tardanza  
 Revuelve su furor contra sí mismo...  
 Con los propios adornos de la reina  
 Sus ojos rasga; y con feroz ahinco  
 Una vez y otra vez hunde las puntas  
 En los sangrientos cóncavos... Ni un grito  
 Arrojó de dolor: desatentado

HYPARCO.

Busca la puerta, escápase, le sigo;  
Y á ciegas por los ámbitos vagando,  
La muerte invoca con furor impío...

### ESCENA VIII

EDIPO, SUMO SACERDOTE, HYPARCO, PUEBLO

EDIPO. *(Sale de repente, con los ojos ensangrentados, y cruza con presteza el teatro.)*

¡Huid, Tebanos, huid!...

PUEBLO. *(Apartándose con asombro.)*

¡Rey desdichado!

SACERDOTE. La maldición del Cielo va contigo.

## DON ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS (1791-1865)

### UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA

#### ROMANCE I

##### El candil

Más ha de quinientos años,  
en una forcida calle,  
que de Sevilla en el centro  
da paso a otras principales,  
cerca de la media noche,  
cuando la ciudad más grande  
es de un grande cementerio  
en silencio y paz imagen;

de dos desnudas espadas  
que trababan un combate,  
turbó el repentino encuentro  
las finieblas impalpables.

El crujir de los aceros  
sonó por breves instantes,  
lanzando azules centellas,  
meteoro de desastres.

Y al gemido ¡Dios me valga!  
¡Muerto soy! Y al golpe grave  
de un cuerpo que a tierra vino,  
el silencio y paz renacen.

—  
Al punto una ventanilla

de un pobre casuco abren;  
y de tendones y huesos,  
sin jugo, como sin carne,  
una mano y brazo asoman,  
que sostienen por el aire  
un candil, cuyos destellos  
dan luz súbita a la calle.

En pos un rostro aparece  
de gomia o bruja espantable,  
a que otra marchita mano  
o cubre o da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte  
que salfa a apoderarse  
de aquella víctima humana  
que acababan de inmolarle;

O de la eterna justicia,  
de cuyas miradas nadie  
consigue ocultar un crimen,  
el testigo formidable.

Pues a la llama mezquina,  
con el ambiente ondeante,  
que dando luz roja al muro

dibujaba desiguales

los tejados y azoteas  
sobre el oscuro celaje,  
dando fantásticas formas  
a esquinas y bocacalles,  
se vió en medio del arroyo,  
cubierto de lodo y sangre,  
el negro bulto tendido  
de un traspasado cadáver.

Y de pie a su frente un hombre,  
vestido negro ropaje,  
con una espada en la mano,  
roja hasta los gavilanes.

El cual, en el mismo punto,  
sorpresa de encontrarse  
bañado de luz, esconde  
la faz en su embozo, y parte:  
aunque no como el culpado  
que se fuga por salvarse,  
sino como el inocente  
mueve tranquilo el pie y grave.

—  
Al andar, sus choquézuelas  
formaban ruido notable,  
como el que forman los dados  
al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia  
en la escena lamentable,  
mas de tan mágico efecto,  
y de un influjo tan grande  
en la vieja, que asomaba

el rostro y luz a la calle,  
que, cual si oyera el silbido  
de venenosa ceraste,

o cruzir las negras alas  
del precipitado Arcángel,  
grita en espantoso aullido,  
*¡Virgen de los Reyes, válme!*

Suelta el candil, que en las piedras  
se apaga y aceite esparce,  
y cerrando la ventana  
de un golpe que la deshace,  
bajo su mísero lecho  
corre a tientas a ocultarse,  
tan acongojada y yerta,  
que apenas sus pulsos laten.

Por sorda y ciega haber sido  
aquellos breves instantes,  
la mitad diera gustosa  
de sus días miserables:

y hubiera dado los días  
de amor y dulces afanes  
de su juventud, y dado  
las caricias de sus padres;

los encantos de la cuna,  
y... en fin, hasta lo que nadie  
enajena, la esperanza,  
bien sólo de los mortales;

pues lo que ha visto la abruma,  
y la aterra lo que sabe,  
que hay vistas que son peligros  
y aciertos que muerte valen.

## ROMANCE II

### El Juez

Las cuatro esferas doradas,  
ensartadas en un perno,  
obra colosal de moros  
con resaltes y letreros,  
de la torre de Sevilla  
eran remate soberbio,  
do el gallardo Giraldillo  
hoy marca el mudable viento;  
(esferas que, pocos años  
después derrumbó en el suelo  
un terremoto) brillaban  
del sol matutino al fuego:  
cuando en una sala estrecha  
del antiguo alcázar regio

que entonces reedificaban  
tal cual hoy mismo le vemos,  
en un sillón de respaldo  
sentado está el rey Don Pedro,  
joven de gallardo talle,  
mas de semblante severo.

A reverente distancia,  
una rodilla en el suelo,  
vestido de negra toga,  
blanca barba, albo cabello,  
y con la vara de alcalde  
rendida al poder supremo,  
Martín Fernández Cerón  
era emblema del respeto.

Y estas palabras de entrambos recogió el dorado techo, y la tradición guardólas para que hoy suenen de nuevo.

R.—¿Conque en medio de Sevilla amaneció un hombre muerto, y no venís a decirme que está ya el mafador preso?

A.—Señor, desde antes del alba, en que el cadáver sangriento recogí, varias pesquisas inútilmente se han hecho.

R.—Más pronta justicia, alcalde, ha de haber donde yo reino; y a sus vigilantes ojos nada ha de estar encubierto.

A.—Tal vez, señor, los judíos, tal vez los moros sospecho...

R.—¿Y os vaistras de las sospechas cuando hay un testigo, y bueno?

¿No me habéis, alcalde, dicho, que un candil se halló en el suelo cerca del cadáver?... Basta, que el candil os diga el reo.

A.—Un candil no tiene lengua.

R.—Pero tiénela su dueño, y a moverla se la obliga con las cuerdas del tormento.

Y vive Dios que esta noche ha de estar en aquel puesto, o vuestra cabeza, alcalde, o la cabeza del reo.

El rey temblando de ira, del sillón se alzó de presto, y el juez alzóse de tierra temblando también de miedo.

Y haciendo una reverencia, y otra después, y otra luego, salióse a ahorcar a Sevilla para salvarse resuelto.

Síguele el rey con los ojos, que estuvieran en su puesto de un basilisco en la frente, según eran de siniestros, y de satánica risa dando la expresión al gesto salió detrás del alcalde a pasos largos y lentos.

Por el corredor estuvo en las alcándaras viendo azores y gerifaltes, y dándoles agua y cebo.

Y con uno sobre el puño salió a dirigir él mismo las obras de aquel palacio un que muestra gran empeño.

Y vió poner las portadas de cincelados maderos, y él mismo dictó las letras que aun hoy notamos en ellos.

Después habló largo rato, a solas y con secreto, a un su privado, Juan Diente, diestrísimo balletero, señalándole un retrato, busto de piedra mal hecho, que con corta semejanza labró un peregrino griego.

Fué a Triana, vió las naves y maríftimos aprestos, de Santa Ana entró en la iglesia y oró brevísimo tiempo.

Comió en la torre del Oro, a las tablas jugó luego con Martín Gil de Alburquerque; a caballo dió un paseo:

y cuando el sol descendía, dejando esmaltado el cielo de rosa, morado y oro, con nubes de grana y fuego,

tornó al alcázar, vistióse sayo pardo, manto negro, tomó un birrete sin plumas y un estoque de Toledo:

y bajando a los jardines por un postigo secreto, do Juan Diente le esperaba entre murfas encubierto,

salió solo, y esto dijo con recato al balletero: «Antes de la media noche todo esté cual dicho tengo.»

Cerró el postigo por fuera, y en el laberinto ciego de las calles de Sevilla desapareció entre el pueblo.

## ROMANCE III

## La cabeza

Al tiempo que en el ocaso  
su eterna llama supulta  
el sol, y tierras y cielos  
con negras sombras se enlutan,

de la cárcel de Sevilla  
en una bóveda oscura,  
que una lámpara de cobre  
más bien asombra que alumbra,  
pasaba una extraña escena,  
de aquellas que nos angustian,  
si en horrenda pesadilla  
el sueño nos las dibuja.

Pues no semejaba cosa  
de este mundo, aunque se usan  
en él cosas harto horrendas,  
de que he presenciado muchas,  
sino cosa del infierno,  
funesta y maligna junta  
de espectros y de vampiros,  
festín horrible de furias.

En un sillón, sobre gradas,  
se ve en negras vestiduras  
al buen alcalde Cerón,  
ceño grave, faz adusta.

A su lado, en un bufete  
que más parece una tumba,  
prepara un viejo notario  
sus pergaminos y plumas.

Y de aquella estancia en medio,  
de tablas con sangre sucias  
se ve un lecho, y sus cortinas  
son cuerdas, garfios, garruchas.

En torno de él dos verdugos  
de imbécil facha y robusta,  
de un saco de cuero aprestan  
hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina,  
pues solamente se escucha  
el chispeo de la llama  
en la lámpara que ahuma

la bóveda, y de los hierros  
que los verdugos rebuscan,  
el metálico sonido  
con que se apartan y juntan.

Pronto del severo alcalde  
la voz sepulcral retumba  
diciendo: «Venga el festigo  
que ha de sufrir la tortura.»

Se abrió al instante una puerta  
por la que sale confusa  
algazara, ayes profundos  
y gemidos que espeluznan;

y luego, entre los sayones,  
esbirros y vil gentuza,  
de ademanes descompuestos  
y de feroz catadura,

una vieja miserable,  
de ropa y carne desnuda,  
como un cuerpo que las hienas  
sacan de la sepultura;

pues sólo se ve que vive  
porque flacamente lucha  
con desmayados esfuerzos,  
porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones;  
la confortan y la ayudan  
dos religiosos franciscos,  
caladas sendas capuchas;

y la algazara y estruendo  
con qué satánica turba  
lleva un precito a las llamas  
por la bóveda retumba.

Un negro bulto en silencio  
también entra en la confusa  
escena, y sin ser notado  
tras de un pilarón se oculta.

«Ven (grita un tosco verdugo  
con una risada aguda),  
ven a casarte conmigo;  
hecha está la cama, bruja.»

Otro, asiéndola los brazos  
con una mano más dura  
que unas tenazas, le dice:  
«No volarás hoy a oscuras.»

Y otro, atándola las piernas:  
«¿Y el bote con que te untas...?  
Sobre la escoba a caballo  
no has de hacer más de las tuyas.»

Estos chistes semejaban los aullidos con que aguzan la hambre los lobos, al grito de los cuervos que barruntan los ya corrompidos restos de una víctima insepulta, la mofa con que los cafres a su prisionero insultan.

Tienden en el friste lecho, ya casi, casi difunta, a la infelice; la enlazan con ásperas ligaduras, y de hierro un aparato a su diestra mano ajustan, que al impulso más pequeño martirio espantoso anuncia.

Dice un sayón al alcalde: «Ya está en jaula la lechuza y si aún a cantar se niega, yo haré que cante o que cruja.»

Silencio el alcalde impone, quédase todo en profunda quietud, y sólo gemidos casi apagados se escuchan.

«Mujer, prorrumpe Cerón, mujer, si vivir procuras, declárame cuanto viste y te dará Dios ayuda.»

—«Nada vi, nada, responde la infeliz: por Santa Justa juro que estaba durmiendo: ni vi, ni oí cosa alguna.»

Replicó el juez: «Desdichada, piensa, piensa lo que juras.» Y tomando de las manos del notario que le ayuda un candil: «Mira, prosigue, esta prenda que te acusa. Di quién la tiró a la calle, pues confesaste ser tuya.»

La mísera se estremece trémula toda y convulsa, y respondió desmayada: «El demonio fué sin duda.»

Y tras de una breve pausa: «Soy ciega, soy sorda y muda. Matadme, pues, lo repito, ni vi, ni oí cosa alguna.»

El juez, entonces de mármol, con la vara al lecho apunta, ase una cuerda un verdugo, rechina allá una garrucha; la mano de la infelice se disloca y descoyunta, y al chasquido de los huesos un alarido se junta.

«Piedad, que voy a decirlo» grita con voz moribunda la víctima, y al momento suspéndese la tortura.

—«Declara», el juez dice, y ella cobrando un vigor que asusta, prorrumpe: «El rey fué», y su lengua en la garganta se anuda.

Juez, escribano, verdugos todos con la faz difunta, oyen tal nombre, temblando, y queda la estancia muda.

En esto el desconocido, que tras del pilar se oculta, hacia el potro del tormento el firme paso apresura; haciendo sus choquezuelas, canillas y coyunturas, el ruido que los dados cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce la infeliz, y se espeluzca, y repite: «El rey; sus huesos así sonaron, no hay duda.»

Al punto se desemboza y la faz descubre adusta, y los ojos como brasas aquel personaje, a cuya presencia hincan la rodilla cuantos la bóveda ocupan, pues al rey Don Pedro todos conocen y se atribulan.

Este saca de su seno una bolsa do relumbran cien monedas de oro, y dice: «Toma y socórrete bruja.

Has dicho verdad, y sabe que el que a la justicia oculta la verdad, es reo de muerte, y cómplice de la culpa.

Pero pues tú la dijiste,  
ve en paz, el cielo te escuda.  
Yo soy, sí, quien mató al hombre,  
mas Dios sólo a mi me juzga.

Pero porque satisfecha  
quede la justicia augusta,  
ya la cabeza del reo  
allí escarmientos pronuncia.»

Y era así: ya colocada  
estaba la imagen suya  
en la esquina do la muerte  
dió a un hombre su espada aguda.

DEL CANDILEJO la calle  
desde entonces se intitula,  
y el busto del rey Don Pedro  
aun allí está, y nos asusta.

## JOSÉ DE ESPRONCEDA (1808-1842)

### CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,  
Viento en popa a toda vela,  
No corta el mar, sino vuela,  
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman  
Por su bravura el *Temido*,  
En todo mar conocido  
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,  
En la lona gime el viento,  
Y alza en blando movimiento  
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,  
Cantando alegre en la popa,  
Asia a un lado, al otro Europa,  
Y allá a su frente Stambul.

«Navega, velero mío,  
Sin temor,  
Que ni enemigo navío,  
Ni tormenta ni bonanza,  
Tu rumbo a forcer alcanza  
Ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas  
Hemos hecho  
A despecho  
Del inglés,  
Y han rendido  
Sus pendones  
Cien naciones  
A mis pies.»

*Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria la mar.*

«Allá muevan feroz guerra  
Ciegos reyes  
Por un palmo más de tierra:  
Que yo tengo aquí por mío  
Cuanto abarca el mar bravío,  
A quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa,  
Sea cualquiera,  
Ni bandera  
De esplendor,  
Que no sienta  
Mi derecho,  
Y dé pecho  
A mi valor.»

*Que es mi barco mi tesoro...*

«A la voz de «¡barco viene!»  
Es de ver  
Cómo vira y se previene  
A todo trapo escapar;  
Que yo soy el rey del mar,  
Y mi furia es de temer.

»En las presas  
Yo divido  
Lo cogido  
Por igual;  
Sólo quiero  
Por riqueza  
La belleza  
Sin rival.»

*Que es mi barco mi tesoro...*

«¡Sentenciado estoy a muerte!  
Yo me río:

No me abandone la suerte,  
Y al mismo que me condena,  
Colgaré de alguna entena,  
Quizá en su propio navío.

»Y si caigo,  
¿Qué es la vida?  
Por perdida  
Ya la di,  
Cuando el yugo  
Del esclavo,  
Como un bravo  
Sacudí.»

*Que es mi barco mi tesoro...*

«Son mi música mejor  
Aquilones:

El estrépito y temblor  
De los cables sacudidos,  
Del negro mar los bramidos  
Y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno  
Al son violento  
Y del viento  
Al rebramar,  
Yo me duermo  
Sosegado,  
Arrullado  
Por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria la mar.*

### DE «EL DIABLO MUNDO»

¡Salve, llama creadora del mundo,  
Lengua ardiente de eterno saber,  
Puro germen, principio fecundo  
Que encadenas la muerte a tus pies!

Tú la inerte materia espoleas,  
Tú la ordenas juntarse y vivir,  
Tú su lodo modelas, y creas  
Miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano  
Vencedora la muerte tal vez;  
De sus restos levanta tu mano  
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,  
Tú revistes los cielos de azul,  
Tú la luna en las sombras argentas,  
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,  
Verde pompa a los árboles das,  
Melancólica música al río,  
Ronco grito a las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,  
En los valles suspiras de amor,  
Tú murmuras del aura en las alas,  
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra  
En arroyos de hirviente metal,  
Tú abrillantas la perla que encierra  
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,  
Negro manto que agita Aquilón;

Con tu aliento los aires enciendes,  
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,  
Manantial sempiterno del bien;  
Luz del mismo Hacedor desprendida,  
Juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo  
En sus ojos impulsa a rodar,  
Sentimiento armonioso y profundo  
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan  
Incansables artífices son,  
Del espíritu ardiente cincelan  
Y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz forbellino,  
Los empujas enérgica, y van;  
Y adelante en tu rudo camino  
A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,  
Desparecen y llegan sin fin,  
Y en su eterno trabajo se alcanzan,  
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean  
En tu inmenso taller sin cesar,  
Y en la fosca materia golpean,  
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Oceano  
Flota el hombre en perpetuo vaivén,  
Y derrama abundante su mano  
La creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,  
Pon tu labio en su eterno raúdal;  
Tú serás, como el sol en Oriente,  
Tú serás, como el mundo, inmortal.

Calló la voz y el armonioso coro,  
Y el estruendo y la música siguió;  
Y repitiendo el cántico sonoro  
Turbas inmensas pasan en montón.

Sus alas lanzan luminosa estela,  
Como la nave en la serena mar,  
Y entre su viva luz la luz riela  
Más pura de la imagen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba  
Su cortejo magnífico en redor;  
Y el viento rompe cual lanzada bomba  
Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,  
Como el que vuelve en sí en el ataúd,

Con ansia, angustia y con delirio insano  
Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido,  
El alto estruendo en su estupor sintió,  
El intrépido canto hirió su oído,  
Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría  
Que vierte al corazón hielo mortal,  
Aparta con su afán en su agonía,  
Volar ansiando a la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,  
Atento, el canto animador escucha,  
De la visión de muerte se desprende,  
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,  
La luz buscando que su luz excita,  
Sienten grato calor sus miembros muertos,  
Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,  
Siente volver los juveniles bríos;  
Y ahuyentan de su frente albas serenas  
Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre  
Su cuerpo bañan y su sien circundan;  
Torrentes mil, de la argentada cumbre  
Vertiendo vida en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,  
Mecida en olas de encendido viento,  
En torno de él la tropa voladora  
Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,  
Viste su corazón la fortaleza,  
Brilla en su frente juvenil tersura,  
Negros rizos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se transparenta,  
Mirar sereno vívido y ardiente;  
Y su robusta máquina alimenta  
La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,  
Y en su vuelo le envuelve y le ilumina;  
Y a su ruina y su destino enlaza  
El destino del mundo y su ruina.

«Tú los siglos hollarás  
(Sonó la voz de la altura);  
Pasar los hombres verás,  
Del mundo la edad futura  
Como el mundo correrás.

»El sol que hoy nace en Oriente

Y que ilumina tu frente  
 Pasarán edades cien,  
 Y cual hoy resplandeciente  
 La iluminará también.  
 »El crudo invierno, sombrero,  
 Del pintado Abril las flores,  
 Las galas del bosque umbrío,  
 Los rigurosos calores  
 De los meses del estío.  
 »Pasarán, y contarás  
 Hora a hora y mes a mes,  
 Y un año y otro verás,  
 Y un siglo y otro después,  
 Sin que se acabe jamás.  
 »Y eternamente bogando  
 Y navegando confino,  
 Sin hallar descanso, andando  
 Irás siempre, caminando,  
 Sin acabar tu camino.  
 »Y los siglos girarán  
 En perpetuo movimiento,  
 Las naciones morirán,  
 Y se escuchará tu acento  
 En los siglos que vendrán.  
 »Pero si acaso algún día  
 Lloras tal vez tu orfandad,  
 Y al cielo clamas piedad  
 Y en lastimosa agonía  
 Maldices tu eternidad,  
 »Acuérdate que tú fuiste  
 El que fijó tu destino;  
 Que ser inmortal pediste  
 Y arrojarte al torbellino  
 De las edades quisiste.  
 »Y que el mundo te dará  
 Cuanto el mundo en sí contiene;  
 Que tuyo el mundo será,  
 Y ya para ti previene  
 Cuanto ha tenido y tendrá.»

En tanto, el luciente coro  
 Repitió luego el cantar,  
 Y remontándose al cielo  
 La luz plegándose va.

Entre nubes de oro y nácar  
 Que esconden a la deidad;  
 Y las voces en los aires  
 Perdidas se escuchan ya  
 Allá en lejana armonía  
 Como un eco resonar:

«Y que el mundo te dará  
Cuanto el mundo en sí contiene;  
Que tuyo el mundo será,  
Y ya para ti previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.»

Dicha es soñar cuando despierto sueña  
El corazón del hombre su esperanza,  
Su mente halaga la ilusión risueña  
Y el bien presente al venidero alcanza;  
Y tras la aérea y luminosa enseña  
Del entusiasmo, el ánimo se lanza  
Bajo un cielo de luz y de colores,  
Campos pintados de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,  
Lo que fingió tal vez la fantasía,  
Cuando embriagada en lánguido befeño  
A las regiones del placer nos guía.  
Dicha es soñar, y el riguroso ceño  
No ver jamás de la verdad impía;  
Dicha es soñar, y en el mundano ruido  
Vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño a la verdad pasa la vida,  
Sueño al principio de dorada lumbre,  
Senda de flores mil, fácil subida  
Que a un monte lleva de lozana cumbre;  
Después vereda áspera y torcida,  
Monte de insuperable pesadumbre,  
Donde cansada de una en otra breña,  
Llora la vida y lo pasado sueña.

---

## JOSÉ ZORRILLA (1817-1893)

DE «PARA VERDADES EL TIEMPO, Y PARA JUSTICIAS DIOS»

### VI

Pagada la Catalina  
De amistad tan firme y tierna,  
De tanto afán y desvelos,  
De tan rendida fineza,  
Escuchó a Juan una tarde,  
Los ojos fijos en tierra,  
Dulces palabras de amores  
De la balbuciente lengua.  
Instó un día y otro día,  
Quedó siempre sin respuesta,

Volvió a sus ruegos Juan Ruiz,  
Volvió a su silencio ella.  
Pasóse un mes y otro mes,  
Y tornó Ruiz a su tema,  
Y tornó a callar la niña  
Entre enojada y risueña.  
Mas tanto lidió el galán,  
Tanto resistió la bella,  
Que al cabo la linda viuda  
Dijo a Juan de esta manera:

«Puesto que es muerto Medina,  
 »(¡Dios en su gloria le fengal!)  
 »Y por siete años cumplidos  
 »Mi fe le he guardado entera,  
 »Y él ha visto nuestro amor  
 »Allá de la vida eterna,  
 »Os daré, Juan Ruiz, mi mano  
 »Y mi corazón con ella.  
 »Amigo de Pedro fuisteis,  
 »Y yo os debo la existencia;  
 »Con que es justo, a mi entender,  
 »Os cobréis entrambas deudas.»  
 Púsose Juan Ruiz de hinojos  
 A los pies de la doncella,  
 Y asiéndola las dos manos  
 Humildemente las besa.  
 Acordáronse las bodas,  
 Mas Catalina aconseja  
 Que sean cuando él quisiese,  
 Pero que sin ruido sean.  
 Las malas mañías o antojos  
 O tarde o nunca se dejan,  
 Y Juan en su mocedad  
 Gustó de bulla y de fiesta.  
 Así, aunque pocos, convida  
 Para que a las bodas vengan;  
 Buscó unos cuantos amigos  
 Que le alegraran la mesa,  
 Trajo vinos los mejores,  
 Y viandas las más frescas,  
 Y apuntó por hora fija  
 De noche las diez y media.  
 Gustaba Juan sobre todo  
 De cabezas de ternera,  
 Y asábalas con tal mañía  
 Que a cualquier gusto pluguieran.  
 Gozaba en esto gran nombre  
 Entre la gente plebeya,  
 De tal modo que le daban  
 El apodo de *Cabezas*.  
 Ocurrióle a media tarde  
 Darse a luz con tal destreza,  
 Y embozándose en la capa  
 Salió en busca de una de ellas.  
 Mataban aquella tarde  
 En el Rastro una becerra,  
 Compró el testuz y cubrióle  
 Asido por una oreja.  
 Volvió a doblar el embozo,

Y contento con la presa,  
 De la calle en que vivía  
 Tomó rápido la vuelta.  
 Iba Juan Ruiz con la sangre  
 Dejando en pos roja huella  
 Que marcaba su camino  
 Sobre las redondas piedras.  
 En esto entrando en su barrio,  
 Al doblar una calleja,  
 Dos ministros de justicia  
 Le pasaron muy de cerca.  
 Él siguió y pasaron ellos,  
 Advirtiéndolo con sorpresa  
 La sangre con que aquel hombre  
 El sitio que anda gotea.  
 Él siguió y tornaron ellos  
 Por sobre el rastro que deja,  
 Hasta entrar en otra calle  
 Oscura, sucia y estrecha.  
 En un rincón embutida  
 A la luz de una linterna  
 De Cristo Crucificado  
 Se ve la imagen severa.  
 Paróse Juan; los corchetes  
 Que en el mismo punto llegan,  
 Viendo que duda y vacila  
 En faz de preso le cercan.  
 «¡Fuera el embozo! gritaron:  
 Muestre a la luz lo que lleva.»  
 Volvió los ojos al Cristo  
 Juan, y helósele en las venas  
 A una memoria terrible  
 Cuanta sangre hervía en ellas.  
 «¡Fuera el embozo!» repiten,  
 Y él, acongojado, tiembla,  
 Sintiendo un cambio espantoso  
 Que pasa en su mano mesma.  
 Quiso hablar, y atropellado  
 Un ¡dejadme! balbuca.  
 Deshicieronle el embozo,  
 Y mostrando Ruiz la diestra  
 Sacó asida del cabello  
 De Medina la cabeza.  
 —«¡Acorredme, Santo Dios!»  
 Grita aterrado, y la suelta;  
 Mas la cabeza oscilando  
 Entre los dedos le queda.  
 «¡Yo le maté! clamó entonces,  
 Hoy ha siete años, por ella.»

Y sin voz ni movimiento  
Cayó desplomado en tierra.

#### CONCLUSIÓN

Y así fué: que aquella noche  
De sangrienta confusión,  
En que al ruido de una riña  
Pedro a la calle bajó.  
Con el estoque en la diestra  
Y en la siniestra el farol,  
No era en ella otro que Ruiz  
Quien llevaba lo mejor.  
Como un imán a una aguja  
Arrastra constante en pos,  
Como una serpiente a un pájaro,  
A una paloma un halcón  
Entorpecen y fascinan  
Sin que ala ni pie veloz  
Para huirle les acudan;  
A impulsos de su pasión  
Anduvo así Juan vagando  
De la fiesta en derredor.  
Y oía por las ventanas  
De danza el confuso son,  
Y vía cruzar las sombras  
Una a una, y dos a dos,  
En fantástica carrera  
Y en monótona ilusión.  
Así lloraba acosado  
De sus celos y su amor,

Cuando oyó de una pendencia  
Vivo y cercano rumor:  
Cerróse en ella a estocadas  
Tan sin acuerdo y razón,  
Que a cuantos hubo a las manos  
Adelante se llevó.  
En esto acudió Medina,  
Y Catalina al balcón  
De la suerte recelando  
Acelerada salió.  
Mas al ver cuál afanosa  
Curaba ella de otro amor,  
Cegaron a Ruiz los celos,  
El despecho le embriagó,  
Y al tiempo que alzaba Pedro  
El brazo con el farol,  
Matóle a la faz de Cristo  
Como villano a traición.  
De entonces, en los siete años,  
Después del hecho traidor,  
Ni una sola vez de miedo  
Por ante el Cristo pasó.  
Llegó la primera al cabo,  
Y en ella al cielo ocasión  
De mostrar que hay infalibles  
Tribunales sólo dos  
De irrevocable sentencia,  
Sin cotos ni apelación:  
*Para verdades el TIEMPO,*  
*Y para justicias DIOS.*

## SALMODIA

### II

Mi voz era entonces armónica y suave:  
tenía los tonos del canto del ave,  
del río y las auras el son musical;  
no había en el viento, ni agudo ni grave,  
sonido ni acento fugaz de su clave;  
ni un ruido nocturno ni un sol matinal.

Había algo en ella de todos los ecos  
que nutren del aire los cóncavos huecos,  
y nacen y espiran en él sin cesar;  
murmullo de arroyo que va entre espadañas,  
de ráfaga errante que zumba entre cañas,  
de espuma flotante que hierve en el mar;  
sentido lamento de tórtola viuda,  
rumor soñoliento de lluvia menuda,  
de seca hojarasca de viejo encinar,

de gota que en gruta filtrada gotea,  
 de esquila del alba de gárrula aldea,  
 de oculo rebaño que marcha en tropel,  
 de arrullo de amante perdida paloma,  
 de brisa sonante cargada de aroma,  
 de abeja brillante cargada de miel.

Todo esto tenía: flexible, sonora,  
 mi voz a su antojo podía imitar  
 cuanto eco que bulle, que canta o que llora  
 encierran los bosques, el viento y el mar.

Y el eco, que oía  
 mi voz, la seguía,  
 y, mansa o bravía,  
 mi voz repetía  
 contento y locuaz;  
 y al punto que unía  
 su voz con la mía,  
 veloz la extendía  
 del viento en el haz;  
 y el eco  
 en su hueco  
 vagaba,  
 corría,  
 temblaba,  
 bullía,  
 vibraba,  
 latía,  
 ondulaba,  
 crecía  
 y luchaba  
 con brava  
 porfía  
 fenaz;  
 mas débil  
 cedía  
 y flébil  
 gemía,  
 y huía,  
 y allá en, lejanía,  
 le oía  
 que lento,  
 de acento  
 incapaz,  
 se ahogaba...  
 se hundía...  
 y al fin se perdía  
 y en la aura vacía  
 moría  
 fugaz.

---

## ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ (1813-1884)

## EL TROVADOR

## De la Jornada cuarta

## ESCENA III

LOS MISMOS Y AZUCENA, *conducida por SOLDADOS  
y con las manos atadas.*

AZUC. Defendedme de esos hombres  
que sin compasión me matan...  
Defendedme.

NUÑO. Nada temas;  
nadie te ofende.

AZUC. ¿Qué causa  
he dado para que así  
me maltraten?

GUILL. ¡Desgraciada!

NUÑO. ¿A dónde ibas?

AZUC. No sé...  
por el mundo; una gitana  
por todas partes camina,  
y todo el mundo es su casa.

NUÑO. ¿No estuviste en Aragón  
nunca?

AZUC. Jamás.

JIMENO. ¡Esa cara!

NUÑO. ¿Vienes de Castilla?

AZUC. No;  
vengo, señor, de Vizcaya,  
que la luz primera vi  
en sus áridas montañas.  
Por largo tiempo he vivido  
en sus crestas elevadas,  
donde pobre y miserable  
por dichosa me juzgaba.  
Un hijo sólo tenía,  
y me dejó abandonada;  
voy por el mundo a buscarle,  
que no tengo otra esperanza.  
¡Y le quiero tanto! El es  
el consuelo mi alma,  
señor, y el único apoyo  
de mi vejez desdichada.  
¡Ay! Sí... Dejadme, por Dios,  
que a buscar a mi hijo vaya,

- y a esos hombres tan crueles  
decid que mal no me hagan.
- GUZM. Me hace sospechar, don Nuño.  
Nuño. Teme, mujer, si me engañas.  
AZUC. ¿Queréis que os lo jure?  
Nuño. No;  
mas ten cuenta que te habla  
el Conde de Luna.
- AZUC. ¡Vos! (*Sobresaltada.*)  
¿Sois vos? (¡Gran Dios!)
- JIMENO. ¡Esa cara!  
Esa turbación...
- AZUC. Dejadme...  
permitidme que me vaya...
- JIMENO. ¿Irte?... Don Nuño, prendedla.  
AZUC. Por piedad, no... ¡Qué! ¿No bastan  
los golpes de esos impíos,  
que de dolor me traspasan?  
que de dolor me traspasan?  
Nuño. Que la suelten.
- JIMENO. No, don Nuño.  
Nuño. Está loca.  
JIMENO. Esa gitana  
es la misma que a don Juan,  
vuestro hermano...
- Nuño. ¡Qué oigo!  
AZUC. ¡Calla!
- No se lo digas, cruel,  
que si lo sabe me mata.
- Nuño. Atadla bien.  
AZUC. Por favor,  
que esas cuerdas me quebrantan  
las manos... Manrique, hijo,  
ven a librarme.
- GUILL. ¿Qué habla?  
AZUC. Ven, que llevan a morir  
a tu madre.
- Nuño. ¡Tú, inhumana,  
tú fuiste!
- AZUC. No me hagáis mal,  
os lo pido arrodillada...  
Tened compasión de mí.
- Nuño. Llevadla de aquí... Apartadla  
de mi vista.
- AZUC. No fui yo;  
ved, don Nuño, que os engañan.

## ESCENA IV

LOS MISMOS, *menos AZUCENA y los SOLDADOS*

NUÑO. Tomad, don Lope, cien hombres,  
y a Zaragoza llevadla;  
vos de ella me respondéis  
con vuestra cabeza.

GUILL. ¿Marcha  
al campo?

NUÑO. Sí, a Castellar.  
¡Es hijo de una gitana!...  
¿No lo oísteis, don Guillén,  
que a Manrique demandaba?

GUILL. Sí, sf...

NUÑO. Pronto a Castellar,  
que esta tardanza me mafa...  
Yo os prometo no dejar  
una piedra en sus murallas.

## ESCENA V

*Habitación de Leonor en la torre de Castellar, con  
dos puertas laterales.*

LEONOR y RUIZ

RUIZ. ¿Qué mandarme tenéis?

LEONOR. ¿Y don Manrique?

RUIZ. Aún reposando está.

*(Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.)*

LEONOR. Duerme tranquilo,  
mientras rugiendo atroz sobre tu frente  
rueda la tempestad, mientras llorosa  
tu amante criminal tiembla azorada.  
¿Cuál es mi suerte? ¡Oh Dios! ¿Por qué tus aras  
ilusa abandoné? La paz dichosa  
que allí bajo las bóvedas sombrías  
feliz gozaba tu perjura esposa...  
¿Esposa yo de Dios? No puedo serlo;  
jamás, nunca lo fui... tengo un amante  
que me adora sin fin, y yo le adoro,  
que no puedo olvidar sólo un instante.  
Y con eternos vínculos el crimen  
a su suerte me unió... nudo funesto,  
nudo de maldición que allá en su trono  
enojado maldice un Dios terrible.

## ESCENA VI

LEONOR y MANRIQUE

- LEONOR. ¡Manrique! ¿Eres tú?  
 MANR. Sí, Leonor querida.  
 LEONOR. ¿Qué tienes?  
 MANR. Yo no sé...  
 LEONOR. ¿Por qué temblando  
 tu mano está? ¿Qué sientes?  
 MANR. Nada, nada.  
 LEONOR. En vano me lo ocultas.  
 MANR. Nada siento.  
 Estoy bueno... ¿Qué dices? ¿Que temblaba  
 mi mano?... No... ilusión... nunca he temblado.  
 ¿Ves cómo estoy tranquilo?  
 LEONOR. De otra suerte  
 me mirabas ayer... tu calma fría  
 es la horrorosa calma de la muerte.  
 ¿Pero qué causa, dime, tus pesares?  
 ¿Quieres que te lo diga?  
 MANR. Sí, lo quiero.  
 LEONOR. Ningún temor real; nada que pueda  
 hacerte a ti infeliz ni entristecerte  
 causa mi turbación... Mi madre un día  
 me contó cierta historia, triste, horrible,  
 que no puedes saber, y desde entonces  
 como un espectro me persigue eterna  
 una imagen atroz... no lo creyeras,  
 y a contártelo yo, te estremecieras.  
 LEONOR. Pero...  
 MANR. No temas, no; tan sólo ha sido  
 un sueño, una ilusión, pero horrorosa...  
 Aun sudor frío por mi frente corre.  
 Soñaba yo que en silenciosa noche,  
 cerca de la laguna que el pie besa  
 del alto Castellar, contigo estaba.  
 Todo en calma yacía; algún gemido  
 melancólico y triste  
 sólo llegaba lúgubre a mi oído.  
 Trémulo como el viento, en la laguna  
 fríste brillaba el resplandor siniestro  
 de amarillenta luna.  
 Sentado allí en su orilla y a tu lado  
 pulsaba yo el laúd, y en dulce trova  
 tu belleza y mi amor tierno cantaba,  
 y en triste melodía  
 el viento que en las aguas murmuraba,  
 mi canto y tus suspiros repetía.

Mas súbito azaroso, de las aguas  
entre el turbio vapor, cruzó luciente  
relámpago de luz que hirió un instante  
con brillo melancólico tu frente.  
Yo vi un espectro que en la opuesta orilla  
como ilusión fantástica vagaba  
con paso misterioso,  
y un quejido lanzando lastimoso  
que el nocturno silencio interrumpía,  
ya triste nos miraba,  
ya con rostro infernal se sonreía.  
De pronto el huracán cien y cien truenos  
retremblando sacude,  
y mil rayos cruzaron,  
y el suelo y las montañas  
a su estampido horrísono temblaron,  
Y envuelta en humo la feroz fantasma  
huyó, los brazos hacia mí tendiendo.  
«¡Véngame!», dijo, y se lanzó a las nubes.  
«¡Véngame!» por los aires repitiendo.  
Frío con el pavor tendí los brazos  
a donde estabas tú... tú ya no estabas,  
y sólo hallé a mi lado  
un esqueleto, y al tocarle osado  
en polvo se deshizo, que violento  
llevóse al punto retronando el viento.  
Yo desperté azorado; mi cabeza  
hecha estaba un volcán, turbios mis ojos;  
mas logro verte al fin, tierna, apacible,  
y tu sonrisa calma mis enojos.

LEONOR.

¿Y un sueño solamente  
te atemoriza así?

MANR.

No; ya no tiemblo,  
ya todo lo olvidé... Mira, esta noche  
partiremos al fin de este castillo...  
No quiero estar aquí.

LEONOR.

Temes acaso...

MANR.

Tiemblo perderte; numerosa hueste  
del rey usurpador viene a sitiarnos,  
y este castillo es débil con extremo;  
nada temo por mí, más por ti temo.

## MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS (1796-1873)

## MARCELA O ¿A CUÁL DE LOS TRES?

## Del acto segundo

## ESCENA II

## MARCELA y DON AGAPITO

- AGAPITO. Ahora, bella Marcelita,  
que no está aquí el artillero,  
y sobre mesa el coplero  
no sé si duerme o medita;  
pues sola oirme ha querido,  
colmándome de bondades,  
voy a usar de mi licencia.  
Prepare usted el oído...
- MARCELA. (Para escuchar necesidades.  
¡Paciencia!)
- AGAPITO. No es por vanidad; nací,  
señora, con tal estrella,  
que apenas hay una bella  
que no delire por mí.  
Yo las dejo suspirar,  
y prendido en otra red  
las miro con menosprecio,  
que a todas no puedo amar,  
y mi alma...
- MARCELA. Prosiga usted.  
(¡Qué necio!)
- AGAPITO. Ya prosigo. El alma mía  
sola usted ha cautivado,  
y a la de usted se ha ligado  
por secreta simpatía.  
No es dura roca Marcela,  
no es insensible diamante  
al tierno amor que me inspira.  
Sé que por mí se desvela:  
me lo prueba a cada instante...
- MARCELA. (Mentira.)  
Permítame usted...
- AGAPITO. Seré breve.  
Pero sus ojos fatales  
alientan a mis rivales,  
y esta conducta es aleve.  
Fijo yo en su corazón,  
poco me debe afligir  
algún amor transeunte.

- MARCELA. Pero, qué demostración...  
 AGAPITO. Déjeme usted concluir.  
 MARCELA. ¡Qué apunte!  
 AGAPITO. Si a solas está conmigo,  
 su sonrisa encantadora  
 me prueba... pues, como ahora,  
 (*Se ríe Marcela.*)  
 que soy su más dulce amigo;  
 mas si viene el atronado  
 de don Martín... ¡fuego en él!  
 o el mustio don Amadeo,  
 hago yo siempre a su lado  
 un ridículo papel.
- MARCELA. (Lo creo.)  
 AGAPITO. Pretendo, pues, y ya es hora,  
 que ese labio lisonjero  
 ponga fin con un *te quiero*  
 al ansia que me devora.
- (*Viene Don Amadeo; Marcela le sale al  
 encuentro y hablan aparte.*)  
 Entonces, si gloria tanta  
 que mi ventura completa  
 me disputa un temerario...  
 ¡Calla! ¡Esta es buena! Me planta  
 para hablar con el poeta.  
 ¡Canario!

---

CECILIA BOHL DE FABER («FERNÁN CABALLERO»)  
 (1796-1877)

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO

Cuento popular

Pues señores, vengamos al caso: era éste, que vivían enamorados doña Fortuna y don Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro; tras de la sogá anda el caldero; tras doña Fortuna andaba don Dinero; así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era don Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid.—Doña Fortuna era una locona, sin fe ni ley, muy *raspagona*, muy *rata*, y más ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la mujer quería mandar; pero don Dinero, que es engreído y soberbio, no estaba por ese gusto.—Señores, decía mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase había de perder su braveza; pero don Dinero es más soberbio que el mar, y no perdía sus ínfulas.

Como ambos querían ser más y mejor, y ninguno ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría más poder. «Mira, le dijo la mujer al marido, ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos a ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte.»

Convino el marido; enderezaron hacia el olivo, y allí se encamparon, él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde!—dijo don Dinero.

—Y á Usía también—contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco a su mercé sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Sí, señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto á bienes, no tengo más que un *coge y come* cuando lo hay.

—¿Y estás aquí aguardando algo?

—¡Yo aguardar!—Como no sea la noche...

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma! porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me había caído la helada y soy la *prosulta* de la desdicha, señor. Ahí nos puso un amo a labrarle un pozo á estajo; *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedís; *asina* fué el trato.

—Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refrán: dineros tomados, brazos quebrados.—Sigue, hombre.

—Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruín, yo soy un hombre, señor.

—¡Ya!—dijo don Dinero—, en eso estoy.

—Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres: hay *hombres* como son los *hombres*, hay *hombrecillos*, hay *monicacos* y hay *monicaquillos*, que no merecen ni el agua que beben.—Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por más que ahondamos, ni una gota de agua hallamos.—No parecía sino que se habían secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, al fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

—¡En las entrañas de la tierra! exclamó don Dinero indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

—No, señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de la otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las *antrispulas*, señor.

—Quiero favorecerte, amigo, dijo don Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó a correr que volaba; que la alegría le puso alas a los pies; arribó derechito a una panadería y compró pan; pero cuando fué a sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso a buscarlo, pero ¡qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Antón que le guarde.—Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia—, y se puso a echarle a su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de don Dinero se puso aún más amarilla de coraje, pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A éste le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino a una tienda en que mercó telas para echarles a la mujer y a los hijos un rocioncito de ropa encima.—Pero cuando fué a pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto sería su dueño un monedero falso, y que lo iba a delatar a la justicia.—El pobre al oír esto se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podían tostar habas en ella: tocó de suela y fué a contarle a don Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna se desternillaba de risa y a don Dinero se le iba subiendo la mostaza a las narices.—Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, o he de poder poco.

El pobre se fué tan enajenado, que no vió hasta que se dió de narices con ellos a unos ladrones, que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacía la mamola a su marido, y éste estaba más corrido que una mona.—Ahora me toca a mí, le dijo, y hemos de ver quién puede más, las faldas o los calzones.

Acercóse entonces al pobre, que se había tirado al suelo, y se arrancaba los cabellos; y sopló sobre él. Al punto se halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos a comprarles pan a mis hijos, que ha tres días que andan a medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una *paterna*.

Al pasar frente de la tienda en la que había mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él;—que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado a entrar allá, el contraste le había asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que no le faltaba:—que ahí la tenía, y además toda la ropa que había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.—El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la guardia civil traían presos a los ladrones que le

habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre ese dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien habían ahondado tres varas, cuando se hallaron un filón de oro, otro de plata, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dirigieron *Don*, luego *Usta*, y luego *Excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna a su marido amilanado y metido en un zapato, y ella más casquivana, más desatinada que nunca. Sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen fun fun, a tontas y locas, a ojo de buen cubero, a la buena de Dios, a cara y cruz, a manera de palo de ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

## RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

(«EL CURIOSO PARLANTE») (1803-1882)

### LA CALLE DE TOLEDO

«Como aquí de provincias tan distantes concurren, o por gracia o por justicia, diversas lenguas, trajes y semblantes; »Necesidad, favor, celo, codicia, forman tumulto, confusión y prisa tal, que dirás que el orbe se desquicia.»

*B. de Argensola.*

Pocos días ha tuve que salir a recibir a un pariente que viene a Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé a la gran puente que presta paso y comunicación al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazán, sino la compasada galera en que debía venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de *los Angeles* acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho más hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verifícolo al fin, vióme mi primo, saltó del incómodo camaranchón, y *pián pián* enderezamos hacia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondañas de los zagales.

—Y bien, primo mío, ¿qué te parece el aspecto de Madrid?

—Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que es *la perla del dezierto*; y oyez, y tuvieron rasón zus fundadores en zituarle sobre alturas, por-que zinó, con ezte río, adonde vamo-ha-paral...

—Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí éste, que si no es gran puente, por lo menos es un puente grande.

—Zin duda, y aun por ezo he leído yo en un libraco viejo unaz coplilaz que disen...

Fuérame yo por la puente  
Que lo es sin encantamiento,  
En diciembre, de Madrid,  
Y en verano, de *Ríoseco*;  
La que haciéndose ojos toda  
Por ver su amante pigmeo,  
Se queja dél porque ingrato  
Le da con arena en ellos,  
La que...

¿Acabarás con tu pintura?—Rasón tienez; punto y coma y a otra coza, que ze hase tarde y habremoz de detennoz en la puerta.—Y con efecto fué así, porque llegando a ésta, y mientras se verificaba la operación del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien fonto, aunque una buena dosis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; además es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condición harto esencial, y en Madrid más que en otra parte. Hecha esta prevención acerca de su carácter, no se extrañará que yo desease conocer el efecto que le producían las rápidas escenas que pasaban a nuestra vista, para lo cual, y excitarle a hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera.

—Vas a entrar en Madrid (le dije) por el cuartel más populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el más elegante, sino aquel en que la corte se manifiesta como madre común, en cuya seno vienen a encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel, en fin, en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura*.

—Punto ez ezte, dijo mi primo, para observarle zentados; aprovechemos ezte poyito.

No bien lo habíamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. El iba, venía a todos lados, retozaba con los demás, blandía su vara, ceñía y desceñía su faja, aguijaba las mulas, contestaba a las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducía en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversación con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traían a Madrid; y muy luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que vendería por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata; y trasladarse después a una plazuela para regir durante el otoño un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco después llegaron unos cuantos, que por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de extremeños;

que conducían las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan a la cotidiana olla española. De éstos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos que parecían uno mismo aunque en distintas edades; eran padre, hijo y nieto, y traían a éste por primera vez a la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género, y demás, concluyendo con una disertación choricera capaz de excitar al más inapetente.

Aun no se había acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasión de jumentillos alegres y vivarachos que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual: traían cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie a tierra, y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, expresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traían todos tremendas patillas, su pañuelo en la cabeza y encima la graciosa monterilla; las varas a la espalda y atravesadas en el cinto. Empezaron luego a contar sus pellejos, mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decía veinte, ellos sacaban diecinueve, y volviendo a contar sólo resultaban diecisiete; por último, se fijaron en dieciocho, pagaron su cuota y echaron a correr.

Otro carromato.—¿De dónde?—De Murcia y Cartagena.—¿Carga?—Naranjas y granadas.—Al menos es cosa de sustancia.—Ahora van ustedes a probar que la tienen.

—A aun lao, zeñorez (exclamó mi primo levántandose), a un lafo por amor de Dío, que viene aquí la gente.—Y decíalo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos jinetes encima.

—A la paz de Dios, caballeroz; saludó con voz aguardentosa un viejo, que al parecer hacía de amo de los demás.

—Toque esos sinco, paizano—dijo mi primo sin poderse contener—«de qué parte del paraizo?»

—De Jaén, replicó con un ronquido el viejo.

—Buena tierra zi no estuviera tan serca de Caztiya.

—Máz serca ezta del sielo.

—Como que tiene la cara de Dios.

—Y como que zi; pero dejando ezto ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose a mí) de dónde han traído ezta puelta? porque, o me engañan miz vizualéz, o no ezta ba añoz atraz cuando yo ezteve en ezte lugar.

—Así es la verdad, le contesté; porque hace pocos años que se sustituyó este monumento a las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte a la capital.

—Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mesquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversación, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con las del viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habíamos visto en la puerta, los cuales salían de una posada inmediata

para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los dieciocho pagados en la puerta, nos persuadimos de que habían tratado de imitar el milagro de las bodas de Canaán.

Diverfamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan a aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías, tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar a mi primo que la afición al vino debe ser común a todas las provincias. Yo sólo le contesté que son ochocientas dieciséis las tabernas que hay en Madrid. Engolfados en nuestra conversación tropezábamos, cuándo con un corro de mujeres cosiendo al sol, cuándo con un par de mozos durmiendo a la sombra; muchachos que corren; asturianos que relozan; carreteros que descargan a las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aquí una disputa de castañeras; allá una prisión de rateros; por este lado un relevo de guardia; por el otro un entierro solemne...

*Favor a la justicia.—Agur, camará.—Requiem æternam.—Puéya... ¡el demonio del usía!—Caballero, una calesa.—Vaya usted con Dios, prenda.—Chas... a un lado, la diligencia de Carabanchel.—Aceituna bué...—Señores, por el amor de Dios.—Riá... tomá... so... o... o... Generala... Coronela.—Perdone usted, caballero.—No hay de qué...*

Con estas y otras voces, la continua confusión y demás, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle a encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

—¿Qué haces ahí parado?—le pregunté con algún ceño.

—Qué he de haser, hombre; estoy recordando todo el Buffon a ver zi zaco en limpio qué animalejo ez eze que eztá ahí ensima.—Majadero, ¿no conoces que es un león?...—Como no lo dice el letrado...—Vamos, vamos.

*«Parador de Cádiz.»—«Aquí se sacan muelas a gusto de los parroquianos.»—«Se guisa de comer por un tanto diario todos los días.»—«Memoria-lista, se echan cuentas en todas las lenguas.»—«Aquí se venden hábitos para difuntos completos.»—«Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.»—«Aquí se venden sombreros para niños de paja.»*

—¿Qué demonios estás diciendo?—Leo las mueztras, contestó mi primo.—Vaya, déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio...—Pacito, primo, que tengo buen humor, y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñes la horca antes que el lugar.

Tremendos cartelones.—Teatro del Príncipe.—*El Castillo de Stao-nins-Coyz o los siete crímenes.*—Cruz.—*Los asesinos elegantes.*—Sartén.—*Horror y desesperación*, drama melo-mimo-lóbrego.—Oyez, primo, y ze entretienen los zeñores madrileños con estaz lindesaz?—Qué quieres, ¡el gusto del siglo!...—Pue hemoz llegao a un ziglo divertfo.

Soberbia perspectiva hase eza iglesia.—Como que es la principal de la corte y dedicada a su santo patrono.—Póngaze en primer lugar en mi libro para visitarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos a lo lejos una calesa con la cubierta echada atrás y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes a la capital del orbe pasaron más orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados, que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venían echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí de la turbación de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas:

—Oiga, señor visión (le dijo), déjenos el paso franco.

—¿Adónde van las reinas?

—A perderle de vista.

—Si nesesitazen un hombre al eztribo...

—¿Y son así los hombres en su tierra? Jesús, ¡qué miedo!

—Y qué, ¿no me han de dar un poco de naranja?

—Tome el rocín venido.

Y le dirigieron a las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mía por no irritar al pobre mozo, a quien no me parecía había gustado el lance; pero me propuse echarle después un buen sermón. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habíamos visto y oído; él para aprovecharse de ello, y yo para contarle aquí.

## MARIANO JOSÉ DE LARRA («FIGARO») (1809-1837)

### A CADA PASO UN ACASO o EL CABALLERO

#### Comedia del célebre Moreto, refundida y puesta en cinco actos

Antes de hablar del *Caballero*, una de las más ingeniosas composiciones de Moreto, citaríamos de buena gana ante el tribunal de la crítica al refundidor para preguntarle qué derecho cree tener para apoderarse de la primera comedia antigua que se le presenta y para adherirse, como planta parásita, a la gloria de un autor difunto. Preguntaríamos a estos *arrimones* literarios que refunden trabajos ajenos si quieren hacer las comedias de Moreto, Tirso, etc., o si quieren hacer las suyas. Ya nos figuramos que bajo la máscara del anónimo se esconderá algún literato famoso, profundo conocedor del teatro antiguo y moderno, poeta si los hay, entendido en la lengua y en las costumbres de la época y lindo versificador; ya hemos echado de ver todas esas raras cualidades en la refundición que de *El Caballero* hemos visto. Si refundir es hacer bajar y subir los telones en otros pasajes de la acción diversos de aquellos en

que Moreto creyó subdividir su intriga; si consiste en añadir algunas trivialidades a las que desgraciadamente puede encerrar el original, haciendo desaparecer de paso algunas de sus bellezas; si consiste en decir *cinco actos*, en vez de *tres jornadas*; si estriba en estropear la versificación haciendo consonar *trato* con *cinco* y *cuarto*, entonces esta refundición es de las más completas que en estos teatros hemos visto; y en ese caso confesaremos que Moreto no tiene más defecto que no haber alcanzado a conocer a su refundidor por la desgraciada casualidad de haber nacido algunos centenares de años antes que él; casualidad en que anduvo algo torpe el señor Moreto, porque a haber adivinado nuestros antiguos maestros la existencia de sus refundidores, o hubieran dejado el nacer para más tarde o el escribir para los comedidos *enmiendaplanas* que el ilustrado siglo xix les va entre drama y drama depa-  
rando.

*El Caballero* es, por lo demás, linda comedia; un carácter verdaderamente caballeresco, diestramente colocado en las situaciones más cómicas que podían prestar lucimiento a la idea del poeta, es su mérito principal; participa de todas las bellezas de que era capaz Moreto y de los defectos de su tiempo; no es el gracioso de los más felices, sobre todo en las primeras escenas, y aún se nota en él alguna inconsecuencia de carácter, hija del descuido con que se escribían estos papeles, destinados desde luego a excitar la risa del vulgo y nada más, a pesar de la verosimilitud y de las conveniencias teatrales: hay escondidos, tapadas y no pocos acuchillamientos, medios disculpables en nuestros poetas antiguos, en atención a que eran las costumbres del tiempo, más o menos exageradas. Hay rasgos cómicos admirables, y entre ellos citaremos la escena de Manzano con don Lope, en que, apurado aquél por las preguntas rápidas de éste, concluye con decirle:

pues deme una cuchillada  
y no me pregunte tanto.

Es de un efecto asombroso la escena del caballero y doña Ana en el cuarto acto, y perfectamente dialogada: la naturalidad y viveza con que la han representado la señora Antera Baus y Luna ha contribuído no poco a darle singular realce.

El desenlace es rapidísimo y está hecho como en las más de las comedias antiguas, en que parece, por lo general, que el poeta, fatigado de la complicación larguísima de su propio enredo, atropella las dificultades y corta más bien que desata. Acaso bajo la pluma del refundidor habrá desaparecido alguna circunstancia que lo hiciese más suave en el original.

Aconsejamos, por lo demás, al refundidor que siga refundiendo cuanto tope, porque lo hace a las mil maravillas: y aun le aconsejaríamos de buena gana que comenzase por refundir sus propios versos, que a la legua se distinguen de los de Moreto, entre los cuales deben estar en gran manera asombrados de hallarse en tan alta sociedad. Y aun si no quiere que la sombra irritada de Moreto le persiga doquiera, despierto y dormido, en su casa y en la calle, en público y en secreto, como el remordimiento sigue al culpable, bueno será que, ya que refunda,

imite aquellas refundiciones que hemos visto bien hechas alguna vez, entre las cuales le citaríamos algunas del señor Solís, ya que parece preciso que haya refundidores y que tengan todos derecho a no respetar las obras maestras, defectuosas o no, de nuestros célebres poetas.

---

## MODESTO LAFUENTE (1806-1866)

### HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

#### De la parte II, lib. IV, cap. IX.

Deseaba mucho Colón volver a encontrar la Española, y saber los progresos que había hecho la colonia del fuerte de Navidad que allí había dejado en su primer viaje. Al efecto navegó costeando al Noroeste de la Guadalupe. Sin empeñarse en ensanchar sus descubrimientos, fué poniendo nombres a las islas que en aquel hermoso archipiélago al paso se le aparecían, como *Montserrat*, *Santa María la Redonda*, *Santa María de la Antigua*, *San Martín*, *Santa Cruz* y otras. Aquí sostuvieron los nuestros un combate con una canoa de feroces caribes, armados de arcos y flechas envenenadas. Las mujeres peleaban lo mismo que los hombres. El aspecto de aquellos salvajes era fiero y horrible, y los colores con que se pintaban la circunferencia de los ojos daban a sus rostros una expresión siniestra y repugnante. Vencidos, prisioneros y atados por los españoles, conservaban aquellos salvajes una impavidez imponente. Una carabela enviada por Colón hacia unas islas que se divisaban, volvió diciendo que se descubrían al parecer más de cincuenta. A la mayor del grupo le puso Colón *Santa Ursula*, y a las otras *Las Once mil vírgenes*. Dejando su reconocimiento para otra ocasión, continuó su rumbo hasta llegar a una isla grande, revestida de hermosas florestas y circundada de muy seguros puertos. Era la patria de los cautivos hechos por los caribes que se habían refugiado a los buques, y casi siempre estaban con ellos en lucha. Gobernábalos un cacique, que vivía en una casa grande y regularmente construída, pero todo estaba desierto, porque los naturales habían huido a los bosques al divisar la escuadra. Daban ellos a su isla el nombre de *Boriquen*: el almirante la llamó *San Juan Bautista*, y es la que hoy se denomina *Puerto-Rico*.

A los dos días de estancia en aquella isla, y acabando así el crucero por entre las Caribes, dióse de nuevo a la vela la escuadra, y el 22 de noviembre arribó a otra isla, que desde luego se reconoció ser el extremo oriental de Haití o la Española, que con tanta ansiedad buscaba el almirante. Sin hacer mucho caso a algunos indios de aquel país de agradables recuerdos, que se presentaron a convidarle de parte de uno de los caciques a ir a tierra ofreciéndole mucho oro, continuó su rumbo con la impaciencia de encontrar el puerto de la Navidad, a cuyo frente llegó al anochecer del 27. Aquí comenzaron las halagüeñas esperanzas de Colón y las doradas ilusiones de los expedicionarios a convertirse en tristes y

fatídicos presentimientos. Los cañonazos que aquella noche dispararon desde el buque, no fueron contestados por la colonia que había quedado en la fortaleza. Ni se veía luz en la costa, ni se percibía ruido, ni se advertía señal alguna de vida; todo era silencio y oscuridad. ¿Qué se habría hecho la gente del fuerte? Cruelles sospechas empezaron a agitar el ánimo de Colón y de todos los españoles. Las noticias vagas que por algunos indios adquirieron al día siguiente no hacían sino aumentar su perplejidad y su amargura. Un bote que envió a reconocer la silenciosa y solitaria costa, que creyó encontrar rebosando de animación y de alegre bullicio, volvió con la nueva fatal de no haber hallado sino ruinas y huellas de incendio en el fuerte, y a su inmediación cajones y utensilios rotos y girones de vestidos europeos. Más y más alarmado Colón, saltó él mismo a tierra. En su afanoso reconocimiento halló las mismas señales, con más diez o doce cadáveres semienterrados, que por algunos retazos de ropa que aun se descubrían mostraban haber sido españoles. ¿Habían perecido los treinta y ocho infelices que Colón dejó allí en su primer viaje para que recogieran y almacenaran el oro de la isla, y civilizaran a los indios, y los hicieran amigos y los enseñaran su lengua aprendiendo ellos la suya? Tiempo es ya de que sepamos la historia de aquella primera colonia europea en las regiones del Nuevo Mundo.

Gente la mayor parte indócil, turbulenta y soez la que había dejado allí Colón, como casi toda la que había llevado la vez primera, tan pronto como se vió sin el freno de la presencia del almirante, olvidó sus prevenciones y consejos, menospreció la autoridad de Diego de Arana su lugarteniente, comenzó a cometer todo género de desórdenes y malos tratamientos con los indios; cada cual pensó en satisfacer su avaricia y su sensualidad; a pesar de haber dado el cacique Guacanagari dos mujeres a cada uno, no estaban libres de sus brutales pasiones las mujeres ni las hijas de los isleños, como no estaban seguros de su rapacidad sus adornos; y los infelices indios que se veían maltratados y despojados, no acertaban a comprender cómo unos hombres a quienes habían creído bajados del cielo, se entregaban a tales excesos y demasías. Perdida y relajada entre ellos la disciplina, ansiando llenar cada cual de por sí su cofre de oro, dividiéronse en facciones, abandonaron los más de ellos el fuerte, incluso los otros dos jefes Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo, que con una partida de diez hombres y algunas mujeres se internaron la isla adelante en busca del oro de las ponderadas montañas de Cibao. Dominaba allí el cacique Caonabo, que quiere decir *Señor de la casa de oro*, caribe de nacimiento, tan feroz como valiente, que aprovechando la ocasión de vengarse de aquellos extranjeros que iban a apoderarse de sus riquezas, armó secretamente a sus súbditos, y cayendo de improviso sobre los españoles, los degolló a todos. Seguidamente, concertado con el cacique de Marión o Maireni, atravesó silenciosamente las montañas, sorprendió el fuerte de los cristianos, donde sólo había quedado Arana con otros diez hombres, y casi todos fueron horriblemente despedazados, y los pocos que huyeron al mar perecieron en él. El buen Guacanagari peleó con sus súbditos en defensa de los españoles, pero derrotados por sus salvajes vecinos, herido él mismo en una

pierna de una pedrada lanzada por el feroz Caonabo, presencié la muerte de muchos de los suyos, y su misma residencia fué incendiada y destruída. Tal es la trágica historia del primer establecimiento europeo que hubo en el Nuevo Mundo.

---

## RAMÓN DE CAMPOAMOR (1817-1901)

### DE «EL TREN EXPRESO»

#### I

Habiéndome robado el albedrío  
 Un amor tan infausto como el mío,  
 Ya recobrados la quietud y el seso,  
 Volvía de París en tren expreso:  
 Y cuando estaba ajeno de cuidado  
 Como un pobre viajero fatigado,  
 Para pasar bien cómodo la noche  
 Muellemente acostado,  
 Al arrancar el tren subió a mi coche,  
 Seguida de una anciana,  
 Una joven hermosa,  
 Alta, rubia, delgada y muy graciosa,  
 Digna de ser morena y sevillana.

#### II

Luego, a una voz de mando,  
 Por algún héroe de las artes dada,  
 Empezó el tren a trepidar, andando  
 Con un trajín de fiera encadenada.  
 Al dejar la estación, lanzó un gemido  
 La máquina que libre se veía,  
 Y corriendo al principio solapada,  
 Cual la sierpe que sale de su nido,  
 Ya al claro resplendor de las estrellas,  
 Por los campos, rugiendo, parecía  
 Un león con melena de centellas.

#### III

Cuando miraba atento  
 Aquel tren que corría como el viento,  
 Con sonrisa impregnada de amargura  
 Me preguntó la joven con dulzura:  
 —¿Sois español?—y a su armonioso acento,  
 Tan armonioso y puro, que aun ahora  
 El recordarlo sólo me embelesa,  
 —Soy español—le dije—, ¿y vos, señora?  
 —Yo—dijo—, soy francesa.

—Podéis—la repliqué—, con arrogancia  
 La hermosura alabar de vuestro suelo,  
 Pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia  
 Un país tan hermoso como el cielo.  
 —Verdad que es el país de mis amores  
 El país del ingenio y de la guerra;  
 Pero en cambio—me dijo—, es vuestra tierra  
 La patria del honor y de las flores;  
 No os podéis figurar cuánto me extraña  
 Que al ver sus resplandores,  
 El sol de vuestra España  
 No tenga, como el de Asia, adoradores.—  
 Y después de halagarnos obsequiosos  
 Del patrio amor el puro sentimiento,  
 Entrambos nos quedamos silenciosos  
 Como heridos de un mismo pensamiento.

## DOLORAS

### Las dos grandezas

Uno altivo, otro sin ley,  
 Así dos hablando están:  
 —Yo soy Alejandro el rey.  
 —Y yo Diógenes el can.  
 —Vengo a hacerte más honrada  
 Tu vida de caracol.  
 ¿Qué quieres de mí?—Yo, nada,  
 Que no me quites el sol.  
 —Mi poder...—Es asombroso,  
 Pero a mí nada me asombra.  
 —Yo puedo hacerte dichoso.  
 —Lo sé, no haciéndome sombra.  
 Tendrás riquezas sin tasa,  
 Un palacio y un dosel.  
 —¿Y para qué quiero casa  
 más grande que este tonel?  
 —Mantos reales gastarás  
 De oro y seda.—¡Nada, nada!  
 ¿No ves que me abriga más  
 Esta capa remendada?  
 —Ricos manjares devoro.  
 —Yo con pan duro me allano.  
 —Bebo el Chipre en copas de oro.  
 —Yo bebo el agua en la mano,  
 —Mandaré cuanto tú mandes.  
 —¡Vanidad de cosas vanas!  
 ¿Y a unas miserias tan grandes  
 Las llamáis dichas humanas?

—Mi poder a cuantos gimen  
 Va con gloria a socorrer.  
 —¡La gloria! capa del crimen;  
 Crimen sin capa ¡el poder!  
 —Toda la tierra, iracundo,  
 Tengo postrada ante mí.  
 —¿Y eres el dueño del mundo  
 No siendo dueño de ti?  
 —Yo sé que, del orbe dueño,  
 Seré del mundo el dichoso.  
 —Yo sé que tu último sueño  
 Será tu primer reposo.  
 —Yo impongo a mi arbitrio leyes.  
 —¿Tanto de injusto blasonas?  
 —Llevo vencidos cien reyes.  
 —¡Buen bandido de coronas!  
 —Vivir podré aborrecido,  
 Mas no moriré olvidado.  
 —Viviré desconocido,  
 Mas nunca moriré odiado.  
 —¡Adiós! pues romper no puedo  
 De tu cinismo el crisol.  
 —¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,  
 Pues no me quitas el sol!—  
 Y al partir, con mutuo agravio,  
 Uno altivo, otro implacable,  
 —¡Miserable! dice el sabio;  
 Y el rey dice: ¡Miserable!

**Sufrir es vivir**

Maldiciendo mi dolor,  
A Dios clamé de esta suerte:  
—Haced que el tiempo, Señor,  
Venga a arrancarme este amor  
Que me está dando la muerte.

Mis súplicas escuchando,  
Su interminable camino  
De orden de Dios acortando,  
Corriendo, o más bien, volando,  
Como siempre el tiempo vino.

Y—voy tu mal a curar—  
Dijo: y cuando el bien que adoro  
Me fué del pecho a arrancar,

Me entró uu afán de llorar  
Que aun, de recordarlo lloro.

Temiendo por mi pasión  
Penas sufrí tan extrañas,  
Que aprendió mi corazón  
Que una misma cosa son  
Mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,  
Gritó mi alma arrepentida:  
—Decid al tiempo, Señor,  
Que no me arranque este amor,  
Que es arrancarme la vida.

**HUMORADAS**

¿Es sueño o realidad lo que he vivido?  
No lo sé; pues yo que hablo, no estoy cierto  
sí, al juzgarme despierto, estoy dormido,  
o al creerme dormido estoy despierto.

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido  
que me hará enloquecer:  
escúchale... más cerca... así... al oído...  
«Aunque soy ya tan viejo, has de saber...»

Merced a tus encantos sobrehumanos  
no pueden retratarte los pintores,  
porque, al ver de tu cara los primores,  
el pincel se les cae de las manos.

Conforme el hombre avanza  
de la vida en el áspero camino,  
lleva siempre a su lado la esperanza,  
mas tiene siempre enfrente a su destino.

Con tal que yo lo crea,  
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

Cual la hormiga juntamos el dinero  
y luego... esparce Dios el hormiguero.

Pocas veces te vi, pero no olvido  
que yo te amé como no amó Macías,

y que fué la pasión que te he tenido  
un amor inmortal de cuatro días.

—  
¿Pues no quiere que crea  
que vió en Valencia una hortelana fea?

—  
A un tiempo nos deleita y nos maltrata  
la preciosa Angelita,  
pues es mujer que, si nos mira, mata,  
y, si vuelve a mirar, nos resucita.

—  
¿Cómo quieres que vaya  
a que en la orilla de la mar te vea,  
si borró nuestros nombres la marea  
escritos en la arena de la playa?

—  
Aunque eres la peor de las mujeres,  
no se dice en un mes lo buena que eres.

—  
¡Sufre! ¡Sufre! ¡Traidora que abomino!  
Tu vida al lado de él es un camino  
que conduce al infierno.  
¡Ya ves que muchas veces el destino  
adelanta los juicios del Eterno!

—  
Al salir a la calle las ideas  
son del incendio popular las teas.

—  
El hombre que domina su destino,  
sin complacencia alguna,  
si la encuentra dormida en el camino  
despierta a puntapiés a la fortuna.

—  
¡Huid, maldito enjambre  
de ideas locas que mi frente esconde,  
pues, como dice Franklin no sé dónde  
«quien vive de esperanzas, muere de hambre.»

—  
¡Oh, grandes de la historia!  
¡Qué importan vuestras dudas y las mías  
si, después de unos días,  
no quedará del mundo ni memoria!

---

## VENTURA RUIZ AGUILERA (1820-1881)

## CANTARES

La guitarra que yo toco  
siente como una persona:  
unas veces canta y ríe,  
otras veces gime y llora.

Tus ojos copian el día:  
¿los entornas?... amanece;  
¿los abres?... el sol deslumbra;  
¿los cierras?... la noche viene,

El que a los pobres se baje  
no baja su condición,  
pues la pobreza la quiso  
el mismo Dios, con ser Dios.

En la cárcel de mi pueblo  
como en el mundo sucede:  
ni debe todo el que paga  
ni paga todo el que debe.

Salerito, resalero,  
que sal derramando vas:  
¿cómo derramando tanta  
no se te acaba la sal?

Ningún sabio satisface  
esta duda que me hiere:  
¿es el que muere el que nace,  
o es el que nace el que muere?

Las hilanderas, madre,  
sus copos hilan;

lo mismo hilando el tiempo  
va nuestras vidas.

Por ella lo perdí todo;  
sólo me dejó su olvido  
lágrimas para llorarlo,  
corazón para sentirlo.

Quise y tú no quisiste;  
quieres, y digo:  
«tierra que otro ha segado  
yo no la espigo.»

Vientecito que al valle  
del monte vienes...  
¡pasa, pasa despacio,  
que mi amor duerme!

Entro en mí mismo y tiemblo,  
tiemblo y me turbo,  
al ver que es sólo el alma  
luz de un sepulcro.

Eres fuego, y me hielas;  
miel, y me amargas;  
luz, y a oscuras me tienes;  
vida, y me matas.

No vayas, paloma mía,  
no vayas, paloma, al bosque;  
mira que andan gavilanes,  
mira que andan cazadores.

## LUIS DE EGUILAZ (1830-1874)

## LA PERLA DEL BUEN-RETIRO

## BALADA

Palacio del Buen-Retiro,  
palacio del rey-poeta,  
una niña te pregunta,  
palacio galán, contesta.

¿De aquella corte  
quién fué la perla?  
El murmullo de un arroyo  
que un sauce besa,  
como un suspiro  
lejano suena:

—«¡Reina inocentel  
¡Pobre Isabelal  
Encantada está en mis aguas,  
es una perla  
que flota entre las flores  
de mi ribera.  
Ama a Felipe,  
él la desdenea.  
¡A ella tan linda!  
¡A ella tan buena,  
que era la musa  
de los poetas!  
¡Conde-Duque de Olivares,  
maldito seas!  
¡Tú separas del olmo la débil yedra!»  
Niñas hermosas,  
lindas doncellas  
las que oís serenatas  
tras de las rejas.  
Si algún galán os dice  
«¡cuánto sois bellas!»,  
confestad desdeñosas  
«quién os creyera.»  
No deis el alma  
como Isabela,  
que es gran encantamiento  
querer de veras.

---

## GUSTAVO A. BECQUER (1836-1870)

### RIMAS

Los invisibles átomos del aire  
En derredor palpitan y se inflaman;  
El cielo se deshace en rayos de oro;  
La tierra se estremece alborozada;  
Oigo flotando en olas de armonía  
Rumor de besos y batir de alas;  
Mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?  
—¡Es el amor que pasa!

---

Volverán las oscuras golondrinas  
 En tu balcón sus nidos á colgar,  
 Y otra vez con el ala á sus cristales  
     Jugando llamarán;  
 Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
 Tu hermosura y mi dicha al contemplar,  
 Aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
     Esas... ¡no volverán!  
 Volverán las tupidas madresevas  
 De tu jardín las tapias á escalar,  
 Y otra vez á la tarde, aún más hermosas,  
     Sus flores se abrirán;  
 Pero aquéllas, cuajadas de rocío,  
 Cuyas gotas mirábamos temblar  
 Y caer como lágrimas del día...  
     Esas... ¡no volverán!  
 Volverán del amor en tus oídos  
 Las palabras ardientes á sonar;  
 Tu corazón de su profundo sueño  
     Tal vez despertará;  
 Pero mudo y absorto y de rodillas,  
 Como se adora á Dios ante su altar,  
 Como yo te he querido... desengáñate,  
     ¡Así no te querrán!

Cerraron sus ojos  
 Que aún tenía abiertos;  
 Taparon su cara  
 Con un blanco lienzo;  
 Y unos sollozando,  
 Otros en silencio,  
 De la triste alcoba  
 Todos se salieron.  
 La luz, que en un vaso  
 Ardía en el suelo,  
 Al muro arrojaba  
 Las sombras del lecho;  
 Y entre aquella sombra  
 Véfase á intervalos,  
 Dibujarse rígida  
 La forma del cuerpo.  
 Despertaba el día,  
 Y á su albor primero  
 Con sus mil ruidos  
 Despertaba el pueblo.  
 Ante aquel contraste  
 De vida y misterios,

De luz y tinieblas,  
 Medité un momento:  
*«¡Dios mío, qué solos  
 Se quedan los muertos!»*  
 De la casa en hombros  
 Lleváronla al templo,  
 Y en una capilla  
 Dejaron el féretro;  
 Allí rodearon  
 Sus pálidos restos  
 De amarillas velas  
 Y de paños negros.  
 Al dar de las ánimas  
 El toque postrero,  
 Acabó una vieja  
 Sus últimos rezos:  
 Cruzó la ancha nave,  
 Las puertas gimieron,  
 Y el santo recinto  
 Quedóse desierto.  
 De un reloj se oía  
 Compasado el péndulo,

Y de algunos cirios  
 El chisporroteo.  
 Tan medroso y triste,  
 Tan oscuro y yerto  
 Todo se encontraba...  
 Que pensé un momento:  
 «¡Dios mío, qué solos  
 Se quedan los muertos!»

De la alta campana  
 La lengua de hierro,  
 Le dió, volteando,  
 Su adiós lastimero.  
 El luto en las ropas,  
 Amigos y deudos  
 Cruzaron en fila,  
 Formando el cortejo.

Del último asilo,  
 Oscuro y estrecho,  
 Abrió la piqueta  
 El nicho á un extremo.  
 Allí la acostaron,  
 Tapiáronle luego,  
 Y con un saludo  
 Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,  
 El sepulturero  
 Cantando entre dientes  
 Se perdió á lo lejos.  
 La noche se entraba,  
 Reinaba el silencio.  
 Perdido en las sombras,

Medité un momento:  
 «¡Dios mío, qué solos  
 Se quedan los muertos!»

En las largas noches  
 Del helado invierno,  
 Cuando las maderas  
 Crujir hace el viento,  
 Y azota los vidrios  
 El fuerte aguacero,  
 De la pobre niña  
 A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
 Con un son eterno;  
 Allí la combate  
 El soplo del cierzo.  
 Del húmedo muro  
 Tendida en el hueco,  
 Acaso de frío  
 Se hielan sus huesos!...

.....  
 ¿Vuelve el polvo al polvo?  
 ¿Vuela el alma al cielo?  
 ¿Todo es vil materia,  
 Podredumbre y cieno?  
 No sé; pero hay algo  
 Que explicar no puedo,  
 Que al par nos infunde  
 Repugnancia y duelo,  
 Al dejar tan tristes,  
 Tan solos los muertos.

---

## GASPAR NÚÑEZ DE ARCE (1832-1903)

### DEL POEMA «LA PESCA»

#### CXXIII

Miguel desde la popa de su barca,  
 con la mirada abarca  
 el golfo en que indolente se aventura.  
 Está á sus pies sumiso y reposado  
 como león cansado,  
 y la atmósfera azul, diáfana y pura.

## CXXIV

Lánguida brisa, replegando el ala,  
mansamente resbala  
sin conmover el piélagos sereno,  
semejante al aliento tibio y leve,  
que apenas alza y mueve  
de una virgen dormida el casto seno.

## CXXV

El barco, al apartarse de la playa,  
rápidamente raya  
las claras ondas con su blanca estela,  
y al avanzar con suave balanceo,  
parece que el deseo  
va impaciente sirviéndole de vela.

## CXXVI

Del tiempo, más que del trabajo, avara,  
la gente se prepara,  
el remo suelta, y su esperanza funda  
en la corriente azul del Oceano,  
como el dolor humano,  
amarga, sí, pero también fecunda.

## CXXVII

Tres veces por el ámbito marino  
con provechoso tino  
tiende la fuerte red, y las tres veces  
al recogerla, abrigantó su trama  
la refulgente escama  
que en vívido montón lucen los peces.

## CXXVIII

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.—  
Dice alegre Roberto,  
mientras que sujetando por la agalla  
con diligente mano desenreda,  
al pez, que preso queda  
en los hilos nudosos de la malla.

## CXXIX

Y con aire triunfal alzando a pulso  
un sollo, que convulso  
entre sus férreos dedos se torcía,  
regocijado exclama:—¡Brava presa!  
No se pone en la mesa  
del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

---

## MANUEL DEL PALACIO (1831-1906)

## CHISPAS

El amigo verdadero  
ha de ser como la sangre,  
que siempre acude a la herida  
sin esperar que la llamen.

---

Lo mismo que el estiércol  
da vigor a las plantas,  
la envidia y la calumnia  
vigorizan las almas.

---

He corrido mucha tierra,  
y ya mi opinión formada,  
te aseguro que no hay nada  
tan grande como Inglaterra.  
Nación industriosa y ruda  
que al hombre, desde que existe,  
con una mano le viste  
y con otra le desnuda.

---

Nombres hay semejantes a los ecos:  
retumban mucho, sí, pero es de huecos.

---

El hombre honrado que a la tierra vino  
con noble corazón y suerte ingrata,  
se parece a un camino,  
que al mismo que le pisa y le maltrata  
le señala su rumbo y su destino.

---

¡Pobre de mí, que he cerrado  
las puertas a la esperanza,  
sin reparar que el deseo  
aun sigue viviendo en casa!

---

De los tontos para hechizo  
Dios tus perfecciones hizo:  
cara y talle de muñeca,  
una cabeza muy hueca  
y un corazón muy macizo.

---

En boca del discreto  
hasta la ofensa es digna de respeto;  
mientras del necio en labios  
las mismas alabanzas son agravios.

---

En achaques de pasión  
que agrava la voluntad,  
mata la necesidad  
y cura la indigestión,

—  
Es regla muy general:  
de cien hombres, casi cien  
somos, por hado fatal,  
indolentes para el bien  
y enérgicos para el mal.

—  
Parecen las almas  
tranquilos arroyos  
que resbalan en lechos de flores,  
de arena o de lodo.  
¡Dichosas aquellas  
que muestran el fondo  
y lo pueden copiar en el puro  
cristal de los ojos!

—  
Cazador que a caza vas  
de mujer o de león,  
¡ay de ti si no le das  
en mitad del corazón!

—  
De coral es el vaso  
donde yo bebo  
algunas veces néctar,  
otras, veneno.

---

## ADELARDO LÓPEZ DE AYALA (1828-1879)

### DE «CONSUELO»

#### Acto tercero, escena VIII

#### ESCENA VIII

CONSUELO, ANTONIA y FERNANDO

- ANTONIA. Habla, di...  
CONSUELO. Fernando entró...  
No quiere marcharse... Intenta...  
ANTONIA. ¡Y eres tú, tú quien afrenta  
La casa en que vivo yo!  
Di: ¿qué designios te obligan  
A entrar, y arriesgar la fama...

- FERNANDO. Esa mujer que me llama;  
Ella y él; que ellos lo digan.
- ANTONIA. ¡Tú! (*A Consuelo.*)
- CONSUELO. Yo escribí, madre mfa,  
Ante mi esposo un papel  
Sin intención de...
- FERNANDO. Sí; y él  
Con intención me lo envía,  
Me llama, y vengo, y aquí  
Darle la respuesta quiero  
En el rostro...
- ANTONIA. ¡Ah!
- FERNANDO. ¡Sí! (*Arrostrando  
con ira la mirada de Antonia.*)
- ANTONIA. ¡Primero  
Pondrás las manos en mí,  
En mi cara!...
- FERNANDO. ¡Yo! (*Retrocediendo.*)
- ANTONIA. ¡Pues qué! (*Si-  
guiéndole encarada con él.*)  
¿No intentas furioso un hecho  
Que del rencor de tu pecho  
Al mundo noticia dé?  
Pues ¿cuál hay que mejor cuadre  
Al furor que te espolea?  
¡Ten valor, y abofetea  
La memoria de tu madre!  
Pretende usted...
- FERNANDO. Que respetes...
- ANTONIA. ¡Que deje en calma este abismo  
De iniquidad?...
- ANTONIA. Que tú mismo  
Tu desgracia no completes.
- FERNANDO. ¡Puede aumentarse mi mal!...  
¿Puede ser mi suerte cruda  
Más negra?
- ANTONIA. Pues ¿quién lo duda,  
Si intentas ser criminal?...
- FERNANDO. ¡Criminal!
- ANTONIA. El que se venga...
- FERNANDO. ¡La venganza que demando  
Es justicia!
- ANTONIA. ¡No, Fernando!...
- CONSUELO. ¡Si viene!... ¡Dios le detenga! (*Mirando  
con agustia a la puerta del foro.*)
- FERNANDO. ¡No bastó de un alma esclava  
Vender la pasión más pura!...  
Su perjurio, mi amargura...  
Era poco, no bastaba.

Y del mal que ella causó  
 Haciendo desprecio impío...  
 ANTONIA. *(Interrumpiéndole, tomándole una mano y abrazándole.)*

Tienes razón, hijo mío;  
 Tienes razón. Pero yo,  
 Yo que conservo en mi pecho  
 Grabada tu desventura,  
 Que te amé con la ternura  
 De madre, yo ¿qué te hecho?  
 ¿No merece mi aflicción  
 Que tu furia se sosiegue,  
 Siquiera porque no llegue  
 Su estrago a mi corazón?  
 Yo que animé tu virtud,  
 Que lloro el mal que te aqueja,  
 ¿No tengo, porque soy vieja,  
 Derecho a tu gratitud?  
 ¿Sólo ya la ancianidad  
 Su flaqueza representa  
 Y es estímulo a la afrenta?  
 ¿Es que de esta sociedad  
 En el alma corrompida  
 Ya sólo efecto produce  
 La belleza que seduce  
 O la fuerza que intimida,  
 Y otras razones son vanas  
 Aunque el deber las ordene?...  
 ¡Ay triste del que no tiene  
 Más defensa que sus canas!  
 ¡Antonía!

FERNANDO.  
 ANTONIA.

Si esto es así,  
 No me lo digas, Fernando.  
 Acaso te estoy hablando  
 Por última vez. *(Fernando la mira con sorpresa.)*

Sí, sí.

Tanta pena, tanto daño  
 Van abreviando mi vida:  
 No me des por despedida  
 Tan horrible desengaño.  
 Vete: te irás, ¿no es verdad?

FERNANDO.

¡Triunfa el crimen! ¿Quién lo duda,  
 Si hasta le prestan su ayuda  
 La virtud y la bondad?

ANTONIA.

¡Piensa en tu madre, y en mí,  
 Y en tu conciencia y en Dios!

FERNANDO.

¡Oh! ¡Cuanto debo a las dos  
 Pago, saliendo de aquí!

## JOSÉ MARÍA DE PEREDA (1833-1905)

### DE «DE TAL PALO TAL ASTILLA»

Presupuesto que el lector sabe lo que es una hoz, repítale que la de mi cuento es muy angosta, lo que es causa de que el río tenga poco espacio en qué tenderse, y de que se estire y se refuerza, en su afán de salir cuanto antes a terreno despejado. Álzanse los dos faludes de las montañas casi a pico; circunstancia que no les impide estar bien revestidos de césped y jarales, y muy poblados de robles, alisos y abedules; ¡y es de ver cómo estos árboles se agarran a las laderas para tenerse derechos, y alargan sus copas a porfía para recoger al paso los pocos rayos del sol que se atreven a colarse por aquella rendija!

El áspero graznido de la *ronzuella*; el grito lamentoso del cárao solitario; el susurro de la brisa entre el follaje, y el sordo murmurar del río oculto en las asperezas de su cauce, son de ordinario los únicos ruidos de aquella soledad melancólica y bravía. Los caminantes que la atraviesan a lo largo, oyen el son de sus cantares, repercutido en los repliegues de los faludes; y hasta un suspiro halla en ocasiones eco misterioso de le repita y le propague. Nada más tranquilo que aquella naturaleza lóbrega y meditabunda. ¡La calma de los volcanes!

Juzgue el lector si la comparación viene a pelo, acercándose conmigo a la embocadura de la barraca en la noche en que comienza este verídico relato.

El río, impetuoso y embravecido por la lluvia torrencial que cae hace dos horas, no cabe en su estrecho cauce, y muge espumoso, y salta y se despeña, y se lleva por delante árboles y *terrerros*, con sus aguas desbordadas, que garras parecen con que trata de asirse a lo que encuentra al paso, asustado de su vertiginosa rapidez. En tanto, el huracán, oprimido entre los muros de tan estrecha y reforcida cárcel, silba y brama haciendo a ratos enmudecer al río; y troncos poderosos, y débiles arbustos, y rastreros matorrales, se inclinan a su paso, dejando oír sobre sus copas desgrefñadas, al herirlas el pedrisco, el estridente machaqueo de una lluvia de perdigones sobre láminas de acero. Por imposible se tuviera que sobre estos ruidos juntos llegara a descollar otro más fuerte; y, sin embargo, cosa de juego parecen cuando, muy de continuo, retumba el estallido del trueno, y crece y se multiplica de cueva en cueva y de peñasco en peñasco. Entonces, al iluminar los relámpagos el temeroso paisaje, los robustos árboles adquieren formas monstruosas. Dírfase, al verlos tocar el suelo con sus ramas, y enderezarse luego entre los cien caprichos de la sombra, que son gigantes empeñados en cruenta batalla, y que, en grupos desordenados y tumultuosos, riñen y se abofetean, se insultan y se enardecen con la tremenda voz de la tempestad deshecha.

A los habitantes de las tierras llanas les es muy difícil formarse una idea de estos furores que aparecen, estallan y se disipan en dos horas. Los mismos montañeses de los valles abiertos se dan escasa cuenta de la facilidad con que se desborda un río entre dos montañas de rápidas

vertientes, y de cómo retumban allí los truenos, y brama el viento mismo que en sus praderas y cagigales pasa sin causar el menor estrago.

Quiero decir que no son peras de a libra en la montaña espectáculos como el que voy describiendo, sobre todo en verano; y por ende, que no crea el lector que este modo de comenzar un libro implica la necesidad de que corresponda la magnitud de la escena a la grandiosidad del escenario. Y así es, en efecto. Todo lo que tengo que decirle, después de lo que le he ponderado lo temeroso de la tempestad, es que mientras duró su mayor furia, a menos de la mitad de la Hoz, en el angosto sendero que serpentea a algunas varas sobre el río, en la vertiente de la izquierda, dos hombres, uno a pie y otro a caballo, permanecían agazapados y al abrigo de un espeso matorral. Habían entrado en la Hoz al estallar los primeros truenos; y como este camino puede recorrerse en media hora, andando sin tropiezo, pensaron salir a la otra parte antes de que se desencadenase la tempestad. Pero ésta traía más andar de lo que parecía. Comenzó a arreciar el tiempo; la lluvia les azotaba el rostro, y el sendero, no obstante la luz de un farolillo que llevaba el de a pie, iba haciéndose intransitable por momentos. Desde lo alto de los taludes y donde quiera que éstos formaban un pliegue, descendían rápidas y bramadoras cascadas, arrastrando con el agua tierras y pedruscos que interceptaban el camino, cuando no se llevaban por delante el pedazo correspondiente. Con el fragor de la tormenta, no se dejaban oír del caballero las advertencias del hombre de a pie, más práctico que aquél en el camino que segufan, cada vez más resbaladizo y peligroso. Era urgentísimo aprovechar el tiempo, porque los riesgos de muerte iban creciendo por instantes. A falta de palabras, con señas expresivas excitaba el hombre del farol al caballero a que le siguiera a buen andar; en lo que no siempre era obedecido, porque la cabalgadura harto tenía que hacer con pisar en firme y defenderse de la cellisca metiendo la cabeza entre los brazos. Así caminaron durante media hora, hasta que habiendo llegado a un sitio en que una peña coronada de malezas formaba una media gruta, se arrimaron a ella entrambos caminantes. Estaban abrigados del viento, ya que no por completo de la lluvia.

---

## BENITO PÉREZ GALDÓS (1843-1920)

### DE «LA CORTE DE CARLOS IV»

Como al llegar al Escorial nos encontramos sorprendidos por la noticia de gravísimos acontecimientos, no estará de más que mencione lo que por el camino me contó el mayordomo de la Marquesa, pues á sus palabras dió profético sentido lo que ocurrió después.

—Me parece que en el Real Sitio pasa algo que va á ser sonado—me dijo—. Esta mañana se decía en Madrid... Pero lo que haya lo hemos de saber pronto, pues dentro de tres horas y media, si Dios quiere, daremos fondo en la Lonja.

—¿Y qué se decía en Madrid?

—Allí todos quieren al Príncipe y aborrecen á los Reyes padres, y como parece que Sus Majestades se han propuesto mortificar al muchacho, apartándole de su lado... Eso yo lo he visto; y el Príncipe tiene una cara que da compasión... Se dice que sus padres no le quieren, lo cual está muy bien hecho: á mí me consta que ni una sola vez le lleva el Rey á las cacerías, ni le sienta á la mesa, ni le muestra aquel cariño que parece natural en un buen padre.

—¿Será que el Príncipe anda metido en conspiraciones y enredos?— dije.

—Ello bien pudiera ser. Según oí la semana pasada en el Real Sitio, el Príncipe se da unas encerronas que ya, ya.. No habla con nadie; está como quien ve visiones, y se pasa las noches en vela. Con esto la Corte andaba muy alarmada; parece que acordaron vigilarle hasta averiguar lo que traía entre manos.

—Pues ahora caigo en que me dijeron que el Príncipe era algo literato, y se pasaba las noches traduciendo del francés ó del latín, que esto no lo recuerdo bien.

—Sí: en el Escorial se cree eso; pero sabe Dios... Hay quien asegura que lo que el Príncipe trae entre manos es cosa gorda; que las tropas de Napoleón que han entrado en España, lo que menos piensan es guerrear con Portugal, y parece que vienen á apoyar á los partidarios del Príncipe.

—Esas son patrañas; quizás el pobre Fernandito no piense más que en traducir sus libros...

—Parece que el que tradujo hace poco no gustó á los papás, porque hablaba de no sé qué revoluciones, y ahora está con otro; como no sea alguna endiablada tramoya para pescar la corona...

Así continuó, poco más ó menos, nuestra conversación hasta que llegamos al Real Sitio. El diplomático y su hermana se apearon de su coche y nosotros del nuestro. Como los dos viajeros debían aposentarse en Palacio y en las habitaciones de Amaranta, que ya había llegado el día anterior, desde luego el mayordomo nos encaminó allá, haciéndonos recorrer medio mundo en escaleras, galerías, patios y pasillos. Todo indicaba que ocurría algo extraordinario en la regia morada, porque se veía por los pasillos y salas de tránsito más gente de la que acostumbraba estar de pie á tal hora, que era la de las diez. Preguntó la Marquesa; mas le contestaron de un modo tan vago, que nada pudo sacar en limpio.

Instalados en las habitaciones de mi ama, donde me ocupé en acomodar los equipajes, según las órdenes que se me daban, al poco rato entró Amaranta tan inmutada, que fué preciso aguardar un poco para que, repuesta de su zozobra, pudiese explicar lo que pasaba.

—¡Ay!—exclamó, cediendo á las reiteradas preguntas de sus tíos—; lo que pasa es terrible. ¡Una conjuración, una revolución! ¿En Madrid no ocurría nada cuando ustedes salieron?

—Nada: todo estaba tranquilo.

—Pues aquí... Es una cosa tremenda, y quién sabe si estaremos vivos mañana.

—Pero, hija, dífnoslo claramente.

—Parece que se ha descubierto que querían asesinar á los Reyes; todo estaba preparado para un movimiento en Palacio.

—¡Qué horror!—exclamó el diplomático—. Bien decía yo que bajo la capita de servidores del Rey se escondían aquí muchos jacobinos.

—No es nada de jacobinos—continuó mi ama—. Lo más extraño es que el alma de la conjuración es el Príncipe de Asturias.

—No puede ser—dijo la Marquesa, que era muy afectá á Su Alteza—. El Príncipe es incapaz de tales infamias. Justo y cabal, lo que yo decía. Sus enemigos han ideado perderle por la calumnia, ya que no lo han conseguido por otros medios.

—Pues la revolución preparada, que, por lo que dicen, iba a ser peor que la francesa—prosigió Amaranta—, se ha fraguado en el cuarto del Príncipe, a quien se han encontrado unos papelitos que ya, ya... Dícese que están complicados el canónigo D. Juan de Escóiquiz, el Duque del Infantado, el Conde de Orgaz y Pedro Collado, el aguador de la fuente del Berro, hoy criado del Príncipe.

---

## EMILIO CASTELAR (1832-1899)

### DE UN DISCURSO SOBRE LEYES MUNICIPALES Y PROVINCIALES

Señores, toda sociedad que tiene una gran parte de sus individuos fuera del derecho, es una sociedad expuesta a grandes y pavorosos peligros. Acordaos, señores, de las dos más grandes revoluciones que ha conocido la historia contemporánea; acordaos de la terrible revolución de los esclavos en América y de la terrible revolución de los proscritos del derecho electoral en Francia, de la guerra de secesión y de las revoluciones de 1848. ¡Quién le hubiera dicho al ciudadano de los Estados Unidos, lo mismo al puritano de la Nueva Inglaterra que al caballero de la Carolina o de la Virginia, quién le hubiera dicho que por el siervo, por el esclavo, por el negro que apenas tenía en la tierra quien le considerara como una bestia de carga, había de ver casi perdida la obra de Washington, había de ver levantar ejércitos de 2 millones de soldados y 500.000 caballos; había de presenciar aquellos sitios que recuerdan los desastres de Nínive y de Babilonia; había de ver derramar la sangre de sus preclaros hijos por donde derraman sus aguas el Potomac y el Missisipi! ¡Quién le hubiera dicho a Luis Felipe; a Guizot, el grande hombre; a Cousin, el grande filósofo; quién les hubiera dicho que el proletario apenas perceptible, que se había contentado con ver al rey ciudadano en el balcón de la casa de la ciudad, aquel proletario había de tener el derecho electoral negado a las capacidades, y la monarquía había de hundirse, y había de hundirse la república parlamentaria, y había de hundirse el imperio, y el sufragio universal había de quedar perennemente, venganza de los opresos, para robustecerse y ampliarse

cada vez más en una pacífica República! ¡Ah, señores! Toda sociedad que tiene un gran número de individuos fuera del derecho corre un perpetuo peligro. El gladiador romano, cazado en las selvas de Oriente o en las estepas del Norte, conducido bajo cadenas, comprado a la puerta de las tabernas, alimentado de suerte que fuese mucha sangre para derramarla en la arena del circo, ese gladiador, constreñido a morir o matar, pide misericordia a Roma; la ciudad no le oye, él la maldice; y el que fué mártir ayer y se llamó Espartaco, mañana es conquistador y se llama Genserico, o Alarico, u Odoacro, y viene con su espada teñida en sangre a lanzar a los cuatro puntos del horizonte las cenizas de la ciudad proterva en dura y cruenta, pero justa y merecida venganza. (*Profunda sensación.*)

¡Ah, señores! No podemos caminar, absolutamente no podemos caminar a la inversa de como camina la sociedad presente. ¿De qué suerte, de qué manera, señores diputados, caminan todos los pueblos? Pues caminan del derecho de los menos al derecho de los más, y del derecho de los más al derecho de todos. Citadme la nación que después de haber ampliado el derecho lo haya restringido. ¿Será por ventura Inglaterra, que desde 1832 da cada día un paso más hacia el sufragio universal? ¿Será por ventura Suiza, que después de haber tenido hasta 1848 ciertas familias privilegiadas, desde 1848 tiene el sufragio universal y no lo ha abolido jamás? ¿Será por ventura Francia, donde la restricción del sufragio trajo el imperio y donde los partidos monárquicos han pasado últimamente por el poder y no han podido nunca restringir el sufragio? ¿Será Italia? Hoy mandan en Italia mis amigos personales, y después de todo, los que más concomitancia tienen allí con mis ideas políticas, porque hay que decir que en Italia no existe un gran partido republicano ni es lógico que exista. Pues bien; ahora en este momento el partido conservador sólo tiene 50 votos en la Cámara de Italia, y el partido radical tiene 225. ¿Qué va a hacer? ¿Van a llegar al sufragio universal? No; algo le han de dejar que hacer al partido republicano; pero van a llegar a las fronteras del sufragio universal. Dentro de dos años, dentro de tres, cuando la Italia se cansa del partido radical, que se cansará, porque hasta de lo bueno nos cansamos en el mundo, cuando se cansa del partido radical, que se cansará, vendrá el partido conservador por los medios parlamentarios y legítimos. ¿Y qué hará el partido conservador? ¿Restringirá el sufragio? (*El señor marqués de San Carlos: Lo veremos.*) ¿Que lo veremos? Oh, señor marqués de San Carlos, esas cosas no se ven más que en España! Minghetti, Sella, los jefes del partido conservador, Visconti Venosta, aquellos ilustres hombres de Estado, no restringirán jamás el sufragio, aunque lo amplíe el partido radicalísimo hasta el sufragio universal. Pues qué, el partido tory en Inglaterra, ¿ha restringido jamás al sufragio? Todo lo contrario: el último que lo ha ampliado ha sido el partido conservador. Disraeli, el jefe hoy del Gobierno, lo ha ampliado, y vosotros, después que hemos llegado al sufragio universal, ¡vais a restringirlo! ¿Pues no lo tienen hasta en Alemania? *El Reigsthad*, ¿no es el Parlamento alemán y no se elige por el sufragio universal directo? La España, nación democrata, y por lo mismo enamorada de la igualdad; nación latina, y por lo mismo ena-

morada de la universalidad del derecho; nación municipal, y por lo mismo acostumbrada a que todos los habitantes tomen parte en lo que se llama vida del común; España, que ha tenido sufragio universal desde el año 1820 al de 1823, desde 1836 a 1843, del 54 al 56 y del 68 al 77, España ¿va a entrar en la ardua e intrincada esfera del privilegio sin que todo esto nos traiga grandes e irreparables conflictos?

## MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO (1856-1912)

### DE LA «ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS»

Conocidos estos precedentes, cuya enumeración podría ampliarse a poco costa, no faltará quien pregunte en qué consiste la originalidad de Jorge Manrique, puesto que no hay en su elegía cosa alguna que no hubiera sido dicha antes de él. Este es cabalmente el misterio o el prestigio de la forma: expresar el poeta como nadie, lo que ha pensado y sentido todo el mundo. Por todo el cauce de la Edad Media venía rodando un inagotable lugar común sobre la muerte. A todas horas resonaba en los púlpitos; era repetido en prosa y en verso, en latín y en lengua vulgar; recibía forma casi dramática en las *danzas de la muerte* y forma gráfica en los frescos del cementerio de Pisa; asediaba la imaginación de todos y era el tema perpetuo de todas las meditaciones. Se comparaba sin cesar la vida humana con el sueño, con la sombra, con la flor que se marchita apenas nacida, con el leve rastro que deja la nave en el mar, con la fugitiva corriente de los ríos, que van a morir en el Océano. Se hacía desfilar interminables procesiones de reyes, príncipes y emperadores, de héroes y sabios, de personajes de la Sagrada Escritura y de personajes de la fábula, de damas y caballeros, de reinas y de bellezas famosas, y se preguntaban sin cesar: ¿Dónde está Salomón? ¿Dónde está Jonatás? ¿Dónde está César? ¿Dónde está Aristóteles? ¿Dónde está Héctor? ¿Dónde está Elena? ¿Dónde está el rey Arthus?

Llegó, por fin, un día en que toda esta materia de meditación moral, que en rigor ya no pertenecía a nadie, y que a fuerza de rodar por todas las manos había llegado a vulgarizarse con mengua de su grandeza, se condensó en los versos de un gran poeta, que la sacó de la abstracción, que la renovó con los acentos de su ternura filial, y con un no sé qué de grave y melancólico, y de gracioso y fresco a la vez, que era la esencia de su genio. Los pensamientos eran de suyo altos y generosos, y puede decirse que en breve espacio abarcaban un concepto general de la vida y del destino humano: lo cual da a la composición una trascendencia que de ningún modo alcanza la *Pregunta de Nobles*, del Marqués de Santillana, por ejemplo. Cuando el Marqués pregunta friamente, después de tantos otros, «qué fué del hijo de Aurora, y de Aquiles, Ulises, Ayax de Telamón, Pirro, Diomedes, Agamenón», no hace más que repetir por centésima vez un lugar común, al cual quitan todo valor los nombres mismos de los personajes remotos y fabulosos por los cuales

se interroga, y que sólo en ficción erudita podían interesar al autor. Cuando Jorge Manrique, dejándose de griegos y troyanos, evoca los recuerdos de su juventud, o más bien lo que oyó contar a su padre sobre los esplendores y magnificencias de la corte de D. Juan II y de los Infantes de Aragón, y sus alegres fiestas y las justas y torneos, y aquel danzar y aquellas ropas chapadas que traían, habla de algo vivo, algo que todavía conmueve las fibras de su alma.

La ejecución es no sólo brillante y franca y natural, sino casi perfecta: apenas pueden facharse, en la última parte que contiene el elogio del Maestre, dos estrofas pedantescas y llenas de nombres propios:

En ventura Octauiano,  
Julio César en vençer  
Y batallar, etc.

Pero lo más admirable, como ya queda indicado, es la compenetración del dolor universal con el propio dolor, la serena melancolía del conjunto, y el bellissimo contraste entre la algazara y bullicio de aquellas estrofas que recuerdan pompas mundanas, y de aquellas otras en que parece que van espesándose sobre la sumisa frente del viejo guerrero las sombras de la muerte, rotas de súbito por los primeros rayos de una nueva e indeficiente aurora. El metro que Quintana, con extraña falta de gusto, llama «tan cansado, tan poco armonioso, tan ocasionado a aguzar los pensamientos en concepto o en epigrama» es, por el contrario, no sólo armonioso, flexible y suelto, sino admirablemente acomodado al género de sentimiento que dictó esta lamentación. Ticknor, que sólo por rara excepción muestra en todo el discurso de su obra verdadero sentido del arte ni de la belleza poética, ha expresado, sin embargo, el peculiar efecto de estas *Coplas*, con una comparación muy original y muy feliz: «Son versos (dice) que llegan hasta nuestro corazón, que le afectan y le conmueven, a la manera que hiere nuestros oídos el compasado son de una gran campana tañida por mano gentil y con golpes mesurados, produciendo cada vez sonidos más tristes y lúgubres, hasta que por fin, sus últimos ecos llegan a nosotros como si fueran el apagado lamento de algún perdido objeto de nuestro amor y cariño.»

---

## JOAQUÍN MARÍA BARTRINA (1850-1810)

### MADRIGAL (?) FUTURO

Juan, cabeza sin fósforo, con Juana  
paseaba una mañana  
(24 Reaumur, Viento N. E.,  
Cielo con Cirrus) por un campo agreste.  
Iban los dos mamíferos hablando,  
cuando Juan se inclinó, con el deseo

de ofrecer a su amada, suspirando,  
un *Dyanthus Cariophyllus* de Linneo.

La hembra aceptó, y a su emoción nerviosa,  
en su cardías la diástole y la sístole  
se hizo más presurosa,  
los vasos capilares de las facies  
también se dilataron,  
y al punto las membranas de su cutis  
sonrosado color transparentaron.

## VITAL AZA (1851-1912)

### EL MÉDICO CAZADOR

#### CUENTO

Un doctor muy afamado  
que jamás cazado había,  
salió una vez, invitado,  
a una alegre cacería.

Con cara muy lastimera,  
confesó el hombre ser lego,  
diciendo:—«Es la vez primera  
que cojo un arma de fuego.

Como mi impericia noto,  
me vais a tener en vilo.»  
Y dijo el dueño del coto:  
—«Doctor, esté usted tranquilo.  
Guillermo el guarda estará  
colocado junto a usted;  
él es práctico, y sabrá  
indicarle...»

—Así lo haré,  
—dijo el guarda—. Sí, señor.  
No meterá usted la pata.  
Verá usted, señor doctor,  
los conejos que usted mata.

Siga en todo mi consejo.  
¿Que un conejo se presenta?  
Pues yo digo: «¡Ahí va el conejo!»  
«¡Y usted tira y lo revienta!»  
—«¡Bueno, bueno, siendo así!...»  
—«Nada, que no tema usted.  
Quietecito junto a mí,  
chitón, y yo avisaré.»

Colocóse tembloroso  
el buen doctor a la espera,  
cuando un conejo precioso  
salió de su gazapera.

—«Ahí va un conejo,—le grita  
el guarda—. ¡No vacilar!  
Y el doctor se precipita,  
y ¡pum! disparó al azar.

Y es claro, como falló  
diez metros la puntería,  
el conejo se escapó  
con más vida que tenía.

El guarda puso mal gesto  
y rascóse la cabeza.  
Hubo una pausa, y en esto  
saltó de pronto otra pieza.

—«¡Ahí va una liebre, doctor!  
¡Tire usted pronto o se esconde!  
Y ¡pum! el pobre señor  
disparó... ¡Dios sabe a dónde!

Gastó en salvas, sin piedad,  
lo menos diez tiros, ¡diez!  
sin que por casualidad  
acertara ni una vez.

Guillermo, que no era un zote,  
sino un guarda muy astuto,  
dijo para su capote:

—«Este doctor es muy bruto.  
¡No le pongo como un trapo,  
mas ya sé lo que he de hacer!»  
Y al ver pasar un gazapo  
corriendo a todo correr,  
—«¡Doctor!—exclamó Guillermo  
con rabia mal reprimida.—  
¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!  
Y ¡pum! ¡Lo mató enseguida!

## MELCHOR DE PALAU (1843-1901)

## CANTARES

En el sitio en que te hallé  
mandé poner una cruz;  
que allí murió mi alegría  
donde me miraste tú.

—  
Por sendas de ilusiones  
fui caminando  
y en los bosques perdíme  
del desengaño.

—  
La mirada que me echaste  
ayer tarde en la pradera,  
fue una gotita de miel  
en la copa de mis penas.

—  
Un cuadro de mi jardín  
sembré todo de ilusiones:

nacieron lindos capullos,  
mas no llegaron a flores.

—  
Por encima de las aguas  
vi una esperanza flotando;  
y vi que la echaba a fondo  
el peso de un desengaño.

—  
El suspiro dice: «Ansío»,  
el beso dice: «Te quiero»,  
el ay dice: «Sufro mucho»,  
el llanto: «Ya no hay remedio».

—  
¡De qué sirven los civiles  
(vayan benditos de Dios)  
si en la mitad del camino  
me han robado el corazón!

## MANUEL REINA (1856-1905)

## MI DÉCIMA MUSA

Es mi décima musa la esplendente,  
la feraz primavera perfumada.  
Oigo un plácido idilio en la cascada  
y una ronca epopeya en el torrente.

Boca de fuego puro y sonriente  
es para mí la flor de la granada;  
verde nido de amor toda enramada;  
cielo azul el cristal de toda fuente.

Y al blando arrullo de la brisa leda  
sueño con la feliz reja moruna;  
el dulce beso en la floresta umbrosa;  
la Alhambra; las escalas de oro y seda,  
y el callado jardín lleno de luna  
donde suspira una mujer hermosa.

## LA POESÍA

*A Teodoro Llorente.*

Como el raudal que corre en la pradera  
 copia en su espejo pájaros y flores,  
 la alada mariposa de colores,  
 el verde arbusto y la radiante esfera,  
 la sublime poesía reverbera  
 combates, glorias, risas y dolores,  
 odio y amor, tinieblas y esplendores,  
 el cielo, el campo, el mar... ¡la vida entera!  
 ¡Así Homero es la lid; Virgilio, el día;  
 Esquilo, la tormenta bramadora;  
 Anacreonte, el vino y la alegría;  
 Dante, la noche con su negro arcano;  
 Calderón, el honor; Milton, la aurora;  
 Shakespeare, el triste corazón humano!

## RICARDO GIL (1855-1907)

## TRISTITIA RERUM

Abierto está el piano...  
 Ya no roza el marfil aquella mano  
 más blanca que el marfil.  
 La tierna melodía  
 que a media voz cantaba, todavía  
 descansa en el atril.

En el salón desierto  
 el polvo ha penetrado y ha cubierto  
 los muebles que ella usó:  
 y de la chimenea  
 sobre el rojo tapiz no balancea  
 su péndola el reló.

La aguja detenida  
 en la hora cruel de su partida,  
 otra no marcará.  
 Junto al hogar, ya frío,  
 tiende sus brazos el sillón vacío  
 que esperándola está.

El comenzado encaje,  
 en un rincón, espera quien trabaje



su delicada red...  
 La mustia enredadera  
 se asoma por los vidrios y la espera  
 moribunda de sed...

De su autor preferido,  
 la obra, en el pasaje interrumpido  
 conserva la señal...  
 Aparece un instante  
 del espejo en el fondo, su semblante...  
 Ha mentido el cristal.

En pavorosa calma  
 creciendo van las sombras... En mi alma  
 van creciendo también.  
 Por el combate rudo,  
 vencido al fin, sobre el piano mudo  
 vengo a apoyar mi sien.

Al golpear mi frente  
 la madera, sus cuerdas tristemente  
 comienzan a vibrar...  
 En la caja sonora  
 brota un sordo rumor... Alguien que llora  
 al verme a mi llorar...

Es un largo lamento  
 al que se liga conocido acento  
 que se aleja veloz...  
 En la estancia sombría  
 suena otra vez la tierna melodía  
 que ella cantaba siempre a media voz.

---

## MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA (1859-1895)

(MEJICANO)

### NON OMNIS MORIAR

¡No moriré del todo, amiga mía!  
 De mi ondulante espíritu disperso  
 Algo, en la urna diáfana del verso,  
 Piadosa guardará la Poesía.

No moriré del todo! Cuando herido  
 Caiga a los golpes del dolor humano,

Ligera tú, del campo entenebrido  
Levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerte  
Que muda aspira la infinita calma,  
Oigas la voz de todo lo que duerme  
Con los ojos abiertos en mi alma.

Hondos recuerdos de fugaces días,  
Ternezas tristes que suspiran solas;  
Pálidas, enfermizas alegrías  
Sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre  
Se escapará, vibrante, del poeta,  
En áureo ritmo de oración secreta  
Que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso advierta que de modo extraño  
Suenan mis versos en tu oído atento,  
Y en el cristal, que con mi soplo empañó,  
Mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,  
Dirás de mi errabunda poesía:  
—Era triste, vulgar lo que cantaba...  
¡Mas, qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas  
Del coro universal, vívido y almo;  
Y porque brillan lágrimas ignotas  
En el amargo cáliz de mi salmo;

Porque existe la Santa Poesía  
Y en ella irradas tú, mientras disperso  
Átomo de mi ser esconda el verso,  
No moriré del todo, amiga mía!

---

## JULIÁN DEL CASAL (1863-1893)

(CUBANO)

## LA CÓLERA DEL INFANTE

Frente al balcón de la vidriera roja  
 Que incendia el sol de vivos resplandores,  
 Mientras la brisa de la tarde arroja  
 Sobre el tapiz de pálidos colores,  
 Pistilos de clemátides fragantes  
 Que agonizan en copas opalinas  
 Y esparcen sus aromas enervantes  
 De la regia mansión en las cortinas,  
 Está el infante en su sifial de seda,  
 Con veste azul, flordelisada de oro,  
 Mirando divagar por la alameda  
 Niños que juegan en alegre coro.

Como un reflejo por obscura brasa  
 Que se extingue en dorado pebetero,  
 Por sus pupilas nebulosas pasa  
 La sombra de un capricho pasajero  
 Que, encendiendo de sangre sus mejillas  
 Más pálidas que pétalos de lirios,  
 Hace que sus nerviosas manecillas  
 Muevan los dedos, largos como cirios,  
 Encima de sus débiles rodillas.

—¡Ah! quién pudiera, en su interior exclama,  
 Abandonar los muros del castillo,  
 Correr del campo entre la verde grama  
 Como corre ligero cervatillo,  
 Sumergirse en la fresca catarata  
 Que baja del palacio a los jardines,  
 Cual alfombra lumínica de plata  
 Salpicada de nítidos jazmines,  
 Perseguir con los ágiles lebreles,  
 Del jabalí las fugitivas huellas  
 Por los bosques frondosos de laureles,  
 Trovas de amor cantar a las doncellas,  
 Mezclarse a la algazara de los rubios  
 Niños que, del poniente a los reflejos,  
 Aspirando del campo los efluvios,  
 Veo siempre jugar, allá a lo lejos  
 Y a cambio del collar de pedrería  
 Que ciñe mi garganta en sus cadenas,  
 Sentir dentro de mi alma la alegría  
 Y ondas de sangre en las azules venas.

Habla, y en el asiento se incorpora,  
 Como se alza un botón sobre su tallo,  
 Mas, rendido de fiebre abrasadora,  
 Cae implorando auxilio de un vasallo,  
 Y para disipar los pensamientos  
 Que, como enjambre súbito de avispas  
 Ensombrecen sus lángidos momentos,  
 Con sus huesosos dedos macilentos  
 Las perlas del collar deshace en chispas.

---

## JOSÉ ASUNCIÓN SILVA (1865-1896)

(COLOMBIANO)

### NOCTURNO

Una noche  
 Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas;  
 Una noche  
 En que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,  
 A mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,  
 Como si un presentimiento de amarguras infinitas  
 Hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,  
 Por la senda florecida que atraviesa la llanura  
 Caminabas;  
 Y la luna llena  
 Por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca;  
 Y tu sombra,  
 Fina y lánguida,  
 Y mi sombra  
 Por los rayos de la luna proyectadas,  
 Sobre las arenas tristes  
 De la senda se juntaban,  
 Y eran una,  
 Y eran una,  
 Y eran una sola sombra larga,  
 Y eran una sola sombra larga,  
 Y eran una sola sombra larga...

\* \* \*

Esta noche  
 Solo; el alma  
 Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,  
 Separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,  
 Por el infinito negro  
 Donde nuestra voz no alcanza

Mudo y solo  
 Por la senda caminaba...  
 Y se oían los ladridos de los perros a la luna,  
 A la luna pálida,  
 Y el chirrido  
 De las ranas...  
 Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba  
 Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,  
 Entre las blancuras níveas  
 De las mortuorias sábanas:  
 Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,  
 Era el frío de la nada.  
 Y mi sombra  
 Por los rayos de la luna proyectada,  
 Iba sola,  
 Iba sola,  
 Iba sola por la estepa solitaria;  
 Y tu sombra esbelta y ágil,  
 Fina y lánguida,  
 Como en esa noche tibia de la muerta primavera,  
 Como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de música de alas,  
 Se acercó y marchó con ella,  
 Se acercó y marchó con ella,  
 Se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!  
 ¡Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!  
 ¡Oh, las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!

---

## RUBÉN DARÍO (1867-1916)

(NICARAGÜENSE)

### SONATINA

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?  
 Los suspiros se escapan de su boca de fresa,  
 Que ha perdido la risa, que ha perdido el color,  
 La princesa está pálida en su silla de oro,  
 Está mudo el teclado de su clave sonoro;  
 Y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.  
 Parlanchina, la dueña dice cosas banales,  
 Y, vestido de rojo piruetea el bufón.  
 La princesa no ríe, la princesa no siente;  
 La princesa persigue por el cielo de Oriente  
 La libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,  
 O en el que ha detenido su carroza argentina  
 Para ver de sus ojos la dulzura de luz?  
 O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,  
 O en el que es soberano de los claros diamantes,  
 O en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa,  
 Quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,  
 Tener alas ligeras, bajo el cielo volar,  
 Ir al sol por la escala luminosa de un rayo,  
 Saludar a los lirios con los versos de Mayo,  
 O perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,  
 Ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,  
 Ni los cisnes unánimes en el lago de azur.  
 Y están tristes las flores por la flor de la corte;  
 Los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,  
 De Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!  
 Está presa en sus oros, está presa en sus tules,  
 En la jaula de mármol del palacio real;  
 El palacio soberbio que vigilan los guardas,  
 Que custodian cien negros con sus cien alabardas,  
 Un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!  
 (La princesa está triste. La princesa está pálida.)  
 ¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!  
 ¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe  
 (La princesa está pálida. La princesa está triste)  
 Más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

Calla, calla, princesa,—dice el hada madrina—  
 En caballo con alas, hacia acá se encamina,  
 En el cinto la espada y en la mano el azor,  
 El feliz caballero que te adora sin verte,  
 Y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,  
 A encenderte los labios con su beso de amor!

---

## TOMÁS MORALES (1885-1921)

## BALADA DEL NIÑO ARQUERO

## I

El rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta  
y su golpe atraviesa temblando la casa desierta:

—Voy, Amor... ¡Con qué afán mis deseos bajaron a abrirte!  
Entra, Amor; francas tengo mis puertas para recibirte...

¡Todo el día arreglando mi casa, desde muy temprano,  
porque en todo resultara digna del gentil tirano!

Las estancias recogen el ánimo de pulcras y olientes.  
He colmado los viejos fibores de flores recientes

y por dar a su carne rosada reposo y provecho,  
con plumón y con cándidos linos conforté mi lecho...

¡Como un ascua reluce esta noche mi vieja morada,  
cual si lleno la hubiesen de estrellas, toda iluminada!

El rapaz de los oios vendados golpea mi puerta  
y su golpe estremece de gozo la casa desierta...

—¡Te esperaba! A mi ruego devoto fué blando el Destino;  
con las rosas primeras del año te alfombré un camino

y en la arcada de piedra musgosa que marca el lindero,  
bajo un verde festón de follaje, colgué este letrero:

«¡Caminante que llevas por báculo un arco encantado  
y a la espalda, supliendo la alforja, tu carcaj dorado:

»no prosigas tu viaje más lejos, que estás en tu casa.  
»Jovencito: ¿Si Eros o Cupido te llames? ¡Pasa!»

El rapaz de los ojos vendados franqueó mi puerta:  
¡su visita dejó perfumada la casa desierta!

## II

Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido!  
¡Más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

¡Cuatro heridas sangrientas que el Arquero causó, envenenadas!  
¡Oh dolor! Cuatro duras saetas en mi alma clavadas:

La primera en la frente descargó su artificio violento...  
¡Su ponzoña hizo presa en la llama de mi pensamiento!

La segunda en los ojos. ¡Ciego soy, mas me sirve de guía,  
en la ruta, una mano que siento temblar en la mía!

La tercera en la boca. ¡Mi mal tiene delirio sonoro:  
repetir de continuo las cifras de un nombre de oro!

Y la cuarta en el pecho... ¡Oh, mal haya la punta homicida  
que, a la par de causarme la muerte, dejóme la vida!

¡Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido;  
más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

¡Oh tristeza! Mi alma que un pacífico sueño envolvía,  
por tu causa salmodia la pena de esta letanía:

«¡Duro Amor veleidoso... Simulacro de eternos ardores;  
»te juzgamos propicio tan sólo para nuestras flores!

»¡Breve Amor lisonjero... Decidor de una paz no turbada:  
»tu licor en mis labios sedientos fué sed renovada!

»¡Cruel Amor fatalista... Olvidar tus cadenas no es dable;  
»tienes toda la inmensa amargura de lo irremediable!»

De tal modo mi queja a los aires lanzó tus rigores...  
¡En mi sér batallaban conmigo los cuatro dolores!

¡Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido...  
más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

## III

¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada  
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!

Por trocar en olvido apacible mis duros enojos  
he atrancado las puertas del patio con dobles cerrojos.

y he clavado las altas ventanas que vieron al frente  
los lejanos pinares dorados al sol del poniente...

¡Estoy solo; mi espíritu es lleno de un algo inefable!  
Mal curado de amores, ya pronto estaré saludable...

De las viejas cenizas mis manos hurtaron el fuego  
y en el vivo y cruel sobresalto pusieron sosiego...

¡Oh qué bien este encanto sereno que en mi alma se vierte!  
¡Oh cuán grande este dulce reposo que es casi una muerte!

¡Oh temor! En el harto silencio se escucha un ruido:  
¡alguien anda crujiendo la arena del parque dormido!

¡Han hablado; oigo voces perdidas al pie de la fuente!  
Voy a ver... ¡Es tan sólo un capricho de convaleciente!

Abriré los maderos, no abriré los velados cristales.  
¡Nadie puede forzar de mi empeño los firmes umbrales,

que he cerrado la verja de hierro que guarda la entrada  
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!

¡Nada veo! El misterio nocturno de mi alma se adueña...  
¡El jardín en la noche de plata parece que sueña!

Abriré; sólo vanos temores turbaron mi aliento:  
Son fantasmas que fingen los pinos mecidos del viento...

El silencio del alma al silencio del parque se aúna.  
¡En el cielo se abrió, toda blanca, la flor de la luna!

En las sombras un pájaro arrulla quejosos remedos.  
Un temblor que renueva mi angustia, me llena de miedos...

¡Algo cruza en un rápido vuelo rozando mi oído!  
Un silbido atraviesa la noche... ¡Gran Dios, me han herido!...

*¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada,  
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!...*

## ENVÍO

¡Otra vez, dura flecha, por matarme saliste traidora  
de la aljaba de los ojos negros de la flechadora!

¡Otra vez en mi carne te clavaste con alevosía  
y tu hierro gustó el dejo amargo de la sangre mía!

Di a la mano de nieve que te lanza contra mi ventura  
que al tú herirme respondió mi pecho con ciega locura:

«¡Bienvenida saeta, mensajera de males de amor!  
¡Si hay dolor en tu punta acerada... divino Dolor!...»





## ÍNDICE DE MATERIAS

	Págs.
I Siglos XII al XV .....	5
II Siglos XV al XVII.....	42
III Siglos XVIII al XX .....	135

## ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

Págs.	Págs.
Alcázar (Baltasar de).....	63
<i>Anónimo sevillano</i> .....	101
Arcipreste de Hita (Juan Ruiz)....	14
Argensola (Bartolomé L. de).....	87
Argensola (Lupercio L. de).....	86
<i>Auto de los Reyes Magos</i> .....	7
Aza (Vital).....	213
Bartrina (Joaquín M.).....	212
Berceo (Gonzalo de).....	12
Bécquer (Gustavo A.) .....	198
Bohl de Faber ( <i>Fernán Caballero</i> )	182
Bretón de los Herreros (Manuel)..	181
Calderón de la Barca (Pedro).....	117
Campoamor (Ramón de).....	193
<i>Cantar de Mío Cid</i> .....	5
Caro (Rodrigo) .....	98
Casal (Julián del).....	218
Castelar (Emilio).....	209
Castillejo (Cristóbal de).....	46
Cervantes Saavedra (Miguel de)..	79
Céspedes (Pablo de).....	67
Cetina (Gutierre de).....	62
<i>Coplas de Mingo Revulgo</i> .....	35
Corral (Gabriel de).....	107
Cruz (Ramón de la).....	148
Darío (Rubén).....	220
Eguilaz (Luis de).....	197
Ercilla (D. Alonso de).....	65
Espronceda (José de).....	167
Esquilache (Príncipe de).....	105
Feijóo (Benito Jerónimo).....	135
García Gutiérrez (Antonio).....	176
Gil (Ricardo).....	215
Góngora (Luis de).....	91
Gracián (P. Baltasar).....	132
Granada (Fr. Luis de).....	69
Gutiérrez Nájera (M.).....	216
Herrera (Fernando de).....	58
Hojeda (Fr. Diego de).....	96
Iglesias de la Casa (José).....	145
Isla (P. José Francisco de).....	136
Jovellanos (Gaspar Melchor de)...	139
Juan Manuel (Don) .....	13
Lafuente (Modesto de).....	191
Larra (Mariano José de).....	189
<i>Lazarillo de Tormes</i> .....	77
Ledesma (Alonso de).....	90
León (Fr. Luis de).....	55
Lista (Alberto) .....	157
López de Ayala (Canciller).....	18
López de Ayala (Adelardo).....	203
Mal-lara (Juan de).....	73
Manrique (Gómez).....	27
Manrique (Jorge).....	29
Mariana (P. Juan de).....	74
Martínez de la Rosa (Francisco)..	159
Meléndez Valdés (Juan).....	147
Mena (Juan de).....	24

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Menéndez Pelayo (Marcelino).....	211	Rivas (Duque de).....	162
Mesonero Romanos (Ramón).....	185	Rojas (Fernando de).....	58
Montemayor (Jorge de).....	76	Rojas Zorrilla (Francisco de).....	115
Morales (Tomás).....	222	<i>Romance viejo</i> .....	21
Moratín (Leandro F. de).....	150	Rueda (Lope de).....	50
Moratín (Nicolás F. de).....	141	Ruiz Aguilera (Ventura).....	197
Núñez de Arce (Gaspar).....	200	Samaniego (Félix M.).....	145
Ordóñez de Montalvo (Garcí).....	56	Santillana (Marqués de).....	23
Palacio (Manuel del).....	202	Sem Tob (Rabí Don).....	17
Paláu (Melchor de).....	214	Silva (José Asunción).....	219
Pereda (José M. de).....	206	Solís (Antonio de).....	153
Pérez Galdós (Benito).....	207	Teresa de Jesús (Santa).....	71
Pérez de Guzmán (Fernán).....	18	<i>Tirso de Molina</i> .....	114
Pisón y Vargas (Juan).....	144	Torre (Francisco de la).....	56
Quevedo Villegas (Francisco de)..	126	Vega (Garcilaso de la).....	42
Quintana (Manuel José).....	153	Vega (Lope de).....	107
Reina (Manuel).....	214	Villegas (Esteban Manuel de).....	106
		Zorrilla (José).....	172

---





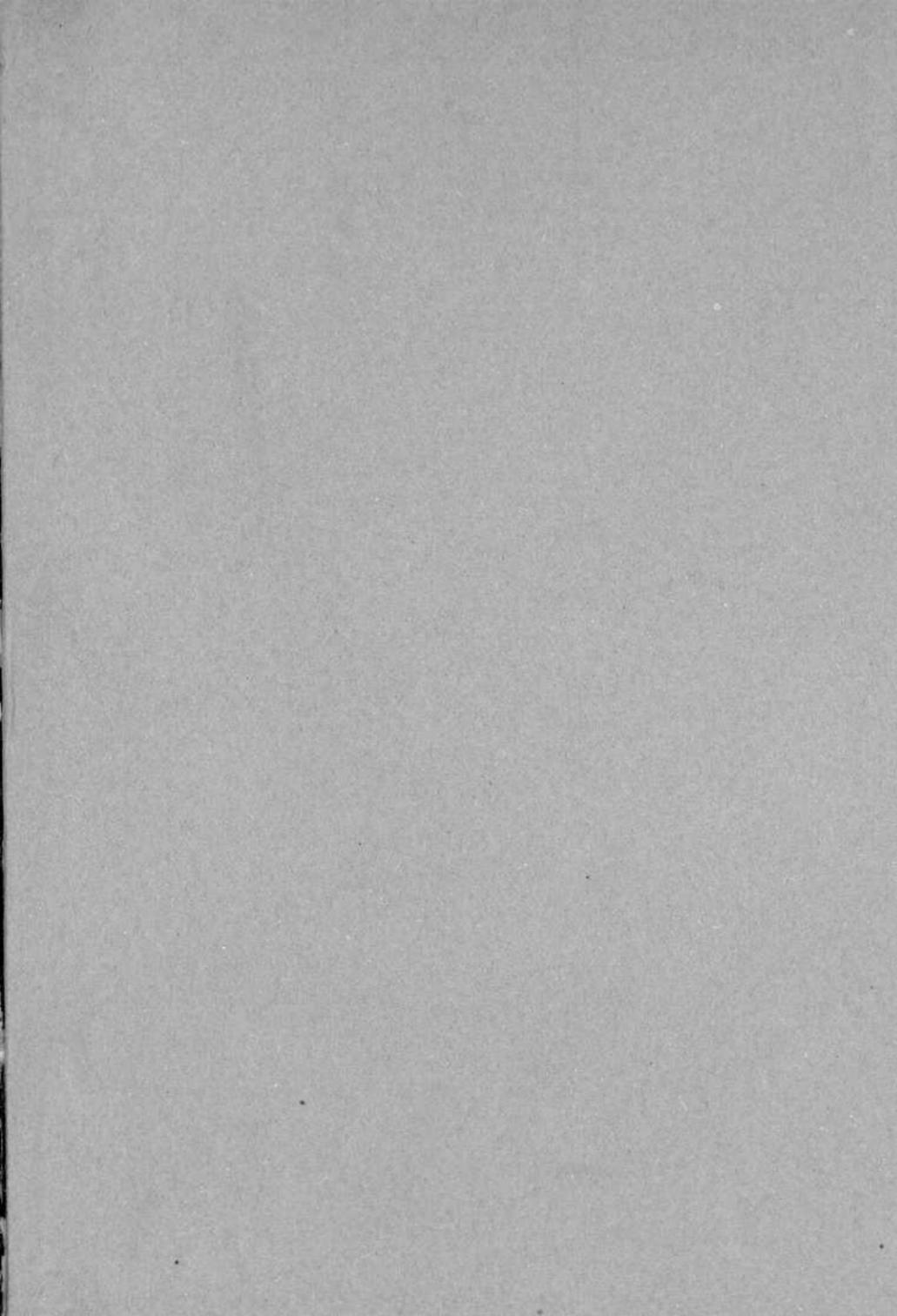


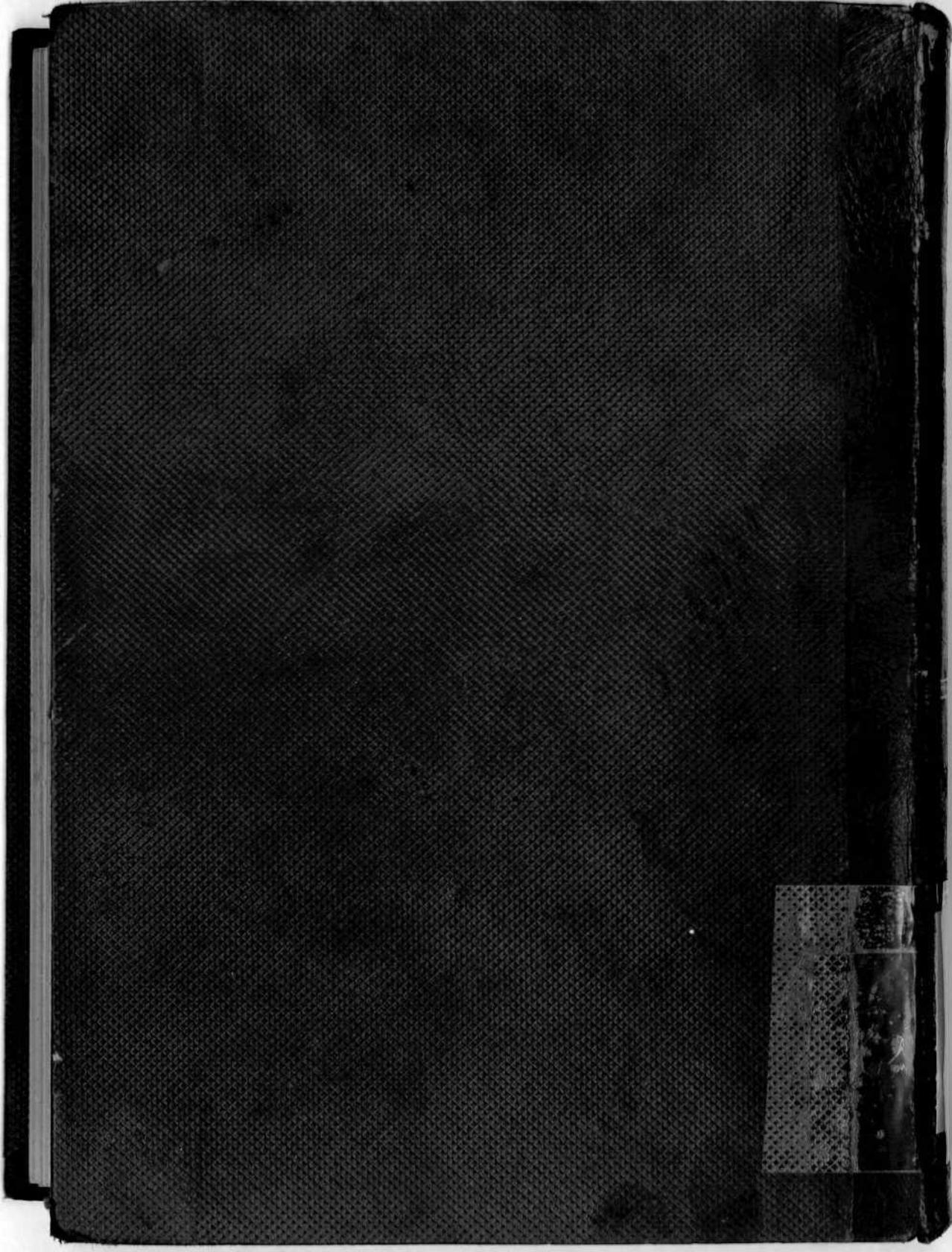
SL 982

80855



10000116703





2222

CORTES

LECTURAS  
ESCOLARES

SL  
982

